

BERNARD CORNWELL

LOS SEÑORES DEL NORTE

Sajones, Vikingos y Normandos
III



NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

Annotation

Los señores del Norte es una excelente recreación de los tiempos oscuros en los que Inglaterra empezaba a tomar forma, del turbulento choque entre la cultura anglosajona y la danesa, entre el cristianismo y el paganismo, entre dos concepciones del mundo irreconciliables, en el que a Alfredo el Grande le correspondió un papel protagonista. El joven Uhtred, después de haber ayudado a Alfredo el Grande a convertir Wessex en un reino sajón independiente, regresa al norte con el propósito de encontrar a su hermanastra. Pero por el camino hallará unas tierras envueltas en el caos y la guerra, y a un Guthred que ha pasado de ser un esclavo a pretendiente al trono.

La fuerza narrativa, el rigor histórico y la plasticidad de la recreación de ambientes que caracterizan la obra de Cornwell vuelven a atrapar al lector desde las primeras páginas para proponerle un viaje a uno de los momentos más turbulentos, desconocidos y emocionantes de la historia.

-
- [Mapa](#)
 - [Topónimos](#)
 - [PRIMERA PARTE: El rey esclavo](#)
 - [Capítulo I](#)
 - [Capítulo II](#)
 - [Capítulo III](#)
 - [Capítulo IV](#)
 - [SEGUNDA PARTE: El barco rojo](#)
 - [Capítulo V](#)
 - [Capítulo VI](#)
 - [Capítulo VII](#)
 - [TERCERA PARTE: Caminante de las sombras](#)
 - [Capítulo VIII](#)
 - [Capítulo IX](#)
 - [Capítulo X](#)

- [Capítulo XI](#)
 - [Nota Histórica](#)
 - [Datos del libro](#)
-

Bernard Cornwell

Los Señores del Norte

Sajones, vikingos y normandos III

.

Para Ed Breslin

Mapa



Topónimos

La ortografía de los topónimos en la Inglaterra anglosajona era un asunto incierto, incoherente y en el que no hay acuerdo siquiera en el propio nombre. Así, Londres podía aparecer de cualquiera de las siguientes maneras: Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Sin duda, algunos lectores preferirán otras versiones de los nombres enumerados abajo, pero he empleado normalmente la ortografía citada en el *Oxford Dictionary of English Place Names* [Diccionario Oxford de topónimos ingleses] durante los años más cercanos o pertenecientes al reinado de Alfredo el Grande, 871-899 d. de C, pero ni siquiera esa solución es infalible. La isla Hayling, en 956, se escribía tanto Heilincigae como Haeglingaigga. Ni tampoco yo he sido totalmente coherente; he preferido el moderno Inglaterra a Englalund y he utilizado Northumbria en lugar de Norðhymbraland para evitar sugerir que los límites del antiguo reino coinciden con los del actual condado. Así que esta lista, como la ortografía misma de los nombres, es caprichosa:

Æbbanduna - Abingdon, Berkshire
Æsc, colina de - Ashdown, Berkshire
Badum (se pronuncia Bathum) - Bath, Avon
Basengas - Basing, Hampshire
Beamfleot - Benfleet, Essex
Beardastopol – Barnstable, Devon
Bebbanburg - Bamburgh Castle, Northumbria
Berrocscire - Berkshire
Blaland - Norte de África
Cantucton - Cannington, Somerset
Cetreht - Catterick, Yorkshire
Cippanhamin - Chippenham, Wiltshire
Cirrenceastre - Cirencester, Gloucestershire
Contwaraburg - Canterbury, Kent
Cornwalum - Cornualles
Cridianton - Crediton, Devon

Cynuit - Fortaleza de Cynuit, cerca de Cannington, Somerset
Dalriada - oeste de Escocia
Defnascir - Devonshire
Deoraby - Derby, Derbyshire
Dic - Diss, Norfolk
Dunholm - Durham, condado de Durham
Eoferwic - York (también la danesa Jorvic, que se pronuncia Yorvik)
Exanceaster - Exeter, Devon
Fromtun - Frampton on Severn, Gloucestershire
Gegnesburh - Gainsborough, Lincolnshire
el Gewæsc - el Wash
Gleawecestre - Gloucester, Gloucestershire
Gyruum - Jarrow, condado de Durham
Haithabu - Hedeby, ciudad comercial en el sur de Dinamarca
Hamanfunta - Havant, Hampshire
Heilincigae - isla de Hayling, Hampshire
Hreapandune – Repton, Derbyshire
Kenet - río Kennet
Ledecestre - Leicester, Leicestershire
Lindisfarena - Lindisfarne (isla sagrada), Northumbria
Lundene - Londres
Mereton - Marten, Wiltshire
Meslach - Matlock, Derbyshire
Pedredan - río Parrett
Pictland - este de Escocia
el Poole - bahía de Poole, Dorset
Readingum - Reading, Berkshire
Sæfern - río Severn
Scireburnan - Sherborne, Dorset
Snotengaham - Nottingham, Nottinghamshire
Solente - Solent
Streonshall - Strensall, Yorkshire
Sumorsæte - Somerset
Suth Seaxa - Sussex (sajones del sur)
Synningthwait - Swinithwaite, Yorkshire
Temes - río Támesis
Thornsæta - Dorset

Tine - río Tyne
Trente - río Trent
Tuede - río Tweed
Twyfyrde - Tiverton, Devon
Uisc - río Exe
Werham - Wareham, Dorset
Wiht - isla de Wight
Wiire - río Wear
Wiltun - Wilton, Wiltshire
Wiltunscir - Wiltshire
Winburnan - Wimborne Minster, Dorset
Wintanceaster - Winchester, Hampshire

PRIMERA PARTE: El rey esclavo

Quería oscuridad. Aquella noche de verano aún había luna, y salía continuamente de detrás de las nubes para ponerme nervioso. Quería oscuridad.

Había cargado con dos bolsas de cuero hasta el cordal que marcaba la frontera norte de mis tierras. Mis tierras. Fifhidan, se llamaban, y eran la recompensa del rey Alfredo por el servicio prestado en Ethandun, en cuya larga colina verde habíamos destruido un ejército danés. Muro de escudos contra muro de escudos, y al concluir Alfredo volvía a ser rey y los daneses habían sido derrotados. Wessex seguía vivo, y me atrevería a decir que yo había hecho más que la mayoría. Había perdido a mi mujer, a mi amigo, una lanza me había atravesado el muslo, y por toda recompensa había recibido Fifhidan.

Cinco pellejos. Eso significaba el nombre. ¡Cinco pellejos! Apenas suficiente tierra para mantener a las cuatro familias de esclavos que labraban la tierra, esquilaban a las ovejas y pescaban en el río Kenet. Otros hombres habían obtenido grandes tierras, y para la iglesia hubo ricos bosques y profundos pastos. Pero a mí me habían dado cinco pellejos. Detestaba a Alfredo. Era un rey amargado, meapilas y tacaño que desconfiaba de mí porque no era cristiano, porque venía del norte y porque le había devuelto su reino en Ethandun. Y su recompensa había sido Fifhidan. Hijo de la grandísima puta.

Así que había cargado con las dos bolsas hasta la loma segada por las ovejas, repleta de enormes rocas grises que la luna bañaba de blanco al escapar de entre los jirones de nubes. Me agaché junto a una de las grandes piedras y Hild se agachó junto a mí.

Era mi mujer, entonces. Había sido monja en Cippanhamm, pero los daneses ocuparon la ciudad y la habían prostituido. Ahora estaba conmigo. A veces, en la noche, la escuchaba rezar, y sus oraciones eran siempre de lágrimas y desesperación. Suponía que acabaría volviendo con su dios, pero por el momento yo era su refugio.

—¿Por qué esperamos? —preguntó.

Me puse un dedo sobre los labios para indicarle silencio. Me observó. Tenía un rostro alargado, ojos grandes y el pelo dorado bajo un pañuelo. Hubiera sido un desperdicio que se metiera a monja. Alfredo, por supuesto, la quería de vuelta en el convento. Por eso permití que se quedara. Para incordiarle. El muy hijo de puta.

Esperaba para asegurarme de que nadie nos vigilaba. Era poco probable, pues a la gente no le gusta aventurarse en la noche cuando acechan monstruos horribles. Hild se agarró a su crucifijo, pero yo me sentía a gusto en la oscuridad. De niño había aprendido a amar la noche. Era un *sceadugengan*, un caminante de la noche, una de las criaturas que los otros hombres temían.

Esperé mucho tiempo, hasta asegurarme de que no había nadie más en la loma, después desenvainé *Aguijón-de-avispa*, mi espada corta, y corté un cuadrado de hierba que aparté a un lado. Excavé y apilé la tierra sobre mi capa. La hoja constantemente chocaba contra tiza y piedras, *Aguijón-de-avispa* se mellaría, pero seguí excavando hasta hacer un hoyo lo suficientemente grande para enterrar a un niño. Metimos dentro las dos bolsas. Eran mi tesoro. Mi plata y mi oro, mis riquezas, y no quería cargar con ellas. Poseía cinco pellejos, dos espadas, una cota de malla, un escudo, un casco, un caballo y una monja delgaducha, pero no tenía hombres para proteger mi tesoro; así que tenía que esconderlo. Me guardé unas cuantas monedas de plata y confié el resto a la tierra, lo cubrimos, lo pisamos y lo tapamos de nuevo con el cuadrado de hierba. Esperé que la luna saliera de detrás de una nube para examinar el suelo, me aseguré de que no parecía perturbado, y memoricé el lugar, señalándolo en mi mente con las piedras cercanas. Un día, cuando tuviera suficientes medios para protegerlo, volvería a por él.

Hild observaba la tumba del tesoro.

—Alfredo dice que tienes que quedarte.

—Alfredo por mí se puede mear en su propia garganta —contesté—, y espero que el muy cabrón se atragante en el intento y la palme.

Moriría pronto, pues era un hombre enfermo. Sólo tenía veintinueve años, ocho más que yo, pero parecía tener cincuenta, y dudo mucho de que ninguno de los dos le echara más de dos o tres años de vida. Siempre estaba aquejado de dolores de estómago, cagándose por la pata abajo o temblando de fiebre.

Hild tocó la hierba bajo la que estaba enterrado el tesoro.

—¿Significa esto que volvemos a Wessex? —preguntó.

—Significa —respondí—, que ningún hombre viaja entre enemigos con su tesoro. Está más seguro aquí, y si sobrevivimos vendremos a buscarlo. Y si yo muero, tú vendrás a buscarlo.

No contestó; transportamos la tierra que había sobrado sobre la capa y la tiramos al río.

Por la mañana, montamos en nuestros caballos y cabalgamos hacia el este. Nos dirigíamos a Lundene, pues en Lundene empiezan todas las carreteras. Me guiaba el destino. Era el año 878, tenía veintiún años y creía que ganaría el mundo entero con mis espadas. Era Uhtred de Bebbanburg, el hombre que había matado a Ubba Lothbrokson junto al mar y había derribado a Svein, el del Caballo Blanco, en Ethandun. Era el hombre que había devuelto a Alfredo su reino, y lo detestaba. Así que iba a abandonarlo. Mi camino era el de la espada, y me llevaría a casa. Regresaba al norte.

* * *

Lundene es la mayor ciudad en toda la isla de Gran Bretaña; siempre he adorado sus casas en ruinas y sus callejones enfebrecidos, pero Hild y yo nos quedamos sólo dos días, alojados en una taberna sajona en la ciudad nueva, al oeste de las desmoronadas murallas romanas. Formaba entonces parte de Mercia, protegida por daneses. Las tabernas estaban llenas de viajeros, extranjeros y patrones de barco, y fue un mercader llamado Thorkild quien nos ofreció pasaje hasta Northumbria. Le dije que me llamaba Ragnarson y ni me creyó ni lo puso en duda, así que nos ofreció pasaje a cambio de dos monedas de plata y mis músculos en uno de sus remos. Yo era sajón, pero había sido criado por los daneses, así que hablaba su lengua, y Thorkild supuso que era danés. Mi buen casco, la cota de malla y las dos espadas le indicaban que era guerrero, y debió de suponer que también era fugitivo de algún ejército derrotado, pero ¿a él qué le importaba? Necesitaba remeros. Algunos comerciantes sólo se servían de esclavos, pero Thorkild opinaba que daban problemas y empleaba hombres libres.

Nos marchamos con la marea baja, con el casco hasta los topes de rollos de lino, aceite franco, pieles de castor, docenas de buenas sillas de

montar y sacos de cuero repletos de los preciados comino y mostaza. Cuando salimos de la ciudad, ya en el estuario del Temes, cruzamos a Anglia Oriental, pero vimos poco de aquella región, pues en nuestra primera noche una niebla perniciosa llegó del mar y se prolongó durante días. Algunas mañanas no avanzábamos en absoluto, y cuando el tiempo mejoraba un poco tampoco podíamos alejarnos de la orilla. Creí que era mejor volver a casa en barco, que sería más rápido que por carretera, pero avanzábamos penosamente kilómetro tras kilómetro de niebla, por una maraña de bancos de lodo, arroyos y corrientes traicioneras. Nos deteníamos todas las noches, buscábamos algún lugar en el que amarrar o echar el ancla, y perdimos una semana entera en algún pantano perdido de Anglia Oriental porque se salió una de las planchas de la proa y el barco no desaguaba con suficiente rapidez; no tuvimos más remedio que tirar del barco hasta una playa enfangada y allí repararlo. Para cuando el casco estuvo calafateado, el tiempo había cambiado y el sol relucía en un mar sin niebla, así que remamos hacia el norte, haciendo paradas cada noche. Vimos docenas de barcos, todos más largos y estrechos que los de Thorkild. Eran navíos de guerra daneses y viajaban rumbo al norte. Supuse que serían fugitivos del ejército derrotado de Guthrum, que volvían a Dinamarca, se dirigían a Frisia o dondequiera que fuese más sencillo de saquear que el Wessex de Alfredo.

Thorkild era un Upo alto y lúgubre que decía tener treinta y cinco años. Llevaba el pelo canoso recogido en trenzas que le colgaban hasta la cintura como largas sogas, y en sus brazos no había señal de los brazaletes que señalan las proezas de un guerrero.

—Nunca fui un luchador —me confesó—. Me criaron como comerciante y eso es lo que he sido siempre. Cuando yo muera, mi hijo seguirá comerciando.

—¿Vives en Eoferwic? —le pregunté.

—En Lundene. Pero tengo un almacén en Eoferwic. Es un buen lugar para comprar lana.

—¿Sigue gobernando allí Ricsig? —quise saber.

Sacudió la cabeza.

—Ricsig lleva dos años muerto. Ahora hay un hombre llamado Egberto en el trono.

—Había un rey Egberto en Eoferwic cuando yo era niño.

—Éste es su hijo, o su nieto, o puede que su primo. Un sajón, en cualquier caso.

—¿Y quién gobierna realmente en Northumbria?

—Nosotros, por supuesto —dijo, refiriéndose a los daneses.

—Los daneses a menudo ponían un sajón domesticado en los tronos de los reinos que capturaban, y Egberto, quienquiera que fuese, era sin duda uno de esos monarcas con correa. Ofrecía apariencia de legalidad a los ocupantes daneses, pero el auténtico gobernante era el conde Ivarr, el danés que poseía la mayoría de las tierras alrededor de la ciudad. Ivarr Ivarson —añadió Thorkild con un punto de orgullo en la voz—; su padre era Ivar Lothbrokson.

—Yo conocí a Ivar Lothbrokson —le dije.

Dudo mucho de que Thorkild me creyera, pero era cierto. Ivar Lothbrokson había sido un señor de la guerra temible, delgado y esquelético, salvaje y espantoso, amigo del conde Ragnar, que me había criado. Era hermano de Ubba, el hombre que había matado junto al mar.

—Ivarr es quien tiene en realidad el poder en Northumbria —me informó Thorkild—, menos en el valle del río Wiire. Es Kjartan quien gobierna allí —Thorkild se tocó el amuleto del martillo cuando pronunció el nombre de Kjartan—. Kjartan el Cruel, le llaman ahora —continuó—, y su hijo es aún peor.

—Sven —añadí con amargura. Conocía a Kjartan y Sven. Eran mis enemigos.

—Sven el Tuerto —comentó Thorkild con una mueca, y volvió a tocarse el amuleto, como para alejar el mal de los nombres que acababa de pronunciar—. Y al norte —prosiguió—, gobierna Ælfric de Bebbanburg.

También lo conocía. Ælfric de Bebbanburg era mi tío y ladrón de mis tierras, pero fingí no reconocer el nombre.

—¿Ælfric? ¿Otro sajón?

—Un sajón —confirmó Thorkild—, pero su fortaleza es demasiado poderosa para nosotros —añadió para explicar por qué se permitía a un jefe sajón seguir en Northumbria—, y tampoco ofende a nadie.

—¿Amigo de los daneses?

—No es ningún enemigo —contestó—. Esos tres son los grandes señores, Ivarr, Kjartan y Ælfric, y más allá de las colinas de Cumbraland nadie sabe qué ocurre —se refería a la costa oeste de Northumbria, junto al mar de Irlanda— Había un gran señor danés en Cumbraland —prosiguió—.

Hardicnut, se llamaba, pero creo que lo mataron en una reyerta. ¿Y ahora? —se encogió de hombros.

Así que eso era Northumbria, un reino de señores rivales. Ninguno me tenía aprecio y dos de ellos me querían muerto. Con todo, era mi hogar, y yo tenía una obligación allí, por eso seguía el camino de la espada.

Era la obligación que imponía la deuda de sangre. La deuda había empezado cinco años atrás, cuando Kjartan y sus hombres llegaron a casa del conde Ragnar en medio de la noche. La quemaron y asesinaron a todos los que intentaron escapar de las llamas. Ragnar me había criado, lo quería como a un padre, y su asesinato seguía impune. Tenía un hijo, también llamado Ragnar, que era mi amigo, pero Ragnar *el Joven* no podía vengarse porque había sido tomado de rehén en Wessex. Así que iría al norte, encontraría a Kjartan y lo despacharía. Y mataría también a su hijo, Sven el Tuerto, que se había llevado prisionera a la hija de Ragnar. ¿Seguiría Thyra viva? No lo sabía. Sólo sabía que había jurado vengar la muerte de Ragnar *el Viejo*. A veces me parecía, mientras halaba los remos de Thorkild, que era un insensato por volver a casa, pues en Northumbria me sobraban enemigos, pero me guiaba el destino, y lo cierto es que sentí un nudo en la garganta cuando viramos, al final de nuestro viaje, para meternos por la desembocadura del Humber.

No se veía nada, salvo una orilla fangosa medio oculta por la lluvia, ramas de sauce en los bajíos que señalaban arroyos oscuros, y grandes marañas de laminarias y fucos que ondeaban en el agua gris, pero aquél era el río que conducía a Northumbria y comprendí, en ese mismo instante, que había tomado la decisión correcta. Aquello era mi hogar. No Wessex, a pesar de sus campos más fértiles y sus colinas más suaves. Wessex había sido domado, las riendas estaban en manos del rey y de la iglesia, pero aquí arriba volaban bandadas más salvajes sobre un cielo más frío.

—¿Aquí es donde vives? —preguntó Hild cuando aparecieron las orillas a ambos lados.

—Mi tierra está más al norte —le conté—. Esto es Mercia —señalé la orilla sur—, y esto Northumbria —la orilla norte—, y Northumbria se extiende hasta las tierras bárbaras.

—¿Bárbaras?

—De los escoceses —aclaré, y escupí por la borda.

Antes de que llegaran los daneses, los escoceses habían sido nuestros principales enemigos, siempre de saqueo en el sur, pero también ellos,

como nosotros, habían sido invadidos por los hombres del norte, y ya no suponían una amenaza tan grande, aunque las incursiones no habían cesado.

Remamos Ouse arriba y nuestras canciones acompañaban las paladas a medida que nos deslizábamos bajo sauces y alisos, dejando atrás prados y bosques. Thorkild, en cuanto entramos en Northumbria, quitó la cabeza de perro labrada de su proa para que la bestia amenazante no asustara a los espíritus de la tierra. Y aquella tarde, bajo un cielo apagado, llegamos a Eoferwic, la capital de Northumbria y el lugar en que mi padre pereció en batalla, donde yo me convertí en huérfano y donde conocí a Ragnar *el Viejo*, que me había criado y enseñado a amar a los daneses.

No remaba cuando llegamos a la ciudad, pues había pasado el día bogando y Thorkild me había relevado; estaba observando los edificios desde la proa, el humo que despedían las chimeneas, cuando vi el primer cadáver. Era un chico, de unos diez u once años, y estaba desnudo salvo por un harapo envuelto en la cintura. Le habían rebanado el cuello, aunque la enorme herida ya no tenía sangre, lavada por el Ouse. Los largos cabellos rubios flotaban como algas bajo el agua.

Aparecieron un par de cadáveres más, después nos acercamos lo suficiente para ver los hombres en las almenas, demasiados, hombres con lanzas y escudos, vimos más hombres en los muelles, hombres vestidos de malla, hombres que nos vigilaban, hombres con espadas desnudas. Thorkild gritó una orden y levantamos nuestros remos, las palas inmóviles gotearon. El barco giró bruscamente y oí los gritos dentro de la ciudad.

Había llegado a casa.

Capítulo I

Thorkild dejó que la corriente arrastrara el barco unos cien pasos y lo estampó contra una orilla junto a un sauce. Bajó a tierra, lo amarró con una sogas de piel de foca al tronco del sauce, y después, mirando con temor a los hombres armados que lo observaban desde la orilla, volvió a subir a bordo.

—Tú —dijo señalándome—, ve a ver qué pasa.

—Pasa que hay problemas —le contesté—. ¿Qué más quieres saber?

—Quiero saber qué le ha pasado a mi almacén —dijo, después señaló con la cabeza a los hombres armados—, y no quiero preguntárselo a ellos. Así que ve tú.

Me eligió a mí porque era guerrero y porque, si me mataban, no me echaría de menos. La mayoría de sus remeros sabían luchar, pero evitaban el combate siempre que podían porque el derramamiento de sangre y el comercio eran malos compañeros. Los hombres armados se acercaron por la orilla. Eran seis, pero se aproximaban con mucha cautela, pues Thorkild poseía el doble de hombres en sus remos, y todos los marineros iban armados con hachas y lanzas.

Me cubrí al cabeza con la malla, desenvolví el glorioso casco coronado con un lobo que había capturado de un barco danés en la costa oeste, me ceñí *Hálito-de-serpiente* y *Aguijón-de-avispa* y así, vestido para la guerra, salté torpemente a la orilla. Resbalé en la pronunciada pendiente, me agarré a unas ortigas para no caerme y, maldiciendo por la quemazón, subí al camino. Ya había estado allí antes; aquél era el amplio pasto junto al río en el que mi padre había guiado el ataque a Eoferwic. Me puse el casco y le grité a Thorkild que me lanzara mi escudo. Eso hizo, y justo cuando empezaba a caminar hacia los seis hombres que me esperaban espada en mano, Hild saltó detrás de mí.

—Tendrías que haberte quedado en el barco —le dije.

—Sin ti, no —respondió. Cargaba con nuestra única bolsa de cuero en la que poco más había, aparte de una muda, un cuchillo y una piedra de afilar—. ¿Quiénes son? —preguntó, refiriéndose a los seis hombres que aún estaban a unos cincuenta pasos y no tenían prisa por reducir la distancia.

—Vamos a averiguarlo —contesté, y desenvainé *Hálito-de-serpiente*.

Las sombras se alargaban y el humo de las cocinas de la ciudad se teñía de morado y oro en el crepúsculo. Los grajos regresaban a sus nidos y en la distancia vi unas vacas que se dirigían al ordeño de la tarde. Me acerqué a los seis hombres. Llevaba puesta la malla, tenía un escudo y dos espadas, lucía brazaletes y un casco que valía lo que tres finas armaduras, y mi apariencia detuvo en seco a los seis hombres, que se apiñaron y me esperaron. Todos habían desenvainado, pero vi que un par de ellos llevaban crucifijos alrededor del cuello y supuse que serían sajones.

—Cuando un hombre vuelve a casa —les grité en inglés—, no espera ser recibido por espadas.

Dos de los hombres eran mayores, de unos treinta años, ambos propietarios de espesas barbas y cotas de malla. Los otros cuatro se protegían con jubones de cuero y eran más jóvenes, de unos diecisiete o dieciocho, y las espadas en sus manos les resultaban tan poco familiares como me habría parecido a mí la esteva de un arado. Debieron de suponer que era danés porque había bajado de un barco danés, y sabían que seis podían con un danés, pero también sabían que un guerrero danés, vestido para la batalla, se llevaría por delante al menos a dos de ellos antes de morir, así que se sintieron aliviados al oírme hablar en inglés. También les dejó perplejos.

—¿Quién eres? —preguntó uno de los hombres mayores.

No respondí, pero me acerqué más a ellos. Si habían decidido atacarme me vería obligado a huir indignamente o morir, pero caminaba seguro de mí, con el escudo bajo y la punta de *Hálito-de-serpiente* rozando la larga hierba. Interpretaron mi reticencia a contestar como arrogancia, cuando simplemente se trataba de confusión. Pensé en llamarme por cualquier otro nombre que no fuera el mío, pues no quería que ni Kjartan ni el traidor de mi tío supieran que había regresado a Northumbria, pero mi nombre también era reconocido, y me vi insensatamente tentado de usarlo para maravillarlos. La inspiración llegó justo a tiempo.

—Soy Steapa de Defnascir —anuncié, y por si acaso el nombre de Steapa no era conocido en Northumbria, añadí una fanfarronada—. Soy el hombre que metió a Svein, el del Caballo Blanco, en su eterno hogar en la tierra.

El hombre que me había preguntado el nombre dio un paso atrás.

—¿Sois Steapa? ¿Al servicio de Alfredo?

—Lo soy.

—Señor —dijo, y agachó la espada.

Uno de los hombres más jóvenes se tocó el crucifijo y se puso de rodillas. Un tercero envainó la espada y los demás, considerándolo también prudente, hicieron lo propio.

—¿Quién sois vos? —les apremié.

—Servimos al rey Egberto —dijo uno de los hombres mayores.

—¿Y los muertos? —pregunté indicando con un gesto el río, donde otro cadáver desnudo daba vueltas lentamente en la corriente—. ¿Quiénes son?

—Daneses, señor.

—¿Estáis matando daneses?

—Es la voluntad de Dios, señor —respondió.

Señalé hacia el barco de Thorkild.

—Ese hombre es danés y también un amigo. ¿Vais a matarlo?

—Conocemos a Thorkild, señor —contestó el hombre—, y si viene en son de paz, saldrá vivo.

—¿Y yo? —pregunté—, ¿qué queréis hacer conmigo?

—El rey querrá veros, señor. Os honrará por las grandes matanzas de daneses.

—¿Esta matanza? —pregunté con desdén, mientras señalaba con la punta de *Hálito-de-serpiente* a un fiambre del río.

—Honrará la victoria contra Guthrum, señor. ¿No es cierto?

—Es cierto —contesté—. Estuve allí —me di la vuelta entonces, envainé *Hálito-de-serpiente* y le indiqué a Thorkild que se acercara, así que desamarró el barco y remó río arriba. Se lo conté todo desde la orilla, a gritos, que los sajones de Egberto se habían levantado contra los daneses, pero que estos hombres habían prometido que lo dejarían en paz si venía amistosamente.

—¿Qué harías en mi lugar? —me gritó Thorkild desde el barco. Sus hombres remaban con golpes cortos para mantener el barco quieto contracorriente.

—Ve río abajo —le grité en danés—, busca daneses de espada y espera hasta saber qué está pasando.

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo me quedo aquí —le contesté.

Rebuscó en una bolsa y me lanzó algo. Brilló a la luz crepuscular, y desapareció entre los ranúnculos que amarilleaban el prado oscurecido.

—Eso por el consejo —gritó—, y te deseo muchos años de vida, quienquiera que seas.

Le dio la vuelta al barco; una maniobra torpe, pues el casco era casi tan largo como la anchura del río, pero se las apañó con bastante destreza y los remos lo llevaron río abajo y fuera de mi vida. Más tarde me enteré de que su almacén había sido saqueado, el danés que lo cuidaba había muerto y habían violado a su hija; así que mi consejo bien valía la moneda de plata que me había lanzado.

—¿Le habéis dicho que se marchara? —preguntó uno de los barbudos cargado de resentimiento.

—Ya os lo he dicho, es un amigo —me agaché y encontré el chelín en la larga hierba—. ¿Y cómo es que sabéis de la victoria de Alfredo? —pregunté.

—Vino un cura, señor —contestó—, y nos lo contó.

—¿Un cura?

—De Wessex, señor. Hizo todo el viaje desde Wessex. Transportaba un mensaje del rey Alfredo.

Debería haber imaginado que Alfredo querría que las noticias de su victoria sobre Guthrum se extendieran por la Inglaterra sajona, y resultó que había enviado curas a todos los lugares en los que moraban sajones con el mensaje de que Wessex había salido victorioso y que Dios y los santos les habían otorgado el triunfo. Uno de esos curas había llegado al Eoferwic del rey Egberto justo un día antes de mi llegada, y en ese mismo instante comenzó la estupidez.

El cura había viajado a caballo, con el hábito guardado en el hatillo colgado de la silla, de casa sajona en casa sajona a través de la danesa Mercia. Los sajones mercios le habían ayudado en su camino, le habían proporcionado caballos frescos cada día y lo habían escoltado para cruzar las guarniciones danesas más grandes, hasta llegar a la capital de Northumbria y darle al rey Egberto las buenas noticias de que los sajones del oeste habían derrotado al Gran Ejército danés. Con todo, lo que más gustó a los sajones de Northumbria fue la escandalosa afirmación de que san Cutberto se le había aparecido a Alfredo en un sueño para mostrarle el camino de la victoria. Al parecer el sueño había tenido lugar en el invierno que Alfredo pasó derrotado en Æthelingæg, lugar en el que un puñado de sajones fugitivos se habían zafado de los daneses conquistadores, y la historia del sueño estaba dirigida a los sajones de Egberto como la flecha de

un cazador, pues no había santo más reverenciado al norte del Humber que Cutberto. Cutberto era el ídolo de Northumbria, el cristiano más santo que había pisado aquella tierra, y no había ni una sola casa sajona pía que no le rezara a diario. La idea de que el glorioso santo del norte había ayudado a Wessex a derrotar a los daneses hizo que los sesos del rey Egberto abandonaran su cráneo como las perdices huyen de los cosechadores. Tenía todos los motivos para alegrarse por la victoria de Alfredo, y sin duda le molestaba gobernar bajo yugo danés, pero lo que tendría que haber hecho era darle las gracias al cura que trajo la noticia y luego, para que no difundiera la buena nueva, hacerle callar como a un perro en una perrera. Lo que había hecho, en cambio, era ordenar a Wulfhere, el arzobispo de la ciudad, que celebrara un servicio de acción de gracias en la iglesia más grande de la ciudad. Wulfhere, que no era ningún insensato, había desarrollado una dolencia imprevista y se había marchado al campo a reposar, pero un necio llamado padre Hrothweard había ocupado su lugar en la gran iglesia de Eoferwic y pronunciado un sermón fiero que aseguraba que san Cutberto había bajado de los cielos para conducir a Wessex a la victoria, y esa imbecilidad había convencido a los sajones de Eoferwic que Dios y san Cutberto iban a librar a su país de los daneses. Así había empezado la matanza.

De todo esto me enteré subiendo a la ciudad. También supe que había menos de cien guerreros daneses en Eoferwic porque el resto se había marchado al norte con el conde Ivarr para enfrentarse a un ejército escocés que había cruzado la frontera. Nadie aseguraba que tal cosa había ocurrido, pero los escoceses del sur tenían un nuevo rey que había jurado convertir Eoferwic en su nueva capital, así que Ivarr había subido con su ejército para darle al tipo una lección.

Ivarr era el auténtico gobernante del sur de Northumbria. Si hubiera querido llamarse rey, nadie habría podido evitarlo, pero resultaba conveniente tener un sajón maleable en el trono para recaudar impuestos y mantener tranquilos a los demás sajones. Ivarr, mientras tanto, podía dedicarse a lo que mejor hacía su familia: guerrear. Era un Lothbrok, y se jactaban de que ningún varón Lothbrok había muerto en su lecho. Morían luchando con las espadas en las manos. El padre de Ivarr y uno de sus tíos habían perecido en Irlanda, mientras que Ubba, el tercer hermano Lothbrok, había caído ante mi espada en Cynuit. Pero entonces, Ivarr, el último danés

de espada de una familia enamorada de la guerra, marchaba contra los escoceses y había jurado traer encadenado a su rey a Eoferwic.

Pensaba que ningún sajón en su sano juicio se rebelaría contra Ivarr, que compartía con su padre la reputación de implacabilidad, pero la victoria de Alfredo y el cuento de que había sido inspirada por san Cutberto había prendido la yesca de la locura en Eoferwic. Y el sermón del padre Hrothweard había echado leña al fuego. A grito pelado anunció que Dios, san Cutberto y un ejército de ángeles venían para expulsar a los daneses de Northumbria, y mi llegada no hizo sino alentar la locura.

—Os ha enviado Dios —repetían sin cesar los hombres que me habían recibido, difundiendo a voces que yo era el asesino de Svein, y cuando llegamos a palacio, una pequeña comitiva nos seguía a Hild y a mí mientras nos abríamos paso por callejones estrechos aún manchados de sangre danesa.

Ya había estado antes en el palacio de Eoferwic. Era un edificio romano de piedra clara, con enormes pilares que sostenían un techo de teja remendado con paja ennegrecida. Los mosaicos del suelo, que antaño representaban a los dioses romanos, estaban rotos, y lo que quedaba de ellos, manchado con la sangre derramada el día anterior. El gran salón apestaba como el patio de un matadero, y lo coronaba una guirnalda del hollín de las antorchas que iluminaban aquel cavernoso espacio.

El nuevo rey Egberto resultó ser sobrino del viejo rey Egberto, y poseía el rostro cambiante de su tío y su boca irascible. Parecía asustado cuando subió a la tarima al otro extremo de la sala, y no era de extrañar, pues el loco Hrothweard había invocado un torbellino, y Egberto debía de suponer que los daneses de Ivarr volverían buscando venganza. Con todo, los seguidores de Egberto se dejaban llevar por la emoción, seguros de que la victoria de Alfredo auguraba la derrota final de los hombres del norte, y mi llegada se interpretó como otra señal del cielo. Me empujaron hacia delante y las noticias de mi advenimiento alcanzaron al confuso rey, que aún pareció más confundido cuando otra voz, una voz familiar, gritó mi nombre.

—¡Uhtred, Uhtred!

Busqué al propietario y vi que era el padre Willibald.

—¡Uhtred! —gritó de nuevo y parecía encantado de verme. Egberto puso mala cara, después miró a Willibald—. ¡Uhtred! —repitió el cura, haciendo caso omiso del rey, y se acercó a abrazarme.

El padre Willibald era un buen amigo y un buen hombre. Era un sajón del oeste que tiempo atrás había sido capellán de la flota de Alfredo, y quiso el destino que fuera elegido para llevar al norte las buenas nuevas de Ethandun a los sajones de Northumbria.

El barullo en la sala se acalló. Egberto intentó tomar las riendas.

—Vuestro nombre es... —dijo, y demostró que no sabía cuál era mi nombre.

—¡Steapa! —gritó uno de los hombres que nos habían escoltado hasta la ciudad.

—¡Uhtred! —reveló Willibald, con los ojos brillantes de la emoción.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —confesé, pues ya no tenía posibilidades de mantener el engaño.

—¡El hombre que mató a Ubba Lothbrokson! —anunció Willibald e intentó levantar mi brazo derecho para indicar que era un adalid—. ¡Y el hombre —prosiguió— que desmontó a Svein, el del Caballo Blanco, en Ethandun!

En dos días, pensé, Kjartan el Cruel sabría que estaba en Northumbria, y en tres, se habría enterado de mi llegada mi tío Ælfric, y de haber poseído un poquito de sentido común, habría salido de la sala, agarrado a Hild de la mano, y me habría marchado al sur tan rápido como el arzobispo Wulfhere se había esfumado de Eoferwic.

—¿Estuvisteis en Ethandun? —preguntó Egberto.

—Sí, mi señor.

—¿Qué ocurrió?

Ya habían escuchado la versión de la batalla de Willibald, pero era la de un cura, llena de oraciones y milagros. Yo se la narré como la querían, la versión guerrera, una historia de daneses muertos y sangre derramada a hierro, y durante todo mi relato un cura de ojos fieros, pelo crespo y barba desmandada me interrumpía con gritos de aleluya. Colegí que debía de ser el padre Hrothweard, el cura que había conducido a Eoferwic a la matanza. Era joven, apenas algo mayor que yo, pero tenía un voz poderosa y una autoridad natural que se veía reforzada por su pasión. Cada aleluya iba acompañado de una ducha de saliva, y en cuanto terminé de describir la derrota de los daneses huyendo por la ladera desde la colina de Ethandun, Hrothweard se adelantó y aprovechó para arengar de nuevo a la multitud.

—¡Éste es Uhtred! —gritó, dándome un codazo en las costillas—. Uhtred de Northumbria, Uhtred de Bebbanburg, azote de los daneses, un

guerrero de Dios, ¡la espada del Señor! Y ha venido a nosotros, ¡justo como el bendito san Cutberto visitó a Alfredo en una época de tribulaciones! ¡Estas son señales del Todopoderoso!

La multitud vitoreó, el rey pareció aún más asustado, y Hrothweard, siempre dispuesto a volcarse en un sermón feroz, empezó a echar espumarajos por la boca mientras describía la inminente matanza de todos los daneses de Northumbria.

Conseguí apartarme de Hrothweard, y me abrí paso hasta la parte de atrás de la tarima, allí agarré a Willibald por el pescuezo y lo metí en un pasaje que conducía a la cámara real.

—Sois un imbécil —le gruñí—, un *earsling*. Un cagarro chorreante sin un gramo de seso, eso es lo que sois. Tendría que sacaros vuestras inútiles tripas ahora mismo y echárselas a los cerdos —Willibald abrió la boca, volvió a cerrarla y me miró indefenso—. Los daneses van a volver, y habrá una masacre —volvió a abrir y cerrar la boca, sin emitir sonido alguno—. Lo que vais a hacer ahora es cruzar el Ouse y largaros al sur tan rápido como os lleven las piernas.

—Pero es todo cierto —suplicó.

—¿El qué es todo cierto? —pregunté.

—¡Que san Cutberto nos ha dado la victoria!

—¡Pero qué va a ser cierto! —le rugí—. Alfredo se lo ha inventado. ¿Creéis que Cutberto se le apareció en ¿Æthelingæg? ¿Por qué no nos contó lo del sueño entonces? —Me detuve y Willibald emitió un sonido ahogado—. Esperó —contesté yo mismo—, porque no ocurrió.

—Pero...

—¡Se lo ha inventado! —gruñí—, porque quiere que Northumbria mire en dirección a Wessex en busca de liderazgo contra los daneses. Quiere ser rey de Northumbria, ¿es que no lo entendéis? Y no sólo de Northumbria. No tengo duda alguna de que tiene merluzos como vos contándole a los mercios que uno de sus santos de los cojones se le apareció en un sueño.

—Es que así fue —me interrumpió, y cuando puse cara de incredulidad, me lo aclaró mejor—. ¡Tenéis razón! San Kenelm le habló a Alfredo en Æthelingæg. Se le apareció en un sueño y le dijo a Alfredo que ganaría.

—No pasó nada de eso —contesté con toda la paciencia que pude reunir.

—¡Pero si es cierto! —insistió—. ¡Me lo dijo Alfredo mismo! Es obra de Dios, Uhtred, y una obra hermosa de contemplar.

Lo agarré por los hombros, aplastándolo contra el muro de la pared.

—Tenéis una opción, padre —le contesté—. Podéis salir de Eoferwic antes de que vuelvan los daneses o podéis inclinar la cabeza a un lado.

—¿Que puedo hacer qué?

—Inclinar la cabeza hacia a un lado —contesté—, así yo os meto una leche en una oreja a ver si os salen todas las gilipolleces por la otra.

No hubo manera de convencerlo. La gloria de Dios, espoleada por el baño de sangre en Ethandun, había avivado la mentira sobre san Cutberto, ardía con fuerza en Northumbria y el pobre Willibald estaba convencido de que iba a presenciar el inicio de grandes acontecimientos.

Hubo un banquete aquella noche, un convite lamentable de arenques en salmuera, queso, pan duro y cerveza rancia, y el padre Hrothweard dio otro discurso apasionado en el que aseguró que Alfredo de Wessex me había enviado, su mejor guerrero, para guiar la defensa de la ciudad, y que el *fyrð* del cielo vendría a proteger Eoferwic. Willibald no dejaba de corearle aleluyas, tragándose todas las patrañas, y no fue hasta el día siguiente, en el que una lluvia gris y una neblina sombría envolvieron la ciudad, cuando empezó a dudar de la inminente llegada de los ángeles armados con espadas.

La gente abandonaba la ciudad. Había rumores de bandas de daneses que se reunían en el norte. Hrothweard seguía aullando tonterías, y condujo una procesión de sacerdotes y monjes por las calles de la ciudad, blandiendo reliquias y estandartes, pero cualquiera con medio seso entendía que ya era más que probable que antes volvería Ivarr que san Cutberto con la hueste celestial. El rey Egberto me envió un mensajero, y me comunicó que quería hablar conmigo, pero mi opinión era que Egberto estaba condenado, y no le hice caso. Que Egberto se las apañara por su cuenta.

Como yo me las tenía que apañar por la mía, y lo que quería era largarme de la ciudad antes de que descendiera sobre ella la ira de Ivarr. En la taberna Espadas Cruzadas, junto a la puerta norte de la ciudad, encontré mi vía de escape. Se trataba de un danés llamado Bolti que había sobrevivido a la masacre porque estaba casado con una sajona y la familia de su mujer le había dado cobijo. Me vio en la taberna y me preguntó si era Uhtred de Bebbanburg.

—El mismo.

Se sentó enfrente de mí, inclinó la cabeza respetuosamente para saludar a Hild, y chasqueó los dedos para que se acercara una moza con cervezas. Era un hombre regordete, calvo, con el rostro picado de viruelas, la nariz rota y mirada asustadiza. Sus hijos, ambos medio sajones, remoloneaban detrás de él. A uno le eché unos veinte años, al otro cinco menos; ambos blandían espadas pero ninguno parecía muy a sus anchas con el arma.

—Yo conocía al conde Ragnar *el Viejo*—dijo Bolti.

—Y yo —contesté—. Y no te recuerdo.

—Le vendí sogas y palos de remo la última vez que zarpó en *La víbora del viento*.

—¿Le engañasteis? —le pregunté sarcástico.

—Me gustaba mucho —respondió con fiereza.

—Y yo lo adoraba —contesté—, porque se convirtió en mi padre.

—Lo sé —me dijo—, y te recuerdo —se quedó callado un instante y miró a Hild—. Eras muy joven —prosiguió mirándome de nuevo—, y estabas con una chica pequeña y morena.

—Me recuerdas, entonces —y me quedé en silencio porque llegó la cerveza. Reparé en que Bolti, a pesar de ser danés, llevaba una cruz en el cuello, y se dio cuenta de que la miraba.

—Hay que sobrevivir en Eoferwic —contestó tocándose la cruz. Después se apartó el abrigo y vi el amuleto del martillo de Thor oculto tras él—. Sobre todo mataron a los paganos —aclaró.

Saqué mi propio amuleto de debajo de mi jubón.

—¿Hay muchos daneses cristianos, ahora? —pregunté.

—Algunos —admitió a regañadientes—. ¿Quieres comida con esa cerveza?

—Quiero saber por qué estás hablando conmigo —le dije.

Quería marcharse de la ciudad. Quería coger a su esposa sajona, sus dos hijos y sus dos hijas y llevárselos lejos de la venganza y la masacre que se avecinaba, y quería escolta, y me miró con unos ojos patéticos y desesperados sin saber que deseaba lo mismo que yo.

—¿Y dónde quieres ir? —le pregunté.

—Hacia el oeste no —dijo con un estremecimiento—. En Cumbraland hay sangría.

—Siempre hay sangría en Cumbraland —contesté. Cumbraland era la parte de Northumbria que quedaba al otro lado de las colinas, cerca del mar

de Irlanda, y sufría los asaltos de los escoceses de Strath Clota, de los noruegos de Irlanda y de los britanos de Gales. Algunos daneses se habían establecido en Cumbraland, pero eran suficientes para evitar que los saqueos asolaran la zona.

—Yo iría a Dinamarca —contestó Bolti—, pero no hay barcos de guerra —los únicos barcos que permanecían en los muelles de Eoferwic eran de comerciantes sajones, y si alguno se atrevía a zarpar quedaría atrapado por los barcos daneses que sin duda se reunían en el Humber.

—¿Entonces? —pregunté.

—Quiero ir al norte —dijo—, reunirme con Ivarr. Puedo pagarte.

—¿Y crees que voy a poder ofrecerte escolta en las tierras de Kjartan?

—Creo que todo me saldrá mejor con el hijo de Ragnar a mi lado que por mi cuenta —admitió—, y si corre la voz de que viajas conmigo, se nos unirán más hombres.

Así que permití que me pagara; mi precio fueron dieciséis chelines, dos yeguas y un caballo negro, y el valor de este último hizo a Bolti palidecer. Un hombre conducía el semental por las calles, ofreciéndolo a la venta, y Bolti compró la bestia porque su miedo a quedarse atrapado en Eoferwic valía cuarenta chelines. El caballo negro estaba entrenado para la batalla, lo que significaba que no se asustaba con el ruido y se movía obedientemente con la presión de las rodillas, lo que permitía ir armado con espada y escudo y poder maniobrar. El semental formaba parte del botín de los daneses masacrados en los últimos días, pues nadie sabía cómo se llamaba. Lo llamé *Witnere*, que significa Torturador, y le venía al pelo, pues les cogió manía a las yeguas y no paraba de morderlas.

Las yeguas eran para Willibald y Hild. Le dije al padre Willibald que debería marcharse al sur, pero al final se había asustado e insistió en quedarse conmigo; al día siguiente de conocer a Bolti, todos partimos hacia el norte por la calzada romana. Nos acompañaban una docena de hombres. Entre ellos se contaban tres daneses y dos noruegos que habían conseguido escapar a la masacre de Hrothweard, y el resto eran sajones que huían de la venganza de Ivarr. Todos tenían armas y Bolti me dio dinero para pagarles. No era una paga generosa, lo justo para comprar comida y cerveza, pero su presencia mantuvo alejados a los forajidos.

Me vi tentado de cabalgar hasta Synningthwait, donde Ragnar y sus partidarios tenían sus tierras, pero sabía que habría muy pocos hombres, pues la mayoría se había marchado al sur con Ragnar. Algunos de aquellos

guerreros perecieron en Ethandun y el resto seguía con Guthrum, cuyo ejército derrotado se había quedado en Mercia. Guthrum y Alfredo habían firmado la paz, y Guthrum incluso se había bautizado, lo que Willibald tildaba de milagro. Así que habría pocos guerreros en Synningthwait. No era lugar para refugiarme de los planes asesinos de mi tío o del odio de Kjartan. De modo que, sin un buen plan de futuro y dejándome llevar por el destino, mantuve la palabra dada a Bolti y lo escolté al norte hacia las tierras de Kjartan, que quedaban justo en medio de nuestro camino como un nubarrón negro. Cruzar aquellas tierras significaba pagar peaje, y eso sería un peaje elevado. Sólo hombres poderosos como Ivarr, cuyos guerreros superaban en número a los de Kjartan, podían cruzar el río Wiire sin pagar.

—Te lo puedes permitir —pinché a Bolti. Sus dos hijos guiaban caballos de carga y yo sospechaba que estaban cargados de monedas envueltas en paño o lana para que no tintinearan.

—No me puedo permitir que se quede con mis hijas —contestó. Tenía hijas gemelas, de unos doce o trece años, listas para el matrimonio. Eran bajitas, regordetas, rubias, con nariz respingona e imposibles de diferenciar.

—¿Es eso lo que hace Kjartan? —le pregunté.

—Se lleva lo que le apetece —respondió Bolti con amargura—, y le gustan las chicas jóvenes, aunque supongo que preferirá quedarse contigo.

—¿Y por qué sospechas eso? —exclamé con un tono de voz neutro.

—Conozco las historias que se cuentan —contestó—. Su hijo perdió el ojo por tu culpa.

—Su hijo perdió el ojo —repliqué— porque desnudó a la hija del conde Ragnar.

—Pero él te echa la culpa a ti.

—Eso es verdad —confirmé. Todos éramos niños entonces, pero las heridas de la infancia se pueden infectar, y yo no albergaba duda alguna de que Sven el Tuerto me sacaría gustoso ambos ojos por el que él había perdido.

Según nos acercábamos a Dunholm, nos desviamos hacia el oeste por las colinas para evitar a los hombres de Kjartan.

Era verano, pero un viento frío trajo nubes bajas y fina lluvia que me hicieron agradecer mi cota de malla forrada con cuero. Hild la había embadurnado de lanolina sacada de lana recién esquilada que protegía el metal del óxido. También había untado de grasa mi casco y mis espadas.

Subimos, siguiendo el trillado camino; a unos tres kilómetros de nosotros nos seguía otro grupo, y había huellas recientes en la tierra húmeda que delataban a los que habían pasado no mucho antes. Un camino tan frecuentado tendría que haberme dado que pensar. Kjartan el Cruel y Sven el Tuerto vivían de lo que les sacaban a los viajeros, y si no pagaban, los atacaban, los convertían en esclavos o los mataban. Kjartan y su hijo debían de saber que la gente intentaba evitarlos usando los caminos de las colinas, y yo tendría que haberme andado con más cautela. Bolti no tenía miedo, sencillamente porque confiaba en mí. Me contó historias de cómo Kjartan y Sven se habían enriquecido con la trata de esclavos.

—Se llevan a todo el mundo, daneses o sajones —dijo—, y los venden al otro lado del mar. Si tienes suerte, a veces puedes rescatar al esclavo, pero el precio será alto —miró al padre Willibald—. Mata a todos los curas.

—¿En serio?

—Odia a los curas cristianos. Cree que son hechiceros; los entierra vivos y deja que sus perros se los coman.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Willibald, apartando a su yegua antes de que *Witnere* le metiera otro bocado.

—Ha dicho que Kjartan va a mataros si os captura, padre.

—¿Matarme?

—Que os va a echar de comer a sus perros.

—Dios mío del amor hermoso —exclamó Willibald. Estaba desmoralizado, perdido, lejos de casa y nervioso por el extraño paisaje del norte. Hild, por su parte, parecía más contenta. Tenía diecinueve años, y le sobraba paciencia para soportar las faenas de la vida. Había nacido en una familia de Wessex rica, no noble, pero con suficientes tierras para vivir bien, pero había sido la última de ocho hijos y su padre la había prometido al servicio de la iglesia porque su madre casi se muere cuando Hild nació, y atribuía que su esposa siguiera viva a la benevolencia divina. Así que a los once años, Hild, cuyo nombre real era hermana Hildegryth, había sido enviada con las monjas de Cippanhamm, y allí había vivido, apartada del mundo, rezando e hilando, hilando y rezando, hasta que llegaron los daneses y la volvieron puta.

Aún lloraba en sueños, y yo sabía que recordaba sus humillaciones, pero se alegraba de haber abandonado Wessex y la gente que no dejaba de decirle que volviera al servicio de Dios. Willibald la había regañado por renegar de su santa vida, pero yo le había advertido que un comentario más

sobre el tema y estrenaría ombligo nuevo, y desde entonces se mantuvo calladito. Hild se embebía de cada nueva visión con la maravilla de un niño pequeño. Su claro rostro había adquirido un brillo dorado que le hacía juego con el pelo. Era una mujer lista, no la más lista que he conocido, pero poseía una sabiduría sagaz. Ahora he vivido lo suficiente para haber aprendido que algunas mujeres sólo dan problemas y otras son compañeras cómodas. Hild era de las más cómodas que he conocido. Quizá se debiera a que éramos amigos. También éramos amantes, pero nunca nos enamoramos, y a ella le recomía la culpa. Eso se lo guardaba para sí y para sus oraciones, pero a la luz del día había empezado a reír de nuevo, y a disfrutar de las cosas simples. Aunque en ocasiones la oscuridad la envolvía, ella sollozaba, y yo la observaba toquetear un crucifijo; sabía que en aquellos momentos sentía las garras de Dios atenazadas en su alma.

Enfilamos por las colinas; yo no había tomado las debidas precauciones, y fue Hild la primera en ver a los jinetes. Eran diecinueve, casi todos protegidos con cuero, pero tres de ellos vestían malla, nos rodeaban y me di cuenta de que nos estaban pastoreando. Nuestra pista seguía el borde de una colina, y a nuestra derecha había una pendiente empinada que terminaba en un torrente. Aunque podíamos escapar por el valle, inevitablemente iríamos más lentos que los hombres que ahora se incorporaban al camino por detrás de nosotros. No se acercaron. Veían que íbamos armados y no querían pelea, sólo querían asegurarse de que seguiríamos hacia el norte, cualquiera que fuese nuestro destino.

—¿No puedes enfrentarte a ellos? —quiso saber Bolti.

—¿Trece contra diecinueve? —sugerí—. Sí, si esos trece pelearan, pero no van a hacerlo —señalé a los hombres armados que Bolti pagaba para que nos acompañaran—. Sirven para espantar bandidos, pero no son tan necios como para enfrentarse a los hombres de Kjartan. Si les pido que peleen probablemente se unan al enemigo para compartir tus hijas.

—Pero... —empezó a decir, después se quedó en silencio al ver por fin lo que nos esperaba. Se estaba celebrando una feria de esclavos donde el arroyo se desviaba hacia un valle aún más profundo, y en aquel valle había un pueblo de tamaño considerable, construido junto a un puente, que no era más que una losa de piedra gigante que cruzaba lo que tomé por el Wiire. Había mucha gente en el pueblo y vi que aquella gente estaba protegida por más hombres. Los jinetes que nos seguían se acercaron un poco más, pero se detuvieron cuando yo me detuve. Miré colina abajo. El pueblo estaba aún

demasiado lejos para que Kjartan o Sven estuvieran ahí, pero se podía suponer que los hombres del valle habían venido de Dunholm y que uno o dos de los señores de Dunholm los conducirían. Bolti gritaba alarmado, pero no le hice caso.

Los otros dos caminos llegaban al pueblo desde el sur y supuse que habría jinetes guardando esos caminos y que habían estado interceptando viajeros todo el día. Conducían a sus presas hacia el pueblo y a los que no pagaban el peaje los hacían cautivos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Bolti, al borde del pánico.

—Voy a salvarte la vida —contesté, y me volví hacia una de sus hijas y le pedí que me diera un pañuelo negro que llevaba de cinturón. Se lo desenrolló y me lo entregó con mano temblorosa. Me lo até alrededor de la cabeza, tapándome la boca, la nariz y la frente; después le pedí a Hild que me lo ajustara.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntar Bolti.

No me molesté en responder. Lo que hice fue calarme el casco encima del pañuelo. Las piezas que protegían las mejillas se ajustaban de tal modo que mi rostro era una máscara de metal pulido sobre un cráneo negro. Sólo se me veían los ojos. Extraje *Hálito-de-serpiente* a medias para asegurarme de que desenvainaría con facilidad, y apremié a *Witnere* para que avanzara.

—Ahora soy Thorkild el Leproso —le dije a Bolti. El pañuelo camuflaba mi voz.

—¿Eres quién? —me preguntó quedándose con la boca abierta.

—Soy Thorkild el Leproso —repetí—, y tú y yo vamos a ir a negociar con ellos.

—¿Yo? —interrogó débilmente. Indiqué que todos siguieran adelante. La banda que nos había rodeado para seguirnos había regresado al sur, seguramente en busca del siguiente grupo que intentaba evitar a Kjartan—. Te he contratado para que me protejas —dijo Bolti desesperado.

—Y te voy a proteger —respondí. Su esposa sajona aullaba como si estuviera en un funeral, y le grité que se callara. Después, a unos doscientos pasos del pueblo, me detuve y les dije a todos menos a Bolti que vinieran—. Sólo tú y yo.

—Creo que deberías lidiar con ellos solo —me dijo, y luego chilló.

Chilló porque le había dado una palmada a la grupa de su caballo para que avanzara. Le alcancé y le dije:

—Recuerda, soy Thorkild el Leproso, si me traicionas te voy a matar a ti, a tu mujer y a tus hijos y voy a vender a tus hijas como putas. ¿Quién soy?

—Thorkild —tartamudeó.

—Thorkild el Leproso —insistí.

Ya habíamos llegado al pueblo, un lugar miserable de bajas granjas de piedra y techos de tierra; había treinta o cuarenta personas bajo custodia en el centro del pueblo, pero a un lado, cerca del puente de piedra, habían dispuesto una mesa y unos bancos en un pedazo de hierba. Dos hombres estaban sentados detrás de la mesa con una jarra de cerveza delante. Eso fue lo que vi, pero lo cierto es que mi mirada se fijó en otra cosa. El casco de mi padre.

Estaba encima de la mesa. El casco era de visera cerrada que, como la cimera, estaba labrado en plata. Tenía forma de hocico gruñendo; lo había visto muchísimas de veces. Había jugado con él cuando era pequeño, aunque si me descubría mi padre me daba unas collejas que me asustaban. Mi padre llevaba ese casco el día que murió en Eoferwic; Ragnar *el Viejo* se lo había comprado al hombre que lo mató, y ahora pertenecía a uno de los hombres que había matado a Ragnar.

Era Sven el Tuerto. Se puso en pie cuando Bolti y yo nos acercamos, y sentí la conmoción salvaje del reconocimiento. Conocía a Sven desde que éramos niños, y ahora era un hombre, pero al instante identifiqué el rostro plano y ancho con un ojo fiero. El otro ojo era un agujero arrugado. Era alto y de anchos hombros, con el pelo y la barba largos, un joven fanfarrón vestido con rica malla, y con dos espadas, larga y corta, colgadas de la cintura.

—Más invitados —anunció nuestra llegada, e indicó con un gesto el banco al otro lado de la mesa—. Sentaos —ordenó—, vamos a hacer negocios.

—Siéntate —le gruñí a Bolti en voz baja.

Bolti me dirigió una mirada desesperada, después desmontó y se dirigió a la mesa. El segundo hombre era de piel oscura, pelo moreno y mucho mayor que Sven. Vestía una toga negra, de modo que parecía un sacerdote, pero llevaba un martillo de Thor de plata colgado al cuello. Tenía delante una bandeja de madera, ingeniosamente dividida en compartimentos para separar las distintas monedas, que emitían destellos plateados al recibir la luz del sol. Sven, otra vez sentado junto al tipo de negro, sirvió una jarra

de cerveza y se la ofreció a Bolti, que me miró de nuevo y se sentó como le habían ordenado.

—¿Así que sois? —le preguntó Sven.

—Bolti Ericsson —repuso Bolti. Tuvo que decirlo dos veces porque la primera no había elevado la voz lo suficiente.

—Bolti Ericsson —repitió Sven—, yo soy Sven Kjartanson y mi padre es el señor de estas tierras. ¿Habéis oído hablar de Kjartan?

—Sí, señor.

Sven sonrió.

—Creo que habéis intentado evadir nuestros peajes, ¡Bolti! ¿Lo habéis intentado?

—No, señor.

—¿Y de dónde venís?

—De Eoferwic.

—¡Ah! Otro mercader de Eoferwic, ¿eh? ¡Sois el tercero hoy! ¿Y qué lleváis en esos caballos de carga?

—Nada, señor.

Sven se inclinó hacia delante ligeramente, después sonrió al tiempo que expulsaba un sonoro pedo.

—Perdona, Bolti, sólo he oído tronar. ¿Has dicho que no llevas nada? Pero si yo veo cuatro mujeres, y al menos tres son jóvenes —sonrió—. ¿Son tus mujeres?

—Mi esposa y mis hijas, señor —contestó Bolti.

—Esposas e hijas, cuánto las queremos —refrendó Sven; después me miró a mí, y aunque tenía la cara tapada y el casco me oscurecía los ojos, sentí que se me ponía la piel de gallina—. ¿Quién es ése? —preguntó Sven.

Debía de sentir curiosidad, pues tenía aspecto de rey. Mi cota, mi casco y mis armas eran de lo mejor que se podía encontrar, y mis brazaletes indicaban que era un guerrero de alto rango. Bolti me lanzó una mirada aterrorizada, pero no dijo nada.

—He preguntado —dijo Sven, esta vez más alto—, que quién es ése.

—Se llama Thorkild el Leproso —contestó Bolti, y su voz no era más que un graznido tembloroso.

Sven hizo una mueca involuntaria y se agarró el amuleto del martillo colgado alrededor del cuello, y no lo culpo. Todos los hombres temen la carne gris y sin nervios de los leprosos, y la mayoría son enviados a los páramos para que vivan como puedan y mueran como deben.

—¿Qué estás haciendo con un leproso? —desafió Sven a Bolti.

Bolti no tenía respuesta.

—Viajo al norte —hablé por primera vez, y mi voz distorsionada pareció retumbar en el casco cerrado.

—¿Por qué vas al norte? —preguntó Sven.

—Porque estoy cansado del sur —respondí.

Percibió la hostilidad en mi voz gangosa pero no le dio importancia al juzgarla impotente. Debía de suponer que Bolti me había contratado para protegerle, pero yo no era ninguna amenaza; Sven tenía cinco hombres a pocos pasos, todos ellos armados con espadas o lanzas, y habría al menos cuarenta más dentro del pueblo.

Sven bebió un poco de cerveza.

—Me han contado que ha habido disturbios en Eoferwic —le preguntó a Bolti.

Bolti asintió. Veía cómo abría y cerraba compulsivamente la mano derecha por debajo de la mesa.

—Mataron a algunos daneses —contestó.

Sven sacudió la cabeza como si la noticia le pareciera preocupante.

—Ivarr no va a estar muy contento.

—¿Dónde está Ivarr? —preguntó Bolti.

—Lo último que he oído es que andaba por el valle del Tuede —respondió Sven—, y Aed de Escocia bailaba a su alrededor —parecía disfrutar del intercambio de noticias habitual, como si mantener las convenciones proporcionara respetabilidad a sus robos y desmanes—. Bueno —prosiguió, y se detuvo para tirarse otro pedo—, ¿y tú con qué comercias, Bolti?

—Cuero, lana, paño y cerámica —contestó Bolti, y después perdió la voz cuando vio que estaba diciendo demasiado.

—Y yo comercio con esclavos —dijo Sven—, y éste es Gelgill —indicó al hombre a su lado—, nos compra esclavos, y tú tienes tres mujeres que nos saldrían muy rentables tanto a mí como a él. Así que, ¿qué vas a pagarme por ellas? Si pagas lo suficiente, te las puedes quedar —sonrió para sugerir que estaba siendo perfectamente razonable.

Bolti pareció quedarse mudo, pero consiguió sacar una bolsa de debajo de su capa y puso algunas monedas encima de la mesa. Sven observó las monedas de plata una a una y cuando Bolti se sintió inseguro, se limitó a

sonreír, así que Bolti siguió contando hasta que hubo treinta y ocho chelines encima de la mesa.

—Es todo lo que tengo, señor —dijo con humildad.

—¿Todo lo que tienes? Lo dudo, Bolti Ericson —contestó Sven—, pero, si es así, te permitiré conservar la oreja de una de tus hijas. Sólo una oreja como recuerdo. ¿Qué opinas, Gelgill?

Era un nombre raro, Gelgill; sospeché que había venido del otro lado del mar, pues los mercados de esclavos más provechosos se encontraban en Dyflin o en el lejano reino de los francos. Dijo algo en voz baja, demasiado para que lo entendiera, y Sven asintió.

—Traed a las chicas —dijo a sus hombres, y Bolti se estremeció. Me volvió a mirar, como si esperara que detuviera los planes de Sven, pero no hice nada cuando los guardias se dirigieron hacia nuestro grupo.

Sven habló de las perspectivas de la cosecha mientras los guardias ordenaban a Hild y a las hijas de Bolti que desmontaran. Los hombres que Bolti había contratado no hicieron nada para detenerlos. La esposa de Bolti protestó a gritos, y luego se puso a llorar histérica cuando sus hijas y Hild se acercaron a la mesa. Sven les dio la bienvenida con amabilidad exagerada, después Gelgill se puso en pie e inspeccionó a las tres mujeres. Las palpó como si estuviera comprando caballos. Vi a Hild estremecerse cuando le bajó el vestido para tocarle los pechos, pero le interesaba menos que las dos chicas más jóvenes.

—Cien chelines cada una —dijo tras inspeccionarlas—, ésa sólo cincuenta —hablaba con un acento extraño.

—Pero ésa es guapa —objetó Sven—. Las otras dos parecen lechones.

—Son gemelas —contestó Gelgill—. Puedo sacar mucho dinero por las gemelas. La alta es demasiado vieja. Debe de tener diecinueve o veinte años.

—Qué preciada es la virginidad —le dijo Sven a Bolti—, ¿no estás de acuerdo?

Bolti estaba temblando.

—Te pagaré cien chelines por cada una de mis hijas —contestó a la desesperada.

—Oh, no —contestó Sven—. Eso es lo que quiere Gelgill. Yo también tengo que sacar algún beneficio. Te puedes quedar las tres, Bolti, si me pagas seiscientos chelines.

Era un precio indignante, ésa era la intención de Sven, pero Bolti no se arredró.

—Sólo dos son mías, señor —lloriqueó—. La tercera es suya —y me señaló.

—¿Tuya? —Sven se me quedó mirando—. ¿Tienes mujer, leproso? ¿Así que esa parte aún no se te ha caído? —Eso le pareció graciosísimo y los dos hombres que habían traído a las mujeres se rieron con él—. Bueno, leproso —preguntó Sven—, ¿y qué vas a pagarme por tu mujer?

—Nada —contesté.

Se rascó el culo. Sus hombres sonreían. Estaban acostumbrados a la rebeldía, acostumbrados a sofocarla, y disfrutaban al ver a Sven desplumar a los viajeros. Sven se sirvió más cerveza.

—Llevas buenos brazaletes, leproso —dijo—, y sospecho que de poco te va a servir ese casco cuando estés muerto; así que, a cambio de tu mujer, me quedará con tus brazaletes y tu casco, y después te puedes marchar.

No me moví, no hablé, pero apreté las piernas contra los flancos de *Witnere* y sentí al gran caballo temblar. Era un animal de batalla, y quería que lo soltara; quizá fue la tensión de *Witnere* lo que Sven presintió. Lo único que podía ver era mi casco siniestro, con los ojos oscuros y su cimera en forma de lobo, y empezaba a preocuparse. Había aumentado el precio con ligereza, pero no podía echarse atrás sin perder la dignidad. Ahora tenía que jugar a ganar.

—¿Has perdido la lengua de repente? —se burló de mí; después hizo un gesto a los dos hombres que habían ido a por las mujeres—. ¡Egil! ¡Atsur! ¡Quitadle el casco al leproso!

Sven debió de creer que estaba a salvo. Tenía por lo menos una tripulación entera en el pueblo y yo estaba solo; eso lo convenció de que yo sería derrotado antes incluso de que los dos hombres se me acercaran. Uno llevaba una lanza, el otro sacaba la espada, pero aún no había desenvainado ni la mitad cuando saqué a *Hálito-de-serpiente* y puse en marcha a *Witnere*. Estaba desesperado por atacar, y se abalanzó con la velocidad de *Sleipnir*, el de las ocho patas, el célebre caballo de Odín. Primero me despaché al de la derecha, el que aún estaba desenvainando. *Hálito-de-serpiente* cayó del cielo como un rayo de Thor, y se hincó en su casco como si fuera de pergamino, y *Witnere*, obediente a mis toques de rodilla, ya estaba girándose hacia Sven mientras el lancero venía a por mí. Tendría que haberle hincado el arma en el pecho o en el cuello de la bestia, pero intentó

embestir contra mis costillas; *Witnere* lo esquivó hacia la derecha y le pegó un mordisco en la cara que hizo trastabillar al hombre hacia atrás, lo justo para evitar los enormes dientes, pero perdió pie, cayó sobre la hierba todo lo largo que era, y yo seguí girando hacia la izquierda con *Witnere*. Mi pie derecho estaba ya libre del estribo, me tiré de la silla y caí con fuerza sobre Sven. Quedó atrapado por el banco al intentar ponerse en pie; yo lo volví a sentar de un golpe, conseguí hacer pie, me erguí, y *Hálito-de-serpiente* apareció en el gaznate de Sven.

—¡Egil! —gritó Sven al lancero que había derrumbado *Witnere*, pero Egil no se atrevía a atacarme mientras mi espada siguiera en la garganta de su señor.

Bolti gimoteaba. Se había meado encima. Lo olía y lo oía gotear. Gelgill estaba muy quieto, observándome, sin expresión en su enjuto rostro. Hild sonreía. Otra media docena de hombres de Sven se enfrentaban a mí, pero ninguno se atrevía a moverse porque la punta de *Hálito-de-serpiente*, su hoja impregnada en sangre, estaba en la garganta de Sven. *Witnere* se encontraba a mi lado, enseñando los dientes, piafando en el suelo con una de las patas delanteras muy cerca de la cabeza de Sven. Sven me observaba con su único ojo, lleno de odio y miedo, y de repente me apartó de él.

—De rodillas —le dije.

—¡Egil! —volvió a suplicar Sven.

Egil, de barba negra y fosas nasales gigantescas debido a que le habían rebanado la punta de la nariz en alguna pelea, levantó la lanza.

—Si atacas, morirá —le dije a Egil, tocando a Sven con la punta de mi espada. Egil dio un paso atrás sensatamente y yo le pasé *Hálito-de-serpiente* a Sven por la cara, haciéndole sangrar—. De rodillas —repetí, y cuando se arrodillaba, me agaché, cogí sus dos espadas y las puse encima de la mesa, junto al casco de mi padre.

—¿Quieres que mate al tratante de esclavos? —le pregunté a Hild, al tiempo que le señalaba las espadas.

—No —contestó.

—Iseult lo habría hecho matar —le dije. Iseult había sido mi amante y la amiga de Hild.

—No matarás —respondió Hild. Era un mandamiento cristiano, tan inútil, me pareció, como mandar al sol que fuera hacia atrás.

—Bolti —hablé en danés—, mata al tratante de esclavos —no quería a Gelgill a mis espaldas.

Bolti no se movió. Estaba demasiado asustado para obedecerme, pero, para mi sorpresa, sus dos hijas se acercaron y cogieron las espadas de Sven. Gelgill intentó correr, pero tenía la mesa en su camino, y una de las chicas le atizó un golpe salvaje que le partió el cráneo y cayó de lado. Después lo masacraron. No miré porque vigilaba a Sven, pero pude oír con nitidez los gritos del tratante y los gemidos de consternación de Hild, y vi el asombro en los rostros de los hombres que tenía delante de mí. Las gemelas gruñían mientras acuchillaban. Gelgill tardó en morir y ni un solo hombre de Sven intentó salvarlo o rescatar a su amo. Todos habían desenvainado y, si hubieran tenido algo de seso, habrían caído en la cuenta de que yo no me atrevería a matar a Sven, pues de su vida dependía la mía. Si me llevaba su alma, me ensartarían con múltiples filos, pero les asustaba lo que Kjartan les haría si su hijo moría; así que no hicieron nada y yo apreté más fuerte la hoja contra la garganta de Sven, hasta que emitió un chillido de miedo ahogado.

A mi espalda, Gelgill fue por fin despachado a tajos. Me arriesgué a echar un vistazo y vi a las gemelas de Bolti embadurnadas de sangre y sonrientes.

—Son hijas de Hel —les dije a los hombres que las observaban, y me enorgulleció la invención, pues Hel es la diosa de los cadáveres, rancia y terrible, que gobierna los muertos que no perecen en batalla—. ¡Y yo soy Thorkild! —proseguí—. Y he llenado el salón de Odín de muertos —Sven temblaba debajo de mí. Sus hombres parecían contener el aliento, y de repente mi relato tomó alas y proseguí con voz profunda—. Soy Thorkild el Leproso —anuncié poderosamente—, hace mucho que estoy muerto, pero Odín me ha enviado desde el salón de los muertos para llevarme las almas de Kjartan y su hijo.

Me creyeron. Vi cómo los hombres se tocaban los amuletos. Uno de los lanceros incluso cayó de rodillas. Quise matar a Sven justo en ese momento, y quizá debiera haberlo hecho, pero sólo era necesario un hombre para romper la red de tonterías mágicas que les había tejido. Lo que necesitaba entonces no era el alma de Sven, sino ponernos a salvo; así que cambiaría la una por la otra.

—Dejaré marchar a este gusano —les dije—, para que informe a su padre de mi llegada, pero vosotros tenéis que marcharos primero. ¡Todos vosotros! Salid del pueblo y lo soltaré. Dejaréis aquí a los cautivos —se me

quedaron mirando, y yo retorcí de nuevo la hoja para que Sven volviera a gemir—. ¡Marchaos! —les grité.

Se marcharon. Rápidamente, muertos de miedo. Bolti miraba maravillado a sus queridas hijas. Le dije a las dos chicas que habían hecho bien, y que cogieran unas cuantas monedas de la mesa, y después regresaron con su madre, ambas aferradas a la plata y a las hojas sangrientas.

—Son buenas chicas —le dije a Bolti; él no contestó, pero se apresuró tras ellas.

—No he podido matarlo —se lamentó Hild. Parecía avergonzada de su aprensión.

—No importa —le dije. Mantuve la espada en la garganta de Sven hasta que estuve seguro de que todos sus hombres se habían retirado una buena distancia hacia el este. Los cautivos, en su mayoría jóvenes, se quedaron en el pueblo, pero ninguno se atrevió a acercárseme.

Me vi tentado de contarle a Sven la verdad, hacerle saber que había sido humillado por un viejo enemigo, pero la historia de Thorkild el Leproso era demasiado buena para desperdiciarla. También me vi tentado de preguntar por Thyra, la hermana de Ragnar, pero me preocupaba que, si seguía viva y yo mostraba interés por ella, dejara de estarlo en breve; así que no la mencioné. Lo que sí hice fue agarrar a Sven por los pelos y levantarle la cabeza para que me mirara.

—He venido desde el centro de la tierra —le dije— para matarte a ti y a tu padre. Volveré a encontrarte, Sven Kjartanson, y te mataré la próxima vez. Soy Thorkild, camino por la noche y no se me puede matar porque ya estoy muerto. Así que saluda a tu padre de mi parte y dile que han enviado al guerrero muerto a por él, y los tres regresaremos al Niflheim navegando en *Skidbladnir*.

Niflheim era el horrible pozo de los muertos deshonrados, y *Skidbladnir* el barco de los dioses que se podía doblar y guardar en una bolsa. Solté a Sven y le di una buena patada en la espalda para que cayera de bruces. Habría podido huir arrastrándose, pero no se atrevía a moverse. Era como un perro apaleado, y aunque aún quería matarlo, pensé que sería mejor que le fuera con el cuento a su padre. Kjartan sabría seguro que Uhtred de Bebbanburg había sido visto en Eoferwic, pero también le contarían la historia del guerrero muerto que había regresado para matarlo, y yo quería envenenar sus sueños.

Sven siguió inmóvil cuando me agaché hasta su cinturón y agarré una pesada bolsa. Después le arrebaté sus siete brazaletes de plata. Hild había cortado una parte del traje de Gelgill y lo estaba usando para guardar las monedas en la bolsa del tratante de esclavos. Le entregué a ella el casco de mi padre, después volví a montar en *Witnere*. Le di una palmada en el cuello y él sacudió la cabeza extravagantemente, como si entendiera que aquel día había sido un gran caballo de batalla.

Estaba a punto de marcharme cuando aquella extraña jornada se volvió aún más insólita. Algunos de los cautivos, como si hubiesen comprendido por fin que estaban libres, habían empezado a caminar hacia el puente, mientras que otros, confusos, perdidos o desesperados, seguían a los hombres armados hacia el este. Entonces, de repente, se oyeron cantos de monje y de una de las casas bajas con techo de tierra, donde los habían encerrado, salió una fila de curas y monjes. Eran siete, y fueron los que más suerte tuvieron aquel día, pues iba a descubrir que Kjartan el Cruel odiaba intensamente a los cristianos y mataba a cualquier cura o monje que capturara. Aquellos siete se le habían escapado, y con ellos había un joven cargado de cadenas. Era alto, corpulento, muy apuesto, vestido con harapos y aproximadamente de mi edad. Tenía el pelo rizado tan rubio que parecía casi blanco, pestañas pálidas y ojos muy azules, la piel morena e impoluta. Su rostro parecía tallado en piedra, de tan pronunciadas que eran sus mejillas, nariz y mandíbula, y aun así, la dureza del rostro se veía suavizada por una expresión alegre que sugería que encontraba sorpresas constantes en la vida y divertimento sin fin. Cuando vio a Sven acobardado bajo mi caballo, dejó a los curas cantores y corrió hacia nosotros; se detuvo sólo para coger la espada del hombre que yo había matado. El joven sostuvo la espada de manera incómoda, pues tenía las manos enlazadas por una cadena, pero acercó la espada hasta Sven y la sostuvo frente a su cuello.

—No —le dije.

—¿No? —El joven me sonrió y me gustó instintivamente. Su rostro era abierto y sin malicia.

—Le he prometido que lo dejaría con vida —le dije.

El joven reflexionó un instante.

—Tú sí, pero yo no —hablaba en danés.

—Pero si le arrebatáis la vida, entonces yo tendré que quitaros a vos la vuestra.

Consideró esa propuesta con ojos divertidos.

—¿Por qué? —preguntó, no con alarma, sino realmente interesado.
—Porque es la ley —contesté.
—Pero Sven Kjartanson no conoce ninguna ley —señaló.
—Es mi ley —repuse—, y quiero que le lleve un mensaje a su padre.
—¿Qué mensaje?
—Que el guerrero muerto ha venido a por él.

El joven inclinó la cabeza pensativo como si meditara sobre el mensaje, y evidentemente le pareció bien, pues se metió la espada bajo el brazo y se desató con torpeza el cinturón de los pantalones.

—Le puedes dar un mensaje también de mi parte —le dijo a Sven—. Aquí está —le meó encima—. Yo te bautizo —prosiguió el joven—, en el nombre de Thor, de Odín y de Loki.

Los siete religiosos, tres monjes y cuatro sacerdotes, observaron el bautizo solemnemente, pero ninguno protestó por la blasfemia implícita, ni intentó detenerla. El joven pasó un buen rato meando, apuntando de modo que el pelo de Sven quedó totalmente empapado, y cuando terminó se volvió a atar el pantalón y me ofreció otra de sus deslumbrantes sonrisas.

—¿Eres el guerrero muerto?

—El mismo —le contesté.

—Deja de lloriquear —le dijo el joven a Sven, después me sonrió de nuevo— pues quizá quieras hacerme el honor de servirme.

—¿Serviros? —le pregunté. Ahora era yo el que se divertía.

—Soy Guthred —contestó, como si eso lo explicara todo.

—He oído hablar de un Guthrum —le dije—, conozco a un Guthwere, y a dos Guthlac, pero no conozco a ningún Guthred.

—Soy Guthred, hijo de Hardicnut —repuso.

El nombre seguía sin decirme nada.

—¿Y por qué debería servir a Guthred, hijo de Hardicnut? —pregunté.

—Porque hasta que llegaste era esclavo —dijo—, pero ahora, bueno, como has venido, ¡soy rey! —hablaba con tal entusiasmo que le costaba formular las frases coherentemente.

Sonreí bajo el pañuelo de tela.

—Sois rey —contesté—, ¿pero de qué?

—Lo es, mi señor, lo es —añadió uno de los sacerdotes con toda sinceridad.

Y así el guerrero muerto conoció al rey esclavo, y Sven el Tuerto llegó arrastrándose hasta su padre, y las rarezas que habían infectado

Northumbria se volvieron aún más extrañas.

Capítulo II

En el mar, en ocasiones, si el barco se aleja demasiado de la costa y se levanta el viento, si la marea lo agita con fuerza venenosa y las olas estallan blancas por encima de los escudos, no hay más remedio que dejarse guiar por los dioses. Hay que recoger la vela antes de que se raje y, como los largos remos no servirán de nada, amarras las palas, achicas, dices tus oraciones, observas el cielo oscurecerse, escuchas el viento aullar, soportas los agujones de la lluvia, y confías en que la marea, las olas y el viento no te estrellen contra las rocas.

Así me sentía yo en Northumbria. Había escapado de la locura de Hrothweard en Eoferwic y había humillado a Sven, que ya no desearía otra cosa que matarme, si creía que tal cosa era posible. Eso suponía que no podía demorarme en aquella parte central de Northumbria, pues mis enemigos eran demasiados, ni tampoco ir mucho más al norte porque llegaría al territorio de Bebbanburg, mi propia tierra, donde mi tío rezaba todos los días para quebrantarme y que le cediese legítimamente lo que había robado. Pero no figuraba entre mis deseos que aquella oración fuera oída, así que los vientos de la ira de Kjartan, la venganza de Sven y la marea de animadversión de mi tío me empujaron al oeste, hacia los páramos de Cumbraland.

Seguimos la muralla romana circundando las colinas. La muralla es una obra extraordinaria que divide la tierra de uno a otro mar. Está construida de piedra y asciende y desciende con las colinas y valles, sin detenerse jamás, siempre implacable y brutal. Nos encontramos un pastor que no había oído hablar de los romanos y nos contó que los gigantes habían construido la muralla en los viejos tiempos, y nos aseguró que, cuando termine el mundo, los hombres salvajes del norte la cruzarán en manada como una marea de muerte y horror. Pensé en su profecía aquella tarde, mientras observaba a una loba correr por las almenas con la lengua fuera. Nos miró, saltó por detrás de nuestros caballos y salió corriendo hacia el sur. Hoy en día, parte de la obra se ha desmoronado, las flores se aferran entre las piedras y la hierba crece espesa en la parte superior, pero sigue siendo algo asombroso. Nosotros hemos construido unas cuantas

iglesias y monasterios de piedra, y yo he visto un puñado de casas de piedra, pero no puedo imaginar ningún hombre capaz de levantar hoy en día una muralla así. No era sólo una muralla. Al lado tenía un foso, y detrás una calzada de piedra, y a cada milla, más o menos, había una torre de vigía, y dos veces al día pasábamos por las fortalezas de piedra en las que moraban los soldados romanos. Los tejados de los cuarteles hace tiempo que han desaparecido, y hoy son hogar de zorros y cuervos, aunque en uno de aquellos fuertes descubrimos a un hombre desnudo con el pelo hasta la cintura. Era muy anciano, aseguraba tener más de setenta años, y tenía una barba gris tan larga como su enmarañada melena blanca. Era una criatura mugrienta, no tenía sino pellejo, roña y huesos, pero Willibald y los siete religiosos que había liberado de Sven se arrodillaron ante él porque era un famoso ermitaño.

—Era obispo —me dijo Willibald en tono sobrecogido tras recibir la bendición del esmirriado—. Poseía riquezas, una esposa, sirvientes y honor, y lo entregó todo para adorar al Señor en soledad. Es un hombre muy santo.

—A lo mejor sólo es un hijo de puta loco —sugerí—, o la mujer era una víbora que lo sacaba de quicio.

—Es un hijo de Dios —me reprochó Willibald—, y con el tiempo lo llamarán santo.

Hild había desmontado y me miraba como pidiéndome permiso para acercarse al ermitaño. Era evidente que quería la bendición del anacoreta, y me la pedía a mí, pero no era asunto mío; me encogí de hombros y ella se arrodilló frente a la sucia criatura. Le lanzó una mirada lasciva, se rascó la entrepierna y le hizo la señal de la cruz en ambos pechos, apretando fuerte con los dedos para notar los pezones, mientras fingía bendecirla. Estuve a punto de enviar al muy cabrón a patadas directo al martirio. Pero Hild lloraba de emoción mientras le sobaba el pelo, después babeó una suerte de oración y ella pareció agradecida. Me miró mal y tendió una zarpa mugrienta, como si esperase que le pagara, pero yo le enseñé el martillo de Thor y él soltó una maldición sibilante entre sus dos dientes amarillos; después lo abandonamos a la estepa, el cielo y sus oraciones.

Me había despedido de Bolti. Estaba a salvo al norte de la muralla, pues entraba en el territorio de Bebbanburg, donde los jinetes de Ælfric y los jinetes de los daneses que vivían en mis tierras patrullarían los caminos. Seguimos la muralla hacia el oeste; mi comitiva se componía del padre Willibald, Hild, el rey Guthred y los siete religiosos liberados. Había

conseguido romper la cadena de los grilletes de Guthred, de modo que el rey esclavo, que ahora cabalgaba en la yegua de Willibald, llevaba dos brazaletes de hierro de los que colgaban eslabones oxidados. Charlaba conmigo sin cesar.

—Lo que vamos a hacer —me contó en el segundo día de viaje— es reunir un ejército en Cumbraland y luego cruzaremos las colinas y capturaremos Eoferwic.

—¿Y después qué? —le pregunté con sequedad.

—¡Hacia el norte! —prosiguió lleno de entusiasmo—. ¡Al norte! Tendremos que tomar Dunholm, y después capturaremos Bebbanburg. Quieres que haga eso, ¿no?

Le había dado a Guthred mi nombre y le había informado de que era el señor legítimo de Bebbanburg, y le conté que jamás nadie había conseguido capturar Bebbanburg.

—Es un sitio difícil, ¿eh? —respondió Guthred—. ¿Como Dunholm? Bueno, ya veremos qué pasa con Bebbanburg. Pero primero habrá que quitarse de en medio a Ivarr —hablaba como si destruir al danés más poderoso de Northumbria fuera una cuestión trivial—. Así que primero despacharemos a Ivarr —comentó, y de repente, se le iluminó la mirada—. O a lo mejor, Ivarr me acepta como rey. El tiene un hijo y yo una hermana que deben de estar en edad de casarse. ¿Podrían firmar una alianza?

—A menos que vuestra hermana esté ya casada —le interrumpí.

—No sé quién va a quererla —me dijo—, tiene cara de caballo.

—Cara-caballo o cara-perro —repuse—, es hija de Hardicnut. Alguna ventaja habrá para quien se case con ella.

—Alguna había antes de que mi padre muriera —repuso Guthred con tono dubitativo—, pero ¿ahora?

—Ahora sois rey —le recordé. Por supuesto, yo no creía que fuera rey, pero él lo creía, así que le seguía la corriente.

—¡Eso es verdad! —exclamó—. Así que alguien querrá a Gisela, ¿verdad? ¡A pesar de la cara!

—¿Tiene cara de caballo de verdad?

—Tiene la cara larga —dijo, e hizo una mueca—, pero no es totalmente fea. Ya va siendo hora de que se case. ¡Tendrá unos quince o dieciséis años! Creo que tendríamos que casarla con el hijo de Ivarr. Eso nos solucionará la alianza con Ivarr, y él nos ayudará a lidiar con Kjartan. Después tendremos que asegurarnos de que los escoceses no nos harán la

guerra. Y por supuesto, tenemos que mantener a esos granujas de Strath Clota a raya, para que no molesten.

—Por supuesto —respondí.

—Verás, mataron a mi padre, ¡y me convirtieron en esclavo! —sonrió.

Hardicnut, el padre de Guthred, había sido un conde danés que instaló su hogar en Cair Ligualid, la ciudad más importante de Cumbraland. Hardicnut se hacía llamar rey de Northumbria, un nombre pretencioso, pero al oeste de las colinas cosas más raras pasan, y cualquiera puede proclamarse rey de la luna si quiere porque nadie fuera de Cumbraland se va a enterar. Hardicnut no suponía ninguna amenaza para los grandes señores de Eoferwic; de hecho, no suponía ninguna amenaza para nadie, pues Cumbraland era un lugar agreste y triste, perpetuamente atacado por los hombres del norte en Irlanda o por la horrible brutalidad de Strath Clota, cuyo rey, Eochaid, se llamaba a sí mismo rey de Escocia, un título disputado por Aed, que peleaba entonces con Ivarr.

La insolencia de los escoceses, solía decir mi padre, no tiene fin. Tenía motivos para decirlo, pues los escoceses reclamaban para sí una buena parte de las tierras de Bebbanburg, y hasta que llegaron los daneses mi familia pasó el tiempo peleando contra las tribus del norte. De pequeño me enseñaron que había muchas tribus en Escocia, pero las que vivían más cerca de Northumbria eran los escoceses propiamente dichos, gobernados por Aed, y los salvajes de Strath Clota, que vivían en la orilla oeste y no se acercaban nunca a Bebbanburg. Lo que hacían era asaltar Cumbraland, y Hardicnut había decidido castigarlos; condujo un pequeño ejército hacia el norte, se adentró en las colinas, y Eochaid de Strath Clota le tendió una emboscada y lo destruyó. Guthred había marchado con su padre y fue capturado, así que llevaba dos años convertido en esclavo.

—¿Por qué no os mataron? —le pregunté.

—Eochaid tendría que haberme matado —admitió alegremente—, pero al principio no sabía quién era, y cuando lo descubrió, ya no tenía muchas ganas de sangre. Así que me fundió a patadas, y me informó de que sería su esclavo. Le gustaba verme vaciar su orinal. Me tenía como esclavo del hogar. Eso fue otro insulto.

—¿Ser un esclavo del hogar?

—Trabajo de mujeres —me aclaró Guthred—, pero, mira, así pasaba tiempo con las chicas. Eso sí me gustaba.

—¿Y cómo escapaste de Eochaid?

—No lo hice. Me compró Gelgill. ¡Pagó un dineral por mí! —Esto lo dijo con orgullo.

—¿Y Gelgill iba a venderos a Kjartan? —pregunté.

—¡No, no, qué va! ¡Me iba a vender a los sacerdotes de Cair Ligualid! —y señaló con la cabeza a los siete religiosos que habíamos rescatado—. Verás, habían acordado un precio con Gelgill, pero él quería más, y luego acabaron todos con Sven, que por supuesto no iba a consentir la venta. Quería que volviera a Dunholm, y Gelgill habría hecho lo que fuera por Sven y su padre; así que estábamos condenados, hasta que apareciste.

Parte de lo que decía tenía cierto sentido y, tras hablar con los siete religiosos e interrogar algo más a Guthred, conseguí componer el resto de la historia. Gelgill, conocido en ambos lados de la frontera como tratante de esclavos, le había comprado Guthred a Eochaid y había pagado una buena suma, no porque Guthred lo valiera, sino porque los curas se habían puesto en contacto con Gelgill para ello.

—Doscientas piezas de plata, ocho bueyes, dos sacos de malta y un cuerno montado en plata. Ése fue mi precio —me contó Guthred con desparpajo.

—¿Pagó tanto Gelgill? —Yo estaba realmente asombrado.

—No, qué va. Los curas. Gelgill se limitó a negociar la venta.

—¿Los curas pagaron por vos?

—Han debido de vaciar Cumbraland de plata —contestó Guthred orgulloso.

—¿Y Eochaid estuvo de acuerdo en venderos?

—¿Por ese precio? ¡Pues claro! ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Mató a vuestro padre. Vuestro deber es vengaros. Lo sabe.

—Le caía simpático —contestó Guthred, y me lo creí, porque Guthred era simpatiquísimo. Se enfrentaba al día como si no fuera a traerle otra cosa que felicidad, y a su lado, de algún modo, la vida parecía más bonita—. Me hacía vaciarle el orinal igualmente —admitió Guthred, siguiendo con su historia sobre Eochaid—, pero dejó de patearme a todas horas. Y le gustaba hablar conmigo.

—¿Sobre qué?

—¡Sobre cualquier cosa! Los dioses, el clima, la pesca, cómo hacer buen queso, las mujeres, cualquier cosa. Y estaba convencido de que no era guerrero, cosa que es cierta, en realidad no lo soy. Soy un rey, por supuesto,

y no tengo más remedio que ser guerrero, pero no me entusiasma. Eochaid me obligó a jurar que no le declararía la guerra.

—¿Y lo jurasteis?

—¡Pues claro! Me cae bien. Hombre, sí que voy a robarle todo el ganado que pueda, y me cargaré a cualquiera que envíe a Cumbraland, pero eso no cuenta como guerra.

Así que Eochaid había aceptado la plata de la iglesia y Gelgill había traído a Guthred al sur de Northumbria, pero en lugar de entregárselo a los curas se lo había llevado al este, convencido de que sacaría más beneficio vendiéndoselo a Kjartan que honrando el contrato que tenía con los religiosos. Los curas y monjes le habían seguido, suplicando que liberara a Guthred, y fue entonces cuando se encontraron con Sven, que vio su propia oportunidad de enriquecerse a costa de rey esclavo. Era el hijo de Hardicnut, lo que suponía que también se trataba del heredero de las tierras de Cumbraland, y eso sugería un precio más bien abultado en plata. Sven tenía planeado llevarse a Guthred a Dunholm, donde sin duda se habría ventilado a los siete religiosos. Entonces llegué yo con la cara envuelta en un pañuelo negro, y ahora Gelgill estaba muerto, a Sven leapestaba el pelo a pis y Guthred era libre.

Eso lo entendía, pero lo que no tenía ningún sentido para mí era por qué siete religiosos sajones habían llegado desde Cair Ligualid para pagar una fortuna por Guthred, que había nacido danés y era pagano.

—Pues porque soy su rey —contestó Guthred, como si la respuesta fuera evidente—, aunque jamás pensé que ejercería el cargo. Desde luego, no después de mi captura, pero si es lo que el Dios cristiano desea, ¿quién soy yo para discutir?

—¿Eso desea su dios? —pregunté mientras observaba a los religiosos que tan lejos habían viajado para liberarlo.

—Su dios lo desea —contestó Guthred todo serio—, porque soy el elegido. ¿Crees que debería volverme cristiano?

—No —contesté.

—Yo creo que sí tendría que hacerlo —dijo él haciendo caso omiso—, aunque sólo sea para mostrar gratitud. A los dioses no les gusta nada la ingratitud, ¿verdad que no?

—Lo que a los dioses les gusta —repliqué— es el caos.

Los dioses estaban contentos.



Cair Ligualid era una desgracia de sitio. Los hombres del norte la habían saqueado y reducido a cenizas dos años antes, justo después de que el padre de Guthred muriera frente a los escoceses, y no habían logrado reconstruir ni la mitad. Lo que quedaba de ella se erguía en la orilla sur del río Hedene, y ése era el motivo por el que el asentamiento aún existía, pues había sido construido en el primer cruce del río, un río que ofrecía cierta protección contra los maleantes escoceses. Pero no había ofrecido ninguna contra la flota de vikingos que navegó Hedene arriba, que robó todo lo que pudo, violó a su antojo, mató todo lo que quiso, y se llevó a los supervivientes como esclavos. Esos vikingos procedían de los asentamientos en Irlanda, y eran enemigos de los sajones, los irlandeses, los escoceses e incluso, a veces, de sus primos los daneses; así que tampoco se libraron los daneses de Cair Ligualid. De modo que, al atardecer, entramos por una puerta rota de una muralla rota a una ciudad rota, y la lluvia que nos acompañó todo el día remitió por fin al tiempo que un haz de luz roja salía de detrás de las nubes al oeste. Seguimos la luz de aquel sol hinchado que se reflejaba en mi yelmo con cimera de lobo, en mi cota de malla, en mis brazaletes y en las empuñaduras de mis dos espadas, y alguien gritó que yo era el rey. Parecía un rey. Montaba a *Witnere*, que sacudió su cabezón y piafó, y yo relucía en toda mi gloria guerrera.

Cair Ligualid estaba lleno de gente. Aquí y allí se habían reconstruido algunas casas, pero la mayoría acampaba entre las ruinas chamuscadas, con su ganado, y eran demasiados para ser supervivientes de las incursiones vikingas. De hecho, era la gente de Cumbraland la que había traído a Cair Ligualid sus curas o señores con la promesa de un nuevo rey. Y ahora, desde el este, con el sol poniente reflejado en su cota, llegaba un guerrero reluciente en un gran caballo negro.

—¡El rey! —gritó otra voz, y los demás corearon, y de los hogares maltrechos y los refugios provisionales salió la gente para admirarme. Willibald intentaba acallarlos, pero sus palabras en el sajón del oeste se perdieron en el barullo. Pensé que también Guthred protestaría, pero lo que hizo fue cubrirse la cabeza con la capucha de la capa, para así parecer uno de los religiosos que se afanaban por mantener el paso entre la multitud que nos seguía. La gente se arrodillaba cuando pasábamos, luego se ponía en

pie a toda prisa para seguirnos. Hild reía y la tomé de la mano para que paseara a mi lado como una reina, y la muchedumbre creciente nos acompañó hasta la cima de una colina baja en la que habían construido una casa nueva. Cuando nos acercamos vi que no era una casa, sino una iglesia, y que los curas y monjes salían por la puerta para recibirnos.

La locura se había apoderado de Cair Ligualid. Una locura distinta de la que había provocado el derramamiento de sangre en Eoferwic, pero igual de loca. Las mujeres lloraban, los hombres gritaban y los niños miraban boquiabiertos. Las madres tendían sus niños hacia mí como si fueran a sanar si yo los tocaba.

—¡Tienes que detenerlos! —Willibald había conseguido llegar a mi lado y se agarraba de mi estribo derecho.

—¿Por qué?

—¡Pues porque están equivocados! ¡El rey es Guthred!

Le sonreí.

—A lo mejor —respondí lentamente, como si se me acabara de ocurrir la idea—, a lo mejor yo debería ser rey.

—¡Uhtred! —exclamó Willibald conmovido.

—¿Por qué no? —pregunté—. Mis ancestros fueron reyes.

—¡El rey es Guthred! —protestó Willibald—. ¡El abad lo nombró!

Así había empezado la locura de Cair Ligualid. La ciudad era una guarida de zorros y aves cuando el abad Eadred de Lindisfarena cruzó las montañas. Lindisfarena es, por supuesto, el monasterio junto a Bebbanburg. Está en la costa este de Northumbria, mientras que Cair Ligualid se encuentra en el extremo oeste, pero el abad, expulsado de Lindisfarena por las incursiones danesas, había venido a Cair Ligualid y había construido la nueva iglesia hacia la que estábamos subiendo. El abad también había visto a Guthred en sueños. Hoy en día, por supuesto, toda Northumbria conoce la historia de cómo san Cutberto le reveló a Guthred en sueños al abad Eadred, pero entonces, el día de la llegada de Guthred a Cair Ligualid, la historia parecía otra insensatez para acabar de rematar una chifladura galopante. La gente me llamaba rey a voces y Willibald se volvió hacia Guthred y le gritó:

—¡Decidles que paren!

—La gente quiere un rey—contestó Guthred—, y Uhtred es lo que parece. Déjales disfrutarlo un rato.

Un grupo de monjes jóvenes, armados con varas, mantenían a la excitada muchedumbre alejada de las puertas de la iglesia. Eadred les había prometido un milagro y llevaban días esperando que llegara su rey, y en éstas aparecí yo por el este con la gloria de un guerrero, lo que siempre he sido. Toda mi vida he seguido el camino de la espada. Si me dan a elegir, y he podido elegir muchas veces, prefiero desnudar la espada que arreglar una disputa con palabras, porque eso es lo que hace un guerrero, pero la mayoría de hombres y mujeres no son guerreros. Anhelan la paz. Nada desean más que ver a sus hijos crecer, plantar semillas y vivir para ver la cosecha, para adorar a su dios, querer a su familia y que los dejen en paz. Aun así, nuestro destino es haber nacido en una época en que la violencia nos gobierna. Los daneses aparecieron y nuestra tierra se desmembró, todas nuestras costas fueron asoladas por los barcos con proa de fiera, que llegaron para esclavizar, robar y matar. A Cumbraland, la parte más agreste de todas las tierras sajonas, llegaron los daneses, los noruegos, los escoceses, y nadie podía vivir en paz. Y yo creo que cuando se rompen los sueños de los hombres, cuando destruyes sus hogares, arruinas sus cosechas, violas a sus hijas y esclavizas a sus hijos, engendras la locura. Cuando llegue el fin del mundo, cuando los dioses peleen entre ellos, la humanidad entera será víctima de un frenesí guerrero, los ríos serán de sangre, el cielo se cubrirá de gritos, y el gran árbol de la vida se derrumbará con un gran estrépito que se oirá en la estrella más lejana, pero todo eso está aún por venir. Entonces, en el 878, cuando aún era joven, lo que sucedía era aquella pequeña locura en Cair Ligualid. Era la locura de la esperanza, la creencia de que un rey nacido del sueño de un cura acabaría con el sufrimiento de la gente.

El abad Eadred esperaba dentro de la zona acordonada por monjes y, al acercarse mi caballo, levantó las manos hacia el cielo. Era alto, anciano y de pelo blanco, consumido y fiero, con ojos de halcón y, sorprendente para un cura, llevaba una espada colgada de la cintura. Al principio no podía ver mi cara porque la ocultaban las placas que me cubrían las mejillas, pero cuando me quité el casco siguió creyendo que era el rey. Levantó la vista, alzó las manos al cielo dando gracias por mi llegada, y se inclinó ante mí.

—Mi señor el Rey —saludó con voz profunda. Los monjes se postraron y se me quedaron mirando—. Mi señor el Rey —volvió a retumbar la voz del abad—, ¡sed bienvenido!

—Nuestro señor el Rey —corearon los monjes—, sed bienvenido.

Ese sí fue un momento interesante de verdad. Recordemos que Eadred había elegido a Guthred porque san Cutberto le había mostrado en sueños al hijo de Hardicnut. Y resulta que ahora creía que yo era el rey, lo que quería decir que o bien Cutberto le había mostrado a otro tipo o que Eadred era un mentiroso cabrón. O quizá fuera san Cutberto el cabrón mentiroso. Pero como milagro, y el sueño de Eadred siempre se recordará como un milagro, era decididamente sospechoso. Una vez le conté la historia a un cura y se negó a creerme. Me maldijo, se persignó y se marchó corriendo a decir sus oraciones. Toda la vida de Guthred iba a estar dominada por el simple hecho de que san Cutberto se había mostrado a Eadred, y la verdad es que Eadred no lo reconoció. Pero hoy en día nadie me cree. Willibald, por supuesto, bailoteaba a su alrededor como si llevara dos avispa en los calzones, intentando corregir el errorcillo de Eadred, así que le pegué una patada en el casco para que se quedara tranquilo y señalé a Guthred, que se acababa de apartar la capucha.

—Este —le dije a Eadred— es tu rey.

Por un instante, Eadred no me creyó, y cuando lo hizo la ira se apoderó de su rostro. Se le contorsionó la expresión con intensa furia porque comprendió, aunque nadie más lo hiciera, que tendría que haber reconocido al Guthred del sueño. La ira no estalló, logró dominarla y se inclinó ante Guthred, a quien le repitió el saludo, que él devolvió con su habitual alegría. Dos monjes se apresuraron a hacerse cargo de su caballo, y Guthred desmontó y fue conducido dentro de la iglesia. El resto los seguimos como mejor pudimos. Ordené a algunos monjes que sujetaran a *Witnere* y a la yegua de Hild. Pero las bestias querían estar dentro de la iglesia. Les informé de que les rompería las tonsuradas cabezas si los caballos se perdían, así que me obedecieron.

La iglesia estaba oscura. Velas de junco iluminaban el altar y el suelo de la nave, donde un gran grupo de monjes se postraba y cantaba, mientras las pequeñas y humeantes luces apenas mitigaban la densa oscuridad. Como iglesia no era gran cosa. Era grande, más grande incluso que aquella que estaba construyendo Alfredo en Wintanceaster, pero había sido levantada a toda prisa y las paredes eran de troncos sin desbastar, y, cuando se me acostumbraron los ojos a la oscuridad, vi que el techo no estaba totalmente cubierto y que la paja era de mala calidad. Había probablemente unos cincuenta o sesenta religiosos dentro y la mitad de los *thane*, si es que los hombres de Cumbraland aspiraban a dicho título. Eran los hombres más

ricos de la región, iban acompañados de sus partidarios, y observé que algunos lucían la cruz y otros el martillo. Había daneses y sajones en aquella iglesia, mezclados, y no eran enemigos. De hecho, se habían reunido para apoyar a Eadred, que les había prometido un rey nombrado por Dios. Y estaba Gisela.

Reparé en ella casi inmediatamente. Era una chica alta, morena, con un rostro largo y muy serio. Iba vestida con una capa y un hábito gris, así que al principio supuse que era una monja; después vi los brazaletes de plata y el pesado broche que le cerraba la capa al cuello. Tenía ojos grandes como luceros, pero eso se debía a que estaba llorando. Eran lágrimas de alegría, y cuando Guthred la vio, corrió hacia ella y ambos se abrazaron. La estrechó con fuerza, después se apartó, sujetándola de las manos, y vi que estaba medio llorando medio riendo. Impulsivamente, Guthred la condujo hacia mí.

—Mi hermana —me la presentó—. Gisela —aún la cogía de las manos—. Soy libre gracias al señor Uhtred.

—Os lo agradezco —me dijo ella, y yo no respondí. Era consciente de la presencia de Hild detrás de mí, pero aún más de la de Gisela. ¿Quince años, dieciséis? Pero aún sin casar, pues llevaba la melena negra suelta. ¿Qué me había dicho su hermano? Que tenía cara de caballo, pero para mí era un rostro de ensueño, un rostro que inflamaría el cielo, que carcomería a un hombre. Aún sigo viendo ese rostro tantos años después. Era un rostro alargado, con una nariz también larga, ojos oscuros que a veces parecían lejanos y otras, perversos, y la primera vez que me miró quedé perdido. Las ancianas que hilan nuestras vidas la habían enviado y supe que ya nada volvería a ser igual.

—No te has casado aún, ¿verdad? —le preguntó Guthred ansioso.

Se tocó la melena, aún libre como la de una niña. Cuando se casara, se la recogería.

—Por supuesto que no —contestó, aún mirándome; después se volvió hacia su hermano—. ¿Y tú?

—Tampoco —dijo él.

Gisela miró a Hild, volvió a mirarme a mí, y justo entonces llegó el abad Eadred para llevarse a Guthred, de modo que Gisela regresó con su aya. Me miró de reojo, y aún recuerdo aquella mirada. Los párpados caídos y el traspié al volverse para sonreírme por última vez.

—Una chica guapa —comentó Hild.

—Preferiría una mujer guapa —contesté.

—Tienes que casarte —contestó ella.

—Ya estoy casado —le recordé, y era cierto. Tenía una esposa en Wessex, una esposa que me odiaba, pero Mildrith estaba entonces en un convento, y yo no sabía ni quería saber si se consideraba casada con Cristo o conmigo.

—Esa chica te gusta —insistió Hild.

—Me gustan todas —contesté con evasivas.

Perdí a Gisela de vista cuando la multitud se acercó para contemplar la ceremonia, que comenzó cuando el abad Eadred se desabrochó el cinto de la espada de la cintura y se lo colocó alrededor de los harapos a Guthred. Después envolvió al nuevo rey en una fina capa verde, recubierta de piel, y le colocó un aro de bronce sobre la rubia melena. Los monjes cantaban todo el rato, y siguieron cantando cuando Eadred condujo a Guthred alrededor de la iglesia para que todos lo vieran. El abad sostuvo en alto la mano del rey, y sin duda a mucha gente debió de parecerle raro que se proclamara nuevo rey con los grilletes de esclavo en las muñecas. Los hombres se arrodillaron ante él. Guthred conocía a muchos de los daneses que habían sido partidarios de su padre, y los saludó con alegría. Desempeñaba bien el papel de rey, pues era inteligente además de bondadoso, pero yo detecté un punto de burla en su rostro. ¿Creía realmente ser rey entonces? Yo creo que todo le parecía una aventura, pero desde luego la prefería a vaciar el orinal de Eochaid.

Eadred pronunció un sermón, corto, gracias al cielo, aunque lo hizo en dos lenguas. Su danés no era muy bueno, pero el justo para informar a los paisanos de Guthred de que Dios y san Cutberto habían elegido nuevo rey, y allí estaba. Evidentemente, ya sólo cabía esperar gloria. Después condujo a Guthred hacia las velas de junco que ardían en el centro de la iglesia y los monjes que se habían reunido junto a las humeantes llamas se apartaron para que pasara el nuevo rey. Vi que se habían reunido alrededor de tres arcones que también estaban rodeados de velas.

—¡Ahora se tomará el juramento real! —anunció Eadred a la iglesia. Los cristianos se arrodillaron de nuevo, y algunos de los paganos daneses imitaron torpemente el ejemplo.

Se suponía que iba a ser un momento solemne, pero Guthred casi lo estropea cuando se dio la vuelta para venir a buscarme.

—Uhtred —gritó—. ¡Tú tendrías que estar aquí! ¡Acércate!

Eadred se puso nervioso, pero Guthred me quería a su lado porque le preocupaban los tres arcones. Eran dorados, y las tapas estaban sujetas por grandes bisagras de metal. Los rodeaban las titilantes velas de juncos, y eso le indicaba que iban a realizar algún tipo de brujería cristiana; así que quería que compartiéramos el riesgo. El abad me miró con ira.

—¿Os ha llamado Uhtred? —preguntó sospechosamente.

—El señor Uhtred comanda la tropa real —respondió Guthred en tono grandioso. Eso me convertía en comandante de una poca leche, pero yo mantuve la cara seria—. Y si hay que tomar juramentos —prosiguió el rey —, tendrá que jurar conmigo.

—Uhtred —repitió el abad Eadred en tono neutro. Conocía el nombre, vaya si lo conocía. Venía de Lindisfarena, donde gobernaba mi familia, y había acidez en su voz.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —dije lo suficientemente alto para que todos en la iglesia lo oyeran, y el anuncio causó cuchicheos entre los monjes. Algunos se persignaron y otros se me quedaron mirando con odio aparente.

—¿Es vuestro compañero? —quiso saber Eadred.

—Me rescató —contestó Guthred—, y es mi amigo.

Eadred hizo la señal de la cruz. Le disgusté desde el instante en que me confundió con el rey soñado, pero ahora supuraba mala intención. Me detestaba porque nuestra familia era la guardiana del monasterio de Lindisfarena, pero el monasterio estaba en ruinas, y Eadred, su abad, se había visto obligado al exilio.

—¿Os ha enviado Ælfric? —me interpeló.

— Ælfric —escupí el nombre— es un usurpador, un ladrón y una corneja, y un día voy a desparramar sus apestosas tripas por el suelo y lo voy a enviar al árbol, para que *Destrozacadáveres* se alimente con él.

Eadred finalmente me reconoció.

—Sois el hijo del señor Uhtred —dijo, y me miró los brazaletes, la cota de malla, la factura de mis armas y el martillo colgado del cuello—. Sois el chico criado por los daneses.

—Soy el chico —respondí con sarcasmo— que mató a Ubba Lothbrokson junto al mar del sur.

—Es mi amigo —insistió Guthred.

El abad Eadred se estremeció, después inclinó un poco la cabeza para indicar que me aceptaba como compañero de Guthred.

—Juraréis servir al rey Guthred fielmente —me gruñó.

Di medio paso atrás. Prestar juramento es un asunto serio. Si juraba servir a aquel rey que habían hecho esclavo, ya no sería libre jamás. Sería el hombre de Guthred, habría jurado morir por él, obedecerle y servirle hasta la muerte, y la idea me irritaba. Guthred me vio vacilar y sonrió.

—Te devolveré tu libertad —me susurró en danés, y comprendí que él, como yo, veía aquella ceremonia como un juego.

—¿Lo juráis? —le pregunté.

—Sobre mi vida —contestó sin darle mayor importancia.

—¡Van a prestar juramento! —anunció Eadred, deseando restaurar algo de dignidad en la iglesia, que se había llenado de murmullos. Miró con ira a la congregación hasta que se quedaron callados, después abrió los cofres más pequeños. Dentro había un libro, con la portada engastada en piedras preciosas.

—¡Este es el gran libro de los evangelios de Lindisfarena! —voceó Eadred maravillado.

Levantó el libro del arcón y lo elevó para que la tenue luz se reflejara en las joyas. Todos los monjes se persignaron; después Eadred pasó el voluminoso libro a un cura cuyas manos temblaron al aceptarlo. Eadred se inclinó sobre el segundo de los cofres pequeños. Hizo la señal de la cruz, abrió la tapa y allí, ante mí, vi una cabeza cortada con los ojos cerrados. Guthred no pudo evitar un gruñido de disgusto y, temiendo brujerías, me cogió del brazo derecho.

—Éste es el muy santo Osvaldo —proclamó Eadred—, antaño rey de Northumbria y hoy un santo muy querido de Dios todopoderoso —su voz tembló de la emoción.

Guthred dio medio paso atrás, horrorizado por la cabeza, pero yo me solté de él y di un paso al frente para mirar a Osvaldo. Había sido señor de Bebbanburg en su tiempo, y también rey de Northumbria, pero de eso hacía doscientos años. Había muerto en la batalla contra los mercios, que lo descuartizaron, y me pregunté cómo habrían rescatado la cabeza del osario de la derrota. La cabeza, con las mejillas hundidas y la piel oscura, parecía no tener cicatrices. Tenía el pelo largo y enmarañado, y tapaba su cuello un pedazo de tela amarillento. Como corona lucía un aro de bronce.

—Amantísimo san Osvaldo —entonó Eadred mientras volvía a hacer la señal de la cruz—, protégenos, guíanos y reza por nosotros.

Los labios del rey habían encogido y ahora se veían tres dientes. Eran como tres ganchos amarillos. Los monjes más próximos a Osvaldo se postraban una y otra vez en silenciosa y ferviente oración.

—San Osvaldo es un guerrero de Dios —anunció Eadred—, y con él a nuestro lado nadie podrá con nosotros.

Se apartó de la cabeza del rey muerto y se acercó al último y más grande de los arcones. La iglesia estaba en silencio. Los cristianos, por supuesto, eran conscientes de que, al revelar las reliquias, Eadred invocaba los poderes del cielo para presenciar los juramentos, mientras que los daneses paganos, que no comprendían qué sucedía exactamente, estaban fascinados por la magia que sentían en el gran edificio. Y presentían que aún habría más magia, pues los monjes se acababan de postrar extendiéndose en el suelo de tierra mientras Eadred rezaba en silencio junto a la última caja. Rezó durante largo rato, con las manos en oración, moviendo los labios con los ojos fijos en las vigas, donde revoloteaban los gorriones. Al fin, abrió los dos enormes cerrojos de bronce del arcón y levantó la tapa.

Dentro del arcón grande había un cadáver. El cadáver estaba envuelto en un paño de tela, pero se apreciaba suficientemente la forma del cuerpo. Guthred me había vuelto a coger del brazo como si yo pudiera protegerle de los hechizos de Eadred. Eadred, mientras tanto, retiraba el paño con delicadeza para descubrir a un obispo muerto, vestido de blanco y con la cara tapada por un pañuelito de tela rematado en hilo dorado. El cadáver llevaba un escapulario bordado colgado del cuello, y se le había caído de la cabeza una mitra ajada. Una cruz de oro, decorada con granates, quedaba medio oculta por sus manos, unidas en oración junto al pecho. En el dedo consumido relucía un anillo de rubí. Algunos de los monjes estaban con la boca abierta, como si no pudieran resistir el poder sagrado que emanaba del cadáver, y hasta Eadred se notaba afectado. Tocó el borde del ataúd con la frente, después se enderezó para mirarme.

—¿Sabes quién es? —me preguntó.

—No.

—En el nombre del Padre —entonó—, del Hijo, y del Espíritu Santo —y apartó el pañuelo de tela rematado en oro para revelar una cara amarillenta con manchas más oscuras—. Es san Cutberto —dijo Eadred con un punto lloroso en la voz—. El más bendito, el más sagrado, el más amado

Cutberto. Oh, Dios mío del amor hermoso —y se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre las rodillas—, es el mismísimo san Cutberto.

Hasta la edad de diez años había sido criado con las historias de Cutberto. Aprendí cómo enseñó a un coro de focas a entonar los salmos, cómo las águilas le traían comida a la pequeña isla de Bebbanburg, donde vivió en soledad por un tiempo. Podía calmar las tormentas con una oración, y había rescatado a incontables marineros del naufragio. Salvó una vez a una familia al ordenar a las llamas que consumían su casa a regresar a los infiernos, y el fuego se desvaneció misteriosamente. Se adentraba en el mar invernal hasta el cuello y se quedaba allí toda la noche, rezando, y cuando regresaba a la playa, al alba, sus ropas estaban secas. Extrajo agua de la tierra resquebrajada durante una sequía, y cuando los pájaros robaron las semillas recién plantadas de cebada, les ordenó que las devolvieran, cosa que hicieron. O eso me contaron. Desde luego era el mayor santo de Northumbria, el santo que velaba por nosotros y a quien debíamos dirigir nuestras oraciones, para que él las susurrara al oído a Dios, y allí estaba en una caja de olmo labrada y recubierta de oro, tumbado sobre su espalda, con enormes fosas nasales, la boca entreabierta, las mejillas caídas, y cinco dientes entre negro y amarillo del que se habían separado las encías, de modo que parecían colmillos. Uno de ellos estaba roto. Los ojos cerrados. Mi madrastra poseía el peine de san Cutberto y le gustaba contarme que había encontrado pelo del santo en las púas del peine y que era rubio como el oro, pero el de aquel cadáver era negro como la pez. Lo tenía largo, lacio y se lo habían apartado de la amplia frente y de la tonsura de monje. Eadred le puso la mitra con cuidado en el sitio, después se agachó y besó el anillo de rubí.

—Apreciaréis —dijo con voz ronca por la emoción—, que la sagrada carne es incorrupta —se detuvo para acariciar una de las manos huesudas del santo—, y tal milagro es señal cierta y segura de su santidad —se inclinó hacia delante y esta vez besó al santo de lleno en la boca arrugada—. Oh, muy santo Cutberto —rezó en voz alta—, guíanos, condúcenos y tráenos tu gloria en el nombre de Aquél que murió por nosotros, junto a cuya mano derecha ahora te sientas en esplendor eterno, amén.

—Amén —acompañaron los monjes. Los que estaban más cerca se habían levantado del suelo para ver al santo incorrupto y la mayoría de ellos lloraban al contemplar el rostro amarillo.

Eadred levantó la mirada de nuevo hacia mí.

—En esta iglesia, joven —dijo—, reside el alma espiritual de Northumbria. Aquí, en estos arcones, están nuestros milagros, nuestros tesoros, nuestra gloria y la vía para hablar con Dios buscando su protección. Mientras estas reliquias sagradas permanezcan a salvo, estaremos a salvo. Una vez —se puso en pie al decir esta última palabra, y su voz se endureció—, una vez todas estas cosas preciosas estuvieron bajo la protección de los señores de Bebbanburg, ¡pero esa protección no sirvió para nada! Llegaron los paganos, masacraron a los monjes, y los hombres de Bebbanburg se refugiaron tras sus murallas en lugar de aniquilar a los paganos. Pero nuestros antepasados en Cristo salvaron las reliquias, y hemos vagado desde entonces por tierras salvajes, manteniéndolas a salvo, y algún día construiremos una gran iglesia y estas reliquias deslumbrarán a toda la tierra santa. ¡A esa tierra santa conduzco a esta gente! —y extendió la mano para indicar al populacho que esperaba fuera de la iglesia—. Dios me ha enviado un ejército —gritó—, y ese ejército triunfará, pero no seré yo el hombre que lo guíe. Dios y san Cutberto me revelaron en un sueño el rey que nos conducirá a la tierra prometida. ¡Me mostraron al rey Guthred!

Se puso en pie y levantó el brazo de Guthred en alto, gesto que provocó el aplauso de la congregación. Guthred parecía sorprendido más que regio, y yo me limité a mirar al santo muerto.

Cutberto había sido abad y obispo en Lindisfarena, la isla que quedaba justo al norte de Bebbanburg, y durante más de doscientos años su cuerpo había reposado en una cripta de la isla, hasta que los asaltos vikingos se convirtieron en una amenaza y, para rescatar el santo cadáver, los monjes trajeron al muerto a tierra. Desde entonces había estado recorriendo Northumbria. Yo no le gustaba a Eadred porque mi familia no había protegido las reliquias sagradas, pero la fuerza de Bebbanburg residía en su posición sobre el acantilado azotado por el mar, y sólo un insensato sacaría a su guarnición de las murallas para pelear. Si yo hubiera tenido que elegir entre conservar Bebbanburg y abandonar una reliquia, habría renunciado a todo el calendario de santos fiambres. Cadáveres de santos se encuentran a patadas, mientras que fortalezas como Bebbanburg hay muy pocas.

—¡Contemplad! —berreaba Eadred, aún sosteniendo el brazo de Guthred en alto—. ¡Contemplad al rey de *Haliwerfolkland*!

¿El rey de qué? Me pareció haberlo entendido mal, pero no. *Haliwerfolkland*, había dicho Eadred, y significaba la Tierra del Pueblo del Santo. Ese nombre le daba Eadred al reino de Guthred. San Cutberto era,

por supuesto, el santo, pero quienquiera que fuera rey de aquella tierra sería un cordero entre lobos. Ivarr, Kjartan y mi tío eran los lobos. Ellos eran los hombres que poseían las fuerzas de soldados profesionales, mientras que Eadred confiaba en montarse un reino sobre la espalda de un sueño, y yo no albergaba dudas de que aquella oveja nacida de un sueño acabaría despedazada por los lobos. Con todo, por el momento, Cair Ligualid era mi mejor refugio en Northumbria, porque mis enemigos tendrían que atravesar las colinas para venir a buscarme, y además yo sentía cierta querencia por aquel tipo de locura. En la locura reside el cambio, en el cambio la oportunidad, y en la oportunidad hay riquezas.

—Ahora —Eadred soltó la mano de Guthred y se dirigió a mí—, vais a jurar lealtad a nuestro rey y a este país —Guthred me guiñó un ojo y yo me arrodillé obedientemente e intenté cogerle al abad la mano derecha, pero Eadred me apartó—. Vais a jurarle al santo —me riñó.

—¿Al santo?

—Colocad las manos sobre las muy benditas manos de san Cutberto —me ordenó Eadred—, y decid las palabras.

Apoyé las manos sobre los dedos del santo y noté el pedazo de rubí bajo los míos, que parecía bien sujeto.

—Juro ser vuestro hombre —le dije al fiambre—, serviros fielmente —volví a forzar el anillo, pero los dedos estaban muy tiesos y la piedra no se movía.

—¿Lo juráis por vuestra vida? —preguntó Eadred con severidad.

Volví a retorcer el anillo, pero nada, imposible.

—Lo juro por mi vida —respondí respetuosamente, y jamás, en toda mi vida, me he tomado un juramento tan a la ligera. ¿Cómo se puede cumplir la palabra dada a un muerto?

—¿Y juráis servir al rey Guthred fielmente?

—Lo juro —contesté.

—¿Y ser enemigo de todos sus enemigos?

—Lo juro —contesté.

—¿Y servir a san Cutberto hasta el fin de vuestros días?

—Lo juro.

—Podéis besar al muy bendito Cutberto —añadió Eadred. Me agaché hasta el borde del ataúd para besarle las manos—. ¡No! —protestó Eadred—. ¡En la boca! —Me puse de rodillas y lo besé en los secos y rasposos labios—. Alabado sea Dios —concluyó Eadred. Después obligó a Guthred

a que jurara servir a Cutberto, y la iglesia fue testigo de cómo el rey esclavo se arrodilló y besó el cadáver. Los monjes cantaron mientras se permitía a la gente de la iglesia contemplar a Cutberto. Hild se estremeció cuando llegó junto al ataúd y cayó de rodillas, llorando a mares, y tuve que levantarla y llevármela. A Willibald le afectó de manera parecida, pero su rostro refulgía de alegría. Gisela, pude apreciar, no se inclinó ante el cadáver. Lo miró con curiosidad, pero era evidente que para ella no significaba nada, y deduje que seguía siendo pagana. Observó al muerto, después me miró a mí y sonrió. Sus ojos, pensé, brillaban más que el rubí del santo muerto.

Y así fue como llegó Guthred a Cair Ligualid. Me pareció entonces, y me sigue pareciendo ahora, que todo fue un montón de mamarrachadas, pero fueron mamarrachadas mágicas, y el guerrero muerto juró lealtad al muerto y el esclavo se convirtió en rey. Se oían las carcajadas de los dioses.

* * *

Tarde, más tarde, reparé en que estaba haciendo lo que Alfredo habría querido que hiciera. Ayudar a los cristianos. Había dos guerras en aquellos años. La más evidente era entre sajones y daneses, pero también existía un combate entre paganos y cristianos. La mayoría de los daneses eran paganos, y la mayoría de los sajones, cristianos, de modo que ambas guerras parecían la misma lucha, pero en Northumbria las cosas se confundieron, y eso sucedió así gracias a la astucia del abad Eadred.

Lo que Eadred hizo fue terminar la guerra entre sajones y daneses en Cumbraland al escoger a Guthred. Guthred era, por supuesto, danés, y eso significaba que los daneses de Cumbraland estaban dispuestos a seguirle, y como había sido proclamado rey por un abad sajón, los sajones estaban igualmente dispuestos. De este modo, las dos mayores tribus que peleaban en Cumbraland, daneses y sajones, estaban unidas, mientras que los britanos, y un buen puñado de britanos seguía viviendo en Cumbraland, también eran cristianos, y sus curas les pidieron que aceptaran la elección de Eadred, cosa que hicieron.

Una cosa era proclamar rey, y otra muy distinta que ese rey consiguiera gobernar, pero Eadred había tomado una decisión muy astuta. Guthred era un buen hombre, pero también era el hijo de Hardicnut, que se llamaba a sí mismo rey de Northumbria, así que Guthred tenía derecho a

reclamar la corona, y ninguno de los *thane* de Cumbraland era suficientemente poderoso para desafiarlo. Necesitaban un rey porque llevaban demasiado tiempo peleándose entre ellos, sufriendo el ataque de los noruegos de Irlanda y las salvajes incursiones de Strath Clota. Guthred, al unir a daneses y sajones, comandaría mayores fuerzas para enfrentarse a los enemigos. Había un hombre que habría podido erigirse en rival. Ulf, le llamaban, y era un danés que poseía tierra al sur de Cair Ligualid y más riquezas que nadie en Cumbraland, pero era viejo y cojo, y no tenía hijos, así que ofreció su lealtad a Guthred, y el ejemplo de Ulf convenció a los demás daneses para aceptar la elección de Eadred. Se arrodillaron frente a él uno tras otro y él los saludó por su nombre, les hizo ponerse en pie y los abrazó.

—Tendría que convertirme en cristiano, en serio —me dijo a la mañana siguiente de nuestra llegada.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho por qué. Para mostrar mi gratitud. Oye, ¿no me tendrías que llamar señor?

—Sí, señor.

—¿Duele?

—¿El qué, llamaros señor, señor?

—¡No! —se rió—. Convertirse al cristianismo.

—¿Por qué tendría que doler?

—No sé. ¿No te clavan a una cruz?

—Claro que no —me burlé—, sólo te lavan.

—Yo ya me lavo solo —dijo, después se puso ceñudo—. ¿Por qué los sajones no se lavan? No tú, tú te lavas, pero la mayoría de los sajones no. No tanto como los daneses. ¿Es que les gusta la mugre?

—Si te lavas, te constipas.

—Yo no —contestó—. ¿Eso es todo, entonces? ¿Una lavadita?

—Le llaman bautizo.

—¿Y hay que abandonar a los otros dioses?

—En teoría sí.

—¿Y sólo tener una esposa?

—Sólo una. En eso son muy estrictos.

Pensó en esa cuestión.

—Aun así, creo que debería hacerlo —dijo—. Porque el dios de Eadred desde luego tiene poder. ¡Mira si no el muerto! ¡Es un milagro que

no se les haya podrido!

Los daneses estaban fascinados con las reliquias de Eadred. La mayoría no entendía por qué un grupo de monjes iba por ahí transportando un fiambre, la cabeza de otro rey fiambre y un libro enojado por toda Northumbria, pero sí entendían que eran cosas sagradas y eso les impresionaba. Las cosas sagradas tienen poder. Son una vía desde nuestro mundo a los otros mundos del más allá, mucho mayores, e incluso antes de que Guthred llegara a Cair Ligualid, algunos daneses ya habían aceptado el bautismo para poder controlar parte del poder de las reliquias.

Yo no tengo nada de cristiano. Hoy en día no es bueno confesarlo, pues los obispos y abades tienen demasiada influencia y es más fácil fingirse de una fe que luchar por ideas violentas. Me criaron como cristiano, pero a los diez años, cuando me acogió la familia de Ragnar, descubrí que los viejos dioses sajones eran los mismos dioses que los de los daneses y los hombres del norte, y su culto siempre me pareció más lógico que el de arrodillarse ante un dios de un país tan lejano que a nadie he conocido que viniera de allí. Thor y Odín caminaban por nuestras colinas, dormían en nuestros valles, amaban a nuestras mujeres y bebían de nuestros arroyos, y eso te hace verlos como tus vecinos. También me gusta de nuestros dioses que no están obsesionados con nosotros. Tienen sus propias disputas y romances y la mayor parte del tiempo parecen no hacernos el menor caso, pero el dios cristiano no tiene nada mejor que hacer que establecer reglas para nosotros. Reglas, y más reglas, prohibiciones y mandamientos, y necesita cientos de curas y monjes con hábitos oscuros para asegurar que obedecemos esas leyes. Yo me lo imagino muy quisquilloso y malhumorado, al dios ese, aunque sus curas no paran de decir que nos ama. Yo nunca he sido tan imbécil como para creer que Thor, Odín u Hoder me amaban, aunque espero que en algunas ocasiones me hayan considerado digno.

Pero Guthred también quería que el poder de las reliquias cristianas lo beneficiara a él, así que, para alegría de Eadred, le pidió que lo bautizara. La ceremonia tuvo lugar al aire libre, justo fuera de la gran iglesia, donde sumergieron a Guthred en un gran barril de agua del río y todos los monjes elevaron las manos al cielo y aseguraron que la obra de Dios era maravillosa de contemplar. Después envolvieron a Guthred en un paño y Eadred lo coronó por segunda vez colocándole sobre el pelo mojado el círculo de bronce bruñido del rey Osvaldo. Después le embadurnó la frente con aceite de bacalao, le entregó una espada y un escudo, y le pidió que

besara tanto el evangelio de Lindisfarena como los labios de cadáver de Cutberto, que habían sacado a la luz para que la muchedumbre lo contemplara. Guthred pareció disfrutar la ceremonia, y el abad Eadred se mostró tan conmovido que cogió la cruz de granates de las manos de san Cutberto y se la colgó al nuevo rey al cuello. No la dejó ahí demasiado tiempo; se la devolvió al cadáver cuando Guthred fue presentado a su harapiento pueblo en las ruinas de Cair Ligualid.

Aquella noche hubo un banquete. No había gran cosa que comer, sólo pescado ahumado, estofado de cabra y pan duro, pero la cerveza sobraba, y a la mañana siguiente, con la cabeza hecha un bombo, me acerqué al primer *witanegemot* de Guthred. Al ser danés, evidentemente, no estaba acostumbrado a tales reuniones con el consejo, en las que todos los *thane* y cargos eclesiásticos mayores son invitados a ofrecer consejo, pero Eadred había insistido en que se reuniera el *witan*, y Guthred tenía que presidirlo.

El consejo se reunió en la gran iglesia. Había empezado a llover por la noche y el agua goteaba por entre la tosca paja de modo que todo el mundo intentaba evitar las goteras. No había suficientes sillas ni taburetes, así que nos sentamos en el suelo cubierto de juncos, en un gran círculo alrededor de Eadred y Guthred, en dos tronos junto al ataúd abierto de san Cutberto. Había cuarenta y seis hombres, la mitad de ellos clérigos y la otra mitad, los señores con más tierras de Cumbraland, tanto sajones como daneses, pero comparado con un *witanegemot* de Wessex, el cónclave era más bien deslucido. No se exhibían grandes riquezas. Algunos de los daneses llevaban brazaletes, y unos cuantos sajones elaborados broches, pero parecía más una reunión de granjeros que un consejo de estado.

Con todo, a Eadred no le faltaban visiones de grandeza. Empezó dándonos noticias del resto de Northumbria. Sabía qué había ocurrido porque recibía noticias de todos los religiosos del país, y esos informes aseguraban que Ivarr seguía en el valle del río Tuede, enzarzado en una amarga guerra de pequeñas emboscadas contra el rey Aed de Escocia.

—Kjartan el Cruel merodea en sus dominios —informó Eadred—, y no saldrá a luchar. Lo que nos deja a Egberto de Eoferwic, y es débil.

—¿Y qué pasa con Ælfric? —intervine.

—Ælfric de Bebbanburg ha jurado proteger a san Cutberto —contestó Eadred—, y no hará nada que ofenda al santo.

Quizá eso fuera cierto, pero no había duda de que mi tío pediría mi cabeza a cambio de mantener incólume al santo. No dije nada más, me

limité a escuchar mientras Eadred proponía que formáramos un ejército y marcháramos al otro lado de las colinas a capturar Eoferwic. Eso causó cierta perplejidad. Los hombres se miraron unos a otros, pero tal era la confianza y vehemencia de Eadred que al principio nadie se atrevió a cuestionarlo. Esperaban que les pidieran que prepararan a sus hombres para pelear contra los vikingos noruegos de Irlanda, o plantar cara a otro asalto de Eochaid de Strath Clota, pero el plan que les proponía era desplazarse para derrocar al rey Egberto.

Ulf, el danés más rico de Cumbraland, intervino por fin. Era mayor, unos cuarenta años, y lo habían dejado cojo y marcado de cicatrices las frecuentes disputas en Cumbraland, pero aún podía sumar cuarenta o cincuenta guerreros a las fuerzas de Guthred. No eran demasiados para la media de otras partes de Gran Bretaña, pero sí una fuerza sustancial en Cumbraland. Ahora quería saber por qué debía conducir a aquellos hombres al otro lado de las colinas.

—No tenemos enemigos en Eoferwic —declaró—, pero sí hay muchos que atacarán nuestras tierras en cuanto nos marchemos —la mayoría de los daneses emitió murmullos de aprobación.

Pero Eadred conocía a su público.

—Hay muchas riquezas en Eoferwic —añadió.

—¿Mujeres? —preguntó un hombre.

—Eoferwic es un pozo de corrupción —anunció Eadred—, es una guarida del demonio y un lugar de mujeres lascivas. Es una ciudad del mal que debería ser purgada por un ejército santo —la mayoría de los daneses vitorearon ante la perspectiva de mujeres lascivas, y ya nadie protestó ante la idea de atacar Eoferwic.

En cuanto capturaran la ciudad, una hazaña que Eadred daba por hecha, marcharíamos al norte, y los hombres de Eoferwic, aseguró, se unirían a nuestras filas.

—Kjartan el Cruel no se atreverá a enfrentarse a nosotros —declaró Eadred—, porque es un cobarde. Se refugiará en su fortaleza como una araña que se escabulle por su tela, se quedará ahí y dejaremos que se pudra hasta que llegue la hora de acabar con él. Ælfric de Bebbanburg no luchará contra nosotros porque es cristiano.

—Es un hijo de puta en el que no se puede confiar —gruñí, y se me ignoró ampliamente.

—Y derrotaremos a Ivarr —añadió Eadred, y yo me pregunté cómo iba nuestra chusma a derrotar al muro de escudos de Ivarr, pero Eadred no albergaba duda alguna—. Dios y san Cutberto lucharán por nosotros —aclaró—, y entonces seremos señores de Northumbria y Dios todopoderoso habrá establecido *Haliwerfolkland* y construiremos un santuario para san Cutberto que dejará asombrado al mundo.

Eso era lo que Eadred quería de verdad, un santuario. De ahí salía toda la locura, un santuario para un santo muerto, y sólo por ese motivo había nombrado Eadred rey a Guthred, y pensaba enzarzarse en una guerra con toda Northumbria. Al día siguiente llegaron ocho jinetes oscuros.

* * *

Contábamos con trescientos cincuenta y cuatro hombres en edad de luchar; entre ellos, menos de veinte poseían malla, y sólo un centenar podía considerarse protegido decentemente con cuero. Los hombres con cuero o malla tenían casi todos casco y armas como es debido, espadas o lanzas, y el resto iba armado con hachas, azadas, hoces o azadones afilados. Eadred lo llamaba pomposamente el Ejército del Santo, pero de haber sido yo el santo, me habría vuelto directito al cielo a esperar que apareciera algo mejor.

Un tercio de nuestro ejército era danés, el resto era sobre todo sajón, aunque había unos cuantos britanos armados con largos arcos de caza, armas muy temibles, así que llamé a los britanos la Guardia del Santo y ordené que se quedaran con el cadáver de san Cutberto, que evidentemente iba a acompañarnos en nuestra marcha hacia la conquista. Tampoco íbamos a dirigirnos a la conquista sin más, antes teníamos que conseguir comida para los hombres y forraje para las bestias, de las que sólo contábamos con ochenta y siete.

De ahí que la llegada de los jinetes oscuros fuera una alegría. Eran ocho, todos montados sobre caballos negros o marrones, y con cuatro monturas de más, cuatro lucían malla y los otros cuatro iban bien protegidos con cuero, todos cubiertos con capas y escudos negros, y llegaron a Cair Ligualid desde el este, siguiendo la muralla romana por la otra orilla del río, y allí cruzaron por un vado porque el antiguo puente había sido derruido por los noruegos.

Los ocho jinetes no eran los únicos recién llegados. Aparecían hombres a cada hora. La mayoría eran monjes, pero también había guerreros que venían de las colinas y traían un hacha o una vara de pelea. Unos cuantos tenían armadura o caballo, pero los ocho jinetes oscuros llegaron completamente equipados para la guerra. Eran daneses y le dijeron a Guthred que procedían de las cuadras de Hergist, que tenía tierras en un lugar llamado Heagostealdes. Hergist era viejo, le contaron a Guthred, y no podía venir en persona, pero había enviado a los mejores hombres que poseía. Su jefe se llamaba Tekil y parecía un guerrero útil, pues lucía cuatro brazaletes, poseía una espada larga y resistente y un rostro cargado de confianza. Rondaría los treinta, como la mayoría de sus hombres, aunque había uno mucho más joven, apenas un muchacho, el único que no llevaba brazaletes.

—¿Por qué me envía hombres Hergist desde Heagostealdes? —quiso saber Guthred.

—Estamos demasiado cerca de Dunholm, señor —respondió Tekil—, y Hergist desea que destruyáis ese nido de avispas.

—Pues bienvenidos —contestó Guthred, y permitió que los ocho hombres se arrodillaran ante él y le juraran lealtad.

—Tendrías que traer a los hombres de Tekil a mis tropas reales —me dijo más tarde.

Estábamos en un campo al sur de Cair Ligualid, donde yo entrenaba a aquellas tropas reales. Había elegido a treinta jóvenes, más o menos al azar, y me había asegurado de que la mitad fueran daneses y la otra mitad sajones, y había insistido en que formaran un muro de escudos en el que cada danés tenía por vecino a un sajón. En aquel momento, les enseñaba a luchar y rezaba a mis dioses para que no tuvieran que hacerlo nunca, pues lo que sabían y una poca leche eran la misma cosa. Los daneses eran mejores, porque a los daneses los crían con la espada y el escudo, pero nadie había aprendido la disciplina del muro de escudos.

—¡Los escudos tienen que tocarse! —les grité—. Si no se tocan, estáis muertos. ¿Queréis estar muertos? ¿Queréis que os rajen y se os caigan las tripas por los pies? Pues que los escudos se toquen. ¡Así no, *earsling*! El lado derecho de tu escudo se monta sobre el lado izquierdo de su escudo. ¿Lo entiendes? —Lo repetí en danés y miré a Guthred—. No quiero a los hombres de Tekil en la guardia personal.

—¿Por qué no?

—Porque no los conozco.

—Tampoco conoces a éstos —repuso Guthred mientras señalaba a la tropa real.

—Los conozco lo suficiente para saber que son imbéciles —contesté —, y que sus madres tendrían que haber cerrado las piernas cuando los parían. ¿Qué coño estás haciendo, *Clapa*? —le grité a un danés joven y enorme. Se me había olvidado su nombre real, pero todos lo llamaban *Clapa*, que significaba torpe. Era un chico descomunal de granja, tan fuerte como dos hombres, pero digamos que no era el más listo de los mortales. Se me quedó mirando con cara de lerdo mientras me acercaba a la fila—. ¿Qué se supone que estás haciendo, *Clapa*?

—Mantenerme cerca del rey, señor —contestó con expresión perpleja.

—¡Muy bien! —exclamé, porque era la lección primera y más importante de las que tenía que inculcar a los treinta jóvenes. Eran las tropas personales del rey y siempre tenían que quedarse con el rey, pero ésa no era la respuesta que quería de *Clapa*—. En el muro de escudos, idiota —le dije al tiempo que le golpeaba en su musculado pecho—, ¿qué se supone que tienes que hacer en el muro de escudos?

Pensó un instante, después se le iluminó la expresión.

—Mantener el escudo en alto, señor.

—Eso es —contesté, mientras le subía el escudo desde los tobillos—. ¡No arrastres el escudo por los pies! ¿Y tú de qué te ríes, Rypere? —Rypere era sajón, tan escuálido como *Clapa* era sólido, y listo como una comadreja. Rypere era el apodo, que significaba ladrón, pues a eso se dedicaba Rypere, y, de haber habido algo de justicia, le habrían marcado a hierro y lo habrían azotado, pero a mí me gustó la astucia de su mirada y pensé que podría salirme un buen asesino—. ¿Sabes lo que eres, Rypere? —le dije mientras le hundía el escudo en el pecho—. Eres un *earsling*. ¿Qué es un *earsling*, *Clapa*?

—Un cagarro, señor.

—¡Exacto, cagarros! ¡Arriba los escudos! ¡Arriba! —grité—. ¿Queréis que la gente se ría de vosotros? —señalé otros grupos de hombres que se entrenaban peleando en el gran prado. Los guerreros de Tekil también estaban presentes, pero sentados a la sombra, sólo observando, dando a entender que no necesitaban practicar. Me volví de nuevo hacia Guthred—. No podéis tener a los mejores hombres en vuestras tropas personales —le dije.

—¿Por qué no?

—Porque terminaréis rodeado cuando todos los demás hayan huido. Y entonces moriréis. No os va a gustar.

—Eso es justo lo que pasó cuando mi padre se enfrentó a Eochaid —admitió.

—Por ese motivo no se tiene a los mejores hombres en la guardia personal —contesté—. Pondremos a Tekil en un flanco y a Ulf y a sus hombres en el otro —Ulf, inspirado por un sueño de plata ilimitada y malignas y lascivas mujeres, empezaba a estar ansioso por marchar sobre Eoferwic. No se encontraba en Cair Ligualid cuando llegaron los jinetes oscuros, se había llevado a sus hombres en busca de forraje y comida.

Dividí las tropas reales en dos grupos y los puse a luchar, aunque primero les ordené que envolvieran las espadas en tela para que no acabaran matándose. Estaban ansiosos, pero no tenían ni idea. Rompí los dos muros de escudos en menos que canta un gallo, pero acabarían aprendiendo a pelear si antes no se encontraban a las tropas de Ivarr, en cuyo caso, morirían. Al cabo de un rato, cuando ya estaban cansados y sudorosos, les dije que descansaran. Reparé en que los daneses se sentaban con los daneses, y los sajones, con los sajones, pero era normal; con el tiempo, aprenderían a confiar los unos en los otros. Más o menos podían hablar entre ellos porque noté que en Northumbria la lengua sajona y la danesa empezaban a mezclarse. Ambas eran similares, en cualquier caso, y la mayoría de los sajones entendía a los daneses si gritaban lo suficiente; ambas lenguas se parecían cada vez más. En lugar de hablar de su manejo de la espada, los *earslings* sajones de las tropas reales de Guthred se vanagloriaban de su «arte» con la espada, aunque no poseyeran ninguno, y comían huevos en lugar de comer *eyren*. Los daneses, por su parte, llamaban caballos a los caballos en lugar de *hros*, y a veces era difícil averiguar si un hombre era danés o sajón. A menudo era ambas cosas, hijo de padre danés y madre sajona, aunque nunca al revés.

—Tendría que casarme con una sajona —me dijo Guthred. Habíamos llegado paseando hasta el límite del campo en el que un grupo de mujeres cortaba paja y la mezclaba con avena. Esa combinación alimentaría a nuestros caballos al cruzar las colinas.

—¿Por qué os queréis casar con una sajona? —le pregunté.

—Para demostrar que *Haliwerfolkland* es de ambas tribus —respondió.

—Northumbria —respondí de mal humor.

—¿Northumbria?

—Se llama Northumbria —contesté—, no *Haliwerfolkland*.

Se encogió de hombros como si el nombre no importara.

—Aun así me tendría que casar con una sajona —prosiguió—, y la quiero guapa. Tan guapa como Hild, por lo menos. Pero es demasiado mayor.

—¿Demasiado mayor?

—Necesito una de trece o catorce como máximo. Lista para hacerle unos niños —saltó una valla baja y recorrió el borde de una empinada orilla, hacia un pequeño arroyo que discurría al norte, hacia el Hedene—. Tiene que haber alguna sajona guapa en Eoferwic.

—Pero la querréis virgen, ¿no?

—Probablemente —añadió, después asintió—. Sí, virgen.

—Igual quedan una o dos en Eoferwic —contesté.

—Pena por Hild —comentó vagamente.

—¿Qué queréis decir?

—Que si no estuvieras con ella —contestó con vigor—, te podrías casar con Gisela.

—Hild y yo no somos más que amigos —le contesté—. Sólo amigos —cosa que era cierta. Habíamos sido amantes, pero desde que Hild había visto el cuerpo de san Cutberto se había abandonado a un estado contemplativo. Sentía los puyazos de su dios, lo sabía, y le pregunté si deseaba tomar de nuevo los hábitos, pero sacudió la cabeza y me aseguró que aún no estaba preparada.

—Aunque probablemente debería casar a Gisela con un rey —prosiguió Guthred sin hacerme caso—. Aed de Escocia, ¿que te parece? Y así lo dejamos tranquilito con novia nueva. O mejor que se case con el hijo de Ivarr. ¿Te parece suficientemente guapa?

—¡Claro que sí!

—¡Cara-caballo! —exclamó, y se partió de la risa con el viejo apodo—. Pescábamos juntos aquí —prosiguió, después se quitó las botas, las dejó en la orilla y empezó a caminar corriente arriba. Yo le seguí, desde la orilla, donde me abría paso entre los alisos y la alta hierba. Las moscas zumbaban a mi alrededor. Era un día cálido.

—¿Queréis pescar? —le pregunté aún pensando en Gisela.

—Estoy buscando una isla —contestó.

—No puede ser muy grande —repuse. El arroyo se podía cruzar en dos zancadas y no le llegaba a los gemelos a Guthred.

—Era bastante grande cuando tenía trece años —repuso.

—¿Bastante grande para qué? —pregunté mientras estampaba un tábano contra mi cota de malla. Hacía calor suficiente para desear no llevar la malla, pero había aprendido hacía mucho que más vale acostumbrarse a la pesada armadura, si no, en la batalla, se vuelve un engorro, así que la llevaba casi todos los días, y se había convertido en una segunda piel. Cuando me quitaba la malla era como si los dioses me dieran alas en los pies.

—Bastante grande para mí y una sajona llamada Edith —me dijo con una sonrisa—, y fue mi primera. Era tan dulce.

—Probablemente lo siga siendo.

Sacudió la cabeza.

—Se la llevó por delante un toro y murió —siguió caminando por el agua, dejando atrás algunas rocas en las que crecían helechos y, unos cincuenta pasos más adelante, dio un grito de júbilo al descubrir su isla. Yo lo sentí por Edith, pues no era más que un montón de piedras que debió de sentir afiladas como navajas en la escuálida espalda.

Guthred se sentó y empezó a lanzar piedras al agua.

—¿Podemos vencer? —preguntó.

—Hay posibilidades de tomar Eoferwic —respondí—, siempre y cuando Ivarr no haya regresado.

—¿Y si lo ha hecho?

—Estáis muerto, señor.

Puso mala cara.

—Podríamos negociar con Ivarr —sugirió.

—Eso es lo que haría Alfredo —contesté.

—¡Bien! —Guthred se alegró—. ¡Y le puedo ofrecer a Gisela para su hijo!

Yo ignoré el comentario.

—Pero Ivarr no va a negociar con vos —repliqué—. Peleará. Es un Lothbrok. No negocia más que para ganar tiempo. Cree en la espada, la lanza, el escudo, el hacha de guerra y la muerte de sus enemigos. No negociaréis con Ivarr, pelearéis contra él, y no tenemos ejército para eso.

—Pero si tomamos Eoferwic —contestó enérgicamente— la gente se nos unirá. Nuestro ejército crecerá.

—¿A esto llamáis ejército? —pregunté, y sacudí la cabeza—. Ivarr comanda daneses curtidos en la guerra. Cuando nos los encontremos, señor, la mayoría de nuestros daneses se unirá a él.

Levantó la mirada, con la sorpresa dibujada en su honrado rostro.

—¡Pero si me acaban de prestar juramento!

—Se unirán a ellos igualmente —repuse sombrío.

—¿Y qué hacemos?

—Tomamos Eoferwic —le dije—, la saqueamos y nos volvemos. Ivarr no va a seguiros. No le importa un pijo Cumbraland. Si gobernáis aquí, al final Ivarr acabará olvidándose de vos.

—A Eadred no le va a gustar eso.

—¿Qué es lo que quiere?

—Su santuario.

—Puede construirlo aquí.

Guthred sacudió la cabeza.

—Lo quiere en la costa este porque allí vive más gente.

Lo que Eadred quería, supongo, era un santuario que atrajera miles de peregrinos que derramaran monedas sobre su iglesia. Podía construirlo aquí, en Cair Ligualid, pero era un lugar remoto y los peregrinos no vendrían por millares.

—Pero vos sois el rey —le dije—, y vos dais las órdenes. No Eadred.

—Cierto —contestó con ironía, y lanzó otra piedra. Después se puso ceñudo—. ¿Qué convierte a Alfredo en un buen rey?

—¿Y quién dice que sea bueno?

—Todos. El padre Willibald dice que es el mejor rey desde Carlomagno.

—Eso es porque Willibald es un *earsling* aturullado.

—¿No te gusta Alfredo?

—Odio a ese cabrón.

—Pero es un guerrero, un legislador...

—¡No es ningún guerrero! —le interrumpí entre burlas—. ¡Detesta pelear! Tiene que hacerlo, pero no le gusta, y está demasiado enfermo para aguantar en un muro de escudos. Pero es un legislador. Adora las leyes. Cree que si se inventa suficientes leyes, traerá el cielo a la tierra.

—Pero ¿por qué dicen los hombres que es bueno? —preguntó Guthred confundido.

Miré al cielo para ver un águila surcar la bóveda azul.

—Lo que sí es Alfredo —dije, intentando ser honesto— es justo. Trata a la gente adecuadamente, o a la mayoría de ellos. Se puede confiar en su palabra.

—Eso es bueno —repuso Guthred.

—Pero es un cabrón meapilas, criticón y preocupado —añadí—. Eso es lo que realmente es.

—Yo seré justo —comentó Guthred—. Conseguiré gustarle a la gente.

—Ya les gustáis —le dije—, pero también tienen que temeros.

—¿Temerme? —Esa idea no le gustó.

—Sois un rey.

—Seré un buen rey —dijo con vehemencia, y justo entonces Tekil y sus hombres nos atacaron.

Tendría que habérmelo imaginado. Ocho hombres bien armados no cruzan los páramos para unirse a la chusma. Los habían enviado, y no un danés llamado Hergild de Heagostealdes. Venían de parte de Kjartan el Cruel que, furioso por la humillación de su hijo, había enviado hombres para perseguir al guerrero muerto, y no les había costado demasiado descubrir que habíamos seguido la muralla romana. Guthred y yo nos habíamos alejado en un día cálido y estábamos al final de un pequeño valle cuando los ocho hombres salieron de ambas orillas y desenvainaron las espadas.

Conseguí desnudar a *Hálito-de-serpiente*, pero Tekil me la arrebató de un golpe, y otros dos hombres me atizaron, tirándome al arroyo. Me defendí, pero tenía inmovilizado el brazo de la espada, un hombre se arrodillaba en mi pecho y otro me sujetaba la cabeza bajo el agua, y sentí que me ahogaba al entrarme el agua por la garganta. El mundo se volvió negro. Quería gritar, pero no salió ningún sonido de mi garganta, me arrebataron *Hálito-de-serpiente* de la mano y perdí la conciencia.

La recuperé en la isla de guijarros en la que los ocho hombres nos rodeaban a Guthred y a mí, con las espadas en nuestros vientres y gargantas. Tekil, con una sonrisa de oreja a oreja, apartó de una patada la hoja que amenazaba mi gáznate y se arrodilló a mi lado.

—Uhtred Ragnarson —me saludó—, creo que no hace mucho te cruzaste con Sven el Tuerto. Te envía sus saludos —no contesté. Tekil sonrió—. ¿Acaso llevas *Skidbladnir* en la bolsa? ¿Huirás navegando de nosotros? ¿De vuelta al Niflheim?

Seguí sin decir nada. Me costaba respirar y seguía tosiendo agua. Quería luchar, pero tenía la punta de una espada pegada al vientre. Tekil envió a dos de sus hombres a por los caballos, pero aún quedaban seis guerreros vigilándonos.

—Es una pena —dijo Tekil—, que no hayamos conseguido a tu fulana. Kjartan la quería —intenté invocar todas mis fuerzas para revolverme, pero el tipo que sostenía la espada contra mi estómago, apretó, y Tekil se limitó a reírse; después me desabrochó el cinto y lo tiró lejos de mí. Sopesó la bolsa de monedas y sonrió al oír el tintineo—. Nos queda un largo viaje, Uhtred Ragnarson, y no queremos que te escapes. ¡Sihtric!

El chico, el único sin brazaletes, se acercó. Parecía nervioso.

—¿Señor? —le dijo a Tekil.

—Grilletes —contestó Tekil, y Sihtric fue a rebuscar en una bolsa de cuero y sacó un par de grilletes de esclavos.

—Puedes dejarlo aquí —le dije, señalando con la cabeza a Guthred.

—Kjartan también lo quiere a él —contestó Tekil—, pero no está tan interesado como en retomar la vieja amistad contigo —entonces sonrió, como si acabara de hacer una broma íntima, y sacó un cuchillo del cinturón. Era un cuchillo de hoja fina, y tan afilado que parecía tener filo de sierra—. Me dijo que te cortara los tendones de las piernas, Uhtred Ragnarson, pues un hombre sin piernas no puede escapar, ¿no te parece? Así que te cortaremos los tendones y luego te sacaremos un ojo. Sven pidió que te dejáramos un ojo para que también él pudiera jugar, pero que si quería te podía sacar el otro para volverte más obediente. Así que tú dirás, Uhtred Ragnarson, ¿qué va a ser, el izquierdo o el derecho?

Seguí sin contestar y no me importa confesar que estaba asustado. Volví a intentar zafarme de él, pero tenía una rodilla en mi brazo derecho y otro hombre me sujetaba por la izquierda. Entonces la hoja del cuchillo me tocó la piel justo por debajo del ojo izquierdo y Tekil sonrió.

—Dile adiós a tu ojo, Uhtred Ragnarson —me informó.

El sol brillaba, se reflejaba sobre la hoja de modo que me deslumbraba el ojo izquierdo con su brillo. Aún veo aquel resplandor hoy, años después.

Y aún puedo oír el grito.

Capítulo III

El grito fue de *Clapa*. Un berrido agudo como el de un joven jabalí azuzado. Sonó más como un grito de terror que como un desafío, y no era de extrañar, pues *Clapa* no se había enfrentado antes en combate. No tenía ni idea de qué gritaba cuando bajó cargando por la loma. El resto de las tropas reales de Guthred lo seguían, pero era *Clapa* quien comandaba, todo torpeza y salvajismo. Se había olvidado de desatar el pedazo de tela que protegía el filo de su espada, pero era tan grande y tan fuerte que la espada actuó como un mazo. Sólo había cinco hombres con Tekil, y los treinta jóvenes saltaron por la elevada orilla en bandada y sentí el cuchillo de Tekil rasgarme la mejilla al apartarse. Intenté hacerme con su cuchillo, pero era demasiado rápido; *Clapa* le atizó en la cabeza y se tambaleó, vi a Rypere a punto de ensartarle la garganta con su espada y les grité que los quería vivos.

—¡Vivos! ¡Los quiero vivos!

Mataron a dos a pesar de mis advertencias. Uno fue acuchillado y despedazado por al menos una docena de espadas; se retorció, se sacudió y tiñó el arroyo de sangre. *Clapa* había abandonado su espada y forcejeaba con Tekil en la orilla de guijarros, donde lo había tumbado con su fuerza bruta.

—Bien hecho, *Clapa* —le dije, dándole una palmada en el hombro, y me sonrió cuando le arrebaté a Tekil cuchillo y espada. Rypere remató al tipo que se retorcía en el arroyo. Uno de mis chicos recibió un corte en el muslo, pero el resto salieron ilesos, y ahora sonreían en el arroyo, esperando una alabanza como cachorros que cobran su primer zorro—. Lo habéis hecho muy bien —les dije, y era cierto, pues Tekil y sus tres hombres eran ahora nuestros prisioneros. Sihtric, el más joven, se contaba entre los cautivos, y aún sostenía los grilletes. Preso de la ira, se los arrebaté y le aticé en la cabeza con ellos—. Quiero a los otros dos hombres.

—¿Qué otros hombres, señor?

—Ha enviado a dos de sus hombres a por los caballos —les dije—. Encontradlos —volví a golpear a Sihtric, pues deseaba oírle llorar, pero guardó silencio a pesar de correrle sangre por la sien.

Guthred seguía sentado en los guijarros, la confusión se reflejaba en su atractivo rostro.

—He perdido las botas —dijo. Parecía preocuparle mucho más que habernos salvado por los pelos.

—Las habéis dejado río arriba —le informé.

—¿Mis botas?

—Río arriba —contesté de nuevo, y le metí una patada a Tekil, haciéndome más daño yo en el pie del que le hice a él en las costillas cubiertas de malla. Estaba cabreado. Había sido un imbécil, y me sentía humillado. Me abroché las espadas, me arrodillé y le quité los cuatro brazaletes a Tekil. Levantó la mirada y debió de adivinar su destino, pero su rostro permaneció impasible.

Llevaron a los prisioneros de vuelta a la ciudad, y mientras tanto descubrimos que los dos hombres que Tekil había enviado a por los caballos debieron de oír el jaleo, pues habían huido hacia el este. Nos llevó demasiado tiempo ensillar nuestros propios caballos y partir en su búsqueda, y me cagué en todo porque no quería que le llevaran noticias de mí a Kjartan. Si los fugitivos hubieran tenido algo de seso, habrían cruzado el río y huido a toda prisa por la muralla, pero debió de parecerles arriesgado atravesar Cair Ligualid, y más seguro dirigirse primero al sur y luego al este. También tendrían que haber abandonado los caballos sin montura, pero por avidez, se los llevaron con ellos y resultó muy fácil seguir sus huellas, incluso con el suelo seco. Ambos estaban en terreno desconocido, se alejaron demasiado hacia el sur y eso nos dio la oportunidad de bloquearlos por el este. Al atardecer teníamos más de sesenta hombres persiguiéndolos y a la puesta de sol descubrimos que se habían detenido junto a un grupo de carpes.

El más viejo salió peleando. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida y estaba decidido a ir al salón de Odín en lugar de a los horrores del Niflheim; cargó desde los arbustos con un caballo agotado, lanzando gritos de desafío. Le di un toque con los talones a los flancos de *Witnere*, pero Guthred me detuvo.

—Este es mío —dijo, desenvainó la espada y su caballo salió disparado, mayormente porque *Witnere*, ofendido por haber sido bloqueado, le había pegado un mordisco en la grupa a la bestia más pequeña.

Guthred se estaba comportando como un rey. Jamás disfrutó de la pelea, y tenía muchísima menos experiencia en batalla que yo, pero sabía

que esa pieza tenía que cobrarla él, o empezarían a decir que se refugiaba tras mi espada. Se las apañó bastante bien. Su caballo tropezó justo antes de cruzarse con el hombre de Kjartan, pero supuso una ventaja, pues el tropezón lo desvió y el salvaje lance del enemigo ni siquiera le rozó la cintura, mientras que el ataque desesperado de Guthred sí le acertó al hombre en la muñeca, se la rompió y ya fue todo cuestión de desmontarlo y rebanarlo hasta morir. Guthred no lo disfrutó, pero sabía que tenía que hacerlo, y con el tiempo aquella carnicería pasaría a formar parte de su leyenda. Las gestas cantaban cómo Guthred de Northumbria mató a seis malandrines en combate, pero en realidad sólo había sido uno, y bastante suerte tuvo de que el caballo tropezara. En cualquier caso, eso es bueno en un rey. Los reyes necesitan tener suerte. Luego, cuando regresamos a Cair Ligualid, le entregué el viejo casco de mi padre como recompensa por su valentía, y eso le complació mucho.

Ordené a Rypere que se encargara del otro hombre, tarea a la que se entregó con una fruición esperanzadora. No le resultó muy difícil porque el segundo tipo era un cobarde que sólo quería rendirse. Arrojó su espada, se arrodilló y, temblando, gritó que se rendía, pero yo tenía otros planes para él.

—¡Mátalo! —le dije a Rypere, que me devolvió una sonrisa voraz y lo descuartizó.

Nos llevamos los doce caballos, les quitamos a los muertos las armaduras y las armas y dejamos los cadáveres para las fieras, pero antes le dije a *Clapa* que les cortara la cabeza con su espada. *Clapa* se me quedó mirando con ojos de buey.

—¿Las cabezas, señor? —preguntó.

—*Clapa*, si se las cortas —le dije—, esto es para ti —y le di dos de los brazaletes de Tekil.

Se quedó mirando los brazaletes de plata como si no hubiera visto cosas más maravillosas en su vida.

—¿Para mí, señor?

—Has salvado nuestras vidas, *Clapa*.

—Fue Rypere el que nos trajo a todos —admitió—. Dijo que no deberíamos abandonar al rey a solas y que vos os habíais marchado, así que teníamos que seguirlos.

Así que le di a Rypere los otros dos brazaletes, luego *Clapa* decapitó a los muertos y aprendió lo difícil que es cortar por el cuello, pero en cuanto

lo hizo nos llevamos las cabezas ensangrentadas de vuelta a Cair Ligualid, y, cuando llegamos a la ciudad en ruinas, hice que sacaran a los dos primeros cadáveres del río y que me trajeran también las cabezas.

El abad Eadred quería ahorcar a los cuatro prisioneros restantes, pero lo convencí de que me dejara a mí a Tekil, al menos por una noche, y ordené que me lo trajeran a las ruinas de un viejo edificio que yo diría que perteneció a los romanos. Los altos muros estaban revestidos de piedra e interrumpidos por tres altos ventanales. No había techo. El suelo estaba compuesto de diminutos azulejos blancos y negros, que antaño formaran un dibujo, pero hacía mucho que se había perdido. Encendí una hoguera sobre el trozo de suelo donde había más azulejos, y las llamas iluminaron con luz tenebrosa los viejos muros. Una tenue luz entraba por las ventanas cuando las nubes se apartaban de la luna. Rypere y *Clapa* me trajeron a Tekil. Querían quedarse para ver qué le hacía, pero les ordené que se marcharan.

Tekil había perdido su armadura y estaba ahora vestido con un jubón mugriento. Tenía la cara amoratada y en las muñecas y tobillos cargaba con los grilletes que pretendía para mí. Se sentó al fondo de la antigua estancia y yo me senté al otro lado de la hoguera. Se me quedó mirando. Tenía un buen rostro, fuerte, y pensé que me habría gustado Tekil de camarada en lugar de enemigo. Parecía divertirse que lo inspeccionara.

—Eras el guerrero muerto —dijo al cabo de un rato.

—¿Sí?

—Sé que el guerrero muerto llevaba un casco con un lobo de plata en la cimera, y te he visto puesto ese mismo casco —se encogió de hombros—. Igual te presta el casco.

—Igual me lo presta —contesté.

Medio sonrió.

—El guerrero muerto ha conseguido que Kjartan y su hijo se caguen por la pata abajo, pero eso era lo que pretendías, ¿no?

—Eso es lo que pretendía el guerrero —contesté.

—Bueno —prosiguió—, has decapitado a cuatro de mis hombres y vas a enviar a Kjartan las cabezas.

—Sí.

—Porque quieres asustarlo aún más.

—Sí —contesté.

—Pero tiene que haber ocho cabezas —prosiguió—. ¿No es así?

—Sí —repuse.

Ante esto no pudo evitar una mueca; después se apoyó contra el muro y observó pasar las nubes frente a la luna creciente. Los perros aullaron en las ruinas y Tekil volvió la cabeza para escucharlos.

—A Kjartan le gustan los perros —dijo—. Tiene una jauría. Bichos peligrosos. Pelean entre ellos y sólo se queda con los más fuertes. La perrera es una estancia que tiene en Dunholm y sólo los usa para dos cosas —se detuvo y me miró inquisitivo—. Eso es lo que quieres, ¿no? Que te hable de Dunholm. Sus puntos fuertes y débiles, cuántos hombres alberga y con cuántos podrías tomarlo.

—Todo eso —contesté—, y más.

—Esa es tu deuda de sangre, ¿no es cierto? La vida de Kjartan en venganza por la del conde Ragnar.

—El conde Ragnar me crió —repuse—, y lo quería como a un padre.

—¿Y qué pasa con su hijo?

—Alfredo lo tiene de rehén.

—¿Así que vas a cumplir la obligación de un hijo? —preguntó, y se encogió de hombros, como si mi respuesta fuera evidente—. No te va a resultar fácil —continuó—, menos aún si te tienes que enfrentar a los perros de Kjartan. Viven en su propio edificio. Como señores, y bajo el suelo del edificio se encuentra el tesoro de Kjartan. Montones de oro y plata. Un tesoro que nunca mira. Pero está allí, enterrado en la tierra, debajo de los perros.

—¿Quién lo guarda? —pregunté.

—Ésa es una de sus tareas —contestó Tekil—, la otra es matar gente. Así te matará. Primero te sacará los ojos, después te despedazarán sus perros. O puede que te despelleje palmo a palmo. Se lo he visto hacer.

—Kjartan el Cruel.

—No lo llaman así por nada.

—¿Y por qué le sirves?

—Es generoso —contestó Tekil—. Hay cuatro cosas que Kjartan adora. Los perros, su tesoro, las mujeres y su hijo. A mí me gustan dos, de las cuatro, y Kjartan es generoso con ambas.

—¿Y las dos que no te gustan? —pregunté.

—Odio sus perros —admitió—. Y su hijo es un cobarde.

—¿Sven? —me sorprendió—. No era cobarde de niño.

Tekil estiró una pierna, después hizo una mueca cuando los grilletes le frenaron el pie.

—Cuando Odín perdió un ojo —prosiguió—, ganó sabiduría, pero cuando Sven perdió el suyo, aprendió lo que era el miedo. Es muy valiente cuando se enfrenta a los débiles, pero no lo es tanto cuando se encuentra a uno fuerte. Ahora bien, su padre no es ningún cobarde.

—Recuerdo que Kjartan era valeroso —repuse.

—Valeroso, cruel y brutal —contestó Tekil—, y ahora también sabes que tiene un edificio señorial lleno de perros que te van a descuartizar. Y eso, Uhtred Ragnarson, es todo lo que voy a contarte.

Sacudí la cabeza.

—Me vas a contar más cosas —dije.

Me observó echar un tronco a la hoguera.

—¿Por qué voy a contarte más? —preguntó.

—Porque tengo algo que tú quieres —respondí.

—¿Mi vida?

—El modo en que vas a morir —le informé.

Me entendió y me dedicó media sonrisa.

—He oído que los monjes quieren colgarme.

—Pues sí, eso quieren —contesté—, pero porque no tienen imaginación. Pero yo no voy a dejar que te ahorquen.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Entregarme a esos chicos que llamas soldados? ¿Qué practiquen conmigo?

—Si no hablas —respondí—, eso es precisamente lo que voy a hacer, porque necesitan practicar. Pero se lo voy a poner fácil. Tú no llevarás espada.

Sin espada no iría al salón de los muertos, y ésa era amenaza suficiente para hacer hablar a Tekil. Kjartan, me contó, tenía tres tripulaciones en Dunholm, unos ciento cincuenta guerreros, pero había más en asentamientos cercanos a la fortaleza que lucharían por él si los convocaba, de modo que si Kjartan lo deseaba podía comandar unos cuatrocientos guerreros bien entrenados.

—Y le son leales —me avisó Tekil.

—¿Porque es generoso con ellos?

—Nunca les faltan ni plata ni mujeres. ¿Qué más puede pedir un guerrero?

—Ir al salón de los muertos —contesté, y Tekil asintió ante tamaña verdad—. ¿Y de dónde salen los esclavos? —pregunté.

—De tratantes como el que mataste. O los encontramos nosotros mismos.

—¿Los tenéis en Dunholm?

Tekil sacudió la cabeza.

—Sólo las chicas van allí, el resto lo enviamos a Gyruum. En Gyruum tenemos dos tripulaciones —eso tenía sentido. Yo había estado en Gyruum, un lugar en el que antes de que Ragnar *el Viejo* lo destruyera había un famoso monasterio. Era una pequeña ciudad en la orilla sur del río Tine, muy cerca del mar, lo que lo convertía en un lugar adecuado para embarcar esclavos al otro lado del mar. Había un viejo fuerte romano en el cabo de Gyruum, pero el fuerte no era tan defendible como Dunholm, cosa que tampoco importaba, porque si la guarnición de Gyruum se veía en problemas, poco les costaba marchar al sur hasta la otra fortaleza y refugiarse allí con los esclavos—. Y es imposible tomar Dunholm —añadió Tekil.

—¿Imposible? —pregunté con escepticismo.

—Tengo sed —dijo Tekil.

—¡Rypere! —grité—. ¡Sé que estás ahí fuera! ¡Trae cerveza!

Le di a Tekil una jarra de cerveza, algo de pan y un poco de carne de cabra fría, y mientras comía me habló de Dunholm y me aseguró que era totalmente inexpugnable.

—Un gran ejército podría tomarla —sugerí.

Se mofó de la idea.

—Sólo se puede acceder desde el norte —dijo—, y es un acceso estrecho y empinado; por muy grande que fuera el ejército sólo podrían acercarse unos cuantos hombres a las defensas.

—¿Lo ha intentado alguien?

—Vino Ivarr, se pasó cuatro días mirándonos y se marchó. Antes que él, se acercó por allí el hijo del conde Ragnar, y aún se quedó menos tiempo. Podrías matarlos de hambre, supongo, pero eso te llevaría cerca de un año, y ¿cuántos hombres pueden permitirse comida suficiente para mantener un sitio de un año? —Sacudió la cabeza—. Dunholm es como Bebbanburg, inexpugnable.

Con todo, mi destino me guiaba a ambos lugares. Me quedé en silencio, pensando, hasta que Tekil tiró de sus grilletes para ver si podía romperlos. No podía.

—Bueno, dime de qué manera voy a morir —dijo.

—Tengo una pregunta más.

Se encogió de hombros.

—Suéltala.

—Thyra Ragnarsdottir.

Eso le sorprendió, y se quedó en silencio un instante; después cayó en la cuenta de que, por supuesto, yo conocía a Thyra de niña.

—La encantadora Thyra —exclamó sarcásticamente.

—¿Está viva?

—En teoría tenía que ser la esposa de Sven —contestó Tekil.

—¿Y lo es?

Estalló en carcajadas.

—La obligó a compartir su cama, no sé qué esperabas de él, pero ahora no la toca. Le tiene miedo. Así que está encerrada y Kjartan escucha sus sueños.

—¿Los sueños de Thyra?

—Los dioses hablan a través de ella. Eso piensa Kjartan.

—¿Y tú qué piensas?

—Que es una zorra pirada.

Me lo quedé mirando a través de las llamas.

—¿Pero está viva entonces?

—Si a eso se le puede llamar vida —contestó secamente.

—¿Está loca?

—Se hace cortes —dijo Tekil mientras se pasaba el canto de una mano por el brazo—. Aúlla, se corta la carne y maldice. A Kjartan le asusta.

—¿Y Sven?

Tekil hizo una mueca.

—A Sven le aterroriza. La quiere muerta.

—¿Y por qué sigue viva?

—Porque los perros no están por la labor —contestó Tekil—, y porque Kjartan cree que tiene el don de la profecía. Le dijo que el guerrero muerto acabaría con él, y él se la cree a medias.

—El guerrero muerto acabará con Kjartan —contesté—, y mañana acabará contigo.

Aceptó ese destino.

—¿Las varas de castaño?

—Sí.

—¿Y espada en la mano?

—En las dos, si quieres —contesté—, porque el guerrero muerto acabará contigo igualmente.

Asintió, cerró los ojos, y se apoyó contra el muro otra vez.

—Sihtric es hijo de Kjartan —me dijo.

Sihtric era el chico que habíamos capturado con Tekil.

—¿Hermano de Sven? —pregunté.

—Medio hermano. La madre de Sihtric era una esclava sajona. Kjartan la echó a los perros cuando creyó que había intentado envenenarle. Puede que fuera cierto, puede que sólo le doliera la tripa. Pero fuera como fuese, el caso es que la echó a los perros y la chica palmó. Le perdonó la vida a Sihtric porque es mi sirviente y porque yo se lo pedí. Es un buen chico. Harías bien en dejarlo con vida.

—Pero necesito ocho cabezas —le recordé.

—Sí —contestó en tono cansino—. Eso parece —el destino es inexorable.

* * *

El abad Eadred quería ahorcar a los cuatro hombres. O ahogarlos. O estrangularlos. Los quería muertos, deshonrados y olvidados.

—¡Asaltaron a nuestro rey! —declaró con vehemencia—. Y deben sufrir una muerte vil, ¡una muerte vil! —No dejaba de repetir aquellas palabras con exquisito deleite, y yo me limité a encogerme de hombros y le contesté que le había prometido a Tekil una muerte honorable, una que lo enviaría al Valhalla en lugar de al Niflheim, y Eadred miró mi amuleto del martillo y chifló que en *Haliwerfolkland* no había misericordia para los hombres que atacaban al elegido de Cutberto.

Discutíamos en la loma justo detrás de la nueva iglesia, y los cuatro prisioneros, todos encadenados o atados con cuerdas, estaban sentados en el suelo, vigilados por las tropas reales de Guthred, y buena parte del pueblo se encontraba también allí, esperando la decisión de Guthred. Eadred arengaba al rey, le comía la oreja diciéndole que una muestra de debilidad minaría la autoridad de Guthred. Los religiosos coincidieron con el abad, cosa nada sorprendente, y los más fervientes de sus seguidores eran dos monjes recién llegados que habían cruzado las colinas desde el este de Northumbria. Se llamaban Jaenberht e Ida, ambos rondarían la veintena y

ambos debían obediencia a Eadred. Claramente habían sido enviados en alguna misión por el abad, pero ahora habían vuelto a Cair Ligualid y se empeñaban en que los prisioneros murieran ignominiosa y dolorosamente.

—¡Quemadlos! —apremiaba Jaenberht—. ¡Como los paganos quemaron a tantos santos! ¡Que ardan en las llamas del infierno!

—¡Colgadlos! —insistió el abad Eadred.

Noté, aunque Eadred no lo percibía, que los daneses de Cumbraland que se habían unido a Guthred estaban ofendiéndose por la vehemencia de los curas; así que me llevé al rey a un aparte.

—¿Os parece que podéis ser rey sin el apoyo de los daneses? —le pregunté.

—Claro que no.

—Pues si torturáis a otros daneses hasta la muerte, no les va a hacer ninguna gracia. Creerán que favorecéis más a los sajones que a ellos.

Guthred parecía preocupado. Debía su trono a Eadred y no lo mantendría si el abad desertaba, pero tampoco lo mantendría si perdía el apoyo de los daneses de Cumbraland.

—¿Qué haría Alfredo? —me preguntó.

—Rezaría —contesté—, y pondría a rezar también a todos sus monjes y curas, pero al final haría lo que fuera necesario para mantener su reino intacto —Guthred se me quedó mirando—. Lo que fuera necesario —repetí lentamente.

Guthred asintió; después, con rostro grave, regresó hacia donde estaba Eadred.

—En uno o dos días —proclamó Guthred en voz alta para que todos lo oyeran—, marcharemos hacia el este. Cruzaremos las colinas y transportaremos a nuestro bendito santo a un nuevo hogar en una tierra santa. Venceremos a nuestros enemigos, sean quienes sean, y estableceremos un nuevo reino —hablaba en danés, pero sus palabras eran traducidas al inglés por tres o cuatro personas—. Esto ocurrirá —prosiguió, en voz más alta aún—, porque mi amigo el abad Eadred recibió un sueño de Dios y del muy sagrado Cutberto, y cuando crucemos las colinas lo haremos con la bendición de Dios y con la ayuda de san Cutberto. Construiremos un reino mejor, un reino sagrado que guardará la magia de la Cristiandad —Eadred puso mala cara al oír la palabra *magia*, pero no protestó. La comprensión de Guthred de la nueva religión era aún fragmentaria, pero decía más o menos lo que Eadred quería escuchar—. ¡Y

nuestro reino será justo! —gritó Guthred con todas sus fuerzas—. Un reino en que todos los hombres tendrán fe en Dios y en el rey, pero en el que no todos los hombres adoran al mismo dios —en aquel momento todos escuchaban muy atentamente, y Jaenberht e Ida casi se rebelaron para protestar por la última propuesta real, pero Guthred siguió hablando—. No seré rey de una tierra en la que hay que imponer a unos hombres las costumbres de otros, y es la costumbre de estos hombres —señaló con un gesto a Tekil y sus compañeros— morir con una espada en las manos; así que morirán de ese modo. Y que Dios se apiade de sus almas.

Se hizo el silencio. Guthred se volvió hacia Eadred y habló en voz mucho más baja.

—Hay algunas gentes —le dijo en inglés— que no creen que podemos derrotar a los daneses en batalla. Que lo vean con sus propios ojos.

Eadred se puso rígido; después se obligó a asentir.

—Como ordenéis, mi señor —repuso.

Así que fueron a buscar las varas de castaño.

Los daneses entienden las normas de una pelea dentro de una zona marcada con varas de castaño. Es una lucha de la que sólo un hombre puede salir vivo, y si uno de los dos se sale del espacio marcado con las varas, cualquiera podría matarlo. Se convierte en nada. Guthred quería enfrentarse a Tekil él mismo, pero me dio la impresión de que hacía la sugerencia porque era lo que se esperaba de él, no que le apeteciera encarar a un guerrero experimentado. Además, yo no estaba de humor para que me negaran nada.

—Yo me los cepillaré a todos —le dije, y no discutió.

Ahora soy viejo. Muy viejo. A veces pierdo la cuenta de lo viejo que soy, pero deben de haber pasado al menos ochenta años desde que mi madre muriera dándome a luz, y pocos hombres viven tanto tiempo, y muy pocos de los que se enfrentan a un muro de escudos viven la mitad de años. Veo a la gente observarme, esperando que muera, y pronto les daré el gusto. Bajan la voz cuando están cerca de mí, para no molestarme, y eso es realmente lo que me molesta, pues no oigo tan bien como antes, ni veo tan bien como antes, y me paso la noche meándome, me duelen los huesos y las viejas heridas, y todas las noches, cuando me tumbo, me aseguro de que *Hálito-de-serpiente* o cualquiera de mis espadas está junto a mi cama para poder empuñarlas si la muerte viene a por mí. Y en la oscuridad, mientras escucho

al mar golpear en la arena y al viento azorar la paja del tejado, recuerdo lo que fue ser joven, alto, fuerte y rápido. Y arrogante.

Todas esas cosas fui. Uhtred, el asesino de Ubba, y en el 878, el año en que Alfredo derrotó a Guthrum y el año en que Guthred subió al trono de Northumbria, no tenía más que veintiún años y mi nombre era conocido en cualquier lugar en que se afilaran espadas. Era un guerrero, un guerrero de espada, y estaba orgulloso de serlo. Tekil lo sabía. Él también era bueno, había luchado en una veintena de batallas, pero cuando cruzó las varas de castaño supo que estaba muerto.

No diré que no estaba nervioso. Los hombres me han mirado en todos los campos de batalla de la isla de Gran Bretaña y se han preguntado si no tendría miedo, pero claro que lo tenía. Todos lo tenemos. Repta por tu interior como una bestia, aferra sus garras a tus entrañas, debilita tus músculos, intenta que se te suelten las tripas, y quiere que gimotees y llores, pero hay que apartar el miedo y dejar que la técnica tome las riendas, y la brutalidad hará el resto, y aunque muchos hombres han intentado matarme y poder vanagloriarse de acabar con Uhtred, hasta la fecha esa brutalidad me ha permitido sobrevivir y ahora, me parece a mí, soy demasiado viejo para morir en la batalla, así que babearé hasta la nada. *Wýrd bid ful arad*, decimos, y es cierto. El destino es inexorable.

El destino de Tekil era morir. Peleó con espada y escudo, le había devuelto la malla, para que nadie pudiera decir que tenía ventaja, y yo luché sin armadura. También sin escudo. Era arrogante, y consciente de que Gisela estaba mirando, y en mi cabeza le dediqué la muerte de Tekil. No me llevó ni un momento, a pesar de la cojera. Nunca perdí esa ligera cojera desde la lanza que se me clavó en el muslo en Ethandun, pero no me dificultaba. Tekil llegó embistiendo, en la esperanza de tumbarme con el escudo y despedazarme en el suelo, pero yo lo esquivé limpiamente y seguí moviéndome. Ése es el secreto de una pelea de espadas. Seguir moviéndote. Bailar. En el muro de escudos no te puedes mover, sólo embestir, golpear, tajo y mantener el escudo en alto, pero entre las varas de castaño la ligereza es sinónimo de vida. Conseguir que tu contrincante responda y pierda el equilibrio, y Tekil era lento porque llevaba armadura y yo no; pero incluso con armadura era muy rápido, y él no tenía ninguna posibilidad de igualarme. Volvió a atacar, lo dejé pasar, y lo condené. Se estaba dando la vuelta para enfrentarse a mí, pero yo fui más rápido y le golpeé en el cuello con *Hálito-de-serpiente*, justo encima del borde de la malla, y como no

llevaba casco, la hoja le partió la columna y se derrumbó en el suelo. Lo rematé rápidamente y subió al salón de los muertos, donde un día me dará la bienvenida.

La multitud aplaudió. Creo que los sajones habrían preferido ver quemar a los prisioneros, ahogarlos o que los patearan los caballos, pero había muchos que apreciaban un trabajo fino con la espada, así que me aplaudieron. Gisela me sonreía. Hild no estaba mirando. Se encontraba al final del gentío con el padre Willibald. Ambos pasaban muchas horas hablando y yo sabía que era sobre asuntos cristianos, pero eso no era asunto mío.

Los otros dos prisioneros estaban aterrorizados. Tekil era su jefe, y un hombre dirige a otros porque es el mejor guerrero. En la muerte repentina de Tekil habían visto la suya propia, y ninguno ofreció resistencia digna de ese nombre. En lugar de atacarme, intentaron defenderse, y el segundo poseía suficiente técnica para bloquearme una y otra vez, hasta que eché un lance alto, subió el escudo, le hice una zancadilla y la multitud vitoreó mientras moría.

Quedaba Sihtric, el chico. Los monjes, que tanto querían ahorcar a los daneses, disfrutaban muy poco piadosamente de las muertes honorables, y lo empujaron dentro del cuadrilátero de castaño. Me di cuenta de que Sihtric no sabía sostener una espada y que el escudo le parecía una molestia. Su muerte estaba a un suspiro, no me costaría más acabar con él que con una mosca. El también lo sabía y lloraba.

Necesitaba ocho cabezas. Tenía siete. Me quedé mirando al chico y él no pudo sostenerme la mirada, la apartó y vio las manchas de sangre sobre la tierra, donde habían caído los otros tres, y se desplomó de rodillas. La multitud vitoreó. Los monjes me gritaban que lo matara. Yo esperé a ver qué podía hacer Sihtric y lo vi conquistar su miedo. Vi el esfuerzo que hizo para dejar de lloriquear, para controlar su respiración, para obligar a sus temblorosas piernas a obedecerle, de modo que consiguió ponerse en pie. Levantó el escudo, se sorbió los mocos, y me miró a los ojos. Le señalé la espada y él la levantó obedientemente para poder morir como un hombre. Tenía costras en la frente, donde le había golpeado con los grilletes.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —le pregunté. Se me quedó mirando y pareció incapaz de hablar. Los monjes gritaban que lo matara—. ¿Cómo se llamaba tu madre? —le pregunté otra vez.

—Elflaed —tartamudeó, pero en voz tan baja que no pude oírle. Le puse ceño de incompreensión, esperé, y él repitió el nombre—. Elflaed.

—Elflaed, señor —le corregí.

—Se llamaba Elflaed, señor —contestó.

—¿Era sajona?

—Sí, señor.

—¿E intentó envenenar a tu padre?

Se detuvo, después reparó en que ningún daño podría hacerle decir ahora la verdad.

—Sí, señor.

—¿Cómo? —levanté la voz para que me oyera el gentío.

—Con los arándanos, señor.

—¿Belladona?

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé, señor. Catorce, supuse.

—¿Te quiere tu padre? —le pregunté.

Esa pregunta lo dejó perplejo.

—¿Quererme?

—Kjartan. Es tu padre, ¿no?

—Apenas lo conozco, señor —contestó Sihtric, y eso era probablemente cierto. Kjartan debía de haber engendrado sus buenos cien cachorros en Dunholm.

—¿Y tu madre?

—La quería mucho, señor —contestó Sihtric, y volvieron a asomarle las lágrimas.

Me acerqué un paso a él y el brazo de la espada le tembló, pero intentó recomponerse.

—De rodillas, chico —le dije.

Entonces me miró desafiante.

—Prefiero morir como un hombre —contestó con los gallos del miedo.

—¿De rodillas! —le rugí, y el tono de mi voz lo aterrorizó; se hincó de hinojos y se quedó inmóvil mientras me acercaba. Se estremeció cuando le di la vuelta a *Hálito-de-serpiente*, esperaba que le golpeará con la pesada empuñadura, pero cuando se la tendí, se reflejó la incredulidad en su mirada —. Cógela —le dije— y jura —siguió mirándome desde el suelo, después

consiguió desprenderse de su espada y su escudo y puso las manos sobre la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*—. Jura —le repetí.

—Juro que seré vuestro hombre, señor —me dijo mirándome—, y que os serviré hasta la muerte.

—Y más allá —añadí.

—Y más allá, señor. Lo juro.

Jaenberht e Ida encabezaron la protesta. Los dos monjes cruzaron las varas de castaño y gritaron que el chico tenía que morir, que era la voluntad de Dios que muriera, y Sihtric se estremeció cuando le arranqué a *Hálito-de-serpiente* de las manos e hice un molinete a mi alrededor. La hoja, recién ensangrentada y mellada, barrió a los monjes y luego la sostuve inmóvil con la punta en el cuello de Jaenberht. Entonces llegó la furia, la furia de la batalla, la sed de sangre, la alegría por la matanza, y me tuve que esforzar para que *Hálito-de-serpiente* no se cobrara otra vida. La deseaba, la sentía temblar en mi mano.

—Sihtric es mi hombre —le dije al monje—, si alguien le hace daño, se convertirá en mi enemigo, y te mataré, monje, si lo tocas, te mataré sin pensármelo un momento —estaba gritando, y lo obligaba a retroceder. No era sino furia, una neblina roja que deseaba su alma—. ¿Hay alguien aquí —grité, consiguiendo por fin retirar la punta de *Hálito-de-serpiente* del cuello de Jaenberht y cortando el aire con la espada para que todos se dieran por aludidos—, que niegue que Sihtric es mi hombre? ¿Alguien?

Nadie habló. El viento cruzó Cair Ligualid, olieron la muerte en la brisa y nadie habló, pero su silencio no satisfizo mi ira.

—¿Alguien? —grité, ansioso porque alguno recogiera mi desafío—. Porque podéis matarlo ahora. Podéis matarlo aquí, de rodillas, pero primero tendréis que matarme a mí.

Jaenberht me miraba. Poseía un rostro estrecho y oscuro, y ojos inteligentes. Tenía la boca torcida, quizá de un accidente de la infancia, que le daba una expresión de burla. Quería arrancarle el alma podrida de aquel cuerpo enclenque. El quería mi alma, pero no se atrevía a moverse. Nadie se movió hasta que Guthred cruzó las varas de castaño y le tendió una mano a Sihtric.

—Bienvenido —le dijo al chico.

El padre Willibald, que había venido corriendo nada más oír el comienzo de mi amenaza, también cruzó las varas.

—Señor, ya podéis envainar la espada —me dijo con dulzura. Estaba demasiado asustado para acercarse, pero le sobraba valor para ponerse enfrente de mí y apartar la espada con una mano—. Podéis envainar la espada —repitió.

—¡El chico vivirá! —le gruñí.

—Sí, señor —contestó Willibald en voz queda—. El chico vivirá.

Gisela me observaba, en sus ojos dos luceros como los que tenía al recibir a su hermano. Hild observaba a Gisela. Y a mí seguía faltándome una cabeza.

* * *

Partimos al alba, un ejército hacia la guerra.

Los hombres de Ulf eran la vanguardia, después iba la horda de religiosos transportando las preciosas cajas del abad Eadred, y detrás de ellos Guthred montaba una yegua blanca. Gisela iba junto a su hermano y yo justo detrás. Hild guiaba a *Witnere*, cuando se cansó, insistí en que subiera a la silla del semental.

Hild parecía una monja. Llevaba su larga melena dorada enroscada en dos trenzas a los lados de la cabeza, y se la cubría con una capucha gris pálido. La capa era del mismo gris pálido, y alrededor del cuello le colgaba una cruz de madera que toqueteaba mientras cabalgaba.

—¿Te han estado incordiando, verdad? —le pregunté.

—¿Quiénes?

—Los curas —respondí—. El padre Willibald. Te ha estado diciendo que vuelvas al convento.

—Dios ha estado incordiándome —contestó. La miré encima del caballo y me sonrió para asegurarme que no debía cargar con su problema—. Le he rezado a san Cutberto —me dijo.

—¿Te ha contestado?

Se toqueteó la cruz.

—Sólo he rezado —contestó con calma—, y eso es un principio.

—¿No te gusta ser libre? —le pregunté con dureza.

Hild se rió.

—Soy una mujer —contestó—. ¿Cómo voy a ser libre? —yo no contesté, y ella me sonrió—. Soy como el muérdago —prosiguió—,

necesito una rama en la que crecer. Sin la rama, no soy nada —hablaba sin amargura, se limitaba a constatar un hecho.

Y era cierto. Era una mujer de buena familia y si no la hubieran enviado a la iglesia la habrían entregado a un hombre, como a la pequeña Æthelflaed. Ése es el destino de una mujer. Con el tiempo conocería a una mujer que lo desafió, pero Hild era como el buey al que le quitan el yugo en los días de fiesta.

—Ahora eres libre —le dije.

—No —contestó—. Dependo de ti —miró a Gisela que se reía de algo que acababa de decir su hermano—. Y tú estás poniendo mucho cuidado, Uhtred, en no avergonzarme —se refería a que no la humillaba abandonándola para perseguir a Gisela, y eso era cierto, pero sólo lo justo. Vio mi expresión y se rió—. En muchos sentidos —comentó—, eres un buen cristiano.

—¿Lo soy?

—Intentas hacer lo correcto —se rió ante mi expresión de asombro—. Quiero que me prometas una cosa —me dijo.

—Si puedo cumplirla —contesté con cautela.

—Prométeme que no robarás la cabeza de san Osvaldo para reunir las ocho.

Me reí, aliviado porque la promesa no tuviera que ver con Gisela.

—Pues lo he pensado —admití.

—Ya sé que lo has pensado —contestó ella—, pero no va a funcionar. Es demasiado vieja. Y desesperaría a Eadred.

—¿Y qué hay de malo en eso?

Ignoró la pregunta.

—Con siete cabezas tienes suficiente —insistió.

—Ocho estaría mejor.

—Uhtred el Avaricioso —sentenció.

Las siete cabezas iban cosidas dentro de un saco que Sihtric había cargado en un burro del que tiraba. Las moscas zumbaban alrededor del saco, que apestaba bastante, así que Sihtric caminaba solo.

Éramos un ejército extraño. Sin contar a los religiosos, marchábamos trescientos dieciocho hombres, y nos acompañaban por lo menos el mismo número de mujeres y niños y las habituales docenas de perros. Habría unos sesenta o setenta curas y monjes, y yo los habría cambiado a todos por más caballos o más guerreros. De los trescientos dieciocho, estaba seguro de que

más de cien no valían para el muro de escudos. En realidad no era ningún ejército, sólo chusma.

Los monjes cantaban mientras avanzábamos. Supongo que cantaban en latín, porque no entendía lo que decían. Habían cubierto el ataúd de san Cutberto con un fino paño verde bordado con cruces, y por la mañana un cuervo se había cagado encima. Al principio, lo tomé como un mal presagio, pero luego decidí que el cuervo era un animal de Odín, que se limitaba a mostrar su desagrado por el cristiano muerto, así que aplaudí la broma del dios, ganándome miradas malignas de los hermanos Ida y Jaenberht.

—¿Qué vamos a hacer —me preguntó Hild—, si llegamos a Eoferwic y descubrimos que Ivarr ha vuelto?

—Huiremos, por supuesto.

Se rió.

—¿Estás contento, verdad? —me preguntó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estoy lejos de Alfredo —contesté, y me di cuenta de que era verdad.

—Alfredo es un buen hombre —me riñó Hild.

—Desde luego —contesté—, pero ¿alguna vez te apetece tenerlo cerca? ¿Le preparas una cerveza especial? ¿Intentas recordar un chiste que seguro que le gustará? ¿Se sienta alguien con él junto a la hoguera a compartir acertijos? ¿Cantamos con él? Lo único que hace es preocuparse por lo que su dios quiere, y dictar normas para complacer a su dios, y si le ofreces algo, nunca es suficiente porque su dios del demonio siempre quiere más.

Hild me sonrió con la acostumbrada paciencia cuando insultaba a su dios.

—Alfredo quiere que vuelvas —me dijo.

—Quiere mi espada —contesté—, no me quiere a mí.

—¿Volverías?

—No —contesté con firmeza, e intenté vislumbrar el futuro para poner a prueba mi respuesta, pues no sabía qué tenían planeado para mí las hilanderas. De algún modo, con aquella chusma, confiaba en destruir a Kjartan y capturar Bebbanburg, y el sentido común me indicaba que era

imposible, pero el sentido común jamás habría podido imaginar que un esclavo recién liberado sería aceptado como rey por daneses y sajones.

—¿No vas a volver nunca? —preguntó Hild, sin creerse mi primera respuesta.

—Nunca —dije, y oí a las hilanderas riéndose de mí y temí que el destino me hubiera ligado a Alfredo, cosa que me molestó, pues sugería que yo no era dueño de mí. Quizá yo fuera también como el muérdago, salvo porque tenía una obligación. Debía saldar una deuda de sangre.

Seguimos la calzada romana que atravesaba las colinas. Nos llevó cinco días, a paso muy lento, pero no podíamos ir más rápido que los monjes que cargaban a hombros el cadáver del santo. Cada noche rezaban, y cada día se nos unía más gente, de modo que cuando marchamos el último día por la llanura hacia Eoferwic, sumábamos cerca de quinientos hombres. Ulf, que ahora se llamaba a sí mismo conde Ulf, conducía la marcha bajo su estandarte de la cabeza de águila. Había acabado apreciando a Guthred, y Ulf y yo éramos los consejeros más cercanos al rey. Eadred también andaba cerca, por supuesto, pero Eadred poco tenía que decir en cuestiones de guerra. Como la mayoría de los religiosos, asumía que su dios nos daría la victoria, y ésa era toda su contribución. Ulf y yo, en cambio, teníamos mucho que decir, pero todo giraba en torno a que quinientos hombres a medio armar no podían ni iniciar la conquista de Eoferwic con poco que Egberto se propusiera defenderla.

Pero Egberto estaba desesperado. Hay un cuento en el libro sagrado de los cristianos sobre un rey que vio no sé qué escritura en la pared. Me lo han contado varias veces, pero no sabría repetir los detalles, aparte de que trataba de un rey, que había unas palabras escritas en un muro y que las palabras lo tenían amedrentado. Creo que el dios cristiano era el autor de las palabras, pero tampoco estoy seguro de eso. Podría enviar a por el cura de mi mujer, pues estos días le permito emplear a dicha criatura, y podría preguntarle los detalles, pero lo único que haría sería postrarse a mis pies y suplicar para que le aumente la asignación de pescado, cerveza y leña, cosa que no deseo hacer, así que los detalles no importan mucho. Había un rey, tenía unas palabras escritas en un muro, y esas palabras le asustaban.

Fue Willibald el que me metió esa historia en la cabeza. Lloraba cuando entramos en la ciudad, lágrimas de alegría, y cuando supo que Egberto no opondría resistencia, empezó a gritar que el rey había visto la inscripción en la pared. Una y otra vez, no dejó de gritarlo; para mí no tenía

ningún sentido entonces, pero ahora sé qué quería decir. Significaba que Egberto sabía que había perdido incluso antes de empezar a luchar.

Eoferwic había estado esperando el regreso de Ivarr y muchos de sus ciudadanos, temiendo la venganza danesa, la habían abandonado. Egberto tenía guardia personal, por supuesto, pero la mayoría había desertado, de manera que sólo le quedaban veintiocho hombres y no todos estaban dispuestos a morir por un rey con una inscripción en su pared, y los ciudadanos que quedaban tampoco estaban por la labor de montar una barricada en las puertas o defender la muralla, así que el ejército de Guthred marchó sin encontrar resistencia. Nos dieron la bienvenida. Creo que la gente de Eoferwic pensaba que llegábamos para defenderlos de Ivarr, más que para arrebatarse la corona a Egberto, pero incluso cuando supieron que tenían rey nuevo, parecían contentos. Lo que los alegró mucho más, por supuesto, fue la presencia de san Cutberto, y Eadred dispuso el ataúd del santo en la iglesia del arzobispo, abrió la tapa y la gente se apiñó para ver al fiambre y decirle oraciones.

Wulfhere, el arzobispo, no se encontraba en la ciudad, pero el padre Hrothweard seguía allí, y también seguía predicando la locura, así que se alineó al instante con Eadred. Supongo que también habría visto la inscripción en el muro, pero las únicas inscripciones que yo vi fueron cruces en las puertas. Estas indicaban que dentro vivían cristianos, pero la mayoría de los daneses que quedaban también se habían pintado una cruz para protegerse de los saqueos, y los hombres de Guthred querían saquear. Eadred les había prometido lascivas mujeres y montones de plata, pero el abad luchaba ahora denodadamente para proteger a los cristianos de la ciudad de los daneses de Guthred. Hubo ciertos disturbios, pero no demasiados. La gente tuvo la buena cabeza de ofrecer monedas, comida y cerveza en lugar de dejarse robar, y Guthred descubrió unos arcones de plata dentro del palacio y distribuyó el dinero entre su ejército. Además había cerveza abundante en las tabernas, así que por el momento los hombres de Cumbraland quedaron satisfechos.

—¿Qué haría Alfredo? —me preguntó Guthred aquella primera noche en Eoferwic. Era una pregunta a la que empezaba a acostumbrarme, pues de algún modo Guthred se había convencido de que Alfredo era un rey al que valía la pena imitar. Esta vez me preguntaba sobre Egberto, al que habían hallado en sus aposentos. Egberto había sido arrastrado al gran salón, y allí se arrodilló ante Guthred y le juró lealtad. Fue una extraña visión, un rey

arrodillado frente a otro, en el antiguo salón romano iluminado por braseros que llenaban de humo toda la parte superior, y tras Egberto estaban sus cortesanos y sirvientes, que también se arrodillaron y se arrastraron hacia delante para prometer lealtad a Guthred. Egberto parecía viejo, enfermo y disgustado mientras que Guthred era un flamante joven monarca. Encontré la malla de Egberto y se la di a Guthred, que se la puso porque le daba aspecto regio. Se mostró alegre con el rey depuesto, lo levantó del suelo y le besó en ambas mejillas; después lo invitó cortésmente a que se sentara a su lado.

—Matad a ese viejo cabrón —fue la opinión de Ulf.

—Me han recordado que sea misericordioso —contestó Guthred en tono regio.

—Os han recordado que seáis un idiota —replicó Ulf. Estaba enfurecido porque Eoferwic no le había proporcionado ni una cuarta parte de lo que esperaba, pero había encontrado un par de gemelas que le gustaban, y ellas evitaban que se quejara demasiado.

Cuando las ceremonias terminaron, y después de que Eadred nos dejara sordos con una oración interminable, Guthred paseó conmigo por la ciudad. Creo que quería presumir de armadura nueva, o quizá sólo quisiera aclararse la cabeza de tanto humo como había en palacio. Bebió cerveza en todas las tabernas, bromeó con los hombres en inglés y en danés y besó por lo menos a cincuenta chicas, y luego me llevó a las murallas y caminamos un rato en silencio, hasta que llegamos al lado este de la ciudad, donde me detuve a mirar el río, una lámina de plata abollada bajo la media luna.

—Aquí murió mi padre —dije.

—¿Espada en mano?

—Sí.

—Eso es bueno —contestó, olvidando por un instante que se había hecho cristiano—. Pero un día triste para ti.

—Fue un buen día —respondí—, conocí al conde Ragnar. Y mi padre tampoco me gustaba demasiado.

—¿No? —parecía sorprendido—. ¿Por qué no?

—Porque era una bestia resentida —repliqué—. Los hombres querían su aprobación y sólo la concedía a regañadientes.

—Como tú, entonces —contestó, y me llegó el turno de sorprenderme.

—¿Como yo?

—Mi resentido Uhtred —dijo—, todo ira y amenazas. Bueno, dime qué hago con Egberto.

—Lo que Ulf sugiere —contesté—, por supuesto.

—Ulf se cargaría a todo bicho viviente —respondió Guthred—, porque así terminarían sus problemas. ¿Qué haría Alfredo?

—No importa qué haría Alfredo.

Había algo en Guthred que siempre me provocaba decirle la verdad, o casi toda la verdad, y me sentí tentado de contestar que Alfredo arrastraría al viejo hasta el mercado de la ciudad y le rebanaría el cuello, pero sabía que no era cierto. Alfredo le había perdonado la vida al traidor de su primo después de Ethandun, y había permitido que su sobrino Etelwoldo siguiera con vida, y eso que ese sobrino tenía más derechos que él sobre el trono. Así que suspiré.

—Lo dejaría con vida —contesté—, pero Alfredo es un capullo meapilas.

—No, no lo es —respondió Guthred.

—Le aterroriza la desaprobación de Dios —repuse.

—Me parece sensato por su parte —aprobo Guthred.

—Matad a Egberto, señor —insistí con vehemencia—. Si no lo matáis, intentará recuperar su reino. Tiene tierras al sur. Puede convocar a sus hombres. Si lo dejáis con vida le llevará esos hombres a Ivarr, e Ivarr intentará volver a instaurarlo en el trono. ¡Egberto es un enemigo!

—Es un anciano, no está bien y tiene miedo —respondió Guthred con paciencia.

—Pues evítadle al cabrón más desgracias —lo apremié—. Yo lo haré por vos; nunca he matado a un rey.

—¿Y te gustaría?

—Lo haré por vos —le dije—. ¡Permitió que sus sajones masacraran a los daneses! No es tan digno de lástima como pensáis.

Guthred me miró con reproche.

—Te conozco, Uhtred —dijo con afecto—. Te gusta presumir de que mataste a Ubba junto al mar, de que desmontaste a Svein, el del Caballo Blanco, y de que enviaste al rey Egberto de Eoferwic a su fría tumba.

—Y que maté a Kjartan el Cruel —repliqué—, y pasé a cuchillo a Ælfric, usurpador de Bebbanburg.

—Me alegro de no ser tu enemigo —dijo quitándole importancia, después hizo una mueca—. Vaya si es amarga la cerveza aquí.

—La hacen distinta —le expliqué—. ¿Qué os dice el abad Eadred?

—Lo mismo que tú y que Ulf, claro. Que mate a Egberto. —Por una vez, le doy la razón. —Pero Alfredo no lo mataría —replicó con firmeza. —Alfredo es rey de Wessex —contesté—, y no tiene que enfrentarse a Ivarr, ni tampoco tiene un rival como Egberto. —Pero Alfredo es un buen rey —insistió Guthred.

Le pegué una patada a la empalizada de la frustración.

—¿Por qué ibais a dejar con vida a Egberto? —quise saber—. ¿Para gustarle a la gente?

—Quiero gustarles —contestó.

—Tendrían que temeros —respondí con vehemencia—. ¡Sois un rey! Tenéis que ser implacable. Tenéis que inspirar temor.

—¿Temen a Alfredo?

—Sí —contesté, y me sorprendió reparar en que era cierto.

—¿Porque es implacable?

Sacudí la cabeza.

—Temen disgustarle.

Jamás antes me había dado cuenta, pero de repente lo vi claro. Alfredo no era implacable. Era dado a la misericordia, pero le temían igualmente. Reconocían que Alfredo estaba sometido a una disciplina, como ellos a su mandato. La disciplina de Alfredo era miedo a no complacer a su dios. Jamás escaparía de eso. Jamás podría ser tan bueno como él quería, pero no dejaba de intentarlo. Yo hacía mucho que había aceptado que era falible, pero Alfredo jamás lo aceptaría de sí mismo.

—A mí también me gustaría que los hombres temieran no complacerme —comentó Guthred en tono suave.

—Pues dejadme que mate a Egberto —le dije, y bien habría podido ahorrarme las palabras porque Guthred, inspirado por su reverencia por Alfredo, perdonó la vida a Egberto, y al final resultó tener razón. Envió al viejo rey a vivir en un monasterio al sur del río y encomendó a los monjes que mantuvieran a Egberto confinado dentro de sus paredes, cosa que hicieron, y al año Egberto murió de alguna enfermedad que lo consumió hasta convertirlo en un montón de huesos y de tendones carcomidos por el dolor. Fue enterrado en la gran iglesia de Eoferwic, pero yo no vi nada de aquello.

Ya estaba entonces entrado el verano, y cada día temía ver a los hombres de Ivarr llegar por el sur, pero lo que llegó fue el rumor de una

gran batalla entre Ivarr y los escoceses. Ese tipo de rumores se producían con frecuencia, y la mayoría eran falsos, así que no le concedí demasiado crédito, pero Guthred se creyó la historia y dio permiso a la mayor parte de su ejército para que volviera a Cumbraland a recoger la cosecha. Eso nos dejó muy pocas tropas en la guarnición de Eoferwic. Las tropas reales se quedaron y cada mañana los hacía practicar con espadas, escudos y lanzas, y cada tarde los ponía a reparar la muralla de Eoferwic, que se estaba cayendo por demasiados sitios. Pensé que Guthred era un insensato por dejar marchar a la mayoría de sus hombres, pero me contestó que sin cosecha su gente moriría de hambre, y estaba seguro de que regresarían. Y volvió a estar en lo cierto. Regresaron. Ulf los condujo desde Cumbraland y quiso saber cómo se iba a emplear el ejército que se estaba reuniendo.

—Marcharemos al norte para ajustar las cuentas con Kjartan —dijo Guthred.

—Y con Ælfric —insistí.

—Por supuesto —respondió Guthred.

—¿Cómo es el botín que se le puede cobrar a Kjartan? —quiso saber Ulf.

—Enorme —contesté recordando las historias de Tekil. Me guardé para mí lo de los perros salvajes que vigilaban la plata y el oro—. Kjartan es infinitamente rico.

—Es hora de afilar las espadas —contestó Ulf.

—Ælfric guarda incluso un tesoro mayor —añadí, aunque no tenía ni idea de si decía la verdad.

Pero creía firmemente que capturaríamos Bebbanburg. Jamás había sido tomada por enemigo alguno, pero eso no significaba que no pudiera ser tomada. Todo dependía de Ivarr. Si conseguíamos derrotarlo, Guthred sería el hombre más poderoso de Northumbria, y Guthred era mi amigo, y estaba convencido de que no sólo me ayudaría a matar a Kjartan y vengar a Ragnar *el Viejo*, sino que me devolvería mis tierras y mi fortaleza junto al mar. Aquellos eran mis sueños durante ese verano. Pensé que el futuro se me presentaba dorado si le conseguía un reino a Guthred, pero había olvidado la malevolencia de las tres hilanderas en las raíces del mundo.

El padre Willibald quería regresar a Wessex, y no lo culpo. Era sajón del oeste, y no le gustaba Northumbria. Recuerdo una noche en que comíamos un plato de *eider*, que consiste en una ubre de vaca prensada y cocinada; yo la devoraba comentando que no había comido tan bien desde

que era niño, y el pobre Willibald no pudo acabar ni una cucharada. Parecía que quisiera ponerse enfermo, y yo me burlaba de él por ser un sureño flojucho. Sihtric, que ahora era mi sirviente, le llevó pan y queso y Hild y yo nos partimos su *eider* entre los dos. También era sureña, pero no tan remilgada como Willibald. Fue aquella noche, mientras le ponía cara de asco a la comida, cuando nos contó que quería regresar con Alfredo.

Teníamos pocas noticias de Wessex, aparte de que seguía en paz. Guthrum, por supuesto, había sido derrotado, y había aceptado el bautismo como parte del tratado de paz con Alfredo. Había adoptado el nombre bautismal de Æthelstan, que significaba «piedra noble», y Alfredo había sido su padrino, y los informes del sur indicaban que Guthrum, o comoquiera que se llamara entonces, mantenía la paz. Alfredo seguía vivo, y eso era lo único que sabíamos.

Guthred decidió que enviaría una embajada a Alfredo. Eligió a cuatro daneses y cuatro sajones para que cabalgaran al sur, convencido de que tal composición podría cruzar sin problemas por territorio sajón o danés, y eligió a Willibald para transportar su mensaje. Willibald lo escribió, rasgando con una pluma en un pedazo de pergamino nuevo. «Con la ayuda de Dios —dictó Guthred—, he tomado el reino de Northumbria...»

—Que se llama *Haliwerfolkland* —interrumpió Eadred.

Guthred hizo un gesto cortés, como para indicar que decidiera Willibald lo que le pareciera más oportuno.

—Y estoy decidido —prosiguió Guthred—, por la gracia de Dios a gobernar esta tierra en paz y con justicia...

—No tan deprisa, señor —pidió Willibald.

—Y a enseñarles a fabricar cerveza —continuó Guthred.

—Ya enseñarles... —repitió Willibald perdiendo el resuello.

Guthred se rió.

—¡No, no, padre! ¡No escriba eso!

Pobre Willibald. La carta era tan larga que hubo que estirar, raspar y recortar otra piel de cordero. El mensaje seguía hablando del bendito san Cutberto y de cómo había traído al ejército de santos a Eoferwic, y cómo Guthred iba a construir un santuario al santo. Sí mencionaba que aún quedaban enemigos que podían frustrar esos planes, pero sin darles demasiada importancia, como si Ivarr, Kjartan y Ælfric fueran obstáculos menores. Pedía las oraciones del rey Alfredo y le aseguraba al rey de Wessex que los cristianos de *Haliwerfolkland* oraban por él todos los días.

—Tendría que enviarle un regalo a Alfredo —comentó Guthred—. ¿Qué le gustaría?

—Una reliquia —sugerí con amargura.

Y era una buena sugerencia, porque nada le gustaba más a Alfredo que una reliquia sagrada, pero no quedaba demasiado en Eoferwic. La iglesia del arzobispo poseía muchos tesoros, incluida la esponja en la que Jesús había bebido vino mientras moría, y también el cabestro del burro de Balam, aunque yo no tenía ni idea de quién era el tal Balam, y por qué su burro era santo me parecía aún más misterioso. La iglesia poseía una docena de tonterías de aquéllas, pero el arzobispo se las había llevado con él y nadie estaba seguro de dónde andaba Wulfhere. Supuse que se habría unido a Ivarr. Hrothweard dijo que él tenía la semilla de un sicómoro mencionada en el Evangelio, pero cuando abrimos la caja de plata que la contenía, no había más que polvo. Al final, yo sugerí que le sacáramos uno de los tres dientes a san Osvaldo. A Eadred por poco le da un síncope, pero después aceptó que no era tan mala idea, así que mandaron a por unas tenazas, abrieron el arcón pequeño y uno de los monjes le arrancó dos de los dientes amarillos al rey muerto, que colocaron en un hermoso bote de plata que Egberto usaba para guardar ostras ahumadas.

La embajada se marchó una mañana de agosto. Guthred llevó a Willibald aparte y le entregó un último mensaje para Alfredo, que le asegurara a Alfredo que aunque él, Guthred, era danés, también era cristiano, y le rogara que si Northumbria se veía amenazada por enemigos, Alfredo enviara guerreros para luchar por la tierra de Dios. A mí me pareció que aquello era como mear contra el viento, pues Wessex tenía enemigos de sobra de los que preocuparse sin cargar con el destino de Northumbria.

Yo también me llevé a Willibald aparte. Me sabía mal que se marchara, pues me gustaba, y era un buen hombre, pero veía que estaba impaciente por ver Wessex de nuevo.

—¿Haréis algo por mí, padre? —le pedí.

—Si es posible —respondió con cautela.

—Entregadle al rey mis saludos —le dije.

Willibald pareció aliviado, como si esperara que mi favor fuera mucho más oneroso, pero lo era, como iba a descubrir.

—El rey querrá saber cuándo vais a volver, señor —me dijo.

—En su momento —contesté, aunque el único motivo que tenía para visitar Wessex era recuperar el tesoro que había enterrado en Fífhidan.

Ahora me arrepentía de haberlo enterrado, pues lo cierto es que no quería volver a ver Wessex nunca más—. Quiero que busquéis al conde Ragnar —le dije a Willibald.

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿El rehén? —preguntó.

—Encontradlo —le dije—, y entregadle este mensaje de mi parte.

—Si puedo —respondió aún cauteloso.

Lo agarré de los hombros para asegurarme de que prestaba atención, y él hizo una mueca de dolor.

—Encontradlo —le dije amenazadoramente—, y entregadle mi mensaje. Decidle que voy al norte a matar a Kjartan. Decidle que su hermana está viva. Decidle que haré lo que pueda para encontrarla y mantenerla a salvo. Decidle que lo juro por mi vida. Y decidle que vuelva en cuanto lo liberen.

Le hice repetirlo, y lo obligué a jurar sobre su crucifijo que entregaría el mensaje. Se mostró reacio a hacerme la promesa, pero le asustaba mi ira, así que se agarró a la cruz y prometió solemnemente.

Y después se marchó.

Y volvíamos a tener ejército, pues la cosecha estaba recogida y había llegado el momento de atacar el norte.

* * *

Guthred se dirigió al norte por tres motivos. El primero era Ivarr, al que había que derrotar; el segundo era Kjartan, cuya presencia en Northumbria era como una herida gangrenada; y el tercero era Ælfric, que debía someterse a la autoridad de Guthred. Ivarr era el más peligroso y el que nos derrotaría sin duda alguna si dirigía su ejército al sur. Kjartan era menos peligroso, pero había que destruirlo, pues Northumbria no se hallaría en paz mientras él viviese. Ælfric era el menos peligroso.

—Tu tío es rey de Bebbanburg —me dijo Guthred mientras marchábamos al norte.

—¿Eso se hace llamar? —pregunté furioso.

—¡No, no! Es mucho más sensato. Pero eso es lo que realmente es. Las tierras de Kjartan son una barrera, ¿no? Así que el control de Eoferwic no pasa de Dunholm.

—Antes éramos reyes de Bebbanburg —le conté.

—¿En serio? —Guthred estaba sorprendido—. ¿Reyes de Northumbria?

—De Bernicia —contesté. Guthred jamás había oído ese nombre—. Así se llamaba todo el norte de Northumbria —le conté—, y todo lo que había alrededor de Eoferwic era el reino de Deira.

—¿Se unieron? —preguntó Guthred.

—Matamos a su último rey —contesté—, pero eso fue hace muchos años. Antes de que llegara el cristianismo.

—¿Así que puedes pretender al trono de estas tierras? —preguntó, y para mi conmoción había sospecha en su voz. Me lo quedé mirando y se puso colorado—. Bueno, ¿puedes? —dijo, intentando que pareciera que no le importaba lo que fuera a contestar.

Me reí de él.

—Mi señor el rey —le dije—, si me reinstauráis como señor de Bebbanburg me arrodillaré ante vos y os juraré lealtad a vos y a todos vuestros herederos hasta el fin de mis días.

—¿Herederos! —exclamó alegremente—. ¿Has visto a Osburh?

—Sí, la he visto, sí —contesté. Era la sobrina de Egberto, una muchacha sajona que vivía en palacio cuando tomamos Eoferwic. Tendría unos catorce años, morena y con una cara regordeta y bonita.

—Si me caso con ella —me preguntó Guthred—, ¿querrá Hild ser su compañera?

—Preguntádselo a ella —le dije señalando a Hild con la cabeza, que nos seguía detrás. Pensaba que Hild regresaría a Wessex con el padre Willibald, pero dijo que no estaba lista aún para enfrentarse a Alfredo, y yo la entendí, así que no la presioné—. Creo que se sentirá honrada de ser la compañera de vuestra esposa —le dije a Guthred.

Acampamos aquella primera noche en Onhripum, donde un pequeño monasterio dio cobijo a Guthred, Eadred y la hueste de clérigos. Nuestro ejército rondaba ya los seiscientos hombres y casi la mitad iban montados. Nuestras hogueras de campamento iluminaron los campos alrededor del monasterio. Como comandante de las tropas reales yo acampé cerca de los edificios, y mis jóvenes, que ya eran cuarenta, la mayoría protegidos por cota de malla robada en Eoferwic, dormíamos cerca de las puertas del monasterio.

Yo montaba guardia con *Clapa* y dos sajones durante la primera parte de la noche. Sihtric estaba conmigo. Lo llamaba mi sirviente, pero estaba aprendiendo a usar la espada y el escudo y calculaba que en dos años me serviría de soldado.

—¿Tienes las cabezas a buen recaudo? —le pregunté.

—¡Pero si se huelen desde aquí! —protestó *Clapa*.

—No huelen peor que tú, *Clapa* —repliqué.

—Están a salvo, señor —contestó Sihtric.

—Debería tener ocho cabezas —dije, y le puse los dedos alrededor del cuello a Sihtric—. Bastante delgadito, Sihtric.

—Pero es duro, señor —contestó.

Justo entonces se abrió la puerta del monasterio y Gisela, con capa negra, salió.

—Deberíais estar dormida, señora —la reñí.

—No puedo dormir. Quiero pasear —me miró desafiante. Tenía los labios entreabiertos; la luz de la hoguera hacía destellar sus dientes y se reflejaba en sus ojos.

—¿Adonde queréis pasear? —pregunté.

Se encogió de hombros, manteniéndome la mirada, y yo pensé en Hild durmiendo en el monasterio.

—Te dejo al mando, *Clapa* —le dije—, si viene Ivarr, mata a ese cabrón.

—Sí, señor.

Oí las risitas de los guardias mientras nos alejábamos. Les hice callar con un gruñido, después conduje a Gisela hasta los árboles al este del monasterio, pues aquello estaba a oscuras. Alargó la mano y cogió la mía. No dijo nada, complacida de caminar a mi lado.

—¿No os asusta la noche? —le pregunté.

—Contigo no.

—Cuando era niño —le dije—, me convertí en *sceadugengan*.

—¿Qué es un *sceadugengan*? —Era una palabra sajona y poco familiar para ella.

—Un caminante de las sombras —le conté—. Una criatura que acecha en la noche —una lechuza ululó cerca y Gisela me apretó los dedos instintivamente.

Nos detuvimos bajo unas hayas que mecía el viento. Por entre las hojas pasaba la luz de las hogueras, le levanté la barbilla y la observé. Era alta,

pero aun así yo le sacaba una cabeza. Se dejó examinar, después cerró los ojos y yo le pasé un dedo por la larga nariz.

—Yo... —dije.

—Sí —contestó ella como si supiera lo que iba a decir.

Me obligué a apartarme de ella.

—No puedo hacer infeliz a Hild.

—Me dijo —me contó Gisela— que se habría marchado a Wessex con el padre Willibald, pero quiere verte capturar Dunholm. Dice que ha rezado por eso y que será una señal de su dios ver que lo consigues.

—¿Eso ha dicho?

—Me ha dicho que será una señal de que debe regresar al convento. Esta noche me lo ha dicho.

Sospeché que era cierto. Acaricié el rostro de Gisela.

—Entonces tendríamos que esperar hasta tomar Dunholm —le dije, y no era eso lo que quería decir.

—Mi hermano dice que tengo que ser una vaca de la paz —contestó con amargura. Una vaca de la paz era una mujer casada con una familia rival en un intento de entablar amistad, y no cabía duda de que Guthred tenía en mente al hijo de Ivarr o un marido escocés—. Pero yo no pienso ser ninguna vaca de la paz —aseguró con dureza—. Sé leer las varillas de runas y conozco mi destino.

—¿Y qué sabes?

—Voy a ser madre de dos hijos y una hija.

—Eso está bien —contesté.

—Serán tus hijos —añadió desafiante—, y tu hija.

Por un momento, me quedé sin habla. La noche repentinamente me pareció frágil.

—¿Eso te han dicho las varillas de runas? —conseguí articular tras unos instantes.

—No han mentido nunca —repuso con calma—. Cuando Guthred cayó cautivo las varillas me dijeron que regresaría, y me dijeron que mi marido vendría con él. Y viniste tú.

—Pero si él quiere que seas una vaca de la paz... —objeté.

—Tendrás que raptarme —me dijo—, a la manera antigua —la manera antigua danesa de llevarse una novia era raptarla, asaltar su casa, arrebatársela a su familia y llevársela para casarse. Aún se hacía de vez en cuando, pero en estos tiempos más laxos, al asalto normalmente siguen

negociaciones formales, y la novia tiene tiempo de recoger sus pertenencias antes de que lleguen los jinetes.

—Te raptaré —le prometí, y me di de cuenta que la estaba liando, que Hild no había hecho nada para merecerse un lío, y que Guthred se sentiría traicionado, pero aun así aupé a Gisela y la besé.

Se me aferró y justo entonces empezaron los gritos. Agarré fuerte a Gisela y escuché. Los gritos procedían del campamento, y veía, a través de los árboles, a la gente correr desde las hogueras hacia los caminos.

—Problemas —dije, y la cogí de la mano y corrí con ella hasta el monasterio, donde *Clapa* y los guardias esperaban espada en mano. Metí a Gisela dentro y desenvainé *Hálito-de-serpiente*.

Pero no eran problemas. No para nosotros. Los recién llegados, atraídos por las luces de nuestro campamento, eran tres hombres, uno de ellos gravemente herido, y traían noticias. En menos de una hora la pequeña iglesia del monasterio se iluminó con antorchas, los curas y monjes cantaron alabanzas al Señor, y el mensaje que los tres hombres traían del norte recorrió nuestro campamento, de modo que todos se despertaron y acudieron al monasterio para volver a oír las noticias y asegurarse de que era cierto.

—¡Dios obra milagros! —gritaba Hrothweard a la multitud. Se había subido al tejado del monasterio con una escalera. Era de noche, pero alguien había encontrado antorchas y con esa iluminación el cura parecía enorme. Levantó los brazos para que la multitud se callara. Los hizo esperar mientras contemplaba sus rostros ansiosos, y tras él llegaron los cantos solemnes de los monjes. En algún lugar de la noche se oyó el ulular de una lechuza, y Hrothweard apretó los puños y los levantó aún más alto, como si pudiera tocar el cielo a la luz de la luna—. ¡Ivarr ha sido derrotado! —gritó finalmente—. ¡Alabado sean Dios y los santos, el tirano Ivarr Ivarson ha sido derrotado! ¡Ha perdido su ejército!

Y las gentes de *Haliwerfolkland*, que tanto temían enfrentarse al poderoso Ivarr, vitorearon hasta quedarse roncos, pues el mayor obstáculo para que Guthred reinara en Northumbria había desaparecido. Podía por fin llamarse rey, y eso era. El rey Guthred.

Capítulo IV

Había tenido lugar una batalla, oímos, una escabechina, una guerra horrorosa que dejó un valle entero apestando a sangre, e Ivarr Ivarson, el danés más poderoso de Northumbria, fue derrotado por Aed de Escocia.

Las pérdidas en ambas facciones habían sido increíbles. Supimos más del enfrentamiento la mañana siguiente, cuando llegaron casi sesenta nuevos supervivientes. Habían viajado en un grupo lo suficientemente numeroso para que Kjartan no les prestara atención, y aún se tambaleaban al recordar la carnicería que acababan de sufrir. Ivarr, supimos, había sido inducido a cruzar un río en un valle donde creía que Aed se había refugiado, pero era una trampa. Las colinas a cada lado del valle rebosan de hombres de las tribus que bajaron aullando entre la niebla y los brezales para embestir contra los muros de escudos daneses.

—Se contaban por millares —comentó un hombre aún temblando.

El muro de escudos de Ivarr aguantó; imaginé la ferocidad de aquella batalla. Mi padre había peleado contra los escoceses en numerosas ocasiones, y siempre los describía como demonios. Demonios locos, decía, demonios de espada, demonios aulladores, y los daneses de Ivarr nos contaron que, aunque se recuperaron de aquel primer ataque, y despacharon demonios con lanza y espada, las hordas aulladoras no cejaban, trepaban por encima de sus propios muertos, con sus salvajes melenas rojas cubiertas de sangre y las espadas partiendo el aire. Ivarr intentó subir a la colina norte y salir del valle, para controlar el terreno elevado. Eso suponía abrirse camino a tajos por entre la carne, y no lo consiguió. Aed mandó entonces a las tropas reales a combatir con los mejores hombres de Ivarr; los escudos chocaron, las espadas sonaron, y uno a uno fueron cayendo aquellos guerreros. Ivarr, dijeron los supervivientes, peleó como una criatura infernal, pero encajó un tajo en el pecho y un lanzazo en la pierna, y sus tropas personales lo sacaron del muro de escudos. Se puso rabioso, exigió morir enfrentándose a sus enemigos, pero sus hombres lo retuvieron atrás y siguieron peleando con los demonios, y para entonces ya había empezado a caer la noche.

La retaguardia de la columna danesa aún resistía, y los supervivientes, que sangraban en su gran mayoría, arrastraron a su jefe hasta el sur, cerca del río. El hijo de Ivarr, Ivar, que sólo tenía dieciséis años, reunió a los guerreros menos heridos, cargaron contra los escoceses que empezaban a rodearlos y consiguieron romper el cerco, pero murieron unas cuantas docenas más intentando cruzar el río de noche. Algunos se ahogaron por culpa de la cota de malla. Otros fueron apiolados en las orillas, pero aproximadamente una sexta parte del ejército de Ivarr consiguió cruzar el río, y se reunieron en la orilla sur, donde escucharon los gritos de los moribundos y los aullidos de los escoceses. Al alba formaron un muro de escudos, pues esperaban que los escoceses cruzaran el río y terminaran la escabechina, pero los hombres de Aed estaban casi tan ensangrentados y cansados como los daneses derrotados.

—Matamos cientos —comentó un hombre en voz queda, y más tarde supimos que era cierto, y que Aed había regresado al norte renqueando para lamerse las heridas.

El conde Ivarr estaba vivo. Estaba herido, pero vivo. Se decía que se ocultaba en las colinas, temeroso de que Kjartan lo capturara, así que Guthred envió un centenar de jinetes al norte, a buscarlo, y descubrieron que las tropas de Kjartan también estaban peinando las montañas. Ivarr debía de saber que acabarían encontrándolo, y prefería con mucho ser cautivo de Guthred que prisionero de Kjartan, así que se rindió a una patrulla de los hombres de Ulf, que trajeron al campamento al maltrecho conde después del mediodía. Iba acompañado de su hijo, Ivar, y de otros treinta supervivientes, algunos de ellos tan maltrechos como su jefe, pero cuando Ivarr cayó en la cuenta de que debía enfrentarse al hombre que había usurpado el trono de Northumbria, insistió en sostenerse por su propio pie. Caminaba. No sé cómo lo hacía, porque debía de estar aguantando una agonía, pero se obligó a cojear, y cada pocos pasos se detenía para apoyarse en la lanza que usaba de muleta. Vi el dolor, pero también vi el orgullo que le impedía ser transportado en presencia de Guthred.

Así que caminó hacia nosotros. Se retorció de dolor a cada paso, pero se mostró desafiante y airado. No lo había conocido nunca, porque fue criado en Irlanda, pero era clavado a su padre. Tenía la misma apariencia esquelética que Ivar *Saco de Huesos*. El mismo rostro cadavérico con los

ojos hundidos, el mismo pelo amarillo recogido en la nuca y la misma maldad sombría. Poseía el mismo poder.

Guthred esperaba a la entrada del monasterio, y sus tropas reales formaron dos filas entre las que tuvo que pasar Ivarr. Guthred estaba flanqueado por sus hombres principales, y le asistían el abad Eadred, el padre Hrothweard y todos los demás religiosos. Cuando Ivarr estaba a doce pasos, se detuvo, se apoyó en la lanza y nos lanzó a todos una mirada feroz. Me confundió con el rey, quizá porque mi malla y mi casco eran mucho mejores que los de Guthred.

—¿Eres el chico que se llama así mismo rey? —preguntó.

—Soy el chico que mató a Ubba Lothbrokson —contesté. Ubba había sido tío de Ivarr; la provocación hizo que Ivarr se incorporara bruscamente, y detecté en sus ojos un extraño brillo verde. Eran ojos de serpiente en un cráneo. Bien podría estar herido, y quizá las heridas habían quebrado su poder, pero lo único que deseaba en aquel momento era matarme.

—¿Y tú eres? —quiso saber.

—Sabes perfectamente quién soy —repuse burlándome. La arrogancia lo es todo en un guerrero joven. Guthred me agarró de un brazo, como para indicarme que me callara, después dio un paso al frente.

—Señor Ivarr —dijo—, lamento veros malherido.

Ivarr se burló.

—Tendrías que estar contento —dijo—, yo sólo lamento no estar muerto. ¿Eres Guthred?

—Siento mucho que estéis herido, señor —dijo Guthred—, y lo siento mucho también por los hombres que habéis perdido. Y me alegro por los que habéis matado. Os debemos mucho —dio un paso atrás y miró al ejército, detrás de Ivarr—. ¡Demos las gracias a Ivarr Ivarson! —gritó Guthred—. ¡Ha eliminado una amenaza en el norte! ¡El rey Aed ha tenido que volver cojeando a casa a llorar sus pérdidas y consolar a las viudas de Escocia!

La verdad, por supuesto, era que el que cojeaba era Ivarr, y Aed había conseguido la victoria, pero las palabras de Guthred provocaron vítores, y eso desconcertó a Ivarr. Debía de estar esperando que Guthred lo matara, que es exactamente lo que Guthred tendría que haber hecho, pero decidió recibir a Ivarr con todos los honores.

—Matad a ese cabrón —le susurré a Guthred.

Me miró totalmente sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—Matadlo ahora y punto —le apremié—. Y a la rata de su hijo.

—Estás obsesionado con matar —contestó Guthred divertido, y vi a Ivarr mirándonos y comprendí que sabía de qué hablábamos—. Sois muy bienvenido, señor Ivarr —Guthred se apartó de mí y se dirigió a Ivarr—. Northumbria necesita grandes guerreros —prosiguió—, y vos, señor, necesitáis descansar.

Yo observaba aquellos ojos de serpiente y vi el asombro en Ivarr, pero también vi que estaba convencido de que Guthred era un pardillo, y fue en ese instante cuando comprendí que el destino de Guthred era dorado. *Wyrð bid ful arced*. Cuando rescaté a Guthred de Sven y él me aseguró que era rey, pensé que estaba de broma, y cuando lo coronaron rey en Cair Ligualid aún me seguía haciendo gracia, incluso aún en Eoferwic, aunque no veía modo de que la broma aguantara muchas más semanas, pues Ivarr era el auténtico señor brutal de toda Northumbria, pero ahora resultaba que Aed nos había ahorrado la faena. Ivarr había perdido la mayoría de sus hombres. Estaba Ælfric, aferrado a la tierra robada de Bebbanburg; Kjartan, una araña negra en su fortaleza junto al río; y estaba el rey Guthred, señor del norte, y el único danés en toda Gran Bretaña que comandaba tanto sajones como daneses.

Nos quedamos en Onhripum. No entraba en nuestros planes, pero Guthred insistió en que esperásemos hasta que Ivarr fuera curado de sus heridas. Los monjes lo atendieron, y Guthred le llevaba al conde herido comida y cerveza. La mayoría de los supervivientes de Ivarr estaban heridos, y Hild lavó heridas y encontró trapos limpios para vendajes.

—Necesitan comida —me dijo, pero a nosotros ya nos quedaba poca, y cada día me tocaba alejarme más con las partidas de abastecimiento para encontrar ganado o grano. Insistí a Guthred para que volviéramos a marchar, para que regresáramos al campo, donde sería más fácil encontrar víveres, pero él estaba fascinado con Ivarr.

—¡Me gusta! —me dijo—, y no podemos dejarlo aquí.

—Podemos enterrarlo aquí —sugerí.

—¡Pero si es nuestro aliado! —insistió Guthred, y lo creía. A Ivarr le faltaban elogios hacia Guthred, y Guthred se tragó todas y cada una de sus traicioneras palabras.

Los monjes hicieron bien su trabajo, pues Ivarr se recuperó pronto. Yo confiaba en que muriera de las heridas, pero en tres días estaba montando.

Aún le dolía. Eso era evidente. El dolor debía de ser atroz, pero se obligó a caminar y a montar, del mismo modo que se obligó a jurar lealtad a Guthred.

Poca elección tenía. Ivarr comandaba ahora menos de cien hombres, en su mayoría heridos, y ya no era el gran señor de la guerra que había sido, así que él y su hijo se arrodillaron ante Guthred, se dieron las manos y le juraron lealtad. El hijo, el Ivar de dieciséis años, era como su padre y como su abuelo, enjuto y peligroso. Yo desconfiaba de ambos, pero Guthred no tenía intención alguna de escucharme. Era correcto, decía, que un rey se mostrara generoso, y al ser misericordioso con Ivarr creía que le estaría en deuda eternamente.

—Es lo que Alfredo habría hecho —me dijo.

—Alfredo se habría quedado al hijo de rehén y habría largado al padre —le contesté.

—Ha tomado juramento —insistió Guthred.

—Buscará nuevos hombres —le advertí.

—¡Bien! —Y sonrió con aquella sonrisa suya contagiosa—. Necesitamos guerreros.

—Querrá que su hijo sea rey.

—Pero si no quería ser rey él mismo, ¿por qué iba a quererlo para su hijo? Ves enemigos en todas partes, Uhtred. El joven Ivar es un tipo bastante guapete, ¿no te parece?

—Parece una rata desnutrida.

—¡Es de la edad justa para Gisela! Cara-caballo y la rata, ¿qué dices? —contestó, sonriendo de nuevo, pero esta vez le habría borrado la sonrisa de un puñetazo—. Es una idea —prosiguió—. Ya va siendo hora de que se case, y sería un vínculo más con Ivarr.

—¿Por qué no buscáis un vínculo conmigo?

—Hombre, tú y yo ya somos amigos —contestó, aún sonriendo—, y gracias a Dios por eso.

Marchamos hacia el norte cuando Ivarr se recuperó lo suficiente. Ivarr estaba seguro de que habría más supervivientes de la matanza escocesa, así que los hermanos Jaenberht e Ida iban por delante con una escolta de cincuenta hombres. Los monjes, me aseguró Guthred, conocían la zona junto al río Tuede y podían guiar a la partida de búsqueda de los hombres de Ivarr.

Guthred cabalgó con Ivarr durante buena parte del viaje. Le halagaba el juramento de Ivarr, que adscribía a la magia cristiana, y cuando Ivarr se quedó atrás para marchar con sus propios hombres, Guthred llamó al padre Hrothweard e interrogó al cura de hirsuta barba sobre Cutberto, Osvaldo y la Trinidad. Guthred quería entender por sí mismo cómo funcionaba la magia, y le frustraban las explicaciones de Hrothweard.

—El hijo no es el padre —volvió a intentarlo Hrothweard—, y el padre no es el espíritu, y el espíritu no es el hijo, pero padre, hijo y espíritu son uno, indivisibles y eternos.

—¿Así que hay tres dioses? —preguntó Guthred.

—¡Un solo dios! —replicó Hrothweard enfadado.

—¿Tú lo entiendes, Uhtred? —se volvió Guthred para preguntarme.

—Yo nunca lo he entendido, señor —contesté—. Para mí son todo paparruchas.

—¡No son paparruchas! —me susurró con rabia Hrothweard—. Tenéis que pensar en una hoja de trébol, señor —le dijo a Guthred—, tres hojas, separadas, pero una sola planta.

—Es un misterio, señor —intervino Hild.

—¿Un misterio?

—Dios es misterioso, señor —dijo haciendo caso omiso de la mirada maliciosa de Hrothweard—, y en su misterio podemos descubrir maravillas. No necesitáis entenderlo, basta con que os maravilléis.

Guthred se volvió en su silla para mirar a Hild.

—¿Entonces serás la compañera de mi esposa? —le preguntó alegremente.

—Casaos con ella primero, señor —dijo Hild—, y luego decidiré.

Él sonrió y se dio la vuelta.

—Pensaba que habías decidido regresar al convento —le dije en voz baja.

—¿Eso te ha contado Gisela?

—Eso mismo.

—Busco una señal de Dios —contestó Hild.

—¿La caída de Dunholm?

Se puso ceñuda.

—Quizás. Es un lugar terrible. Si Guthred la toma bajo el estandarte de san Cutberto, demostrará el poder de Dios. A lo mejor es la señal que busco.

—A mí me parece —contesté— que ya tienes tu señal.

Apartó su yegua de *Witnere* que empezaba a mirarla con malos ojos.

—El padre Willibald quería que regresara a Wessex con él —me dijo—. Pero yo le dije que no. Le dije que si me voy a retirar del mundo de nuevo, primero quiero saber cómo es el mundo —prosiguió avanzando en silencio, después habló en voz muy queda—. Me gustaría haber tenido hijos.

—Puedes tenerlos —le dije.

Sacudió la cabeza negativamente.

—No —respondió—, no es mi destino —se me quedó mirando—. ¿Sabes que Guthred quiere casar a Gisela con el hijo de Ivarr? —me preguntó.

Me sorprendió la pregunta.

—Sé que se lo está pensando —contesté con cautela.

—Ivarr ha aceptado. Anoche.

Me dio un vuelco el corazón, pero intenté que no se me notara.

—¿Cómo lo sabes? —le interrogué.

—Me lo ha dicho Gisela. Pero hay una dote.

—Siempre hay una dote —repuse con crudeza.

—Ivarr quiere Dunholm.

Me llevó un instante comprender, pero enseguida vi el monstruoso acuerdo. Ivarr había perdido la mayor parte de su poder en la masacre que le había infligido Aed, pero si conseguía Dunholm y las tierras de Dunholm, recuperaría su posición de fuerza. Los hombres que ahora seguían a Kjartan serían sus hombres, y de un plumazo Ivarr sería de nuevo poderoso.

—¿Y Guthred ha aceptado? —pregunté.

—Aún no.

—No puede ser tan estúpido —exclamé exasperado.

—La estupidez de los hombres no parece tener fin —repuso Hild con aspereza—. ¿Pero tú recuerdas, antes de que nos marcháramos de Wessex, que me dijiste que Northumbria estaba llena de enemigos?

—Lo recuerdo.

—Creo que está más llena de lo que piensas —prosiguió—, así que me quedaré hasta que sepa que vas a sobrevivir —me tocó en el brazo—. A veces me parece que soy la única amiga que tienes aquí. Así que déjame quedarme hasta que sepa que estarás a salvo.

Le sonreí y me toqué la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*.

—Estoy a salvo —le dije.

—Tu arrogancia impide a la gente ver tu bondad —lo dijo como reproche, después puso la mirada en el camino—. ¿Y qué vas a hacer? —me preguntó.

—Cumplir mi deuda de sangre —contesté—. Para eso estoy aquí —y era cierto. Para eso me dirigía al norte, para matar a Kjartan y liberar a Thyra, pero si lo lograba Dunholm pertenecería a Ivarr, y Gisela al hijo de Ivarr. Me sentía traicionado, aunque lo cierto es que no había traición alguna, pues Gisela jamás me había sido prometida. Guthred era libre de casarla con quien quisiera—. O quizá tendríamos que escaparnos —contesté con amargura.

—¿Escaparnos adonde?

—A cualquier parte.

Hild sonrió.

—¿De vuelta a Wessex?

—¡No!

—Entonces ¿adonde?

A ninguna parte. Había conseguido salir de Wessex y no iba a volver, salvo para recoger mi tesoro cuando tuviera un lugar seguro donde llevarlo. El destino me tenía en sus manos, y el destino me había dado enemigos. Por todas partes.

* * *

Vadeamos el río Wiire bien al oeste de Dunholm, y después marchamos con el ejército hasta un lugar que los lugareños llamaban Cuncacester, que cruzaba de lado a lado la calzada romana cinco millas al norte de Dunholm. Los romanos habían construido un fuerte en Cuncacester, y los muros seguían en pie, aunque entonces no eran mucho más que terraplenes en campos verdes. Guthred anunció que el ejército se quedaría cerca del decrepito fuerte, y yo dije que el ejército tendría que seguir marchando al sur hasta que encontrara Dunholm, así que tuvimos nuestra primera pelea, porque no quería cambiar de idea.

—¿Qué sentido tiene, señor —le pregunté—, detener a un ejército a dos horas de marcha de su enemigo?

—Eadred dice que debemos detenernos aquí.

—¿El abad Eadred? ¿Pero es que sabe tomar fortalezas?

—Ha tenido un sueño —contestó Guthred.

—¿Un sueño?

—San Cutberto quiere aquí su santuario —contestó Guthred—. Justo aquí —señaló una pequeña colina sobre la que el santo muerto estaba rodeado de monjes rezando.

Para mí no tenía ningún sentido. Aquel lugar no tenía nada especial, aparte de los restos de la fortificación. Había colinas, campos, un par de granjas y un pequeño río, un lugar muy agradable, pero por qué debía ser el lugar adecuado para el santuario de un santo se me escapaba.

—Nuestro trabajo, señor —le dije—, es capturar Dunholm. No lo vamos a conseguir parándonos a construir una iglesia.

—Pero los sueños de Eadred siempre han acertado —insistió Guthred convencido—. Y san Cutberto no me ha fallado nunca.

Discutí y perdí. Hasta Ivarr, que me apoyaba, le dijo a Guthred que había que acercar el ejército aún más a Dunholm, pero el sueño del abad Eadred nos obligó a acampar en Cuncacester y los monjes se pusieron inmediatamente a construir la iglesia. Nivelaron la colina, talaron árboles, y el abad Eadred plantó estacas para señalar dónde irían las paredes. Quería que los cimientos fuesen de piedra, y eso implicaba buscar una cantera, o mejor aún, un antiguo edificio romano que se pudiera derrumbar, y tendría que ser grande, porque la iglesia que había soñado era más grande que muchos salones de reyes.

Y al día siguiente, un día de finales del verano, bajo nubes desperdigadas, cabalgamos al sur en dirección a Dunholm. Para enfrentarnos a Kjartan y explorar la fuerza de la fortaleza.

Ciento cincuenta hombres hicieron el corto viaje. Ivarr y su hijo flanqueaban a Guthred, Ulf y yo los seguíamos, y sólo los religiosos se quedaron en Cuncacester. Éramos daneses y sajones, guerreros de espada y lanceros, y avanzábamos bajo el nuevo estandarte de Guthred, que mostraba a san Cutberto con una mano levantada en señal de bendición y la otra sosteniendo el evangelio enjoyado de Lindisfarena. No era un estandarte muy inspirador, al menos no para mí, y deseé haber pensado en pedirle a Hild que me hiciera un estandarte que mostrara la cabeza de lobo de Bebbanburg. El conde Ulf tenía su estandarte de la cabeza de águila, Guthred su bandera, e Ivarr cabalgaba bajo una bandera ajada con dos

cuervos que, de algún modo, había conseguido rescatar de su derrota en Escocia, pero yo no lucía estandarte.

El conde Ulf maldijo nada más ver Dunholm; era la primera vez que contemplaba la fuerza de aquel peñasco envuelto en un meandro del Wiire. No era roca pura, pues crecían carpes y sicómoros en las empinadas lomas, pero en la cumbre no había matojos y se veía una recia empalizada de madera que protegía el puesto elevado, en el que habían construido tres o cuatro edificios. La entrada al fuerte era una torre rodeada por una muralla en la que ondeaba un estandarte triangular. La bandera mostraba un barco con cabeza de serpiente, recuerdo de que Kjartan había sido antaño patrón de barco, y debajo del estandarte había hombres con lanzas, y colgadas de la empalizada, hileras de escudos.

Ulf observó la fortaleza. Guthred e Ivarr se le unieron, y ninguno dijimos nada, pues no había nada que decir. Parecía impenetrable. Parecía terrible. Había un camino para subir a la fortaleza, pero era empinado y estrecho, y se necesitarían muy pocos hombres para contener aquel camino, dado que daba tres vueltas y había que superar unas cuantas rocas hasta la puerta. Podíamos subir a todo nuestro ejército por aquel camino, pero en algunos lugares era tan estrecho que con veinte hombres bastaría para contenernos, y mientras tanto nos lanzarían a la cabeza todo tipo de lanzas y piedras. Guthred, que claramente creía que no podía tomarse Dunholm, me lanzó una súplica muda.

—¡Sihtric! —grité, y el chico se apresuró a mi lado—. Ese muro —le dije—, ¿rodea toda la cima?

—Sí, señor —contestó, después vaciló—, salvo en...

—¿Salvo en dónde?

—Hay un pequeño peñasco al sur, señor. Allí no hay muro. Es por donde tiran la mierda.

—¿Un peñasco? —pregunté, y él hizo un gesto con la mano derecha para indicar que se trataba de un peñasco de roca pura—. ¿Se puede escalar ese peñasco? —le pregunté.

—No, señor.

—¿Qué pasa con el agua? —le pregunté—. ¿Hay algún pozo?

—Dos pozos, señor, ambos fuera de la empalizada. Hay uno al oeste que no usan con frecuencia, el otro está en el lado este. Pero ése está arriba de todo, donde crecen los árboles.

—¿Está fuera de la muralla?

—Fuera, señor, pero tiene su propia muralla.

Le entregué una moneda como recompensa, pero sus respuestas no me habían hecho muy feliz. Pensaba que si los hombres de Kjartan sacaban agua del río, podíamos poner arqueros para detenerlos, pero ningún arquero podía perforar árboles o una muralla para impedir que se acercaran al pozo.

—¿Y qué hacemos? —me preguntó Guthred, y un punto de rencor me tentó de contestarle que le preguntara a sus curas, que habían insistido en montar el campamento del ejército tan inconvenientemente lejos. Conseguí reprimir esa respuesta.

—Podemos ofrecerle un trato, señor—contesté—, y cuando se niegue, tendréis que matarlo de hambre.

—Acaban de recoger la cosecha —apuntó Guthred.

—Pues costará un año —repliqué—. Construid un muro en el cuello de tierra. Atrapadlo. Que vea que no vais a marcharos. Que vea que el hambre viene a por él. Si construís el muro —le dije, mientras me iba gustando cada vez más la idea—, no tendréis que dejar aquí un ejército. Con sesenta hombres bastaría.

—¿Sesenta? —preguntó Guthred.

—Sesenta hombres pueden defender un muro aquí —le dije.

La enorme masa de roca sobre la que se erguía Dunholm tenía forma de pera; el extremo inferior, más estrecho, formaba el cuello de tierra desde donde contemplábamos las elevadas murallas. El río discurría a nuestra derecha, bordeando la roca, después reaparecía a nuestra izquierda, y justo ahí la distancia entre las dos orillas del río no llegaba ni a trescientos pasos. Nos llevaría una semana limpiar aquellos trescientos pasos de árboles, una semana más construir una zanja y levantar una empalizada y una tercera semana reforzar esa empalizada para que sesenta nombres pudieran defenderla con holgura. El cuello no era terreno llano, sino más bien un montón irregular de rocas, así que la empalizada tendría que ir por encima de las rocas. Sesenta hombres jamás podrían defender trescientos pasos de muro, pero buena parte del cuello era impracticable por las protuberancias rocosas, por las que ningún ataque podía llegar, así que los sesenta sólo tendrían que defender la empalizada en tres o cuatro lugares.

—Sesenta —Ivarr había permanecido en silencio, pero ahora escupía aquella palabra como una maldición—. Necesitaréis más de sesenta. Hay que relevar a los hombres por la noche. Otros hombres tienen que ir a por agua, atender al ganado y patrullar la orilla del río. Sesenta hombres puede

que defiendan el muro, pero necesitaréis otros doscientos para mantener a esos sesenta en su puesto —me echó una mirada feroz. Tenía razón, por supuesto. Y si se necesitaban doscientos o trescientos para Dunholm, eso eran doscientos o trescientos menos para guardar Eoferwic, patrullar las fronteras o cultivar las cosechas.

—Pero un muro aquí —dijo Guthred— derrotaría a Dunholm.

—Sí —coincidió Ivarr, pero parecía dudarlo.

—Así que sólo necesito más hombres —contestó Guthred—. Necesito más hombres.

Acerqué a *Witnere* al este, como si explorara dónde podía construirse el muro. Veía hombres en la torre de Dunholm observándonos.

—A lo mejor no tardamos un año —le grité a Guthred—. Venid aquí a ver.

Apremió al caballo hasta donde estaba y pensé que jamás lo había visto tan desanimado. Hasta ahora todo le había llegado fácilmente, el trono, Eoferwic y el homenaje de Ivarr, pero Dunholm era un pedazo de fuerza bruta que desafiaba su optimismo.

—¿Qué me quieres enseñar? —me preguntó sorprendido de que lo hubiera sacado del camino.

Miré atrás, para asegurarme de que Ivarr y su hijo no podían oírme, después señalé el río como si estuviéramos discutiendo la orografía.

—Podemos capturar Dunholm —le dije a Guthred en voz baja—, pero no voy a ayudarlos si se la entregáis como recompensa a Ivarr —torció el gesto, después detecté un destello de malicia en su rostro y supe que estaba tentado de negar que se le hubiera pasado por la cabeza—. Ivarr es débil —le dije—, y mientras lo siga siendo, será vuestro amigo. Pero si le dais poder, lo convertiréis en un enemigo.

—¿De qué me sirve un amigo débil? —me preguntó.

—Es mucho más útil que un enemigo fuerte, señor.

—Ivarr no quiere ser rey —me dijo—, ¿por qué iba a ser mi enemigo?

—Lo que Ivarr quiere —le expliqué— es controlar al rey como a un cachorro con correa. ¿Es lo que queréis? ¿Ser el pelele de Ivarr?

Miró la elevada puerta.

—Alguien tiene que guardar Dunholm —dijo débilmente.

—Pues entregádmela a mí —contesté—, porque soy vuestro amigo. ¿Dudáis de eso?

—No, Uhtred —contestó—, no lo dudo —se me acercó y me tocó un codo. Ivarr nos observaba con ojos de serpiente—. No he hecho ninguna promesa —prosiguió, pero parecía preocupado. Después se obligó a sonreír—. ¿Puedes capturarla?

—Creo que podemos hacer salir a Kjartan de ahí, señor.

—¿Cómo?

—Esta noche voy a hacer brujería, señor —respondí—, y mañana vos hablaréis con él. Le diréis que si se queda aquí, le destruiréis. Decidle que empezareis quemándole los establos y los corrales de esclavos en Gyruum. Prometedle que lo vais a dejar pelado. Que Kjartan sólo entienda que muerte, fuego y miseria es lo que le espera si se queda aquí. Después le ofrecéis una vía de escape. Que cruce el mar —no era lo que yo deseaba, quería ver a Kjartan el Cruel bajo *Hálito-de-serpiente*, pero mi venganza no era tan importante como sacar a Kjartan de Dunholm—. ¿Y si funciona, señor, me prometéis que no se la entregareis a Ivarr?

Vaciló, después me tendió su mano.

—Si funciona, amigo mío, te prometo que te la daré a ti.

—Gracias, señor —le dije, y Guthred me recompensó con su sonrisa contagiosa.

Los vigías de Kjartan debieron de sorprenderse cuando nos marchamos por la tarde. No nos fuimos muy lejos, montamos un campamento en una colina al norte de la fortaleza, y encendimos hogueras para que Kjartan supiera que aún andábamos cerca. Después, en la oscuridad, yo regresé a Dunholm con Sihtric. Me dirigía a hacer mi brujería, a asustar a Kjartan, y para ello necesitaba convertirme en *sceadugengan*, un caminante de las sombras. Los *sceadugengan* caminan de noche, cuando los hombres honestos temen abandonar sus casas. La noche es el momento en que monstruos extraños acechan en la oscuridad, cuando ogros, fantasmas, hombres salvajes, elfos y bestias vagan por la oscuridad.

Pero yo siempre me sentí a gusto en la noche. Desde niño practicaba cómo caminar en la noche, hasta que me convertí en una de las criaturas que los hombres temen, y aquella noche me llevé a Sihtric por el camino hasta la puerta de Dunholm. Sihtric guiaba a nuestros caballos que, como él, estaban asustados. Yo tenía problemas para seguir el camino pues la luna estaba oculta bajo unas nubes recién llegadas, así que iba tanteando el terreno, usando *Hálito-de-serpiente* para no chocar con arbustos ni rocas. Avanzábamos lentamente, Sihtric se agarraba de mi capa para no perderme.

Se volvió más fácil a medida que cogimos altura, pues las hogueras dentro de la fortaleza y el resplandor de las llamas por encima de la empalizada hacían de faro. Veía las siluetas de los centinelas en la torre, pero ellos no podían ver que llegamos a un saliente del terreno donde el camino bajaba unos metros antes de subir el último tramo hasta la puerta. A partir de ese punto, la pendiente entre el escaso saliente y la empalizada, no había árboles que obstruyeran la vista, para que ningún enemigo subiera agazapado e intentara un ataque sorpresa.

—Quédate aquí —le dije a Sihtric. Necesitaba que guardara los caballos y llevara mi escudo, mi casco y la bolsa con las cabezas cortadas, que entonces le cogí. Le dije que se escondiera detrás de los árboles y esperara allí.

Coloqué las cabezas en el camino; la más cercana, a menos de cincuenta pasos de la puerta; la más lejana, cerca de los árboles que crecían al borde del saliente. Noté los gusanos moverse cuando saqué las cabezas del saco. Coloqué los ojos muertos mirando hacia la fortaleza, tanteándolas con la mano, así que me puse perdido. Nadie me oyó, nadie me vio. La oscuridad me envolvía, el viento sopló por la colina y el río discurrió ruidoso por las rocas de abajo. Encontré a Sihtric, que estaba temblando; me dio el pañuelo que me coloqué alrededor de la cara, me lo anudé al cuello, me puse el casco encima, y cogí mi escudo. Después esperé.

La luz llega lentamente, en un alba encapotada. Primero se aprecia una raja de gris que acaricia el borde del cielo al este, y durante un rato no es ni de día ni de noche, ni hay sombras, sólo el frío gris que llena el mundo mientras los murciélagos, que surcan las sombras, se apresuran a regresar a casa. Los árboles se vuelven negros a medida que el cielo empalidece en el horizonte, y entonces la primera luz baña el mundo de color. Los pájaros cantan. No tanto como cantan en primavera y a principios del verano, pero yo oía carrizos, mosquiteros y petirrojos recibir la llegada del día, y debajo, en los árboles, un pájaro carpintero martilleaba un tronco. Los árboles negros se habían vuelto verde oscuro y empezaba a ver las bayas rojas de un serbal no muy lejos. Y fue entonces cuando los guardias vieron las cabezas. Los oí gritar, vi más hombres acercarse a las murallas, y esperé. El estandarte estaba izado sobre la torre de la puerta, y seguían llegando hombres. Entonces la puerta se abrió y dos hombres salieron a hurtadillas. Se cerró tras ellos y oí el golpe seco cuando volvieron a pasar la tranca. Parecían vacilar. Yo estaba oculto en los árboles, con *Hálito-de-serpiente en*

la mano, y las piezas que protegían las mejillas abiertas para que el trapo negro rellenara el espacio dentro del casco. Llevaba una capa negra sobre la malla que Hild había bruñido con arena del río. Vestía largas botas negras. Era el guerrero muerto de nuevo y observaba a los dos hombres bajar con cuidado por el camino hasta la hilera de cabezas. Llegaron a la primera cabeza ensangrentada y uno de ellos gritó que era uno de los hombres de Tekil. Después preguntaron qué hacer.

Les contestó Kjartan. Estaba seguro de que era él, aunque no veía su rostro, pero su voz fue un rugido.

—¡Pégales una patada! —gritó, y los dos hombres obedecieron, apartaron las cabezas del camino a patadas y cayeron rodando hasta la hierba alta, donde antes había árboles.

Se acercaron más, hasta donde sólo quedaba una de las siete cabezas y, justo cuando llegaron, salí de entre los árboles.

Vieron un guerrero con el rostro en sombra, reluciente y alto, con espada y escudo en mano. Vieron al guerrero muerto, y no hice otra cosa que quedarme allí plantado, a diez pasos de ellos; no me moví y no hablé; se me quedaron mirando y emitieron un ruido como el de un gatito maullando y, sin mediar palabra, salieron huyendo.

Me mantuve inmóvil mientras salía el sol. Kjartan y sus hombres me miraban, y en aquella luz matutina era la muerte de rostro oscuro en armadura brillante, la muerte con casco de plata, y entonces, justo antes de que decidieran enviar a los perros a descubrir si era un espectro o de carne y hueso, regresé a las sombras junto a Sihtric.

Había hecho lo que había podido por aterrorizar a Kjartan. Ahora le tocaba a Guthred convencerlo de que se rindiera, y después, esperaba, la gran fortaleza de la roca sería mía, y Gisela con ella, y me atreví a confiar en aquellas cosas porque Guthred era mi amigo. Vi mi futuro tan dorado como el de Guthred. Vi la deuda de sangre saldada, a mis hombres asaltando las tierras de Bebbanburg para debilitar a mi tío, y vi a Ragnar regresando a Northumbria para pelear a mi lado. En resumen, que había olvidado a los dioses y me había hilado mi propio destino dorado, mientras en las raíces de la vida las tres hilanderas reían.

* * *

Treinta jinetes regresaron a Dunholm a media mañana. *Clapa* iba delante con una rama con hojas para demostrar que veníamos en son de paz. Íbamos todos protegidos con malla, pero yo había dejado mi casco con Sihtric. Pensé en volver a disfrazarme del guerrero muerto, pero ya había hecho su brujería y ahora descubriríamos si había funcionado.

Llegamos hasta el lugar en el que había observado a los hombres patear las siete cabezas y allí esperamos. *Clapa* agitaba la rama con energía, y Guthred jugueteaba nervioso mientras observábamos la puerta.

—¿Cuánto tiempo nos llevará llegar a Gyruum mañana? —preguntó.

—¿A Gyruum? —interrogué.

—Pensaba que íbamos mañana a quemar los corrales de esclavos. Podemos llevarnos halcones, e ir de caza.

—Si nos marchamos al alba —respondió Ivarr—, llegaremos allí a mediodía.

Miré hacia el oeste, por donde se acercaban ominosas nubes oscuras.

—Se acerca mal tiempo —predije.

Ivarr aplastó un tábano en el cuello de su caballo; después miró la torre de la puerta con mala cara.

—El muy cabrón no quiere hablar con nosotros.

—Me gustaría ir mañana —comentó Guthred débilmente.

—Allí no hay nada —contesté.

—Los corrales de esclavos de Kjartan —respondió Guthred—, y tú mismo me has dicho que los tenemos que destruir. Además, me apetece ver el antiguo monasterio. Me han contado que era un gran edificio.

—Pues id cuando haya pasado el mal tiempo —le sugerí.

Guthred no dijo nada porque, en respuesta a los esfuerzos de *Clapa*, sonó un cuerno desde la puerta. Nos quedamos en silencio mientras las puertas se abrían, y una veintena de hombres cabalgaron hasta nosotros.

Kjartan los comandaba, montado sobre un caballo alto y pinto. Era un hombretón, de rostro ancho, con una enorme barba y ojos pequeños y sospechosos, y cargaba con una gran hacha de guerra como si no pesara nada. Le había añadido al casco un par de alas de cuervo, y una capa blanca sucia colgada de sus descomunales hombros. Se detuvo a unos cuantos pasos, y durante un rato no dijo nada, sólo se quedó mirando. Intenté detectar algo de miedo en sus ojos, pero sólo parecía beligerante, aunque, cuando rompió el silencio, su voz sonaba apagada.

—Señor Ivarr —dijo—, lamento que no matarais a Aed.

—Sobreviví —contestó Ivarr con sequedad.

—Me alegro por ello —repuso Kjartan, y me observó con detenimiento. Estaba separado del resto, a un lado del camino y ligeramente por encima de ellos, donde el camino se levantaba hasta el peñasco cubierto de árboles antes de descender hasta el cuello. Kjartan debió de reconocerme, sabía que era el hijo adoptivo de Ragnar que le había costado al suyo propio un ojo, pero decidió ignorarme, y volvió a mirar a Ivarr—. Lo que habríais necesitado para derrotar a Aed —dijo— es un hechicero.

—¿Un hechicero? —Ivarr parecía divertido.

—Aed teme la antigua magia —repuso Kjartan—. Jamás se enfrentaría a un hombre que arranca cabezas con magia.

Ivarr no dijo nada. Pero se dio la vuelta y me miró; de ese modo traicionó al guerrero muerto y le aseguró a Kjartan que no se enfrentaba a brujería, sino a un antiguo enemigo, y yo vi el alivio en la mirada de Kjartan. De repente estalló en carcajadas, unos ladridos de burla, pero siguió ignorándome. Entonces se dirigió a Guthred.

—¿Quién eres tú? —quiso saber.

—Soy tu rey —contestó Guthred.

Kjartan volvió a reírse. Ahora estaba relajado, seguro de que no se enfrentaba a ninguna magia negra.

—Esto es Dunholm, cachorro —dijo—, y aquí no tenemos rey.

—Con todo, aquí estoy —contestó Guthred, inmutable ante el insulto —, y aquí me voy a quedar hasta que el sol de Dunholm blanquee tus huesos.

A Kjartan le divirtió aquello.

—¿Crees que puedes matarme de hambre? ¿Tú y tus curas? ¿Crees que me voy a morir de hambre porque tú estás aquí? Escucha, cachorro. Hay peces en el río y pájaros en el cielo, y Dunholm no se va a morir de hambre. Puedes esperar aquí hasta que el caos envuelva el mundo, pero yo comeré mejor que tú. ¿Por qué no le habéis dicho eso, señor Ivarr? —Ivarr se limitó a encogerse de hombros como si las ambiciones de Guthred no fueran asunto suyo—. Bueno —Kjartan apoyó el hacha en su hombro, como para sugerir que no iba a necesitarla—, ¿qué vienes a ofrecerme, cachorro?

—Puedes llevarte a tus hombres a Gyruum —le dijo Guthred—, y desde allí os proporcionaremos barcos para que os marchéis. Tu gente puede irse contigo, salvo los que deseen quedarse en Northumbria.

—Juegas a ser rey, chico —dijo Kjartan, después volvió a mirar a Ivarr—. ¿Y tú te has aliado con éste?

—Sí, me he aliado con él —contestó Ivarr sin tono alguno.

Kjartan volvió a mirar a Guthred.

—Me gusta esto, cachorro. Me gusta Dunholm. Lo único que pido es que me dejen en paz. No quiero tu trono, no quiero tus tierras, aunque puede que quiera tus mujeres si alguna es lo suficientemente guapa. Así que voy a hacerte una oferta. Tú me dejas en paz y yo me olvido de que existes.

—Disturbas mi paz —contestó Guthred.

—Mira, cachorro, en tu paz voy a cagarme pero bien como no te largues de aquí —gruñó Kjartan, y en su voz había una fuerza que descompuso un tanto a Guthred.

—¿Así que rechazas mi oferta? —le preguntó Guthred. Había perdido el enfrentamiento y lo sabía.

Kjartan sacudió la cabeza como si el mundo le pareciera un lugar más triste de lo que esperaba.

—¿A esto llamas rey? —le preguntó a Ivarr—. Si necesitas un rey, busca a un hombre.

—Me cuentan que este rey es tan hombre como para mearle encima a tu hijo —hablé por primera vez—. Y también me han dicho que Sven se marchó llorando. Has criado un cobarde, Kjartan.

Kjartan me señaló con el hacha.

—Contigo tengo cuentas pendientes —dijo—, pero no es éste el día de ponerte a chillar como una mujer. Aunque ese día llegará —me escupió, después tiró de las bridas de su caballo y cabalgó de vuelta hasta la puerta sin mediar otra palabra. Sus hombres le siguieron.

Guthred le dejó marchar. Yo miré a Ivarr, que había traicionado deliberadamente la brujería, y supuse que le habían dicho que Dunholm sería mía si caía, así que intentaba asegurarse de que no sucediera. Se me quedó mirando, le dijo algo a su hijo y ambos se rieron.

—En dos días —me dijo Guthred—, empezarás a trabajar en el muro. Te daré doscientos hombres para construirlo.

—¿Por qué no empezamos mañana? —le pregunté.

—Porque vamos a Gyruum, por eso. ¡Nos vamos de caza!

Me encogí de hombros. Los reyes tienen caprichos y este rey quería cazar.

Regresamos a Cuncacester, donde descubrimos que Jaenberht e Ida habían regresado de su expedición en busca de más supervivientes de Ivarr.

—¿Habéis encontrado a alguien? —le pregunté cuando desmontamos.

Jaenberht se me quedó mirando, como si la pregunta lo turbara; Ida se apresuró a sacudir la cabeza.

—No hemos encontrado a nadie —contestó.

—Habéis perdido el tiempo —les dije.

Jaenberht sonrió, o puede que sólo fuera el labio torcido que me hizo pensar que sonrió; después ambos fueron convocados para informar a Guthred de su viaje, y yo me marché a buscar a Hild para preguntarle si los cristianos echaban maldiciones, y si lo hacían, pedirle que le echara dos docenas a Ivarr.

—Métele a tu demonio —le dije.

Esa noche Guthred intentó levantarnos el ánimo con una fiesta. Se había instalado en una granja del valle debajo de la colina en la que el abad Eadred construía su iglesia, e invitó a todos los hombres que se habían enfrentado a Kjartan aquella mañana y nos sirvió cordero hervido y trucha fresca, cerveza y buen pan. Un arpista tocó tras la comida y después yo conté la historia de cuando Alfredo fue a Cippanhamm disfrazado de arpista. Rieron cuando les conté la paliza que le pegó un danés por ser tan mal músico.

El abad Eadred era otro de los invitados y, cuando Ivarr se marchó, al abad se ofreció para decir las oraciones vespertinas. Los cristianos se reunieron a un lado de la hoguera y eso nos dejó a Gisela y a mí junto a la puerta de la granja. Llevaba una bolsa de cordero en su cinturón y, mientras Eadred entonaba la oración, la abrió y sacó un puñado de varillas de runas atadas con un hilo de lana. Las varillas eran flexibles y blancas. Me miró, pidiéndome permiso para echarlas y yo asentí. Las sostuvo en el aire, cerró los ojos, y las soltó en el suelo.

Las varillas cayeron con el desorden habitual. Gisela se arrodilló junto a ellas; su rostro era un claroscuro contrastado a causa de las llamas. Miró las mezcladas varillas durante mucho rato, observándome de vez en cuando, y luego, repentinamente, empezó a llorar. La toqué en el hombro.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Entonces gritó. Levantó la cabeza hasta las ahumadas vigas y aulló.

—¡No! —gritó, e hizo callar a Eadred—. ¡No! —Hild se acercó corriendo desde el hogar y rodeó con un brazo a la llorosa muchacha, pero

Gisela se apartó y volvió a mirar las varillas de runas—. ¡No! —gritó una tercera vez.

—¡Gisela! —Su hermano se agachó junto a ella—. ¡Gisela!

Se dio la vuelta, y le pegó un bofetón, le pegó un bofetón muy fuerte, empezó a respirar como si le faltara aire, y Guthred, con la mejilla roja, recogió las runas.

—Son una brujería pagana, señor —dijo Eadred—, son una abominación.

—Llévatela —le dijo Guthred a Hild—, llévatela a su cabaña —y Hild se llevó a Gisela, con la ayuda de dos sirvientas que se habían acercado al oír los gritos.

—El diablo la castiga por su brujería —insistió Eadred.

—¿Qué es lo que ha visto? —me preguntó Guthred.

—No me lo ha dicho.

Siguió mirándome, y pensé por un instante que había lágrimas en sus ojos, luego se dio la vuelta bruscamente y tiró las varillas a la hoguera. Crepitaron con fiereza y una llama saltó hasta el techo, después se arrugaron y se calcinaron.

—¿Qué prefieres —me preguntó Guthred—, halcón o cernícalo? —Me lo quedé mirando perplejo—. Para la caza de mañana —me aclaró—. ¿Qué prefieres?

—Halcón.

—Pues mañana puedes cazar con *Presteza* —me dijo, dándome el nombre de una de sus aves.

—Gisela está enferma —me dijo Hild más tarde, aquella noche—, tiene fiebre. No tendría que haber comido carne.

A la mañana siguiente le compré unas varillas de runas a uno de los hombres de Ulf. Eran varillas negras, más largas que las blancas que habían ardido, y las pagué caras. Se las llevé a la cabaña de Gisela, pero una de las mujeres dijo que Gisela tenía una enfermedad de mujeres y que no podía verme. Le dejé las varillas. Predecían el futuro, y mejor me habría lucido el pelo, mucho mejor, si me las hubiera tirado yo mismo. Pero lo que hice fue marcharme de caza.

* * *

Era un día caluroso. Aún se amontonaban las nubes oscuras en el oeste, pero no parecían acercarse más, y el sol pegaba con fuerza, de modo que sólo la veintena de hombres que componía nuestra guardia llevaba malla. No esperábamos encontrar enemigos. Guthred nos guiaba, Ivarr y su hijo nos acompañaban, también estaba allí Ulf, así como los dos monjes, Jaenberht e Ida, que vinieron a decir oraciones por los monjes que habían sido masacrados en Gyruum. No les conté que estuve en la masacre, que había sido obra de Ragnar *el Viejo*. Tenía una buena causa. Los monjes habían matado daneses y Ragnar los había castigado, aunque hoy en día siempre cuentan que los monjes estaban rezando inocentemente y murieron como mártires impolutos. En verdad eran malvados asesinos de mujeres y niños, pero ¿qué oportunidad tiene la verdad cuando los curas cuentan la historia?

Guthred estaba contentísimo aquel día. No dejaba de hablar, se reía de sus propias gracias, e incluso intentó arrancarle una sonrisa a Ivarr. Ivarr sólo habló para aconsejar a su hijo en la cetrería. Guthred me había prestado su halcón, pero al principio cabalgábamos por terreno boscoso, donde un halcón no puede cazar, así que su cernícalo tenía ventaja y le trajo dos grajos de entre las ramas. Vitoreó a cada pieza. Hasta que llegamos a cielo abierto junto al río, mi halcón no pudo volver a levantar el vuelo y desplomarse rápido sobre un pato, pero el halcón falló y el pato salió volando hasta un grupo de alisos.

—Hoy no es tu día de suerte —me dijo Guthred.

—Puede que se nos acabe la suerte a todos pronto —comenté, y señalé hacia el oeste donde se acumulaban las nubes—. Va a haber tormenta.

—A lo mejor esta noche —dijo quitándole importancia—, no caerá hasta la noche. Le había entregado el cernícalo a su sirviente y yo le tendí el halcón a otro. El río quedaba ahora a nuestra izquierda y teníamos delante los edificios de piedra quemados del monasterio de Gyruum, construido junto a la orilla del río, donde el terreno se elevaba sobre las salinas. La marea estaba baja y las trampas para peces se extendían hasta el río, que se encontraba con el mar a poca distancia hacia el este.

—Gisela tiene fiebre —me dijo Guthred.

—Eso me han dicho.

—Eadred dice que la va tocar con el paño que cubre el rostro de san Cutberto. Dice que la curará.

—Eso espero —contesté obedientemente. Delante de nosotros Ivarr y su hijo cabalgaban con una docena de sus seguidores protegidos con cota de malla. Si ahora se daban la vuelta, pensé, podrían asesinarnos a Guthred y a mí, así que me incliné y frené al caballo para que nos alcanzaran los hombres de Ulf.

Guthred me dejó hacerlo, pero le divertía.

—No es un enemigo, Uhtred.

—Un día —le contesté—, tendréis que matarle. Ese día, señor, estaréis a salvo.

—¿Ahora no lo estoy?

—Tenéis un ejército pequeño, y no entrenado —contesté—, e Ivarr volverá a reunir hombres. Contratará daneses de espada, de escudo y de lanza para volver a ser señor de Northumbria. Ahora es débil, pero no siempre lo va a ser. Por eso desea Dunholm, porque le volvería a dar poder.

—Ya lo sé —respondió Guthred con paciencia—. Todo eso lo sé.

—Y si casáis a Gisela con el hijo de Ivarr —proseguí—, ¿cuántos hombres os va a proporcionar?

Me miró con severidad.

—¿Y cuántos hombres me vas a dar tú? —preguntó, pero no esperó mi respuesta.

Lo que hizo fue espolear al caballo y apresurarse loma arriba hasta el monasterio en ruinas que los hombres de Kjartan habían usado como su casa. Habían construido un techo de paja entre los muros de piedra, y debajo había un hogar y una docena de plataformas para dormir. Los hombres que vivían allí debían de haber regresado a Dunholm antes incluso de que cruzáramos el río de camino al norte, pues la casa hacía tiempo que estaba desierta. La hoguera estaba fría. Más allá de la colina, en el amplio valle entre el monasterio y el viejo fuerte romano en el cabo, estaban los corrales de los esclavos, que no eran más que vallas de juncos en un recinto de estacas. Estaban todos vacíos. Arriba del viejo fuerte vivía alguien que controlaba un alto faro que debían encender si llegaba un asalto por el río. Dudo mucho de que lo usaran nunca, pues no sé qué danés asaltaría las tierras de Kjartan, pero había un único barco bajo la colina del faro, anclado donde el río Tine giraba hacia el mar.

—Vamos a ver qué hace aquí —ordenó Guthred sombrío, como si le supiera mal la presencia del barco; después ordenó a sus tropas personales que derrumbaran las vallas de juncos y las quemaran con el techo de paja

—. ¡Quemadlo todo! —ordenó. Observó mientras empezaba el trabajo, después me sonrió—. ¿Vamos a ver qué es ese barco?

—Es un comerciante —le dije. Era un barco danés, pues ningún otro tipo navegaba aquellas costas, pero evidentemente no se trataba de un barco de guerra, pues su casco era más corto y el bao más ancho que el de los barcos de guerra.

—Pues vamos a decirle que aquí ya no hay nadie con quien comerciar —contestó Guthred—, al menos ningún comercio de esclavos.

Ambos cabalgamos hacia el este. Nos acompañaba una docena de hombres. Ulf era uno de ellos, Ivarr y su hijo también vinieron, y detrás venía Jaenberht, no se fuera a perder algo, que no dejaba de agobiar a Uhtred con que había que empezar a reconstruir el monasterio.

—Primero tenemos que acabar la iglesia de san Cutberto —le dijo al monje.

—Pero también hay que reconstruir la casa que aquí había —insistió Jaenberht—, es un lugar sagrado. El muy santo Beda vivió aquí.

—Lo reconstruiremos —le prometió Guthred, después frenó a su caballo frente a una cruz de piedra que había sido derrumbada de su pedestal y ahora yacía semienterrada entre los hierbajos. Era una fina pieza labrada, con bestias enroscadas, plantas y santos—. Y esta cruz volverá a erguirse —dijo, y después miró a su alrededor por toda la curva del río—. Un buen lugar —concluyó.

—Desde luego —coincidí.

—Si los monjes regresan —dijo—, volverán a hacerlo próspero. Pescado, sal, cosechas, ganado. ¿Cómo consigue dinero Alfredo?

—Impuestos —le contesté.

—¿También se los impone a la iglesia?

—No le gusta —respondí—, pero lo hace cuando las cosas se ponen difíciles. Después de todo, deben pagar para protegerse.

—¿Acuña su propio dinero?

—Sí, señor.

Se rió.

—Qué complicado es ser rey. A lo mejor tendría que visitar a Alfredo. Pedirle consejo.

—Eso le gustaría —contesté.

—¿Me daría la bienvenida? —sonaba precavido.

—Desde luego.

—¿Aunque sea danés?

—Porque sois cristiano —respondí.

Pensó sobre ello, después se acercó a donde el camino se enroscaba por un pantano y cruzaba un arroyuelo en el que dos *ceorls* ponían trampas para anguilas. Se arrodillaron cuando pasamos, y Guthred les dedicó una sonrisa que ninguno de los dos vio porque tenían las cabezas gachas. Había cuatro hombres en la orilla junto al barco atracado, pero ninguno llevaba armas, y supongo que sólo se acercaban a saludar y asegurarnos que no pretendían ningún mal.

—Dime —me preguntó de repente Guthred—, ¿es Alfredo distinto por ser cristiano?

—Sí —contesté.

—¿En qué sentido?

—Está decidido a ser bueno, señor —respondí.

—Nuestra religión —dijo, olvidando por un instante que se había bautizado— no hace eso, ¿verdad?

—¿No lo hace?

—Odín y Thor quieren que seamos valientes —dijo—, y quieren que los respetemos, pero no nos hacen buenos.

—No —coincidí.

—Así que el cristianismo es distinto —insistió, después frenó al caballo cuando el camino terminó en un escalón de arena y guijarros. Los cuatro hombres esperaban a unos cientos de pasos, al otro extremo de la playa de guijarros—. Dame tu espada —me dijo Guthred de repente.

—¿Mi espada?

Sonrió con paciencia.

—Esos marineros no están armados, Uhtred, y quiero que vayas a hablar con ellos, así que dame tu espada.

Sólo iba armado con *Hálito-de-serpiente*.

—Detesto ir desarmado, señor —protesté.

—Es una muestra de cortesía, Uhtred —insistió Guthred, y tendió su mano.

No me moví. Ninguna muestra de cortesía de las que yo conocía requería que un señor se quitase la espada antes de hablar con marineros corrientes. Me quedé mirando a Guthred y detrás de mí oí hojas que salían de sus vainas.

—Dame la espada —repitió Guthred—, después camina hacia los hombres. Yo te sujetaré el caballo —recuerdo haber mirado a mi alrededor y ver el pantano detrás y el escalón de gujarros enfrente y pensar que sólo tenía que hincar las espuelas y salir al galope, pero Guthred se me acercó y me cogió las riendas—. Dales la bienvenida de mi parte —dijo con voz forzada.

Aún podía haberme marchado al galope, arrancarle las riendas de la mano, pero Ivarr y su hijo me rodearon. Ambos tenían espadas y el semental de Ivarr bloqueaba el paso a *Witnere*, que atizaba mordiscos irritado. Calmé al caballo.

—¿Qué habéis hecho, señor? —le pregunté a Guthred. Por un instante, se quedó callado. De hecho, parecía incapaz de mirarme, pero luego se obligó a contestar.

—Tú me lo dijiste —contestó—, Alfredo haría lo que hiciera falta para conservar su reino. Es lo que estoy haciendo.

—¿Y qué es?

Tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Ælfric de Bebbanburg está enviando tropas para ayudar a capturar Dunholm —dijo. Me lo quedé mirando—. Viene —prosiguió— para prestarme juramento de lealtad.

—Yo también os lo presté —respondí con amargura.

—Y yo juré liberarte de él —contestó—, cosa que hago ahora.

—¿Así que me entregáis a mi tío? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—El precio de tu tío era tu vida, pero me he negado. Te vas a marchar, Uhtred. Eso es todo. Te irás lejos. Y a cambio de tu exilio yo conseguiré la alianza de muchos guerreros. Tenías razón. Necesito guerreros. Ælfric de Bebbanburg me los puede proporcionar.

—¿Y por qué tengo que irme al exilio desarmado? —le pregunté, tocando la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*.

—Dame la espada —dijo Guthred. Dos de los hombres de Ivarr estaban detrás de mí, ambos con las espadas desenvainadas.

—¿Por qué tengo que irme desarmado? —volví a preguntar.

Guthred miró el barco, después volvió a mirarme a mí. Se obligó a decir lo que tenía que decir.

—Irás desarmado —me dijo— porque lo que yo fui vas a serlo tú también. Ese es el precio de Dunholm.

Por un instante no pude ni respirar ni hablar, y me llevó un momento convencerme de que aquello significaba lo que yo estaba entendiendo.

—¿Me vendéis como esclavo? —pregunté.

—Al contrario —contestó—, estoy pagando para que te lleven como esclavo. Ve con Dios, Uhtred.

En aquel momento, detesté a Guthred, aunque una pequeña parte de mí reconocía que estaba siendo despiadado y que eso formaba parte del reinado. No podía darle más que dos espadas, y mi tío Ælfric le podía proporcionar trescientas espadas y lanzas, así que había tomado una decisión. Era, por supuesto, la decisión correcta, y yo había sido un imbécil por no verlo venir.

—Márchate —dijo Guthred con más dureza, y yo juré vengarme y estampé los talones en los flancos de *Witnere*, pero el caballo de Ivarr lo desequilibró inmediatamente, así que cayó de rodillas y yo resbalé por su cuello—. ¡No lo matéis! —gritó Guthred, y el hijo de Ivarr me dio un cintarazo con la espada de modo que caí del caballo, y cuando me puse en pie *Witnere* estaba a salvo en manos de Ivarr y los hombres de Ivarr estaban encima de mí con las espadas en mi cuello.

Guthred no se había movido. Se limitaba a observarme, pero detrás de él, con una sonrisa en su rostro torcido, estaba Jaenberht, y entonces comprendí.

—¿Se ha encargado ese cabrón de arreglar esto? —le pregunté a Guthred.

—El hermano Jaenberht y el hermano Ida pertenecen a la casa de tu tío —admitió Guthred.

Y entonces comprendí lo cretino que había sido. Los dos monjes habían venido a Cair Ligualid y desde entonces habían estado negociando mi destino, y yo ni me había enterado.

Me sacudí el polvo del jubón de cuero.

—¿Podéis hacerme un favor, señor? —le pedí.

—Si me es posible.

—Entregadle mi espada y mi caballo a Hild. Entregádselo todo y decidle que me lo guarde.

Se detuvo.

—No vas a volver, Uhtred —respondió con amabilidad.

—Concededme ese favor, señor —insistí.

—Lo haré —me prometió Guthred—, pero dame la espada primero.

Me desabroché *Hálito-de-serpiente*. Pensé en desenvainarla y defenderme con su buena hoja, pero habría muerto en un instante, así que besé su empuñadura y se la entregué a Guthred. Después me quité los brazaletes, las señales de un guerrero, y se los entregué.

—Dádselos a Hild —le pedí.

—Lo haré —dijo, guardando los brazaletes, después miró a los cuatro hombres que esperaban por mí—. El conde Ulf encontró a estos hombres —dijo Guthred haciendo un gesto con la cabeza a los tratantes de esclavos—, no te conocen y sólo saben que te tienen que llevar lejos —ese anonimato era una especie de suerte. Si los tratantes de esclavos hubieran sabido cuánto me deseaba Ælfric, o cuánto pagaría Kjartan por mis ojos, no habría sobrevivido ni una semana—. Ahora márchate —me ordenó Guthred.

—Habríais podido alejarme sin más —le dije con amargura.

—Tu tío tenía un precio —contestó Guthred—, éste es. Quería tu muerte, pero aceptó esto a cambio.

Miré tras él, donde las nubes negras se amontonaban en el oeste como montañas. Estaban mucho más cerca y eran mucho más oscuras, y un viento frío refrescaba el ambiente.

—Tenéis que marcharos, señor —le dije—. Se avecina tormenta.

No dijo nada y se marchó. El destino es inexorable. En las raíces del árbol de la vida las tres hilanderas habían decidido que el hilo de oro que ponía fortuna en mi vida tenía que acabarse. Recuerdo mis botas crujir sobre la arena y los guijarros, y recuerdo las gaviotas blancas volar libres.

Me había equivocado con los cuatro hombres. Iban armados, no con espadas o lanzas, sino con porras cortas. Me observaron acercarme mientras Guthred e Ivarr me miraban alejarme; sabía qué iba a pasar y no intenté resistirme. Caminé hasta los cuatro hombres; uno de ellos dio un paso adelante y me golpeó en el estómago para que perdiera el aliento, el otro me golpeó en la cabeza para que cayera sobre los guijarros y al tercer golpe perdí el conocimiento. Había sido un señor de Northumbria, un guerrero de espada, el hombre que había matado a Ubba Lothbrokson junto al mar, y que había desmontado a Svein, el del Caballo Blanco, y ahora era un esclavo.

SEGUNDA PARTE: El barco rojo

Capítulo V

El patrón del barco, mi patrón, se llamaba Sverri Ravnson y era uno de los cuatro hombres que me había recibido a golpes. Era una cabeza más bajo que yo, diez años mayor, y el doble de ancho. Tenía la cara plana como una pala de remo, una nariz que le habían hecho añicos, barba negra atravesada por peludos mechones grises, tres dientes y ningún cuello. Era uno de los hombres más fuertes que he conocido nunca. No hablaba demasiado.

Era comerciante y su barco se llamaba *Comerciante*. Era una embarcación robusta, bien construida y mejor aparejada, con bancos para dieciséis remeros, aunque cuando me uní a la tripulación de Sverri sólo contaba con once, así que se alegró de poder equilibrar los números conmigo. Los remeros eran todos esclavos. Los cinco miembros libres de la tripulación no tocaban un remo jamás, estaban allí para relevar a Sverri al timón, para asegurarse de que no nos escapábamos y para arrojar nuestros cuerpos al mar si moríamos. Dos eran noruegos, como Sverri, dos daneses y el quinto era un frisón llamado Hakka. Hakka fue el que me puso los grilletes en los tobillos. Primero me quitaron mis finas ropas, y me dejaron sólo en camisa. Me lanzaron unos pantalones anchos. Hakka, en cuanto me puso los grilletes, me abrió la camisa en el hombro izquierdo y me grabó una gran S en la carne con un cuchillo corto. La sangre me corrió hasta el codo donde empezó a diluirse con las primeras gotas de lluvia que procedían del oeste.

—Tendría que quemarte la piel —me dijo Hakka—, pero un barco no es lugar para encender fuegos —sacó un poco de porquería de la sentina y me la extendió sobre la herida recién hecha. Aquella herida se infectó, expulsó pus y me dio fiebre, pero cuando sanó, me quedó la marca de Sverri en el brazo. Aún la tengo.

La marca del esclavo apenas tuvo tiempo de sanar, pues casi palmamos todos aquella primera noche. El viento empezó a soplar con fuerza, y convirtió el río en un torbellino de pequeñas y rápidas olas; *Comerciante* tiró del ancla, empezó a llover y el viento era tal que la lluvia llegaba horizontal. El barco cabeceaba y se escoraba, la marea bajaba de modo que

el viento y la corriente intentaban lanzarnos contra la orilla, y el ancla, que no sería más que un aro de piedra que sostenía al barco por su propio peso, empezó a arrastrar.

—¡A los remos! —gritó Sverri y pensé que quería que remáramos contra la presión de marea y viento, pero cortó la soga que nos ataba al ancla y *Comerciante* saltó disparado—. ¡Remad, cabrones! —gritó Sverri—. ¡Remad!

—¡Remad! —repitió Hakka y nos azotó con el látigo—. ¡Remad!

—¿Queréis vivir? —aulló Sverri al viento—. ¡Pues remad!

Nos llevó al mar. Si nos hubiésemos quedado en el río, habríamos acabado en la orilla y estaríamos a salvo, porque la marea bajaba, y en la siguiente pleamar nos habría reflatado, pero Sverri llevaba un cargamento lleno, y temía que, si nos quedábamos varados, le robaran las gentes hurañas que vivían en las chozas de Gyruum. Prefería arriesgarse a morir en el mar a que lo asesinaran en la orilla, así que nos lanzó a un caos gris de viento, oscuridad y agua. Quería que viráramos al norte en la desembocadura del río, y nos refugiásemos en la costa, una idea que no estaba tan mal, pues quedaríamos a sotavento y habríamos escapado a la tormenta, pero no contaba con la fuerza de la marea y, por mucho que remáramos, y a pesar de los latigazos, no fuimos capaces de cambiar el rumbo del barco. Fuimos lanzados al mar y, en cuestión de minutos, tuvimos que dejar de remar, tapar las chumaceras y empezar a achicar. Pasamos la noche sacando agua de la sentina y tirándola por la borda, y aún recuerdo el cansancio atroz, el dolor de huesos, y el miedo a aquel mar invisible que nos levantaba y rugía tras nosotros. A veces pillábamos las olas de lado, parecía inevitable volcar y recuerdo que me aferraba a un banco mientras los remos caían al otro lado del casco y el agua brava me llegaba a los muslos, pero de algún modo *Comerciante* se las apañaba para reincorporarse y nosotros volvíamos a achicar. Jamás sabré por qué no se hundió.

El alba nos recibió medio inundados en un mar furioso pero ya no castigador. No había tierra a la vista. Tenía los tobillos ensangrentados, pues los grilletes se me habían clavado en la carne por la noche, pero seguía achicando. Nadie más se movía. Los demás esclavos, ni siquiera sabía sus nombres, estaban desplomados sobre los barcos y la tripulación apiñada tras el timón, al que Sverri se aferraba mientras me observaba con sus ojos oscuros recoger cubos de agua y devolvérselos al océano. Quería parar.

Estaba sangrando, magullado y agotado, pero no iba a mostrar debilidad. Achiqué cubo tras cubo, y me dolían los brazos, tenía el estómago revuelto, me picaban los ojos por la sal y me sentía hundido, pero no iba a parar. Había vómito resbalando por la sentina, pero no era mío.

Fue Sverri el que me detuvo. Llegó hasta el final del barco, me golpeó en los hombros con un látigo corto y me derrumbé sobre un banco, y un momento después dos de sus hombres nos trajeron pan rancio empapado en agua de mar y un pellejo de cerveza amarga. Nadie habló. El viento azotaba las drizas de cuero contra el mástil corto, y las olas susurraban bajo el casco, el viento era amargo y la lluvia picaba el mar. Me agarré el amuleto del martillo. Me lo habían dejado conservar, pues era una baratija labrada en hueso y no tenía ningún valor. Recé a todos los dioses. Recé a Njord para que me permitiera sobrevivir a aquel mar enfurecido, y recé a todos los demás para que me permitiesen vengarme. Pensé que Sverri y sus hombres tendrían que dormir y cuando lo hicieran, los mataría, pero yo me quedé dormido antes que ellos y todos dormimos mientras el viento perdía furia. Poco después nos despertaron a patadas, izamos la vela y zarpamos contra la lluvia hacia el este bordeado de gris.

Cuatro de los remeros eran sajones, tres noruegos, tres daneses y el último, irlandés. Estaba en el banco que tenía enfrente, y al principio no supe que era irlandés porque hablaba muy poco. Era un tipo enjuto, de piel oscura y pelo moreno y, aunque no me llevaría más de uno o dos años, lucía las cicatrices de la batalla de un viejo guerrero. Reparé en que los hombres de Sverri lo vigilaban, temiendo que causara problemas, y cuando más tarde el viento cambió hacia el sur y nos tocó remar, el irlandés bogaba con expresión de rabia. Ahí fue cuando le pregunté cómo se llamaba; Hakka bajó hecho una furia y me atizó en la cara con una porra de cuero. Me sangraba la nariz. Hakka se partió de risa, después se cabreó porque no mostré señal de dolor, y me volvió a atizar.

—Tú no hablas —me dijo—, no eres nada. ¿Qué eres? —como no respondí, me volvió a pegar más fuerte—. ¿Qué eres? —repitió.

—Nada —gruñí.

—¡Has hablado! —graznó, y me volvió a sacudir—. ¡No puedes hablar! —me gritó en la cara, y me hizo una herida con la porra en la cabeza. Se rió porque me había engañado para que rompiera las normas, y regresó a la proa. Así que remábamos en silencio y dormíamos por la noche, aunque antes de dormirnos nos encadenaban juntos. Siempre lo

hacían, y siempre había un hombre con un arco enflechado por si alguno buscaba pelea mientras el hombre que nos encadenaba se agachaba delante de nosotros.

Sverri sabía cómo dirigir un barco de esclavos. En aquellos primeros días, busqué una oportunidad de rebelarme y no encontré ninguna. No nos quitaban los grilletes nunca. Cuando llegamos a tierra, nos ordenaron que nos pusiéramos en el espacio detrás de la plataforma del timón, que cerraban con tablones clavados. Allí podíamos hablar, y así es como supe algo de los otros esclavos. Los cuatro sajones habían sido vendidos por Kjartan. Eran granjeros y se cagaron en el dios cristiano por verse en aquel estado. Los noruegos y daneses eran ladrones, condenados a la esclavitud por su propia gente, y todos ellos eran bestias hoscas. Poco supe de Finan, el irlandés, pues no abría mucho la boca, se quedaba en silencio y observaba. Era el más pequeño de todos, pero fuerte, y tras la barba negra se apreciaba un rostro astuto. Como los sajones, era cristiano, o por lo menos conservaba una cruz rota colgada de una cuerda de cuero, y a veces besaba la madera y se la ponía en los labios como si rezara en silencio. Puede que no hablara demasiado, pero escuchaba atentamente mientras los otros esclavos hablaban de mujeres, de comida y de las vidas que habían dejado atrás, y yo diría que mentían sobre las tres cosas. Yo no hablaba mucho, como Finan, aunque a veces, cuando los demás dormían, Finan cantaba una canción triste en su propia lengua.

Nos sacaron de la oscura prisión para cargar mercancías que amontonamos en el centro del barco, en el profundo hueco para tal fin justo a popa del mástil. A veces la tripulación se emborrachaba en el puerto, pero siempre quedaban dos sobrios y esos dos nos vigilaban. Otras veces, cuando anclábamos lejos de la orilla, Sverri nos dejaba quedarnos en el puente, pero nos encadenaba juntos para que nadie intentara huir.

Mi primer viaje en el *Comerciante* me llevó de la costa azotada por la tormenta de Northumbria hasta Frisia, donde atravesamos un extraño paisaje marino de islotes, bancos de arena, mareas notables y marismas brillantes. Atracamos en un puerto lamentable en el que otros cuatro barcos cargaban mercancías, y los cuatro estaban tripulados por esclavos. Llenamos la bodega del *Comerciante* de pieles de anguila, pescado ahumado y pieles de nutria.

Desde Frisia pusimos rumbo al sur, hasta un puerto de reino de los francos. Supe que era el reino de los francos porque Sverri bajó a tierra y

regresó enfurecido.

—Si algún franco es amigo vuestro —les rugió a la tripulación—, seguro que no es vuestro vecino —me vio mirándole y me soltó un manotazo que me dejó un corte en la frente por el anillo de ámbar y plata que llevaba—. Hijos de puta de los francos —exclamó—, qué hijos de puta que son. La puta que los parió, francos agarrados de mierda.

Esa tarde echó las varillas de runas en la plataforma del timón. Como todos los marineros, Sverri era un hombre supersticioso y llevaba un haz de runas negras en una bolsa de cuero. Encerrado bajo la plataforma, oí las varillas desparramarse por el puente. Debió de gustarle la disposición de las varillas, porque decidió que se quedaba con los francos agarrados de mierda y la puta que los había parido, y al cabo de tres días consiguió el precio que quería, pues cargamos el barco de espadas, puntas de lanza, guadañas, cotas de malla, troncos de tejo y lana. Nos lo llevamos todo al norte, mucho más al norte, hasta las tierras de los daneses y los esviones, donde vendió el cargamento. Las hojas francas eran muy apreciadas, mientras que los troncos de tejo serían convertidos en arados, y con el dinero que obtuvo llenó el barco de hierro, mineral que nos volvimos a llevar al sur.

A Sverri se le daba bien tratar con esclavos y aún mejor hacer dinero. El flujo de monedas era constante, todas bien custodiadas en una caja de madera que guardaba en la bodega.

—Os gustaría echarle las zarpas, ¿eh? —se burló de nosotros un día mientras navegábamos a alguna costa sin nombre—. ¡Cagarros del mar! —La sola idea de que le robáramos lo volvía locuaz—. ¿Creéis que podéis engañarme? Os mato antes. Os ahogo. Os meteré mierda de foca por la garganta hasta que os asfixiéis —no dijimos nada mientras seguía con su diatriba.

Se acercaba el invierno. No sabía dónde estábamos, aparte de en algún lugar del norte, cerca de Dinamarca. Tras entregar nuestro último cargamento, remamos con el barco vacío hasta una orilla de arena desolada donde Sverri por fin viró por un arroyo creado por la marea y bordeado de juncos, y el *Comerciante* tomó tierra en una orilla fangosa. Era marea alta y el barco quedó varado al iniciarse la bajamar. No había ningún poblado en el arroyo, sólo una casa baja y alargada cubierta de juncos sobre la que había crecido musgo. Del agujero en el techo salía humo. Las gaviotas gritaron. De la casa salió una mujer que, nada más ver a Sverri, salió corriendo entre gritos de alegría, él la tomo en sus brazos y le dio una vuelta

en círculo. Después llegaron corriendo tres niños, a los que obsequió con tres puñados de plata, les hizo cosquillas, los lanzó por los aires y los abrazó.

Aquél era evidentemente el lugar en el que Sverri planeaba pasar el invierno con *Comerciante*, y nos hizo vaciarlo de su lastre de piedras, descolgar la vela, desmontar el mástil y las jarcias, y subirlo con troncos a tierra hasta ponerlo a salvo de las mareas más altas. Era un barco pesado, y Sverri llamó a un vecino del otro lado del pantano para que le ayudara con un par de bueyes. Su hijo mayor, un chaval de unos diez años, se divertía chinchándonos con la aguijada de los bueyes. Había una cabaña para los esclavos detrás de la casa. Estaba hecha de pesados troncos, hasta el techo era de troncos, y dormíamos allí con los grilletes. De día trabajábamos, limpiando el casco de *Comerciante*, rascando toda la porquería, las algas y los mejillones. Limpiamos la porquería de la sentina, extendimos la vela para que la lavara la lluvia, y observamos hambrientos cómo la mujer de Sverri reparaba la tela con una aguja de hueso y tripas de gato. Era una mujer recia, de piernas cortas, pesados muslos y una cara redonda picada por alguna enfermedad. Tenía las manos y los brazos enrojecidos y en carne viva. Era cualquier cosa menos bonita, pero teníamos hambre de hembra, así que la mirábamos. Eso divertía a Sverri. En una ocasión le tiró del vestido para mostrarnos un rollizo y blanco pecho, y después se partió de risa al ver que poníamos los ojos como platos. Yo soñaba con Gisela. Intentaba invocar su rostro en mis sueños, pero no aparecía, y soñar con ella no era ningún consuelo.

Los hombres de Sverri nos alimentaban con engrudo, sopa de anguila, pan duro y caldera de pescado, y cuando llegó la nieve nos tiraron unas balas de lana llenas de barro y nos acurrucamos en la cabaña de esclavos, escuchamos el viento y la nieve por los huecos entre los troncos. Hacía un frío de muerte, y uno de los sajones la espichó. Cogió una fiebre y palmó a los cinco días, y dos de los hombres de Sverri llevaron el cadáver al arroyo y lo tiraron bajo el hielo, para que la próxima marea se llevara el cuerpo. No muy lejos había un bosque y cada pocos días nos llevaban a talar árboles, nos daban unas hachas y preparábamos leña. Los grilletes eran lo suficientemente cortos para que no permitieran golpear con toda la fuerza. Cuando teníamos hachas nos vigilaban con arcos y lanzas, y me di cuenta de que moriría antes de alcanzar a un guardia, pero me tentaba intentarlo. Uno de los daneses lo intentó antes que yo, se dio la vuelta, empezó a gritar

y a correr torpemente, y una flecha lo alcanzó en el estómago; cayó doblado en dos y los hombres de Sverri lo mataron despacio. Gritó durante todo el rato. Su sangre cubría varios metros de nieve y murió muy lentamente para que nos sirviera de lección al resto; así que seguí talando árboles, cortando troncos, partiéndolos con una cuña y un mazo, cortando de nuevo y regresando a la cabaña de los esclavos.

—Si esos hijos de puta de los niños se acercaran un poco —me dijo Finan al día siguiente—, podría estrangular a uno de esos cabroncetes, vaya que sí.

Me quedé asombrado; era la frase más larga que le oía decir.

—Mejor pillarlo de rehén —le sugerí.

—Pero no son tan imbéciles como para acercarse —dijo desatendiendo mi sugerencia. Hablaba danés con un acento raro—. Eras guerrero.

—Soy guerrero —contesté. Estábamos sentados fuera de la cabaña en un pedazo de hierba en el que la nieve se había derretido, y destripábamos arenques con cuchillos romos. Las gaviotas gritaban encima de nuestras cabezas. Uno de los hombres de Sverri nos vigilaba desde fuera de la casa larga. Tenía un arco en las rodillas y espada al cinto. Me pregunté cómo habría averiguado Finan que era guerrero, pues nunca había hablado de mi vida. Tampoco había revelado mi auténtico nombre, y les había hecho creer que me llamaba Osbert. Osbert había sido antaño mi nombre real, el que me dieron al nacer, pero fui rebautizado como Uhtred cuando mi hermano mayor murió, dado que mi padre insistía en que su hijo mayor debía llamarse Uhtred. Pero no usé el nombre de Uhtred a bordo del *Comerciante*. Uhtred era un nombre orgulloso, nombre de guerrero, y lo mantendría en secreto hasta que escapara de la esclavitud.

—¿Cómo sabes que soy guerrero? —le pregunté a Finan.

—Porque nunca dejas de vigilar a esos cabrones —me dijo—. Nunca dejas de pensar en cómo matarlos.

—Tú eres igual —contesté.

—Finan el Ágil, me llamaban —prosiguió—, porque bailaba alrededor de mis enemigos. Bailaba y mataba. Bailaba y mataba —destripó a otro pescado y lanzó las entrañas sobre la nieve, donde dos gaviotas se pelearon por ellas—. Hubo un tiempo —continuó airado—, en que poseía cinco lanzas, seis caballos, dos espadas, una armadura de reluciente malla, escudo y casco que fulguraban como el fuego. Tenía una mujer cuya melena caía hasta la cintura, con una sonrisa que oscurecería el sol de mediodía. Hoy

destripo arenques —rasgó con el cuchillo—. Y un día regresaré aquí y mataré a Sverri, me follaré a su mujer, estrangularé a los hijos de puta de sus hijos y le robaré el dinero —emitió una risa seca—. Lo guarda todo aquí. Todo el dinero. Enterrado.

—¿Lo sabes seguro?

—¿Y qué otra cosa va a hacer con él? No se lo puede comer porque no caga plata, ¿verdad? No, está aquí.

—Dondequiera que sea aquí —repuse.

—Jutlandia —contestó—. La mujer es danesa. Venimos aquí todos los inviernos.

—¿Cuántos?

—Éste es el tercero —contestó Finan.

—¿Cómo te capturó?

Eché otro pescado limpio al capazo.

—Hubo una pelea. Nosotros contra los noruegos, y los muy hijos de perra nos ganaron. Me tomaron prisionero y los muy cabrones me vendieron a Sverri. ¿Y a ti?

—Me traicionó mi señor.

—Otro cabrón al que hay que matar, ¿eh? Mi señor también me traicionó.

—¿Cómo?

—No me rescató. Verás, quería beneficiarse a mi mujer. Así que dejó que me vendieran, y para devolverle el favor rezo para que se muera, sus mujeres pillen el tétanos, su ganado la tembladera, que sus hijos se pudran en su propia mierda, que sus cosechas se sequen y sus perros se asfixien —se estremeció, como si le costara demasiado contener su ira.

Cayó aguanieve en lugar de nieve, y el hielo se derritió lentamente hasta el arroyo. Construimos remos nuevos de abeto seco, cortado el año anterior, y cuando los remos estuvieron listos el hielo había desaparecido. Niebla gris envolvió la tierra, y las primeras flores aparecieron al lado de los juncos. Las garzas acechaban en los bajíos y el sol derretía la escarcha matutina. Llegaba la primavera, así que calafateamos el *Comerciante* con pelo de ganado, brea y musgo. Lo limpiamos, lo botamos, devolvimos el lastre a la bodega, lo aparejamos y doblamos la tela reparada y limpia en la verga. Sverri abrazó a su mujer, besó a sus hijos y se encaminó hacia el barco. Dos de sus hombres lo subieron a bordo y agarramos los remos.

—¡Remad, cabrones —gritó—, remad!

Remamos.

* * *

La ira te mantiene vivo, pero sólo lo justo. Había momentos en que estaba enfermo, en que me sentía demasiado débil para seguir bogando, pero tiraba, y cómo, pues si me fallaban las fuerzas sería arrojado por la borda. Halaba mientras vomitaba, sudaba, temblaba o sentía dolor en cada uno de los músculos de mi cuerpo. Remaba bajo la lluvia, el sol, el viento y el aguanieve. Recuerdo haber tenido fiebre y creer que iba a morir. Incluso desear morir, pero Finan murmuraba que se cagaba en mis muertos.

—Eres un sajón débil —me acicateaba—, un pusilánime. Eres patético, escoria sajona —yo replicaba algo, y él volvía a la carga, cada vez más alto, para que Hakka lo escuchara desde la proa—. Quieren que palmes —seguía diciendo Finan—, demuéstrales que se equivocan. Rema, sajón de mierda, rema —Hakka le atizó por hablar. Otra vez yo hice lo mismo por Finan. Recuerdo cogerlo entre mis brazos y empapuzarlo con el engrudo.

—Vive, hijo de puta —le dije—, que estos cagarros no nos venzan—. ¡Vive! —Continuó viviendo.

Ese verano nos dirigimos al norte, remontamos un río que se enroscaba por un paisaje de musgo y abedules, un lugar tan al norte que en los lugares en sombra aún se apreciaba el deshielo. Compramos pieles de reno en un pueblo entre los abedules y nos las llevamos de vuelta al mar, las intercambiamos por colmillos de morsa y huesos de ballena, que a su vez trocamos por ámbar y plumas de ganso. Transportábamos malta y pieles de foca, pieles y carne salada, hierro mineral y lana. Pasamos dos días en una cala rodeada de rocas cargando losas que se convertirían en piedras de afilar, y Sverri cambió las losas por peines de cuerno de ciervo y por enormes rollos de sogas de piel de foca y una docena de pesados lingotes de bronce, y regresamos a Jutlandia con todo aquello, hasta Haithabu, un enorme puerto comercial, tan grande que había un complejo para los esclavos, lugar en el que nos metieron vigilados por lanceros y altos muros.

Finan encontró unos irlandeses en el complejo y yo descubrí a un sajón que había sido capturado por un danés en la costa de Anglia Oriental. El rey Guthrum, me contó el sajón, había regresado a Anglia Oriental, donde se hacía llamar Ælthelstan, y estaba construyendo iglesias. Alfredo, por lo que

él sabía, seguía vivo. Los daneses en Anglia Oriental no habían intentado atacar Wessex, pero aun así, había oído que Alfredo estaba construyendo fortalezas en las fronteras. No sabía nada de los rehenes daneses de Alfredo, así que no me pudo decir si habían liberado a Ragnar, ni había oído hablar de Guthred de Northumbria, así que me coloqué en el centro del complejo y me puse a gritar:

—¿Hay alguien de Northumbria? —Los hombres me miraron sin ánimo—. ¿Northumbria? —grité de nuevo, y esta vez una mujer me llamó desde el otro lado de la empalizada que dividía el complejo de los hombres del de las mujeres —los hombres se apiñaban en la empalizada, observaban a las mujeres por los agujeros, pero yo aparté a dos—. ¿Eres northumbria? —le pregunté a la mujer que me había llamado.

—De Onhripum —me dijo. Era sajona, tenía quince años y era hija de un curtidor de Onhripum. Su padre le debía dinero al conde Ivarr y, para saldar la deuda, Ivarr se había llevado a la chica y se la había vendido a Kjartan.

Al principio me pareció que había entendido mal.

—¿A Kjartan? —le pregunté.

—A Kjartan —respondió ella desolada—, que me violó y luego me vendió a estos cabrones.

—¿Kjartan sigue vivo? —pregunté asombrado.

—Sigue vivo —contestó ella.

—Pero si lo estaban sitiando —protesté.

—No mientras yo estuve allí —respondió.

—¿Y Sven? ¿Su hijo?

—También me violó —repuso.

Más tarde, mucho más tarde, conseguí enterarme de cómo había terminado la historia. Guthred e Ivarr, aliados de mi tío Ælfric, habían intentado matar de hambre a Kjartan para que se sometiera, pero el invierno fue duro, los ejércitos estaban enfermos y Kjartan ofreció pagar tributo a los tres, así que aceptaron su plata. Guthred también había conseguido la promesa de que Kjartan dejaría de matar religiosos, y por un tiempo la mantuvo, pero la iglesia tenía demasiado dinero, y Kjartan era demasiado avaricioso, así que, antes de que se cumpliera un año, rompió la promesa y mató o esclavizó a unos cuantos monjes. El tributo anual de plata que Kjartan debía entregar a Guthred, Ælfric e Ivarr fue pagado una vez y nunca más. Así que nada había cambiado. Kjartan se mostró humilde durante unos

meses, después evaluó a sus enemigos y los consideró débiles. La hija del curtidor de Onhripum no sabía nada de Gisela, ni tampoco había oído hablar de ella, y pensé que a lo mejor había muerto y aquella noche me embargó la desesperación. Recordé a Hild y me pregunté qué le habría ocurrido, temí por ella, y recordé aquella noche con Gisela en que la besé bajo las hayas y pensé en todos mis sueños que ahora estaban rotos; así que lloré.

Tenía una esposa en Wessex y no sabía nada de ella y, la verdad sea dicha, tampoco me importaba nada. La muerte me había arrebatado a mi hijo pequeño. Me había arrebatado a Iseult. Había perdido a Hild, cualquier posibilidad con Gisela, y aquella noche me anegó la pena por mí mismo, me senté en la cabaña y dejé correr las lágrimas por mis mejillas. Finan me vio y empezó a llorar también, y supe que le habían recordado su hogar. Intenté avivar mi ira, porque sólo la ira te mantiene vivo, pero la ira no llegaba. Así que sólo lloré. No podía parar. Era la oscuridad de la desesperación, de saber que mi destino era tirar de un remo hasta romperme, y luego por la borda. Lloré.

—Tú y yo —dijo Finan, y se detuvo. Estaba oscuro. La noche era fría a pesar del verano.

—¿Tú y yo? —pregunté, con los ojos cerrados para intentar detener las lágrimas.

—Espadas en la mano, amigo mío —dijo—. Tú y yo. Va a suceder —se refería a que seríamos libres y podríamos vengarnos.

—Sueños —contesté.

—¡No! —repuso Finan rabioso. Se acercó a mi lado y me cogió una mano con las suyas—. No cejes —me gruñó—. Somos guerreros, tú y yo, ¡somos guerreros! —Fui guerrero, pensé. Hubo un tiempo en que mi malla y mi casco emitían destellos, pero en aquel momento estaba comido por las chinches, apestoso, débil y lloroso—. Toma —me dijo Finan, y me metió algo en la mano. Era uno de los peines de cuerno que habíamos transportado y que había conseguido robar y ocultárselo entre los harapos—. No cejes nunca —me dijo, y usé el peine para desenredarme el pelo, que me llegaba por la cintura. Me lo peiné, deshice los nudos, maté piojos con los dientes, y a la mañana siguiente Finan me trenzó el pelo y yo hice lo mismo por él—. Así es como se peinan los guerreros en mi tribu —me aclaró—, y tú y yo somos guerreros. ¡No somos esclavos, somos guerreros! —Estábamos delgados, sucios, harapientos, pero la desesperación había

pasado como una borrasca en el mar, y yo dejé que la ira me proporcionara resolución.

Al día siguiente cargamos el *Comerciante* con lingotes de cobre, bronce y hierro. Metimos barriles de cerveza en la bodega y rellenamos el espacio que quedaba con carne salada, aros de pan duro y cubas de bacalao salado. Sverri se rió al vernos las trenzas.

—Os debéis pensar que vais a encontrar moza —se burló de nosotros—, ¿o es que las mozas sois vosotros? —Ninguno respondió y Sverri se limitó a sonreír. Estaba de buen humor, inusualmente emocionado. Le gustaba navegar y a juzgar por la cantidad de provisiones que llevábamos, supuse que se trataba de un largo viaje, y así fue. Echaba las varillas de runas de vez en cuando, y debieron indicarle que prosperaría, porque se compró tres nuevos esclavos, todos frisonos. Quería suficiente tripulación para el viaje que tenía por delante, un viaje que empezó mal, pues, en cuanto abandonamos Haithabu, comenzó a perseguirnos otro barco. Un pirata, anunció Hakka con amargura, y pusimos rumbo al norte a vela y remo y el otro barco nos fue ganando terreno, pues era más largo, más esbelto y más rápido, y sólo la llegada de la noche nos permitió escapar, pero fue una noche inquieta. Guardamos los remos y bajamos la vela para que el *Comerciante* no hiciera ruido, y en la oscuridad oí el chapoteo de nuestro perseguidor y Sverri y sus hombres se agacharon junto a nosotros, con las espadas en la mano, listos para matarnos si hacíamos algún ruido. Yo me vi tentado, y Finan quería golpear el costado del barco para avisar a los perseguidores, pero Sverri nos habría degollado al instante, así que guardamos silencio y el extraño barco pasó de largo en la oscuridad, y al alba había desaparecido.

Dichas amenazas son raras. Lobo no come lobo, y halcón no ataca a halcón, así que los hombres del norte rara vez se saqueaban, aunque algunos, desesperados, se arriesgaran a atacar a un paisano danés o noruego. Tales piratas eran considerados marginados, nada, pero eran temidos. Por lo general, los perseguían y mataban o esclavizaban a la tripulación, pero, aun así, algunos hombres se arriesgaban a la marginación, pues con solo capturar un barco rico como el *Comerciante* podían hacer una fortuna que les proporcionaría posición, poder y aceptación. Pero esa noche escapamos, y al día siguiente navegamos más y más al norte, y no tomamos tierra aquella noche, ni muchas más que vendrían después. Entonces, una mañana, vi una costa negra de acantilados terribles contra los que se

estrellaba el blanco mar, y pensé que habíamos llegado al final de nuestro viaje, pero no buscamos tierra, sino que seguimos navegando, hacia el oeste, y luego brevemente hacia el sur, hasta atracar en la bahía de una isla.

Al principio Finan creyó que era Irlanda, pero la gente que se acercó al *Comerciante* en un pequeño bote de pieles no hablaba su idioma. Hay islas por toda la costa norte de Gran Bretaña, y creo que aquélla era una de esas islas. En esas islas viven salvajes, y Sverri no tomó tierra, pero a cambio de unas míseras monedas los salvajes le proporcionaron huevos de gaviota, pescado seco y carne de cabra. Y a la mañana siguiente remamos todo el día contra un viento vigoroso, y supe que nos dirigíamos a las inmensidades y el salvaje mar del oeste. Ragnar *el Viejo* me había advertido contra aquellos mares, me había contado que había tierras al otro lado, pero la mayoría de los hombres que las buscaban jamás regresaban. Aquellas tierras del oeste, me había contado, estaban habitadas por las almas de los marineros muertos. Eran lugares grises, envueltos en nieblas y azotados por las tormentas, pero hacia allí nos dirigíamos y Sverri guiaba el timón con expresión de felicidad en su rostro plano, y recordé esa misma felicidad. La alegría que produce un buen barco y su pulso vital en el timón.

Viajamos durante dos semanas. Era una ruta de ballenas, y los monstruos marinos se daban la vuelta para mirarnos o despedían agua, el aire se volvió más frío y el cielo estaba perpetuamente encapotado, y noté que la tripulación de Sverri se ponía nerviosa. Pensaban que nos habíamos perdido, y yo pensaba igual, y me convencí de que mi vida iba a terminar en el confín del mar, donde grandes remolinos arrastran a los barcos a sus muertes. Las aves marinas nos rodeaban, sus gritos tristes en el frío blanco, y las grandes ballenas se sumergían a nuestro lado, y remamos y remamos hasta partirnos la espalda. Los mares eran grises y descomunales, interminables y fríos, recubiertos de espuma blanca, y sólo disfrutamos de un día de viento favorable en el que pudimos navegar a vela con los inmensos y grises mares silbando bajo nuestro casco.

Y así llegamos a Horn, en la tierra de fuego que algunos hombres llaman Thule. Las montañas humeaban y oímos historias de estanques mágicos de agua caliente, aunque no vi ninguno. Y no sólo es una tierra de fuego, sino también guarida del hielo. Había montañas de hielo, ríos de hielo y estantes de hielo en el cielo. Unos bacalaos más largos que alto es un hombre, comimos bien y Sverri estaba contento. Los hombres temían enfrentarse al viaje que acabábamos de hacer, y lo habíamos logrado, y en

Thule aquel cargamento valía tres veces más de lo que hubiera recibido en Dinamarca o en el reino de los francos, aunque tuvo que entregar parte de la preciada carga como tributo al señor local. Pero vendió el resto de lingotes y cargó huesos de ballena y colmillos y pieles de morsa y foca, y era perfectamente consciente del dinero que sacaría si llevaba aquellas mercancías a casa. Estaba de tan buen humor que hasta nos permitió bajar a tierra, y bebimos vino de abedul amargo en una casa alargada que apestaba a carne de ballena. Estábamos todos encadenados, no sólo con los grilletes habituales, también al cuello, y Sverri había contratado a unos locales para que nos vigilaran. Tres de aquellos centinelas iban armados con las largas y pesadas lanzas que en Thule se usaban para cazar ballenas, y los otros cuatro con cuchillos balleneros. Sverri estaba a salvo si ellos nos vigilaban, y lo sabía, y por primera vez en todos los meses que pasé con él, se dignó a hablar con nosotros. Se vanaglorió del viaje que habíamos hecho y hasta alabó nuestra pericia con los remos.

—Vosotros dos me odiáis —dijo, mirando a Finan y luego a mí.

Yo no dije nada.

—El vino de abedul está bueno —dijo Finan—, gracias.

—El vino de abedul es pis de morsa —contestó Sverri. Después eructó. Estaba borracho—. Vosotros dos me odiáis —comentó, divertido por nuestro odio—. A vosotros dos os vigilo, y me odiáis. Los otros se dejan azotar, pero vosotros dos me mataríais a la mínima oportunidad. Tendría que mataros a los dos, ¿a que sí? Sacrificaros al mar —ninguno dijo nada. Un leño de abedul crepitó en la hoguera y despidió chispas—. Pero remáis bien —prosiguió Sverri—. Una vez liberé a un esclavo, lo liberé porque me gustaba. Confiaba en él. Hasta le dejaba el timón de *Comerciante*, pero intentó matarme. ¿Sabéis qué hice con él? Clavé su asqueroso cadáver en la proa y dejé que se pudriera ahí. Y aprendí la lección. Estáis aquí para remar. Nada más. Remáis, trabajáis y morís —se quedó dormido poco después, como nosotros, y a la mañana siguiente regresamos a bordo del *Comerciante* y, bajo una lluvia hiriente, abandonamos aquella extraña tierra de hielo y llamas.

Nos costó mucho menos regresar al este porque llevábamos en popa un viento propicio, y así pasamos otro invierno en Jutlandia. Pasábamos frío en la cabaña para esclavos y escuchábamos a Sverri gruñir en la cama de su mujer por la noche. Llegó la nieve, el hielo bloqueó el arroyo, y el año 880

me vio cumplir veintitrés años afrontando el futuro de morir con grilletas, pues Sverri era un guardián listo e implacable.

Y entonces llegó el barco rojo.

* * *

No era realmente rojo. La mayoría de barcos están contruidos de roble, que se oscurece durante la vida del barco, pero aquél había sido contruido con pino, y cuando la luz de la mañana o del atardecer se proyectaba suspendida a lo largo del borde del mar, parecía del color de la sangre al coagular.

Era de un rojo pálido la primera vez que lo vimos. Eso fue en la tarde del día que zarpamos, y el barco rojo era largo, bajo y esbelto. Se acercaba desde el horizonte oriental, llegaba hacia nosotros de lado, con su velamen gris sucio, cruzado por los cabos que tensan la tela. Sverri vio la cabeza de bestia en la proa, decidió que era un pirata y nos dirigimos hacia la orilla, en aguas que él conocía bien. Eran aguas bajas, y el barco rojo vaciló en seguirnos. Remamos hasta unos arroyos estrechos, asustando a las aves, y el barco rojo se mantuvo a la vista, pero más allá de las dunas.

Luego cayó la noche, cambiamos el rumbo y dejamos que la marea alta nos sacara al mar. Los hombres de Sverri nos azotaron para que remáramos con todas nuestras fuerzas para escapar de la costa. Llegó el alba fría y neblinosa, y cuando se levantó la niebla vimos que el barco rojo había desaparecido.

Nos dirigíamos a Haithabu, a por el primer cargamento de la temporada, pero en cuanto nos acercamos al puerto, Sverri volvió a ver el barco rojo, viró en nuestra dirección y Sverri lo maldijo. Nosotros teníamos el viento a favor, lo que nos permitía una fácil huida, pero aun así intentó alcanzarnos. Usaba los remos y, como contaba por lo menos con veinte bancos de remeros, era mucho más rápido que el *Comerciante*, pero no fue capaz de vencer al viento y a la mañana siguiente volvíamos a estar solos en el mar vacío. Sverri lo maldijo igualmente. Echó las varillas de runas, que lo convencieron de abandonar la idea de Haithabu, así que cruzamos a tierras de los esviones, donde cargamos de pieles de castor y lana pringada de estiércol.

Intercambiamos ese cargamento por finas velas de cera enrollada. Volvimos a comerciar con mineral de hierro, y así pasó la primavera y llegó el verano sin ver al barco rojo. Lo habíamos olvidado. A Sverri le pareció seguro visitar Haithabu, así que llevamos un cargamento de pieles de reno al puerto, y allí se enteró de que el barco rojo no lo había olvidado. Regresó a toda prisa a bordo, sin molestarse en subir la carga, y lo oí hablar con su tripulación. El barco rojo, dijo, patrullaba las costas en busca del *Comerciante*. Era danés, creía, y estaba tripulado por guerreros.

—¿Quiénes? —preguntó Hakka.

—Nadie lo sabe.

—¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo? —gruñó Sverri, pero le preocupó lo suficiente como para lanzar sus varillas de runas, y le informaron de que debía abandonar Haithabu inmediatamente. Sverri tenía un enemigo y no sabía quién era, así que llevó al *Comerciante* a un lugar cercano a su refugio de invierno y allí descargó unos regalos. Sverri tenía un señor. Casi todos los hombres tienen un señor que les ofrece protección, y este señor se llamaba Hyring y poseía muchas tierras, y Sverri le pagaba plata todos los inviernos a cambio de que lo protegiera a él y a su familia. Pero poco podía hacer Hyring para proteger a Sverri en el mar, aunque debió de prometerle descubrir quién mandaba el barco rojo y averiguar por qué aquel hombre buscaba a Sverri. Mientras tanto, Sverri decidió irse bien lejos, así que nos fuimos al mar del Norte e hicimos algo de dinero en la costa con los arenques salados. Llegamos hasta Gran Bretaña por primera vez desde que me hicieran esclavo. Tomamos tierra en un río de Anglia Oriental, y nunca he sabido qué río era, y cargamos lana que llevamos al reino de los francos, donde compramos un cargamento de lingotes de hierro. Era un cargamento rico, pues el hierro franco es el mejor del mundo, y también compramos un centenar de sus preciadas espadas. Sverri, como de costumbre, se cagó en los francos por ser tan tozudos, pero lo cierto es que Sverri no era menos tozudo que los francos, y aunque pagó bien por el hierro y las espadas, sabía que obtendría grandes beneficios en las islas del norte.

Así que nos encaminamos al norte, el verano llegaba a su fin y los gansos volaban al sur por encima de nosotros en grandes bandadas y, dos días después de cargar el barco, vimos al barco rojo esperándonos frente a la costa frisona. Hacía semanas que no lo veíamos y Sverri debió de confiar en que Hyring se lo quitara de encima, pero estaba justo donde empieza mar

abierto, y esta vez contaba con la ventaja del viento. Así que Sverri nos hizo virar hacia la orilla y sus hombres nos azotaron desesperados. Yo gruñía a cada bogada, como si tirara del remo con todas mis fuerzas, pero lo cierto es que intentaba frenar la fuerza de la pala para que el barco rojo pudiera alcanzarnos. Lo veía claramente. Veía sus alas de remos alzándose y sumergiéndose y el hueso blanco de agua partirse en su quilla. Era mucho más largo que el *Comerciante*, y mucho más rápido, pero además también desplazaba más agua, motivo por el que Sverri nos había hecho virar hacia la costa de Frisia, que la mayoría de los patrones temen.

No está rodeada de rocas como muchas otras costas del norte. No hay acantilados contra los que un buen barco pueda quedar hecho pedazos. Es un laberinto de juncos, islas, arroyos y marismas. Kilómetro tras kilómetro de peligrosos bajíos. Los pasos están marcados en esos bajíos con ramas clavadas en el fango, y esas frágiles señales ofrecen salida de la maraña, pero los frisones también son piratas. Les gusta señalar canales falsos que sólo conducen a una marisma que, con la marea baja, dejará encallado el barco, y entonces la gente, que vive en cabañas de fango en islas de fango, aparecerá como ratas de agua para saquear y matar.

Aunque Sverri había comerciado aquí antes y, como todos los buenos patrones, tenía recuerdos de aguas buenas y malas. El barco rojo nos estaba alcanzando, pero a Sverri no le entró el pánico. Yo lo vigilaba mientras remaba, y vi como miraba a derecha y a izquierda como un rayo para decidir qué canal tomar; maniobraba con brío y girábamos por el canal elegido. Buscaba los lugares menos profundos, los arroyos más enroscados, y los dioses estaban con él, pues, aunque nuestros remos tocaban de vez en cuando un banco, el *Comerciante* no se rascó el casco en ningún momento. El barco rojo, como era más grande, y probablemente porque su patrón no conocía la costa como Sverri, avanzaba con mucha más cautela, y empezábamos a dejarlo atrás.

Comenzó a darnos caza de nuevo cuando llegamos a un tramo de mar abierto, pero Sverri encontró otro canal en el extremo opuesto, y allí, por primera vez, frenó el ritmo de los remos. Colocó a Hakka en la proa, que tiraba una cuerda con un peso de plomo y cantaba la profundidad. Nos metíamos en un laberinto de barro y agua, avanzando lentamente hacia el norte y el este, y yo miré hacia el este y observé que, por fin, Sverri había cometido un error. Una hilera de ramas señalaba el canal por el que avanzábamos, pero un poco más lejos, detrás de un islote de fango lleno de

aves, unas ramas más grandes señalaban otro canal de mayor calado, que se cruzaba con el nuestro y le permitiría al barco rojo cortarnos el camino. El barco rojo vio la oportunidad y la aprovechó. Los remos sacudieron el agua, iba a todo trapo, nos alcanzaba a toda velocidad, y entonces se quedó encallado con una maraña de remos.

Sverri se partió de risa. Sabía que las ramas más grandes marcaban un canal falso, y el barco rojo había caído en la trampa. Lo pude ver claramente, un barco cargado de hombres armados, con cotas de malla, daneses de espada y de lanza, guerreros, pero había encallado.

—¡Vuestras madres son cabras! —les gritó Sverri desde el otro lado del barro, aunque dudo de que le oyeran en el barco encallado—. ¡Sois unos cagarros! ¡A ver si aprendéis a guiar un barco, hijos de perra inútiles!

Salimos por otro canal, dejando atrás el barco rojo, y Hakka seguía en la proa, midiendo la distancia del fondo constantemente. Gritaba para informar de la profundidad. Aquel canal no estaba señalado, y teníamos que ir peligrosamente despacio, pues Sverri no se atrevía a tomar tierra. Detrás de nosotros, ya bien lejos, vi a la tripulación del barco rojo maniobrar para liberarlo. Los guerreros se habían quitado las cotas y estaban en el agua, tirando del largo casco, y al caer la noche lo vi liberarse y reemprender su persecución, pero ya estábamos lejos, y la capa de oscuridad se tendía sobre nosotros.

Pasamos aquella noche en una bahía bordeada de juncos. Sverri no iba a tomar tierra. Había gente en la isla de al lado, y sus hogueras moteaban la noche. No veíamos más luces, lo que probablemente indicaba que la isla era el único asentamiento en millas, y noté que Sverri estaba preocupado porque las hogueras atraerían al barco rojo, así que nos despertó a patadas con las primeras luces del alba, recogimos el ancla y Sverri nos condujo al norte por un pasaje marcado con ramas. El pasaje parecía enroscarse por la costa de la isla hasta el mar abierto, donde las olas rompían blancas, y ofrecía una vía de escape de la enmarañada costa. Hakka volvió a gritar la profundidad mientras nos abríamos paso entre juncos y bancos de barro. El arroyo era poco profundo, tan poco que las palas de los remos levantaban barro constantemente, pero paso a paso seguimos las frágiles señales, y entonces Hakka gritó que teníamos al barco rojo detrás.

Estaba mucho más atrás. Como Sverri temía, lo habían atraído las hogueras del poblado, pero había acabado al sur de la isla, y entre el barco y nosotros quedaba el misterio de bancos y arroyos. No podía dirigirse al

oeste a mar abierto, pues las olas rompían continuamente sobre una playa medio hundida, así que o nos perseguía o intentaba encontrar otra vía por el este, circundándonos.

Decidió seguirnos, y observamos mientras se abría paso por la costa sur de la isla, en busca de un canal en la bahía donde habíamos anclado. Nosotros seguimos avanzando lentamente hacia el norte, pero entonces, de repente, oímos un dulce rascar bajo nuestra quilla y *Comerciante* dio una sacudida suave y se detuvo ominosamente.

—¡Remad del revés! —aulló Sverri.

Remamos del revés, pero había encallado. El barco rojo estaba perdido en la media luz y la tenue niebla que envolvía las islas. La marea estaba baja. Eran las aguas estancadas entre la marea baja y la alta, y Sverri miró el arroyo concentrado, rezando por ver la marea subir para que nos reflatara, pero el agua estaba quieta y fría.

—¡Desembarcad! —gritó—. ¡Empujad!

Lo intentamos. O los otros lo intentaron, mientras Finan y yo fingíamos empujar, pero el *Comerciante* había encallado bien. Se había detenido muy lentamente, pero no se movía ni un centímetro, y Sverri, aún sobre la plataforma del timón, ya veía a los isleños acercarse por los lechos de juncos y, aún más preocupante, veía el barco rojo cruzar la ancha bahía donde había anclado. Veía llegar la muerte.

—Vaciadlo —gritó.

Ésa fue una decisión difícil para Sverri, pero era mejor que la muerte, así que lanzamos los lingotes por la borda. Finan y yo ya no podíamos escaquearnos más, pues Sverri controlaba el avance y nos atizaba con un palo, y así destruimos los beneficios de un año. Hasta las espadas fueron por la borda, y el barco rojo no dejaba de acercarse y acercarse más, cruzando el canal, y no estaba a más de medio kilómetro cuando los últimos lingotes cayeron al agua y *Comerciante* dio un ligero tirón. La marea subía, se enroscaba por los lingotes arrojados.

—¡Remad! —gritó Sverri. Los isleños nos observaban. No se habían atrevido a acercarse por miedo a los soldados del barco rojo, y ahora miraban mientras escapábamos hacia el norte. Luchamos contra la marea y nuestros remos daban con barro tan a menudo como con agua, pero Sverri nos gritó que remáramos con más fuerza. Se arriesgaba a volver a quedarse encallado para escapar, pero los dioses estaban con él, pues salimos a toda prisa del pasaje, *Comerciante* frenó al dar con las olas, y de repente

estábamos de nuevo en el mar y las olas rompían blancas contra nuestra proa. Sverri izó la vela y navegamos hacia el norte, y el barco rojo pareció quedarse varado en el mismo lugar donde nos habíamos quedado nosotros. Encalló contra la pila de lingotes y, como su casco era más profundo que el de *Comerciante*, le costó mucho tiempo escapar, y cuando nos liberamos del canal, nos ocultaba un chaparrón que procedía del oeste y desestabilizaba el barco al pasar.

Sverri besó su amuleto del martillo. Había perdido una fortuna, pero era un hombre acaudalado y podía permitírselo. Aun así debía de seguir siendo rico, y sabía que el barco rojo lo perseguía y que se quedaría en la costa hasta que nos encontrara; así que, al caer la noche, bajó la vela y nos ordenó que cogiéramos los remos.

Continuamos hacia el norte. El barco rojo seguía detrás de nosotros, pero mucho más atrás, y los chaparrones nos iban ocultando, aunque cuando llegó uno aún peor, Sverri bajó la vela, viró el barco hacia el oeste, contra el viento, y sus hombres nos azotaron para remar. Hasta dos de sus hombres tomaron los remos, para poder escapar por el horizonte oscuro antes de que el barco rojo viera que habíamos cambiado de rumbo. Fue un trabajo brutalmente duro. Chocábamos contra el viento y el mar, cada palada consumía los músculos, hasta que pensé que iba a derrumbarme de cansancio. Hasta entrada la noche no terminó el trabajo. Sverri ya no veía las grandes olas silbando desde el oeste, así que nos permitió subir los remos, poner los tapones, y desplomarnos como cadáveres mientras el barco se mecía en la oscuridad y el mar revuelto.

El alba nos encontró solos. El viento y la lluvia azotaban desde el sur, lo que significaba que no tendríamos que remar, sino que podríamos izar la vela y dejar que el viento nos transportara por las aguas grises. Miré a popa, buscando el barco rojo, pero no se veía por ninguna parte. Sólo había olas, nubes y aguaceros que cruzaban nuestra estela, y las aves salvajes volando como migajas blancas en el amargo vendaval. *Comerciante* se escoraba al viento, tragando kilómetros de agua, Sverri se inclinó sobre el timón y cantó para celebrar su huida del enemigo misterioso. Habría podido echarme a llorar otra vez. No sabía de quién era el barco rojo, ni quién lo comandaba, pero sabía que era enemigo de Sverri y que cualquier enemigo de Sverri era mi amigo. Habíamos escapado.

Y así regresamos a Gran Bretaña. No era intención de Sverri pasar por allí, y no tenía cargamento que vender, aunque llevaba monedas ocultas

para comprar nuevas mercancías, pero también habría que gastar aquellas monedas en sobrevivir. Había escapado del barco rojo, pero sabía que si regresaba a casa, lo encontraría otra vez merodeando por Jutlandia, y no dudo de que buscaba un lugar distinto en el que pasar el invierno a salvo. Eso suponía encontrar a un señor que le diera refugio mientras el *Comerciante* descansaba en tierra, era limpiado, reparado y calafateado, y ese señor pediría plata. Los remeros captamos retazos de conversación y colegimos que Sverri pensaba recoger un último cargamento, llevarlo a Dinamarca, venderlo y encontrar algún puerto en el que refugiarse y desde ahí viajar por tierra a su hogar a recoger plata para la siguiente temporada.

Estábamos delante de la costa de Gran Bretaña. No reconocí el lugar. Sabía que no era Anglia Oriental porque había colinas y acantilados.

—No hay nada que comprar aquí —se quejó Sverri.

—¿Lana? —sugirió Hakka.

—¿Qué precio pedirán a estas alturas? —exclamó Sverri molesto—. Sólo obtendremos lo que no pudieron vender en primavera. Nada más que porquería pringada de caca de oveja. Prefiero llevar carbón.

Nos refugiamos una noche en la desembocadura de un río, y unos jinetes armados se acercaron hasta la orilla para observarnos, pero no se acercaron con alguna de las embarcaciones de pesca que había en la playa, lo que sugería que, si los dejábamos en paz, no nos molestarían. En cuanto cayó la noche, otro barco comerciante llegó al río y ancló junto a nosotros, y el patrón danés empleó una pequeña embarcación para acercarse a nosotros. El y Sverri se acucillaron en el espacio tras la plataforma del timón e intercambiaron noticias. No oímos nada. Sólo vimos a los dos hombres bebiendo cerveza y hablando. El extraño se marchó antes de que la oscuridad ocultara su barco, y Sverri parecía complacido con la conversación, pues por la mañana le gritó las gracias al otro barco y nos ordenó que levásemos el ancla y cogiéramos los remos. No había viento, el mar estaba calmado, y remamos hacia el norte siguiendo la orilla. Miré a tierra y vi humo que salía de los poblados, y pensé que allí estaba la libertad.

Soñaba con la libertad, pero no creía que fuera posible. Pensaba que moriría junto a un remo, como muchos otros habían muerto bajo el yugo de Sverri. De los once remeros que había a bordo cuando fui entregado a Sverri, sólo cuatro seguían vivos, entre los que se contaba Finan. Ahora teníamos catorce remeros, pues Sverri había reemplazado a los muertos y,

desde que el barco rojo había aparecido para torturarlo, compró más esclavos para los remos. Algunos de los patrones usaban hombres libres a los remos, pues estaban convencidos de que trabajaban más a gusto, pero estos hombres esperaban compartir la plata del patrón, y Sverri era un miserable.

Más tarde, aquella mañana, llegamos a la desembocadura de un río, miré en la orilla sur y vi un faro esperando ser encendido para avisar a las gentes en tierra que se acercaba un asalto, y reconocí el faro. Era como otros cientos de faros, pero ése lo tenía grabado, sabía que dominaba las ruinas del fuerte romano donde había empezado mi esclavitud. Habíamos regresado al río Tine.

—¡Esclavos! —nos anunció Sverri—. Eso vamos a comprar, esclavos, como vosotros, cabrones. Sólo que no son como vosotros, porque son mujeres y niños. Escoceses. ¿Hay alguno aquí que hable su mierda de idioma? —Ninguno contestó. Tampoco hacía falta que nadie hablara escocés, pues Sverri poseía látigos que hablaban bien claro.

No le gustaba llevar esclavos como cargamento porque había que vigilarlos constantemente y darles de comer, pero el otro comerciante le había dicho que había mujeres y niños recién capturados en uno de los interminables asaltos entre Northumbria y Escocia, y esos esclavos ofrecían las mejores perspectivas de beneficios. Si alguna de las mujeres o los niños eran bonitos, podía venderlos a buen precio en los mercados de esclavos de Jutlandia, y Sverri necesitaba hacer un buen trato, así que remamos Tine arriba con la marea alta. Nos dirigíamos a Gyruum, y Sverri esperó hasta que el agua alcanzó la señal que indicaba los restos de la marea alta, y subió el *Comerciante a.* la arena. No lo hacía a menudo, pero quería que rascáramos el casco antes de regresar a Dinamarca, y era más fácil cargar un barco de personas en la arena, así que lo subimos a la playa y vimos que los corrales de esclavos habían sido reconstruidos y que el monasterio en ruinas volvía a tener techo de paja. Todo seguía igual.

Sverri nos obligó a llevar cadenas al cuello unidas entre sí, para no poder escaparnos y, mientras él cruzaba la salina y subía hasta el monasterio, nosotros rascábamos el casco con piedras. Finan cantaba en irlandés mientras trabajaba, pero a veces me dedicaba una sonrisa torcida.

—Arranca el calafateado, Osbert —me sugirió.

—¿Para que nos hundamos?

—Sí, pero Sverri se ahogará con nosotros.

—Que viva, así podremos matarlo —contesté.

—Y lo mataremos —repuso Finan.

—¿No abandonas la esperanza jamás, eh?

—Lo he soñado —contestó Finan—. Lo he soñado tres veces desde que apareció el barco rojo.

—Pero el barco rojo ya no está —repuse.

—Vamos a matarlo. Te lo prometo. Bailaré sobre sus tripas, lo juro.

La marea había subido al máximo a mediodía, así que el resto de la tarde bajó, hasta que *Comerciante* quedó varado varios metros por encima de las olas, y no pudimos volver a reflotarlo hasta entrada la noche. Sverri siempre se sentía incómodo cuando el barco estaba en la orilla, y quería cargar aquel mismo día y zarpar con la marea nocturna. Tenía el ancla lista para que, por la noche, empujáramos desde la playa y atracáramos en el centro del río, de modo que estuviéramos listos para partir con la primera luz.

Compró treinta y tres esclavos. Los más jóvenes tenían cinco o seis años, los mayores quizá diecisiete o dieciocho, y eran todos mujeres y niños, ni un hombre entre ellos. Habíamos terminado de limpiar el casco y estábamos acucillados en la playa cuando llegaron, miramos a las mujeres con ojos hambrientos. Las esclavas lloraban, así que era difícil saber si alguna era guapa. Lloraban porque eran esclavas, porque habían sido robadas de sus tierras, porque temían el mar y porque nos temían a nosotros. Una docena de hombres armados cabalgaban tras ellos. No reconocí a ninguno. Sverri conducía la fila de encadenados, examinando los dientes de los niños y apartando los vestidos de las mujeres para examinarles los pechos.

—La pelirroja alcanzará un buen precio —le gritó uno de los hombres armados a Sverri.

—Todos lo alcanzarán.

—Me la follé anoche —prosiguió el hombre—, así que igual te la llevas preñada. Qué cabrón, vas a pillar dos esclavos por el precio de uno.

Los esclavos estaban ya encadenados, y habían obligado a Sverri a pagar por los grilletes y las cadenas, así como a comprar comida y cerveza para mantener vivos a los treinta y tres escoceses en su viaje a Jutlandia. Teníamos que ir a por esas provisiones al monasterio; Sverri nos condujo por las salinas, cruzamos un arroyo y dejamos atrás la cruz de piedra caída, donde un carro y seis hombres montados esperaban. El carro contenía

barriles de cerveza, cubas de arenques en salmuera y anguilas ahumadas, y un saco de manzanas. Sverri mordió una manzana, puso mala cara y escupió el bocado.

—Están comidas de gusanos —se quejó, nos echó los restos a nosotros, y yo conseguí cogerla en el aire a pesar de que todos levantaban la mano. La partí en dos y le di un pedazo a Finan—. Se pelean por manzanas agusanadas —se burló Sverri, y dejó caer una bolsa de monedas en el carromato—. Arrodillaos, cabrones —nos gritó mientras el séptimo jinete se acercaba al carromato.

Nos arrodillamos en deferencia al recién llegado.

—Tenemos que comprobar las monedas —dijo el recién llegado; reconocí la voz y levanté la cabeza. Era Sven el Tuerto.

Y él me miró a mí.

Agaché la mirada y mordí la manzana.

—Denarios francos —contestó Sverri orgulloso, ofreciéndole algunas de las monedas a Sven.

Sven no las cogió. Estaba mirándome.

—¿Quién es éste? —quiso saber.

Sverri me miró.

—Osbert —dijo. Seleccionó algunas de las monedas—. Esto son peniques de Alfredo —dijo tendiéndoselos a Sven.

—¿Osbert? —preguntó Sven. Seguía mirándome. No me parecía a Uhtred de Bebbanburg. Tenía nuevas cicatrices en el rostro, la nariz rota, el pelo sin peinar era una enorme maraña, la barba me crecía salvaje y tenía la piel tan oscura como la madera en vinagre, pero aun así siguió mirándome —. Ven aquí, Osbert —me dijo.

Yo no podía ir muy lejos, porque la cadena del cuello me mantenía cerca del resto de remeros, pero me puse en pie, me arrastré y me arrodillé de nuevo, porque yo era un esclavo y él un señor.

—Mírame —rugió.

Obedecí, mirándole al único ojo, y vi que iba vestido con fina malla, con fina capa y montado en fina bestia. Provoqué un temblor en mi mejilla derecha y babeé como si estuviera medio loco, sonreí como si me alegrara de verle y sacudí la cabeza convulsivamente, y debió de decidir que no era más que otro esclavo medio loco y acabado, y me despidió mientras tomaba las monedas de Sverri. Discutieron, pero al final suficientes monedas fueron

aceptadas como buena plata y se nos ordenó a los remeros que cargáramos los barriles y las cubas al barco.

Sverri me atizó en los hombros mientras caminábamos.

—¿Qué hacías?

—¿Hacer, amo?

—Temblando como un imbécil. Babeando.

—Creo que me estoy poniendo enfermo, amo.

—¿Conoces a ese hombre?

—No, señor.

Sverri sospechaba de mí, pero no podía saber nada, y al final me dejó en paz mientras subíamos los barriles al *Comerciante*, aún varado en la playa. Pero ni temblé ni babeé mientras cargábamos las provisiones, y Sverri sabía que algo no cuadraba; estuvo pensando un rato y me volvió a atizar cuando ató cabos.

—¿Tú viniste de aquí, no?

—¿Sí, señor?

Volvió a pegarme, con más fuerza, y los demás esclavos observaban. Reconocían un animal herido cuando lo tenían delante, y sólo Finan sentía simpatía por mí, pero no podía hacer nada.

—Procedes de aquí —dijo Sverri—. ¿Cómo he podido olvidarlo? Aquí es donde te entregaron a mí —señaló hacia Sven, que estaba al otro lado de la salina, junto a la colina coronada de ruinas—. ¿Qué tiene que ver contigo Sven el Tuerto?

—Nada —contesté—. Nunca lo había visto antes.

—Cagarro mentiroso —escupió. Tenía instinto de mercader para los beneficios, así que ordenó que me soltaran del resto de remeros, aunque se aseguró de que los grilletes de mis tobillos estaban firmes, y que seguía llevando la cadena al cuello. Sverri la cogió por un extremo, con la intención de devolverme al monasterio, pero no llegamos más allá de la orilla de gujarros porque Sven también había estado pensándose mejor. Mi rostro lo perseguía en sueños, y en el rostro idiota y retorcido de Osbert había visto sus pesadillas, y ahora galopaba hacia nosotros, seguido de seis jinetes.

—Arrodíllate —me ordenó Sverri.

Me arrodillé.

El caballo de Sven frenó en la orilla de gujarros.

—Mírame —me ordenó una segunda vez, y la baba me cayó por la comisura del labio en la barba. Me retorcí, y Sverri me dejó nuevo de un golpe—. ¿Quién es? —quiso saber Sven.

—Me dijo que se llamaba Osbert, señor —contestó Sverri.

—¿Te lo dijo él?

—Me lo entregaron aquí, señor, en este lugar —repuso Sverri—, y me dijo que se llamaba Osbert.

Sven sonrió entonces. Desmontó y caminó hacia mí, levantándose la barbilla para mirarme a la cara.

—¿Te lo entregaron aquí? —le preguntó a Sverri.

—El rey Guthred me lo entregó, señor.

Sven me reconoció entonces y su rostro tuerto se contorsionó en una mezcla de triunfo y odio. Me atizó en la cabeza, tan fuerte que perdí el conocimiento por un instante y caí de lado.

—¡Uhtred! —proclamó triunfante—. ¡Eres Uhtred!

—¡Señor! —Sverri estaba delante de mí, protegiéndome. No porque me tuviera aprecio, sino porque estropeaba su mercancía.

—Es mío —le dijo Sven, y su espada susurró al salir de la vaina.

—Es mío porque yo lo vendo y vuestro si vos lo compráis —contestó Sverri humilde pero firmemente.

—Para llevármelo —repuso Sven— estoy dispuesto a matarte, Sverri, a ti y a todos tus hombres. Así que el precio de este hombre es tu vida.

Sverri supo entonces que había sido derrotado. Hizo una reverencia, me soltó la cadena del cuello y se apartó; entonces cogí la cadena del cuello, azoté el aire con el otro extremo, provocando que Sven tuviera que apartarse, y eché a correr. Los grilletes de los tobillos me hacían cojear, así que no tuve más remedio que meterme en el río. Tropecé en el suave oleaje y me di la vuelta, listo para usar la cadena como arma, y supe que estaba muerto porque los jinetes de Sven venían a por mí, así que me adentré más en el agua. Era mejor ahogarse, pensé, que sufrir las torturas de Sven.

Entonces los jinetes se detuvieron. Sven llegó más cerca pero también él frenó el caballo. Yo estaba metido en el río hasta el pecho, con la cadena en una mano, incómoda, listo para zambullirme de espaldas a una negra muerte en el río, cuando también Sven retrocedió. Dio otro paso atrás, se dio la vuelta y corrió a por su caballo. Había miedo en su rostro, y yo me arriesgué a volverme para ver qué era lo que tanto lo había asustado.

Y allí, llegando desde el mar, empujado por dos filas gemelas de remos y la suave marea alta, estaba el barco rojo.

Capítulo VI

El barco rojo estaba cerca y avanzaba a toda prisa. La proa llegaba coronada por una cabeza de dragón con colmillos negros y repleta de hombres armados con malla y cascos. Lo acompañaba un gran estrépito: las paladas de los remos en el agua, los gritos de sus guerreros y el bullir del agua blanca alrededor del enorme pecho rojo que era la alta proa. Tuve que echarme a un lado para evitarla, pues no aminoró el paso al acercarse a la playa, sino que siguió adelante, los remos rascaron en la playa con un tronar de guijarros desperdigados. Tenía el casco oscuro justo encima, un remo me atizó en la espalda, me lanzó hacia las olas, y cuando conseguí ponerme en pie a trompicones vi que el barco se había detenido con un golpe seco y una docena de hombres vestidos con malla saltaban a tierra con lanzas, espadas, hachas y escudos. Los primeros guerreros en tierra aullaron desafiantes mientras los remeros dejaban caer los remos, empuñaban armas y les seguían. Aquél no era ningún barco mercante, sino una embarcación vikinga llegada para matar.

Sven se dio a la fuga. Subió como pudo en la silla de montar y marchó al galope por el prado mientras sus seis hombres, mucho más valientes, se lanzaron a caballo contra los vikingos, pero las bestias perecieron bajo las hachas entre gritos y los jinetes desmontados acabaron hechos picadillo sobre la playa; la sangre corrió hasta las pequeñas olas junto a mí, que estaba boquiabierto y sin poder creerme lo que veían mis ojos. Sverri estaba de rodillas, con las manos bien a la vista para mostrar que no llevaba armas.

El patrón del barco rojo, glorioso con un casco empenachado con alas de águila, condujo a sus hombres hasta el prado y de allí a los edificios del monasterio. Dejó media docena de guerreros en la playa, y uno de ellos era un hombre descomunal, alto como un árbol y ancho como un tonel, que llevaba un hacha de guerra enorme manchada de sangre. Se quitó el casco y me sonrió. Dijo algo, pero no lo oí. Sólo miraba sin podérmelo creer, y él aún sonrió más.

Era Steapa.

Steapa *Snotor*. Steapa el Listo, significaba el nombre, y se trataba de una broma, pues no era el más espabilado de los hombres, pero era un gran

guerrero que antaño fuera mi enemigo y después se convirtió en mi amigo. Ahora me sonreía desde la orilla y yo era incapaz de comprender qué hacía un guerrero sajón viajando en un barco vikingo. Y entonces me eché a llorar. Lloré porque era libre, y porque el rostro ancho, torvo y marcado de cicatrices de Steapa era la cosa más hermosa que había visto desde la última vez que estuve en aquella playa.

Salí a grandes zancadas del agua y lo abracé, y él me dio palmaditas en la espalda incómodo, y no podía parar de sonreír porque estaba contento.

—¿Eso os han hecho? —preguntó señalando mis grilletes de los pies.

—Los he llevado durante más de dos años —contesté.

—Separad las piernas, señor —contestó.

—¿Señor? —Sverri acababa de oír a Steapa y comprendió esa única palabra sajona. Se puso en pie y se acercó vacilante hacia nosotros—. ¿Eso os ha llamado? —me preguntó—. ¿Señor? —Me limité a quedarme mirándolo, y volvió a hincarse de hinojos—. ¿Quién sois vos? —preguntó asustado.

—¿Queréis que lo mate? —gruñó Steapa.

—Aún no —contesté.

—Os he mantenido con vida —dijo Sverri—. Os he alimentado.

Le señalé con un dedo.

—Cállate —le dije, y se calló.

—Separad las piernas, señor —me repitió Steapa—. Tensadme esa cadena.

Hice lo que me indicaba.

—Ten cuidado —le dije.

—¡Ten cuidado! —se burló, después levantó el hacha, y la pesada hoja silbó justo al lado de mi ingle, se estampó contra la cadena y los tobillos se me torcieron hacia dentro del golpe brutal, así que me tambaleé—. Estaos quieto —me ordenó Steapa, volvió a atizarle y esta vez la cadena se rompió—. Ya podéis caminar, señor —dijo Steapa, y podía, aunque aún me colgaban las cadenas de los tobillos.

Me acerqué a los muertos y elegí dos espadas.

—Libera a ese hombre —le dije a Steapa señalando a Finan, y Steapa siguió triturando cadenas y Finan llegó corriendo hasta mí, con una sonrisa de oreja a oreja, y los dos nos miramos, con los ojos encharcados por la alegría, y le tendí una espada.

Miró la espada por un instante, como si no creyera lo que veía, después la empuñó y aulló como un lobo en la noche. Luego me rodeó con sus brazos. Lloraba.

—Eres libre —le dije.

—Vuelvo a ser un guerrero —me dijo él—. ¡Soy Finan el Ágil!

—Y yo soy Uhtred —le dije, usando ese nombre por primera vez desde que abandonara años atrás esta misma playa—, y soy señor de Bebbanburg —me volví hacia Sverri, y la ira empezaba a bullir—. Soy el señor Uhtred —le dije—, el hombre que mató a Ubba Lothbrokson junto al mar y envió a Svein, el del Caballo Blanco, al banquete de los muertos. Soy Uhtred —ya estaba totalmente enfurecido. Acosé a Sverri y le levanté la cara con la punta de la espada—. Soy Uhtred —le dije—, y me vas a llamar señor.

—Sí, señor —repuso.

—Y éste es Finan de Irlanda —le dije—, y le vas a llamar señor.

Sverri miró a Finan, pero fue incapaz de sostenerle la mirada, y agachó los ojos.

—Señor —le dijo a Finan.

Quería cepillármelo allí mismo, pero tenía la impresión de que la utilidad de Sverri en este mundo aún no se había agotado por completo, así que me contenté con cogerle el cuchillo a Steapa, abrirle la túnica a Sverri y desnudar su hombro. Estaba temblando, esperaba que le rebanara el pescuezo, pero me limité a grabarle una S en la carne, y después le restregué arena por encima.

—Bueno, esclavo, dime —le pregunté—, ¿cómo me quito estos grilletes? —me señalé las cadenas con el cuchillo.

—Necesito herramientas de herrero, señor —contestó Sverri.

—Si quieres seguir vivo, Sverri, reza porque las encontremos.

Tenía que haber herramientas en el monasterio en ruinas, pues allí encadenaban los hombres de Kjartan a los esclavos, así que Steapa envió a dos hombres a investigar cómo liberarnos de las cadenas, y Finan se entretuvo despiezando a Hakka porque no le dejé que matara a Sverri. Los esclavos escoceses observaban maravillados cómo la sangre se arremolinaba en el mar junto al *Comerciante*. Finan bailó de alegría y cantó una de sus canciones salvajes; después se despachó al resto de la tripulación de Sverri.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté a Steapa.

—Fui enviado, señor —respondió orgullosamente.

—¿Enviado? ¿Quién te envió?

—Pues el rey, por supuesto —repuso.

—¿Te ha enviado Guthred?

—¿Guthred? —preguntó Steapa, confundido por el nombre, después sacudió la cabeza—. No, señor. Fue el rey Alfredo.

—¿Alfredo te ha enviado? —le pregunté; después me quedé con la boca abierta—. ¿Alfredo?

—Alfredo nos ha enviado —me confirmó.

—Pero estos hombres son daneses —y señalé a la tripulación que se había quedado en la playa con Steapa.

—Algunos son daneses —contestó Steapa—, pero la mayoría somos de Wessex. Nos ha enviado Alfredo.

—¿Alfredo os ha enviado? —volví a preguntar, y sabía que sonaba como un imbécil tarado, pero es que no me podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Alfredo ha enviado daneses?

—Una docena, señor —dijo Steapa—, pero sólo están aquí porque lo siguen a él —señaló al patrón del barco, con su casco alado, que regresaba a grandes zancadas a la playa—. Es el rehén —me contó Steapa como si eso lo explicara todo—, y Alfredo me ha enviado para asegurarse de que mantendrá su palabra. Yo lo vigilo.

¿El rehén? Entonces recordé de quién era el emblema de las alas de águila, y avancé a trompicones hasta el patrón, impedido por las cadenas de los tobillos, y el guerrero que se acercaba se quitó el casco alado y apenas pude verle la cara por las lágrimas. Pero fui capaz de gritar su nombre.

—¡Ragnar! —grité—. ¡Ragnar!

Se reía cuando llegó hasta mí. Me abrazó, me dio una vuelta, me abrazó una segunda vez y luego me apartó de un empujón.

—Apestas —me dijo—, eres el cabrón más feo, peludo y apestoso que he visto jamás. Tendría que arrojarte a los cangrejos, pero ¿cómo van a querer los cangrejos algo tan asqueroso?

Reía y lloraba.

—¿Te ha enviado Alfredo?

—Sí que me envió, sí, pero no habría venido de haber sabido que te habías convertido en un cagarro asqueroso —contestó. Me sonrió con ganas y me recordó a su padre, todo su buen humor y su fuerza. Volvió a abrazarme—. Me alegro de verte, Uhtred Ragnarson —contestó.

Los hombres de Ragnar habían hecho huir al resto de tropas de Sven. Sven mismo había huido a caballo, en dirección a Dunholm. Quemamos los corrales de esclavos, los liberamos, y aquella noche, a la luz de las vallas de juncos, me liberaron por fin de los grilletes. Durante los siguientes días levantaba los pies a una altura ridícula, porque me había acostumbrado a las cadenas de hierro.

Me lavé. Una esclava escocesa pelirroja me cortó el pelo, observada por Finan.

—Se llama Ethne —me dijo. Hablaba su lengua, o por lo menos se entendían, aunque a mí me pareció que por el modo en que se miraban los distintos idiomas no iban a ser un obstáculo. Ethne había encontrado a dos de los hombres que la habían violado entre los muertos de Sven, y cogió la espada prestada a Finan para mutilar los cuerpos, operación que Finan contempló orgulloso. Ahora empleaba unas tijeras de esquilar para cortarme el pelo y recortarme la barba, y después me puse un jubón de cuero, pantalones limpios y zapatos como era debido. Y luego comimos en el monasterio en ruinas, y yo me senté con Ragnar a escuchar el relato de mi rescate.

—Llevamos siguiéndoos todo el verano —me contó Ragnar.

—Os vimos.

—Imposible no vernos, no con ese casco. Menudo espanto de barco. Odio los cascos de pino. Se llama el *Dragón de fuego*, pero yo lo llamo *Aliento de gusano*. Me llevó un mes ponerlo a punto para zarpar. Pertenecía a uno de los muertos de Ethandun, y estaba pudriéndose en el Temes cuando nos lo dio Alfredo.

—¿Y por qué haría una cosa así Alfredo?

—Porque dice que le devolviste el trono en Ethandun —contestó Ragnar y sonrió maliciosamente—. Alfredo exageraba —prosiguió—, estoy convencido. Supongo que darías cuatro tumbos armando jaleo, pero conseguiste engañarlo.

—Bastante hice —respondí en voz baja, recordando la larga colina verde—. Pero pensaba que Alfredo no se había dado cuenta.

—Sí se dio, sí —contestó Ragnar—, pero no lo hizo sólo por ti. Se llevó de camino un convento.

—¿Se llevó qué?

—Se consiguió un convento nuevo. Dios sabe para qué lo querrá. Yo te habría cambiado por una casa de putas, pero Alfredo consiguió un convento

y parecía bastante satisfecho con el trueque.

Y ahí fue donde me enteré de la historia. No la escuché entera aquella noche, pero más tarde la recompuse y la voy a contar aquí. Todo empezó con Hild.

Guthred mantuvo su última promesa y la trató honorablemente. Le entregó mi espada y mi casco, dejó que guardara mi cota de malla y mis brazaletes, y le pidió que fuera la compañera de su nueva esposa, la reina Osburh, la sobrina sajona del rey destronado en Eoferwic. Pero Hild se culpaba de mi traición. Decidió que había ofendido a su dios por resistirse a regresar al convento, así que le suplicó a Guthred que la dejara volver a Wessex para reunirse con su orden. El quería que se quedara en Northumbria, pero ella le rogó y le dijo que Dios y san Cutberto se lo exigían, y Guthred siempre era receptivo a las peticiones de Cutberto. Así que le permitió acompañar a unos mensajeros que estaba enviando a Alfredo, y así Hild regresó a Wessex, y una vez allí fue en busca de Steapa, que siempre la había apreciado mucho.

—Me llevó a Fifhidan —me contó Steapa aquella noche cuando las vallas ardían bajo los muros en ruinas del monasterio de Gyrum.

—¿A Fifhidan?

—Y desenterramos vuestro tesoro —prosiguió Steapa—. Hild me enseñó dónde estaba y yo lo desenterré. Después se lo llevamos a Alfredo. Entero. Lo volcamos sobre el suelo y él se lo quedó mirando.

El tesoro era el arma de Hild. Le contó a Alfredo la historia de Guthred y cómo me había traicionado, y le prometió que si enviaba hombres a buscarme, ella usaría todo aquel oro y aquella plata en el suelo de su salón para construir una casa de Dios en la que ella se arrepentiría de sus pecados y viviría el resto de su vida como esposa de Cristo. Se pondría los grilletes de la Iglesia para romper mis cadenas de hierro.

—¿Se ha vuelto a meter monja? —le pregunté.

—Dijo que era lo que quería —contestó Steapa—. Dijo que Dios lo quería. Y Alfredo aceptó. Le dijo que sí.

—¿Así que Alfredo te liberó? —le pregunté a Ragnar.

—Espero que lo haga —contestó Ragnar— cuando te lleve de vuelta. Aún soy rehén, pero Alfredo me dijo que podía ir a buscarte si le prometía que regresaría. Y nos van a soltar a todos muy pronto. Guthrum no está dando guerra. Rey Æthelstan, se llama ahora.

—¿Está en Anglia Oriental?

—Allí está —confirmó Ragnar—, construyendo iglesias y monasterios.

—¿Así que se ha vuelto cristiano de verdad?

—El muy pringado es tan meapilas como Alfredo —respondió Ragnar sombrío—. Guthrum siempre ha sido un capullo crédulo. Pero Alfredo me hizo llamar. Me dijo que te buscara. Me permitió llevarme a los hombres que me servían en el exilio y Steapa buscó al resto de la tripulación. Son sajones, claro, pero reman bastante bien, los cabrones.

—Steapa me contó que venía contigo para vigilarte —le dije.

—¡Steapa! —Ragnar miró al otro lado de la hoguera que habíamos encendido en la nave del monasterio en ruinas—, lamentable pedazo de cagarro de armiño, ¿tú has dicho que estabas aquí para vigilarme?

—Pero así es, señor —contestó Steapa.

—Eres un pedazo de mierda. Pero peleas bien —Ragnar sonrió y volvió a mirarme—. Y yo estoy aquí para llevarte de vuelta a Alfredo.

Me quedé mirando el fuego, donde las tiras de juncos emitían una brillante luz roja.

—Thyra está en Dunholm —le dije—, y Kjartan sigue vivo.

—Y voy a ir a Dunholm en cuanto Alfredo me libere —contestó Ragnar—, pero primero tengo que llevarte a Wessex. Lo he jurado. He jurado que no vendría a romper la paz de Northumbria, sólo a recogerte. Y Alfredo se ha quedado con Brida, por supuesto —Brida era su mujer.

—¿Se la ha quedado?

—De rehén para que vuelva, supongo. Pero la soltará, y yo reuniré dinero y hombres y borraré Dunholm de la faz de la tierra.

—¿No tienes dinero?

—No suficiente.

Así que le hablé del hogar de Sverri en Jutlandia y del dinero que allí había, o que creíamos que había, y Ragnar pensó en ello, y yo pensé en Alfredo.

Yo no le gustaba a Alfredo. No le había gustado nunca. En ocasiones hasta me odiaba, pero le había hecho un buen servicio. Le había hecho un servicio magnífico, y había sido menos que generoso en su recompensa. Cinco pellejos, me había dado, mientras que yo había puesto en sus manos un reino. Con todo, ahora le debía mi libertad, y no comprendía por qué lo había hecho. Aparte, por supuesto, de porque Hild le había dado otra casa de oración, y eso le debió de encantar, así como su arrepentimiento, y

ambas cosas parecían tener cierto sentido. Con todo, me había rescatado, se había molestado en sacarme de la esclavitud, y decidí que después de todo era generoso. Pero también sabía que tendría que pagar un precio. Alfredo querría más que el alma de Hild y un convento nuevo. Me querría a mí.

—Confiaba en no tener que volver a ver Wessex nunca —le dije.

—Bueno, pues vas a volverlo a ver —contestó Ragnar—, porque he jurado que te iba a llevar. Además, no podemos quedarnos aquí.

—No —coincidí.

—Kjartan tendrá cien hombres aquí por la mañana.

—Doscientos —contesté.

—Así que tenemos que marcharnos —dijo. Después me miró nostálgico—. ¿Y dices que hay un tesoro en Jutlandia?

—Un gran tesoro —respondió Finan.

—Creemos que está enterrado en una cabaña de juncos —añadí—, guardado por una mujer y tres niños.

Ragnar miró por la puerta, donde unos destellos de hogueras se veían entre las casuchas construidas junto al fuerte romano.

—No puedo ir a Jutlandia —contestó en voz baja—. He jurado que te devolvería en cuanto te encontrara.

—Bueno, puede ir otro —le sugerí—. Ahora tienes dos barcos y Sverri revelará dónde está su tesoro si se le asusta lo suficiente.

Así que a la mañana siguiente Ragnar ordenó a sus doce daneses que se llevaran el *Comerciante*. Entregó el mando de la nave a Rollo, su mejor timonel; Finan suplicó ir con ellos, y la escocesa, Ethne, se marchó con Finan, que ahora vestía malla y casco, y llevaba una espada larga abrochada a la cintura. Sverri estaba encadenado a uno de los remos del *Comerciante*, y al partir vi a Finan azotándolo con el látigo que durante tantos meses había desollado nuestras espaldas.

El *Comerciante* se marchó, cruzamos el río con los esclavos y los soltamos en la orilla norte. Estaban asustados y no sabían qué hacer, así que les dimos un puñado de las monedas que sacamos de la caja de Sverri y les dijimos que siguieran caminando con el mar siempre a la derecha y que, con un poco de suerte, llegarían a casa. Probablemente serían capturados por la guarnición de Bebbanburg, y vueltos a vender, pero poco más podíamos hacer. Los dejamos, apartamos el barco rojo de la orilla y regresamos al mar.

Detrás de nosotros, donde los restos de nuestras hogueras humeaban en la colina de Gyruum, aparecieron jinetes con malla y cascos. Formaron una fila en la cima, y una columna galopó por las salinas hasta la orilla de guijarros, pero habían llegado muy tarde. La marea baja nos conducía a mar abierto, miré atrás y vi a los hombres de Kjartan. Supe que volvería a verlos, y el *Dragón de Fuego* dobló el recodo del río, los remos mordieron el agua y el sol deslumbró como puntas de lanza afiladas en las pequeñas olas, un águila nos sobrevoló y yo levanté los ojos al viento y lloré.

Lágrimas de alegría pura.

* * *

Nos llevó tres semanas alcanzar Lundene, donde pagamos plata a los daneses en concepto de peaje por remar río arriba, y después un par de días más hasta Readingum, donde varamos el *Dragón de Fuego* con el dinero de Sverri. Era otoño en Wessex, una época de nieblas y tierras en barbecho. Los halcones peregrinos habían regresado de dondequiera que fueran en los meses de verano, y las hojas de roble se volvían de un bronce templado por el viento.

Cabalgamos hasta Wintanceaster, pues allí nos contaron que tenía Alfredo la corte, pero el día que llegamos había partido hacia una de sus propiedades y no se le esperaba aquella noche; así que, cuando el sol se puso por entre los andamios de la gran iglesia que Alfredo estaba construyendo, dejé a Ragnar en la taberna Las Dos Grullas y caminé hasta la puerta norte de la ciudad. Tuve que pedir indicación y me señalaron un callejón largo lleno de surcos embarrados. En el callejón, bordeado a un lado por la empalizada de la ciudad y al otro por un muro de madera en el que había una puerta baja señalada con una cruz, hozaban dos cerdos. Una veintena de pedigüenos se arremolinaba en el barro y el estiércol fuera de la puerta. Iban en harapos. Algunos habían perdido brazos o piernas, y muchos estaban cubiertos de llagas. Había una mujer ciega con un niño con cicatrices. Todos se apartaron nerviosos cuando me acerqué.

Llamé a la puerta y esperé. Estaba a punto de llamar otra vez cuando una pequeña mirilla se abrió, expliqué qué hacía allí, la mirilla se cerró de un golpe, y volví a esperar. El niño con cicatrices lloró y la ciega me tendió un cuenco de monedas. Un gato caminaba por encima de la muralla y una

bandada de estorninos voló hacia el oeste. Dos mujeres con pesadas cargas de leña atadas a la espalda pasaron junto a mí, y tras ellas, un hombre con una vaca. Agachó la cabeza en deferencia hacia mí, pues yo volvía a parecer un señor.

Estaba vestido con cuero, y llevaba una espada colgada del cinto, aunque no era *Hálito-de-serpiente*. Me sujetaba la capa negra al cuello con un pesado broche de plata y ámbar que quité a uno de los tripulantes de Sverri, y aquel broche era mi única joya, pues no lucía brazaletes.

Después recorrieron el pestillo de la puerta baja y se abrió hacia dentro sobre sus bisagras de piel, y una mujer menuda me indicó que entrara. Me agaché, cerró la puerta, y me condujo a través de un pedazo de hierba, deteniéndose allí para permitirme limpiarme el estiércol de las botas antes de llevarme a una iglesia. Me hizo pasar dentro, después se detuvo otra vez para arrodillarse hacia el altar. Murmuró una oración y me señaló que cruzara otra puerta, hasta una estancia desnuda con paredes hechas de juncos y barro. El único mobiliario eran dos taburetes, me invitó a sentarme en uno de ellos y abrió un postigo para que entrara la luz del atardecer. Un ratón se escabulló por el suelo, la menuda mujer chasqueó la lengua y me dejó a solas.

Volví a esperar. Un gallo cacareó en el tejado. De algún lugar cercano me llegaron los chorritos rítmicos de leche ordeñada en un cubo. Otra vaca, con las ubres llenas, esperaba pacientemente justo encima de la ventana abierta. El gallo volvió a cacarear, se abrió la puerta de nuevo, y entraron tres monjas. Dos de ellas se quedaron junto al muro más lejano, y la tercera me miró y empezó a llorar en silencio.

—Hild —le dije, y me puse en pie para abrazarla, pero ella interpuso una mano para que no la tocara. Siguió llorando, pero también sonreía, puso sus dos manos sobre el rostro y así se quedó un rato.

—Dios me ha perdonado —dijo hablando entre los dedos.

—Me alegro de ello —le dije.

Se secó las lágrimas, se apartó las manos del rostro y me indicó que volviera a tomar asiento. Se sentó enfrente de mí y durante un tiempo nos limitamos a mirarnos y pensé en cuánto la había echado de menos, no como amante sino como amiga. Quería abrazarla, y quizá lo presintiera porque se sentó muy rígida y me dijo en tono formal.

—Ahora soy la abadesa Hildegryth —me informó.

—Había olvidado que tu auténtico nombre es Hildegryth —le dije.

—Y mi corazón se alegra de verte —me contestó remilgadamente. Iba vestida con un hábito gris igual que el de sus compañeras, ambas mujeres mayores. Los hábitos llevaban un cinto de cáñamo, y pesadas capas ocultaban su pelo. Del cuello de Hild colgaba una cruz de madera y la toqueteaba compulsivamente—. He rezado por ti.

—Y parece que tus oraciones han funcionado —contesté incómodo.

—Y te robé todo el dinero —me dijo con un punto de su antigua malicia.

—Te lo regalo —le contesté—. Gustoso.

Me habló del convento. Lo había construido con el dinero de Fifhidan y entonces albergaba seis mujeres y ocho laicas.

—Hemos dedicado nuestra vida a Cristo y a Hedda. ¿Sabes quién era Hedda?

—Nunca he oído hablar de ella —contesté.

Las dos monjas mayores, que hasta entonces me habían mirado con severa desaprobación, se echaron de repente a reír. Hild sonrió.

—Hedda era un santo —me corrigió con dulzura—, nació en Northumbria y fue el primer obispo de Wintanceaster. Se le recuerda como un hombre muy santo y muy bueno, y lo elegí porque tú también eres de Northumbria y fue tu generosidad involuntaria la que nos permitió construir esta casa en la ciudad en la que predicó san Hedda. Juramos rezarle cada día hasta que regresaras, y ahora le rezaremos cada día para darle gracias por responder a nuestras oraciones.

No dije nada porque no sabía qué decir. Recuerdo que pensé que la voz de Hild sonaba forzada, como si intentara convencerse a sí misma tanto como a mí de que era feliz y yo me había equivocado sobre eso. Era forzada porque mi presencia le trajo recuerdos desagradables, y con el tiempo supe que realmente era feliz. Era útil. Había hecho las paces con su dios y cuando murió fue recordada como una santa. No hace mucho tiempo, un obispo me lo contó todo sobre la muy bendita y sagrada santa Hildegyth, cómo había sido un ejemplo esplendoroso de castidad y caridad cristiana, y me vi pérfidamente tentado de contarle cómo en una época me revolqué con la santa sobre las flores primaverales, pero conseguí contenerme. Desde luego tenía razón sobre su caridad. Hild me contó que el objetivo del convento de san Hedda no era sólo rezar por mí, su benefactor, sino sanar a los enfermos.

—Estamos ocupadas todo el día —me contó— y toda la noche. Asistimos y atendemos a los pobres. No me cabe duda de que en la puerta hay algunos esperando justamente ahora.

—Sí, ahí están —contesté.

—Pues esas pobres gentes son nuestro objetivo —me dijo—, y nosotras somos sus sirvientas —me sonrió—. Cuéntame ahora lo que he rezado por escuchar. Cuéntame tus historias.

Así que se las conté, pero no todas, y le quité importancia al asunto de la esclavitud; sólo le dije que me habían encadenado y no podía escapar. Le conté los viajes, los extraños sitios y gentes que había visto. Le hablé de la tierra de hielo y fuego, de las grandes ballenas que surcaban el mar interminable, y del largo río que se enroscaba por una tierra de abedules y nieve perpetua, y terminé diciéndole que me alegraba de volver a ser un hombre libre y que le estaba agradecido por haberlo conseguido.

Hild permaneció callada cuando terminé. Aún se oía fuera caer la leche en el cubo. Un gorrión se posó en el alféizar, se atusó las plumas y salió volando. Hild había estado mirándome, como evaluando la veracidad de mis palabras.

—¿Fue duro? —preguntó al cabo de un rato. Estuve tentado de mentir, vacilé, pero después me encogí de hombros.

—Sí —respondí sin más.

—Pero ahora vuelves a ser el señor Uhtred —contestó—, y conservo tus posesiones —le hizo un gesto a una de las monjas, que abandonó la estancia—. Te lo hemos guardado todo —me dijo Hild alegremente.

—¿Todo? —pregunté.

—Menos el caballo —contestó arrepentida—. No me pude traer el caballo. ¿Cómo se llamaba? ¿*Witnere*?

—*Witnere* —confirmé—. Me temo que me lo robaron.

—¿Te lo robaron?

—Se lo quedó el señor Ivarr.

No dije nada porque la monja acababa de regresar transportando un buen montón de armas y la armadura. Tenía mi casco, mi pesada cota de malla y cuero, mis brazaletes, *Aguijón-de-avispa*, *Hálito-de-serpiente*; los dejó a mis pies y se me inundaron los ojos de lágrimas cuando me agaché y acaricié la empuñadura de mi espada.

—La cota de malla estaba dañada —me dijo Hild—, así que hicimos que uno de los armeros del rey la reparara.

—Gracias —contesté.

—He rezado —me dijo Hild— para que no te vengues del rey Guthred.

—Me hizo esclavo —repuse con sequedad. No podía apartar la mano de la espada. Había vivido tantos momentos de desesperación en los últimos dos años, momentos en los que pensaba que jamás volvería a tocar una espada nunca, no digamos *Hálito-de-serpiente*, y aun así allí estaba, mi mano la empuñaba con suavidad.

—Guthred hizo lo que creía mejor para su reino —me contestó Hild con severidad—, y es cristiano.

—Me hizo esclavo —contesté otra vez.

—Y debes perdonarle —repuso Hild forzadamente—, como yo he perdonado a los hombres que tanto daño me hicieron y Dios me ha perdonado a mí. Era una pecadora —prosiguió—, una gran pecadora, pero Dios me ha tocado, ha derramado su gracia sobre mí y me ha perdonado. Así que júrame que le perdonarás la vida a Guthred.

—No voy a hacer ningún juramento —respondí con sequedad, aún sosteniendo *Hálito-de-serpiente*.

—No eres un hombre malo —me dijo Hild—. Eso lo sé. Fuiste más amable conmigo de lo que merecí jamás. Dale el mismo trato a Guthred. Es un buen hombre.

—Lo recordaré cuando le vea —le contesté evasivamente.

—Y recuerda que se arrepintió de lo que hizo —repuso Hild—, y que lo hizo porque creía que le haría conservar su reino. Y recuerda también que ha entregado dinero a esta casa como penitencia. Necesitamos mucha plata. No hay escasez de pobres y enfermos, pero siempre la hay de limosnas.

Le sonreí. Después me puse en pie y me desabroché la espada que le había quitado a uno de los hombres de Sven en Gyruum, me solté el broche del cuello y dejé caer capa, broche y espada sobre los juncos.

—Puedes venderlos —le dije. Después, con gruñidos de esfuerzo, me puse mi antigua cota de malla, me abroché ambas espadas y recogí mi casco coronado por un lobo. La cota parecía monstruosamente pesada, pues hacía mucho que no vestía malla. También me quedaba grande, pues había adelgazado mucho durante los años que empujé el remo de Sverri. Me puse los brazaletes por las manos y miré a Hild—. Sí os juraré una cosa, abadesa Hildegryth —le dije. Levantó la mirada y vio al antiguo Uhtred, el señor

reluciente y guerrero de espada—. Sustentaré vuestra casa —le prometí—, recibiréis dinero de mí, prosperaréis y siempre gozaréis de mi protección.

Sonrió al oírme, después rebuscó en una bolsita que le colgaba del cinto y me tendió una pequeña cruz de plata.

—Este es mi regalo para vos —me dijo—, y rezo para que la reverenciéis como yo y aprendáis su lección. Nuestro Señor murió en la cruz por todos nuestros pecados, y no tengo ninguna duda, señor Uhtred, de que parte del dolor que sintió en su muerte fue causado por vuestros pecados.

Me entregó la cruz, nuestros dedos se rozaron, la miré a los ojos, y apartó la mano a toda prisa. Pero se puso colorada, y me miró con los párpados entornados. Por un instante vi a la antigua Hild, la Hild frágil y hermosa, pero luego se recompuso e intentó parecer severa.

—Ya podéis volver con Gisela —me dijo.

No la había mencionado y fingí que el nombre quería decir poco para mí.

—Estará casada, a estas alturas —repuse quitándole importancia—. Si es que sigue viva.

—Vivía cuando dejé Northumbria —repuso Hild—, aunque eso fue hace dieciocho meses. Entonces no se hablaba con su hermano, por lo que te había hecho. Pasé horas consolándola. Lloró muy amargamente y con mucha rabia. Una chica fuerte.

—Y casadera —repuse con dureza.

Hild sonrió con dulzura.

—Juró esperarte.

Me toqué la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*. Estaba tan lleno de esperanzas y tan agarrotado por el miedo. Gisela. En mi cabeza sabía que no casaba con los sueños enfebrecidos de un esclavo, pero no me la podía quitar de la cabeza.

—Ya lo mejor te está esperando —dijo Hild, y se apartó, brusca de repente—. Ahora tenemos oraciones que decir, gente que alimentar y cuerpos que sanar.

Y así me despidieron, y me agaché para salir por la puerta en el muro del convento al callejón embarrado. Dejaron pasar a los mendigos, y yo me quedé apoyado en el muro de madera con lágrimas en los ojos. La gente evitó el callejón, pues iba vestido para la guerra con mis dos espadas.

Gisela, pensé, Gisela. A lo mejor sí me había esperado, pero lo dudaba, pues era demasiado valiosa como vaca de la paz, pero sabía que regresaría al norte tan pronto como pudiera. Iría a por Gisela. Apreté la cruz de plata hasta que sentí las aristas hacerme daño en los callos que me había producido el remo de Sverri. Después desenvainé *Hálito-de-serpiente*, y vi que Hild había cuidado bien del arma. Brillaba con una leve pátina de grasa o lanolina, que había evitado que el acero labrado se oxidara. Levanté la espada hasta mis labios y besé la larga hoja.

—Tienes hombres que matar —le dije—, y venganzas que cumplir.

Y eso era precisamente lo que tenía que hacer.

* * *

Encontré espadero al día siguiente, y me dijo que estaba demasiado ocupado y que no podía atender mi trabajo hasta muchos días más tarde, y yo le contesté que o me hacía la tarea aquel día o no volvería a trabajar nunca más, así que al final llegamos a un acuerdo. Aceptó atenderme aquel día.

Hálito-de-serpiente es un arma maravillosa. Fue forjada por Ealdwulf, el herrero de Northumbria, y su hoja es mágica, flexible y fuerte, y cuando la terminó quise que decorara su empuñadura con plata o bronce, pero Ealdwulf se negó.

—Es una herramienta —me dijo—. Sólo una herramienta. Algo para que tu trabajo sea más sencillo.

Tenía empuñadura de madera de fresno, a ambos lados de la espiga, y con los años las tejas se habían desgastado y pulido. Una empuñadura tan gastada podía ser peligrosa.

Se podía resbalar de la mano, especialmente cuando le salpicaba sangre, así que le dije al espadero que quería unas tejas nuevas, que tuvieran buen agarre, y que la cruz de plata que Hild me había dado estuviera incrustada en la empuñadura.

—Lo haré, señor —me dijo.

—Hoy.

—Lo intentaré, señor —respondió débilmente.

—Y lo conseguirás —le dije—, y será un trabajo bien hecho —desenvainé *Hálito-de-serpiente* y la hoja relució en la habitación en

sombras cuando se la tendí frente al horno y las llamas rojas se reflejaron en su dibujo. Había sido forjada golpeando tres barras lisas y cuatro enroscadas en una sola hoja de metal. Fue calentada y golpeada, calentada y golpeada, y cuando estuvo lista, cuando las siete barras se convirtieron en una única veta salvaje de acero brillante, las curvas de las cuatro barras enroscadas quedaron en la hoja como dibujos fantasmales. De ahí salió su nombre, pues los dibujos parecían el aliento enroscado de un dragón.

—Es una buena espada, señor —me dijo el espadero.

—Es la espada que mató a Ubba junto al mar —repuse, acariciando el acero.

—Sí, señor —dijo. Había conseguido aterrorizarlo.

—El trabajo estará listo hoy —repetí, y dejé espada y vaina sobre las quemaduras que el fuego había dejado en su banco de trabajo. Puse la cruz de Hild en la empuñadura, y añadí una moneda de plata. Ya no era rico, pero tampoco era pobre, y con la ayuda de *Hálito-de-serpiente* y de *Aguijón-de-avispa*, volvería otra vez a conseguir riquezas.

Era un encantador día de otoño. El sol brillaba, y hacía relucir la nueva iglesia de madera de Alfredo como el oro.

Ragnar y yo esperábamos al rey, y nos sentamos en la hierba recién segada de un patio, y Ragnar observó a un monje cargar con una pila de pergaminos hacia el *scriptorium* real.

—Aquí todo está escrito —dijo—. ¡Todo! ¿Tú sabes leer?

—Leer y escribir.

Eso le impresionó.

—¿Es útil?

—A mí nunca me ha resultado muy útil —admití.

—¿Y por qué lo hacen? —se preguntó.

—Su religión está escrita —le dije—, la nuestra no.

—¿Una religión escrita? —eso lo dejó perplejo.

—Tienen un libro —le conté—. Y ahí está todo.

—¿Y por qué necesitan que esté escrita?

—No lo sé. Es así y ya está. Y, por supuesto, escriben las leyes. A Alfredo le encanta hacer leyes nuevas, y todas tienen que estar escritas en libros.

—Si un hombre no es capaz de recordar las leyes —repuso Ragnar—, entonces es que hay demasiadas.

Los gritos de unos niños nos interrumpieron, o más bien el berrido ofendido de un niño y la risa burlona de una niña, y un instante después la niña apareció por la esquina. Parecía tener nueve o diez años, tenía el pelo dorado tan reluciente como el sol, y llevaba un caballito de madera que era claramente propiedad del niño pequeño que la seguía. La niña, sujetando el caballito como un trofeo, corrió por la hierba. Tiraba del potro, delgada y feliz, mientras que el niño, tres o cuatro años menor, era más robusto y tenía un aspecto infeliz. No tenía ninguna oportunidad de alcanzar a la niña, pues era mucho más rápida, pero me vio, se le abrieron los ojos como platos y se detuvo frente a nosotros. El chico la alcanzó, pero le fascinábamos demasiado Ragnar y yo para intentar recuperar su caballo de madera. Un aya, con la cara roja y jadeando, apareció por la esquina y gritó los nombres de los niños.

—¡Eduardo! ¡Æthelflaed!

—¡Eres tú! —dijo Æthelflaed, mirándome encantada.

—Soy yo —le dije, y me puse en pie porque Æthelflaed era hija de un rey y Eduardo era el *Ætheling*, el príncipe que podría gobernar en Wessex cuando Alfredo, su padre, muriera.

—¿Dónde has estado? —quiso saber Æthelflaed, como si hiciera un par de semanas que no me veía.

—He estado en las tierras de los gigantes —contesté— y en lugares donde el fuego corre como el agua y las montañas son de hielo, y donde las hermanas no son nunca, nunca, malas con sus hermanitos.

—¿Nunca? —preguntó sonriendo.

—¡Quiero mi caballo! —insistió Eduardo, e intentó arrebatárselo, pero Æthelflaed lo sostuvo fuera de su alcance.

—Nunca uses la fuerza para obtener algo de una chica —le dijo Ragnar a Eduardo—, cuando puedes obtenerlo con astucia.

—¿Astucia? —Eduardo frunció el ceño, evidentemente poco familiarizado con la palabra.

Ragnar miró inquisidor a Æthelflaed.

—¿Tiene hambre el caballo?

—No —sabía que estaban jugando y quería ver si podía ganar.

—Pero supón que uso magia —le sugirió Ragnar—, y hago que coma hierba.

—No puedes.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó él—. He estado en sitios donde los caballos de madera pastan cada mañana, y cada noche la hierba crece hasta el cielo y cada día los caballos de madera se la vuelven a comer entera.

—No, no hacen nada de eso —contestó, sonriendo.

—Y si digo las palabras mágicas —prosiguió Ragnar—, tu caballo se comerá la hierba.

—Es mi caballo —insistió Eduardo.

—¿Palabras mágicas? —Æthelflaed estaba ahora interesada.

—Tienes que poner el caballo en la hierba —dijo Ragnar.

Ella me miró a mí, quería que le diera seguridad, pero yo me limité a encogerme de hombros, así que volvió a mirar a Ragnar, que estaba muy serio, y decidió que tenía ganas de ver magia, así que colocó con cuidado el caballo de madera junto a un montón de hierba cortada.

—¿Y ahora? —preguntó expectante.

—Tienes que cerrar los ojos —le dijo Ragnar—, y dar tres vueltas muy rápidas, y luego gritar «Havacar» muy fuerte.

—¿Havacar?

—¡Cuidado! —la avisó, como preocupado—. Las palabras mágicas no se pueden decir a la ligera.

Así que cerró los ojos, dio tres vueltas, y, mientras lo hacía, Ragnar señaló el caballo a Eduardo, que lo agarró y se marchó corriendo con el aya, y para cuando Æthelflaed empezó a tambalearse por el mareo y gritó la palabra mágica, el caballo había desaparecido.

—¡Has hecho trampa! —acusó a Ragnar.

—Pero has aprendido una lección —le dije, poniéndome en cuclillas a su lado como para contarle un secreto. Me agaché y le susurré al oído—. Jamás confíes en un danés.

Eso la hizo sonreír. Habíamos pasado mucho tiempo juntos durante el largo y húmedo invierno en que su familia era fugitiva en los pantanos de Sumorsaete, y en aquellos meses desesperados aprendió a apreciarme y yo a apreciarla a ella. Levantó una mano y me tocó la nariz.

—¿Cómo te ha pasado eso?

—Un hombre me rompió la nariz —le dije. Había sido Hakka, me había atizado en el *Comerciante* porque pensaba que estaba eludiendo el remo.

—Está torcida —me dijo.

—Así puedo oler cosas torcidas.

—¿Qué le pasó al hombre que te la rompió?

—Está muerto —le dije.

—Bien —me contó—. Me voy a casar.

—¿Te vas a casar? —pregunté.

—Con Æthelred de Mercia —me contestó orgullosa; después puso mala cara al ver por un instante mi expresión de disgusto.

—¿Con mi primo? —le pregunté, intentando fingir agrado.

—¿Æthelred es tu primo? —preguntó.

—Sí.

—Pues yo voy a ser su mujer —me dijo—, y voy a vivir en Mercia. ¿Has estado en Mercia?

—Sí.

—¿Es bonito?

—Te gustará —le dije, aunque dudaba de que le fuera a gustar, desde luego no casada con el pedante y estirado de mi primo, pero eso no se lo podía decir.

Frunció el ceño.

—¿Æthelred se hurga la nariz?

—No creo.

—Eduardo sí —me dijo—, y después se come los mocos.

Qué asco —se inclinó hacia delante, me dio un impulsivo beso en la nariz rota y salió corriendo con su aya.

—Una niña muy guapa —dijo Ragnar.

—Que van a desperdiciar con mi primo —contesté.

—¿Desperdiciar?

—Es un mierdecilla engreído que se llama Æthelred —le conté. Había llevado hombres a Ethandun, pocos, pero los suficientes como para caerle en gracia a Alfredo—. La idea es —le conté— que sea *ealdorman* de Mercia cuando su padre muera, y la hija de Alfredo será su esposa, de modo que Mercia y Wessex estarán ligadas.

Ragnar sacudió la cabeza.

—Hay demasiados daneses en Mercia. Los sajones no volverán a gobernar allí.

—Alfredo no desperdiciaría a su hija en Mercia —contesté—, si no creyera que hay algo que ganar.

—Para ganar —repuso Ragnar—, hay que ser arrojado. No se escriben las cosas y se gana, hay que asumir riesgos. Alfredo es demasiado

cauteloso.

Medio sonreí.

—¿Crees realmente que es cauteloso?

—Pues claro que lo es —respondió Ragnar en tono de burla.

—No siempre —contesté; después me detuve, preguntándome si tendría que decir lo que estaba pensando.

Mi vacilación provocó a Ragnar. Sabía que ocultaba algo.

—¿Qué? —quiso saber.

Seguía sin estar muy seguro, pero luego decidí que no podía hacer ningún daño contar una vieja historia.

—¿Recuerdas aquel invierno en Cippanhamm? —le pregunté—. ¿Cuándo estaba allí Guthrum y creíais que Wessex había caído, cuando bebimos juntos en la iglesia?

—Claro que lo recuerdo, sí.

Había sido el invierno que Guthrum invadió Wessex, y parecía que Guthrum había ganado la guerra, pues el ejército sajón estaba desperdigado. Algunos de los *thane* huyeron al extranjero, muchos firmaron la paz con Guthrum, y Alfredo se vio obligado a ocultarse en los pantanos de Sumorsaete. Con todo, Alfredo, aunque había sido derrotado, no se había quebrado, e insistió en disfrazarse de arpista y acercarse en secreto a Cippanhamm para espiar a los daneses. Aquello por poco termina en desastre, pues Alfredo no poseía astucia de espía. Lo rescaté aquella noche, la misma noche que encontré a Ragnar en la iglesia real.

—¿Y te acuerdas —proseguí— que tenía un sirviente conmigo y que se sentó al final de la iglesia con una capucha en la cabeza y que yo le ordené que se callara?

Ragnar frunció el ceño, intentando recordar la noche; después asintió.

—Sí, es verdad.

—Pues no era ningún sirviente —le dije—, era Alfredo.

Ragnar se me quedó mirando. En su cabeza casaron las piezas y reparó en que le había mentado, y comprendió que, de haber sabido que el sirviente encapuchado era Alfredo, habría ganado todo Wessex para los daneses aquella misma noche. Por un momento me arrepentí de habérselo contado, porque pensaba que se enfadaría, pero luego estalló en carcajadas.

—¿Ése era Alfredo? ¿En serio?

—Fue a espiaros —le dije—, y yo a rescatarlo a él.

—¿Alfredo? ¿En el campamento de Guthrum?

—Corre riesgos —le dije, regresando a nuestra charla sobre Mercia. Pero Ragnar seguía pensando en aquella noche fría.

—¿Por qué no me lo dijiste? —quiso saber.

—Porque le había dado mi juramento.

—Te habríamos hecho más rico que a nadie —contestó Ragnar—. Te habríamos dado barcos, hombres, caballos, plata, mujeres, ¡cualquier cosa! Lo único que tenías que hacer era hablar.

—Le había dado mi juramento —repetí, y recordé lo cerca que estuve de traicionar a Alfredo. Qué tentado me vi de contar la verdad. Aquella noche, con un puñado de palabras, me habría podido asegurar de que ningún sajón volviera a reinar en Inglaterra. Podría haber convertido Wessex en un reino danés. Habría conseguido todo eso traicionando a un hombre que no apreciaba demasiado para otro que amaba como a un hermano, y aun así, guardé silencio. Había prestado un juramento y el honor nos liga a caminos que quizá no escogeríamos de otro modo—. *Wýrd bid ful arced* —dije.

El destino es inexorable. Nos sujeta como un arnés. Pensaba que había escapado de Wessex y de Alfredo, y allí estaba, de vuelta en su palacio, cuando regresó aquella tarde con un repicar de cascos y el ruido que armaban sirvientes, monjes y curas. Dos hombres llevaron la ropa de cama de vuelta a su estancia, un monje cargaba con una carretilla llena hasta arriba de documentos que Alfredo había necesitado evidentemente en su único día de ausencia. Un cura se apresuraba con un paño de altar y un crucifijo, mientras otros dos transportaban las reliquias que siempre acompañaban a Alfredo en todos sus viajes. Después llegó un grupo de los guardaespaldas del rey, los únicos hombres a los que se les permitía transportar armas en las dependencias reales, y después más curas, todos parloteando, y entre ellos, Alfredo. No había cambiado. Aún tenía pinta de escribano, delgado, pálido e intelectual. Un cura hablaba con él con urgencia y él asentía mientras escuchaba. Iba vestido con sencillez, la capa negra le hacía parecer también un clérigo. No llevaba el aro real, sólo un gorro de lana. Tomaba de la mano a Æthelflaed y, reparé, Æthelflaed volvía a tener el caballo de su hermano. Saltaba a la pata coja en lugar de caminar, lo que significaba que iba apartando a su padre del cura, pero Alfredo se lo consentía, pues siempre quiso mucho a sus hijos. Después tiró de él a propósito, intentando acercarlo a la hierba, donde Ragnar y yo nos habíamos puesto en pie para darle la bienvenida, y al final se rindió a ella.

Ragnar y yo nos arrodillamos. Yo mantuve la cabeza gacha.

—Uhtred tiene la nariz rota —le contó Æthelflaed a su padre—, y el hombre que lo hizo está muerto.

Una mano real me tocó levemente la cabeza, la levanté, y vi el pálido y estrecho rostro de ojos inteligentes. Estaba demacrado. Supongo que estaría sufriendo otro ataque del dolor de tripas que convertía su vida en una agonía perpetua. Me miró con su acostumbrada severidad, pero consiguió sonreír.

—Pensé que jamás volvería a veros, señor Uhtred.

—Os debo las gracias, señor —contesté humildemente—, así que gracias.

—Poneos en pie —dijo, ambos nos incorporamos y Alfredo miró a Ragnar—. Voy a liberaros pronto, señor Ragnar.

—Gracias, señor.

—En una semana estaremos de celebración. Nuestra nueva iglesia ha sido terminada, y vamos a prometer formalmente a esta señorita con el señor Æthelred. He convocado al *witan*, y me gustaría que ambos os quedarais hasta que terminen las deliberaciones.

—Sí, señor —contesté. En verdad, lo único que quería era regresar a Northumbria, pero estaba en deuda con Alfredo y podía esperar un par de semanas.

—Y para entonces —prosiguió—, puede que haya ciertos asuntos —se detuvo, como temiendo haber dicho demasiado—, asuntos —repitió vagamente—, en los que podríais serme de utilidad.

—Sí, señor —contesté, asintió y se marchó.

Así que esperamos. La ciudad se llenó de gente a la espera de las celebraciones. Era una época de reuniones. Todos los hombres que habían dirigido el ejército de Alfredo en Ethandun estaban allí, y me saludaron con placer. Wiglaf de Sumorsaete, Harald de Defnascir, Osric de Wiltunscir y Arnulf de Suth Sæxa, todos vinieron a Wintanceaster. Ahora eran los hombres poderosos del reino, los grandes señores, los hombres que se habían aliado con su rey cuando parecía condenado. Pero Alfredo no había castigado a los que huyeron de Wessex. Wilfrith seguía siendo *ealdorman* de Hamptonscir, aunque había huido al reino de los francos para escapar del ataque de Guthrum, pero seguía habiendo una división invisible entre los que se habían quedado a pelear y los que habían huido.

La ciudad se llenó también de juglares. Estaban los habituales malabaristas y zancudos, los cuentacuentos y los músicos, pero el que más éxito tenía era un adusto mercio llamado Offa que viajaba con una jauría de perros titiriteros. Eran terriers, el tipo que la mayoría de hombres sólo usa para cazar ratas, pero Offa los hacía bailar, caminar sobre sus patas traseras y saltar a través de aros. Uno de los perros hasta montaba un poni, agarrándole las riendas con la boca, y los demás lo seguían con cubitos de cuero para recoger monedas de la gente. Para mi sorpresa, Offa fue invitado a palacio. Me sorprendió porque Alfredo no era amante de frivolidades. Su idea de pasar un buen rato era discutir de teología, pero hizo llamar a los perros a palacio, y supuse que sería para divertir a sus hijos. Tanto Ragnar como yo asistimos al espectáculo, y fue allí donde me encontró el padre Beocca.

Pobre Beocca. Lloraba de contento porque seguía vivo. Su pelo, que siempre había sido rojo, estaba ahora muy encanecido. Tenía más de cuarenta años, era un anciano, y el ojo bizco se le había vuelto lechoso. Cojeaba y tenía la mano izquierda paralizada, defectos por los que los hombres se burlaban de él, aunque ninguno en mi presencia. Beocca me conocía desde que era niño, pues había sido el cura de misa de mi padre y mi tutor cuando niño, y tan pronto me adoraba como me detestaba, pero siempre fue mi amigo. También era un buen cura, un hombre inteligente y uno de los capellanes de Alfredo, y estaba muy contento al servicio del rey. Entonces estaba loco de alegría y me sonreía con lágrimas en los ojos.

—Estás vivo —me dijo, abrazándome con torpeza.

—Soy un hombre difícil de matar, padre.

—Desde luego, desde luego —dijo—, pero eras un chiquillo débil.

—¿Yo?

—El pequeño de la camada, decía siempre tu padre. Después empezaste a crecer.

—Y no he parado todavía, ¿eh?

—¡Pero qué listos! —exclamó Beocca observando a dos perros caminar sobre dos patas—. Me encantan los perros —prosiguió—, y tendrías que hablar con Offa.

—¿Con Offa? —pregunté mientras miraba al mercio, que controlaba a sus perros con chasquidos de los dedos y silbidos.

—Ha estado en Bebbanburg este verano —dijo Beocca—. Me cuenta que tu tío ha reconstruido la casa. Es más grande de lo que era. Y Gytha ha

muerto. Pobre Gytha —se persignó—, era una buena mujer.

Gytha era mi madrastra, y tras morir mi padre en Eoferwic, se casó con mi tío, así que era cómplice en su usurpación de Bebbanburg. No dije nada de su muerte, pero tras la actuación, cuando Offa y las dos mujeres que lo ayudaban recogían y amarraban a los perros, fui a buscar al mercio y le dije que quería hablar con él.

Era un tipo extraño. Alto como yo, lúgubre, educado y, lo más extraño de todo, cura cristiano. En realidad era el padre Offa.

—Pero me aburrí de la Iglesia —me dijo en las Dos Grullas, donde le pedí una jarra de cerveza—, y me aburrí de mi mujer. Me aburrí mucho de mi mujer.

—¿Así que te marchaste por la puerta?

—Y me habría marchado por la ventana —contestó—, y por la chimenea si Dios me hubiese dado alas.

Llevaba una docena de años viajando, recorriendo tierras sajonas y danesas en Gran Bretaña, y era bien recibido en todas partes porque proporcionaba risa, aunque era de conversación más bien tristona. Pero Beocca tenía razón. Offa había estado en Northumbria y estaba claro que había andado bien atento. Tan atento que comprendí por qué Alfredo había invitado a los perros a palacio. Offa era claramente uno de los espías que traían noticias de Gran Bretaña a la corte sajona.

—Bueno, cuéntame qué pasa en Northumbria —le invité.

Hizo una mueca y miró las vigas del techo. Era costumbre de los parroquianos de las Dos Grullas marcar una muesca en las vigas cada vez que contrataban los servicios de las putas de la taberna, y Offa parecía estar contando los cortes, una tarea que podría llevar una eternidad, y luego me miró con mala cara.

—Las noticias, señor —me dijo—, son un bien, como la cerveza, las pieles o los servicios de las putas. Se compran y se venden —esperó hasta que puse sobre la mesa una moneda entre nosotros, después miró la moneda y se limitó a bostezar, así que añadí otro chelín junto al primero—. ¿Por dónde queréis que empiece?

—El norte.

Escocia estaba tranquila, me dijo. El rey Aed tenía una fístula y eso lo había distraído, aunque por supuesto seguían teniendo lugar asaltos al ganado en Northumbria, donde mi tío, Ælfric el Usurpador, se hacía llamar ahora Señor de Bernicia.

—¿Quiere ser rey de Bernicia? —pregunté.

—Quiere que lo dejen en paz —contestó Offa—. No ofende a nadie, amasa dinero, reconoce a Guthred como rey y mantiene sus espadas afiladas. No es ningún imbécil. Agradece los asentamientos daneses porque ofrecen protección contra los escoceses, pero no permite que ningún danés entre en Bebbanburg a menos que confíe en ellos. Mantiene la fortaleza a salvo.

—¿Pero quiere ser rey? —insistí.

—Sé lo que hace —repuso Offa con mala leche—, pero lo que quiere es una cosa entre Ælfric y su dios.

—¿Su hijo vive?

—Ahora tiene dos hijos, ambos jóvenes, pero su esposa ha muerto.

—Eso he oído.

—Al mayor le gustaron mis perros y quiso que su padre me los comprara, pero le dije que no.

Pocas noticias más tenía de Bebbanburg, aparte de que la casa era más grande y, por desgracia, la muralla exterior y la puerta baja eran ahora más altas y fuertes. Le pregunté si él y sus perros eran bienvenidos en Dunholm y me miró con muy mala cara y se persignó.

—Ningún hombre va por su propia voluntad a Dunholm —contestó Offa—. Vuestro tío me ofreció escolta en tierras de Kjartan y me dio una alegría.

—¿Así que Kjartan prospera? —pregunté con amargura.

—Se extiende como un laurel verde —repuso Offa, y tras percatarse de mi confusión, amplió la respuesta—. Prospera, roba, viola, mata y acecha desde Dunholm. Pero su influencia es mayor, mucho mayor. Tiene dinero y lo usa para comprar amigos. Si un danés se queja de Guthred, podéis estar seguro de que ha aceptado el dinero de Kjartan.

—Pensaba que Kjartan había accedido a pagarle un tributo a Guthred.

—Lo pagó un año. Desde entonces, el buen rey Guthred ha tenido que apañárselas sin el tributo.

—¿El buen rey Guthred? —le pregunté.

—Así le llaman en Eoferwic —contestó Offa—, pero sólo los cristianos. Los daneses lo consideran un crédulo insensato.

—¿Porque es cristiano?

—¿Es cristiano? —se preguntó Offa—. Eso dice, y va a la iglesia, pero yo sospecho que sigue creyendo en los antiguos dioses. No, a los daneses

no les gusta porque favorece a los cristianos. Intentó imponer un impuesto para la Iglesia en los daneses. No fue una idea demasiado brillante.

—¿Y cuánto le queda entonces al Buen Rey Guthred? —pregunté.

—Cobro más por profetizar —repuso Offa—, basándome en el principio de que lo inútil debe ser caro. No saqué dinero de mi bolsa.

—¿Y qué pasa con Ivarr? —le pregunté.

—¿Qué le pasa?

—¿Sigue reconociendo a Guthred como rey?

—Por el momento —repuso Offa cautelosamente—, pero el conde Ivarr vuelve a ser el hombre más poderoso de Northumbria. Aceptó dinero de Kjartan, tengo entendido, y lo ha usado para reunir hombres.

—¿Reunir hombres para qué?

—¿Y a vos qué os parece? —preguntó Offa sarcástico.

—¿Para poner a su propio hombre en el trono?

—Eso parecería —dijo Offa—, pero Guthred también tiene ejército.

—¿Un ejército sajón?

—Un ejército cristiano. Sobre todo sajón.

—¿Así que se cuece una guerra civil?

—En Northumbria —contestó Offa— siempre se cuece una guerra civil.

—E Ivarr vencerá —contesté—, porque es despiadado.

—Es más cauteloso que antes —contestó Offa—. Eso se lo enseñó Aed hace tres años. Pero con el tiempo, sí, atacará. Cuando esté seguro de que va a vencer.

—Así que Guthred —le dije—, tiene que matar a Ivarr y a Kjartan.

—Lo que los reyes tienen que hacer, señor, está más allá de mi humilde competencia. Yo enseño a bailar a los perros, no a gobernar a los hombres. ¿Deseáis saber más sobre Mercia?

—Deseo saber sobre la hermana de Guthred.

Offa medio sonrió.

—¡Ésa! Es monja.

—¡Gisela! —estaba conmovido—. ¿Monja? ¿Se ha vuelto cristiana?

—Lo dudo mucho —repuso Offa—, pero meterse en un convento la protege.

—¿De quién?

—De Kjartan. Quería a la chica como esposa para su hijo.

Eso me sorprendió.

—Pero si Kjartan odia a Guthred —le dije.

—Pero aun así le pareció que la hermana de Guthred era una esposa adecuada para el tuerto de su hijo —dijo Offa—. Sospecho que quiere que el hijo sea rey de Eoferwic algún día, y casarse con la hermana de Guthred le ayudaría en esa ambición. Sea lo que sea, envió hombres a Eoferwic y le ofreció a Guthred dinero, paz y la promesa de que dejaría de molestar a los cristianos, y creo que Guthred se vio medio tentado.

—¿Y cómo es posible eso?

—Porque un hombre desesperado necesita aliados. Quizá durante uno o dos días, Guthred soñara con separar a Ivarr y a Kjartan. Desde luego necesita dinero, y Guthred tiene la desgracia de creerse siempre lo mejor de la otra gente. Su hermana no carga con ideas tan caritativas, y no pensaba pasar por ahí. Se fugó a un convento.

—¿Cuándo fue eso?

—El año pasado. Kjartan se tomó el rechazo como otro insulto y ha amenazado con dejar que sus hombres la violen uno por uno.

—¿Está aún en el convento?

—Allí estaba cuando me marché de Eoferwic. Pero ahí está a salvo de casarse. A lo mejor no le gustan los hombres. A muchas monjas no les gustan. Pero dudo de que su hermano la deje allí mucho más tiempo. Es demasiado útil como vaca de la paz.

—¿Para casarse con el hijo de Kjartan? —pregunté con desdén.

—Eso no va a pasar —dijo Offa. Se sirvió más cerveza—. El padre Hrothweard, ¿sabéis quién es?

—Un hombre muy desagradable —contesté, recordando como había levantado a la turba en Eoferwic para asesinar a los daneses.

—Hrothweard es una criatura extremadamente desagradable —coincidió Offa con un raro entusiasmo—. Fue el que sugirió el impuesto de la iglesia para los daneses. También ha sugerido que la hermana de Guthred sea la nueva esposa de vuestro tío, y esa idea probablemente tiene muchos atractivos para Guthred. Ælfric necesita esposa, y si estuviera dispuesto a enviar a sus lanceros al sur, aumentaría una barbaridad la fuerza de Guthred.

—Dejaría Bebbanburg sin protección —contesté.

—Sesenta hombres pueden defender Bebbanburg hasta el día del Juicio —descartó Offa mi comentario—. Guthred necesita un ejército más

grande, y doscientos hombres de Bebbanburg serían una bendición de Dios, y desde luego valen una hermana. Ojo, que Ivarr hará lo que sea por detener el matrimonio. No quiere que los sajones del norte de Northumbria se unan con los cristianos de Eoferwic. Así que, señor —empujó su banco hacia atrás como para indicar que la confidencia podía terminar—, Gran Bretaña está en paz, salvo por Northumbria, donde Guthred tiene problemas.

—¿No hay problemas en Mercia? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Nada fuera de lo corriente.

—¿Anglia Oriental?

—Ningún problema —dijo tras vacilar, pero me di cuenta de que la pausa había sido deliberada, un cebo, así que esperé. Offa me miró inocentemente; suspiré, saqué otra moneda de la bolsa y la coloqué encima de la mesa. La hizo sonar para asegurarse de que la plata era buena—. El rey Æthelstan —dijo—, antes Guthrum, está negociando con Alfredo. Alfredo no cree que yo esté al tanto, pero lo estoy. Se están dividiendo Inglaterra.

—¿Se están dividiendo Inglaterra? ¡Pero si no es suya!

—Los daneses se quedarán con Northumbria, Anglia Oriental y el noreste de Mercia. Wessex ganará el suroeste de Mercia.

Me lo quedé mirando.

—Alfredo no accederá —contesté.

—Lo hará.

—Quiere toda Inglaterra —protesté.

—Quiere que Wessex esté a salvo —contestó Offa, mientras daba vueltas a la moneda en la mesa.

—¿Así que accederá a entregar media Inglaterra? —le pregunté incrédulo.

Offa sonrió.

—Pensad en ello de este modo, señor—me dijo—. En Wessex no hay daneses, pero donde los daneses gobiernan hay muchos sajones. Si los daneses acceden a no atacar a Alfredo, él se sentirá a salvo. Pero, ¿cómo van a sentirse a salvo los daneses? Aunque Alfredo acceda a no atacarlos, siguen teniendo miles de sajones en sus tierras, y esos sajones pueden alzarse contra ellos en cualquier momento, especialmente si son animados por Wessex. El rey Æthelstan firmará el tratado con Alfredo, pero no valdrá ni lo que el pergamino sobre el que está escrito.

—¿Quieres decir que Alfredo romperá el tratado?

—No abiertamente, no. Pero animará a la revuelta sajona, apoyará a los cristianos, fomentará los problemas, y mientras dirá sus oraciones y jurará amistad eterna al enemigo. Todos pensáis en Alfredo como en un estudioso pío, pero su ambición abraza toda la tierra desde aquí a Escocia. Lo veis rezar. Yo lo veo soñar. Enviará misioneros a los daneses, y todos seguiréis pensando que es lo único que saben hacer, pero cada vez que un sajón mate a un danés, será Alfredo el que haya proporcionado el arma.

—No —le dije—. No Alfredo. Su dios no le permite ser traicionero.

—¿Qué sabréis vos del dios de Alfredo? —preguntó Offa con desdén, después cerró los ojos—. «Yavé, nuestro Dios, nos entregó al enemigo —entonó—, y le derrotamos a él, a sus hijos y a todo su pueblo» —Abrió los ojos—. Ésas son las acciones del dios de Alfredo, señor Uhtred. ¿Queréis más de las sagradas escrituras? «Y Yavé, tu Dios, te entregue a tus enemigos, y tú los derrotes, los darás al anatema» —Offa puso una mueca—. Alfredo cree en las promesas de Dios, y sueña con una tierra libre de paganos, una tierra en la que el enemigo sea completamente destruido, donde sólo vivan cristianos de Dios. Si hay algún hombre a quien temer en la isla de Gran Bretaña, señor Uhtred, ese hombre es el rey Alfredo —se puso en pie—. Tengo que asegurarme de que esas entupidas mujeres han dado de comer a mis perros.

Lo observé marcharse y pensé que era un hombre inteligente que había malinterpretado a Alfredo.

Que era, por supuesto, lo que Alfredo quería que pensara

Capítulo VII

El *witan* era el consejo real, formado por los hombres más importantes del reino, y se reunió para dedicar la nueva iglesia de Alfredo y para celebrar el compromiso de Æthelflaed con mi primo. Ragnar y yo nada pintábamos en sus discusiones, así que bebíamos en las tabernas de la ciudad mientras se reunían. A Brida se le permitió unirse a nosotros y Ragnar estaba contentísimo. Era una sajona de Anglia Oriental y hubo un tiempo en que fue mi amante, pero habían pasado muchos años desde entonces, cuando ambos éramos casi niños. Ahora era una mujer hecha y derecha y más danesa que los daneses. Ella y Ragnar jamás se casaron formalmente, pero era su amiga, amante, consejera y hechicera. Él era rubio y ella morena, él comía como un jabato y ella como un pajarillo, él era escandaloso y ella discretamente sabia, pero juntos eran la felicidad. Pasé horas habiéndole de Gisela, y Brida escuchaba pacientemente.

—¿De verdad crees que ha esperado por ti? —me preguntó.

—Eso espero —dije y me toqué el martillo de Thor.

—Pobre chica —contestó Brida con una sonrisa—. ¿Así que estás enamorado?

—Sí.

—Otra vez —repuso.

Estábamos los tres en las Dos Grullas, el día antes del compromiso formal de Æthelflaed, y el padre Beocca nos encontró allí. Tenía las manos sucias de tinta.

—Habéis estado escribiendo otra vez —le acusé.

—Confeccionamos listas de los *fyrds* de los condados —explicó—. Todos los hombres entre doce y sesenta deben prestar juramento para servir a su rey. Yo compilo las listas, pero se nos ha acabado la tinta.

—No me extraña —contesté—, está toda encima de vos.

—Están mezclando un nuevo bote —dijo sin hacerme caso—, y va a llevar un tiempo, así que he pensado que te gustaría ver la nueva iglesia.

—No he soñado en otra cosa —contesté.

Se empeñó en llevarnos y la iglesia era, ciertamente, un edificio esplendoroso. Era más grande que cualquier casa que yo hubiera visto. Se

elevaba a gran altura, y el techo se sostenía con enormes vigas de roble, talladas como santos y reyes. Las tallas estaban pintadas, y las coronas de los reyes, los halos y alas de los santos recubiertas de pan de oro, que Beocca nos contó habían aplicado artesanos traídos desde el reino de los francos. El suelo era totalmente de losas, de modo que no se necesitaban juncos y los perros no sabían dónde mear. Alfredo había puesto una nueva norma que prohibía a los perros entrar en la iglesia, pero entraban igualmente, así que había nombrado a un guardián encargado de sacar a los chuchos de la nave a latigazos, pero el guardián había perdido una pierna bajo un hacha de guerra danesa en Ethandun y se movía lentamente, así que los perros no tenían ningún problema para evitarlo. La parte baja de los muros de la iglesia estaba construida con piedras almohadilladas, pero la parte superior y el techo eran de madera, y justo debajo del techo se encontraban las altas ventanas, cubiertas con mica para que la lluvia no entrara. Cada pedazo de los muros estaba cubierto con paneles de cuero pintados con escenas del cielo y el infierno. El cielo estaba poblado de sajones, mientras el infierno parecía ser la morada de los daneses, aunque reparé, con sorpresa, que un par de curas también parecían haber acabado en las llamas del demonio.

—Son curas malvados —me aseguró Beocca con toda sinceridad—. Afortunadamente, no son muchos.

—Y también hay buenos curas —respondí, cosa que complació a Beocca—, y por cierto, hablando del tema, ¿sabéis algo del padre Pyrlig? —Pyrlig era un britano que había luchado junto a mí en Ethandun, y lo apreciaba mucho. Hablaba danés y había sido enviado a Anglia Oriental, como uno de los curas de Guthrum.

—Hace el trabajo del Señor —contestó Beocca con entusiasmo—. ¡Dice que los daneses se bautizan a mansalva! Estoy convencido de que estamos asistiendo a la conversión de los paganos.

—No de éste —repuso Ragnar.

Beocca sacudió la cabeza.

—Ya os llegará Cristo un día, señor Ragnar, y os quedaréis asombrado de su gracia.

Ragnar no contestó. Pero noté que estaba, como yo, impresionado por la nueva iglesia de Alfredo. La tumba de san Swithun, rodeada por una cerca de plata, estaba justo enfrente del altar mayor, cubierto con un paño rojo tan grande como una vela para un barco dragón. En el altar había una

docena de finas velas de cera en candelabros de plata que flanqueaban una gran cruz de plata incrustada de oro, sobre la que Ragnar murmuró que valdría la pena un mes de viaje para venir a capturarla. A cada lado de la cruz había relicarios, cajas y frascos de plata y oro, todos con incrustaciones de piedras preciosas, y algunos poseían mirillas de cristal por las que se podía apreciar la reliquia. Estaba allí el anillo del dedo del pie de María Magdalena, y lo que quedaba de la pluma de la paloma que Noé soltó desde el arca. También estaba la cuchara de cuerno de san Kenelm, un frasco de polvo de la tumba de san Hedda, y una pezuña del burro que llevó a Jesús a Jerusalén. El paño con el que María Magdalena lavó los pies a Jesús estaba guardado en un gran cofre dorado y, junto a él, bastante ninguneado por el esplendor del oro, se encontraban los dientes de san Osvaldo, el regalo de Guthred. Los dos dientes habían sido encastrados en el recipiente para ostras de plata, que tenía un aspecto muy andrajoso en comparación con el resto. Beocca nos mostró todos los tesoros sagrados, pero el que más orgulloso le hacía sentir era un pedazo de hueso expuesto tras un cristal lechoso.

—Yo encontré este —dijo—, ¡y es de lo más emocionante! —Levantó la tapa de la caja y sacó el hueso, que parecía un resto de un mal estofado—. Es el *aestel* de san Cedd —dijo Beocca con tono maravillado. Se persignó y observó la esquirla de hueso amarillenta con el ojo bueno, como si la reliquia en forma de punta de flecha acabara de caer del cielo.

—¿El qué de san Cedd? —pregunté.

—Su *aestel*.

—¿Qué es un *aestel*? —preguntó Ragnar. Su inglés, tras pasar años como rehén, era bueno, pero algunas palabras aún lo confundían.

—Un *aestel* es un artilugio para ayudar en la lectura —dijo Beocca—. Se usa para seguir los renglones. Es un señalador.

—¿Qué hay de malo en el dedo? —quiso saber Ragnar.

—Puede correr la tinta. Un *aestel* es más limpio.

—¿Y ése perteneció realmente a san Cedd? —pregunté, fingiendo maravillarme.

—Desde luego, desde luego —contestó Beocca, casi delirando—, el *aestel* que usó el mismísimo y bendito Cedd. ¡Yo lo descubrí! Estaba en una pequeña iglesia de Dornwaraceaster, el cura de aquel lugar era un ignorante y no tenía ni idea de lo que era. Estaba en una caja de cuerno, ¡llevaba

escrito el nombre de san Cedd y el cura no sabía ni leer! ¡Un cura! ¡Analfabeto! Así que se la confisqué.

—¿Queréis decir que se la robasteis?

—¡Me la llevé para conservarla! —repuso ofendido.

—Y cuando vos seáis santo —le dije—, alguien meterá uno de vuestros apestosos zapatos en una caja de oro y lo adorará.

Beocca se puso colorado.

—Cuánto te gusta hacerme rabiar, Uhtred, cuánto —se rió, pero comprendí por el modo en que se puso colorado que había dado con su ambición secreta. Quería que lo declararan santo, ¿y por qué no? Era un buen hombre, mucho mejor que muchos que he conocido que hoy los consideran santos.

Brida y yo visitamos a Hild aquella tarde y donamos a su convento treinta chelines, casi todo el dinero que tenía, pero Ragnar estaba benditamente convencido de que la fortuna de Sverri llegaría desde Jutlandia, y Ragnar la compartiría conmigo, así que en esa creencia le entregué el dinero a Hild, que se mostró encantada al ver la cruz de plata en *Hálito-de-serpiente*.

—A partir de ahora la tienes que usar sabiamente —me dijo con severidad.

—Siempre la uso sabiamente.

—Has ligado el poder de Dios a la hoja —me dijo—, y ya no puede hacer nada malo.

Dudaba mucho de que fuera a obedecer esa orden, pero me alegré de ver a Hild. Alfredo le había regalado parte del polvo de la tumba de san Hedda, y me contó que, mezclado con natillas, se volvía una medicina milagrosa que había sanado por lo menos a doce de los enfermos del convento.

—Si alguna vez estás enfermo —me dijo—, tienes que venir aquí, lo mezclaremos con natillas frescas y te ungiremos.

Volví a ver a Hild al día siguiente, en que nos convocaron a todos en la iglesia para contemplar su consagración y ser testigos del compromiso de Æthelflaed. Hild, con todas las demás monjas de Wintanceaster, estaba en una de las naves laterales, y Ragnar, Brida y yo nos tuvimos que quedar al final de la iglesia porque llegamos tarde. Yo era más alto que la mayoría de los hombres, pero pude ver muy poco de la ceremonia, que me pareció eterna. Dos obispos rezaban, los curas salpicaban todo con agua bendita y

un coro de monjes cantaba. Entonces el arzobispo de Contwaraburg dio un largo sermón que, cosa singular, no tenía nada que ver ni con la nueva iglesia, ni con el compromiso, sino que lanzaba una diatriba contra la clerecía de Wessex, por llevar túnicas cortas en lugar de hábitos largos. La bestial práctica, tronó el arzobispo, había ofendido al santo padre en Roma y debía suspenderse inmediatamente so pena de excomunión. Un cura justo delante de nosotros llevaba una túnica corta y se puso en cuclillas para parecer un enano con hábito largo. Los monjes volvieron a cantar y mi primo, pelirrojo y pagado de sí, se pavoneó hasta el altar, y la pequeña Æthelflaed fue conducida a su lado por su padre. El arzobispo murmuró algo sobre ellos, los salpicó con agua bendita, y la recién prometida pareja fue presentada a la congregación, que vitoreó debidamente.

Se llevaron rápidamente a Æthelflaed mientras los hombres en la iglesia daban la enhorabuena a Æthelred. Tenía veinte años, once más que Æthelflaed, y era un joven bajito, pelirrojo y petulante, totalmente convencido de su propia importancia. Dicha importancia radicaba en ser el hijo de su padre, y su padre era el *ealdorman* jefe en el sur de Mercia, la región de aquel país menos infestada de daneses, así que algún día Æthelred se convertiría en el jefe de los sajones mercios libres. Æthelred, en breve, podía proporcionar una buena parte de Mercia al gobierno de Wessex, motivo por el que había sido prometido en matrimonio con la hija de Alfredo. Se abrió paso por la nave, saludando a los señores de Wessex; después me vio y pareció sorprendido.

—Oí que habías sido capturado en el norte —dijo.

—Lo fui.

—Y aquí estás. Y eres justo el hombre que ando buscando —sonrió, seguro de que me caía estupendamente. No se habría podido equivocar más, pero Æthelred siempre suponía que el resto del mundo le tenía envidia y no quería otra cosa que ser su amigo.

—El rey —me dijo— me ha honrado con el mando de su guardia personal.

—¿Eso ha hecho Alfredo? —pregunté sorprendido.

—Por lo menos hasta que asuma las obligaciones de mi padre.

—Tu padre está bien, espero —le dije con sequedad.

—Está enfermo —contestó Æthelred, y sonaba complacido—, así que quién sabe durante cuánto tiempo comandaré la guardia de Alfredo. Pero me resultarías de mucha utilidad si sirvieras en las tropas reales.

—Antes prefiero comer mierda —contesté, después le tendí una mano a Brida—. ¿Te acuerdas de Brida? —le pregunté—. Intentaste violarla hace diez años.

Se puso rojo, no dijo nada y se marchó. Brida se rió al verlo retirarse, después hizo una leve reverencia porque Ælswith, la esposa de Alfredo, pasó a nuestro lado. Ælswith nos ignoró, pues nunca le gustamos ni Brida ni yo, pero Eanflaed sonrió. Era la más íntima confidente de Ælswith, y le envié un beso con la mano.

—Era puta en una taberna —le dije a Brida—, y ahora lleva la casa del rey.

—Bien por ella —contestó Brida.

—¿Sabe Alfredo que era puta? —preguntó Ragnar.

—Finge que no lo sabe —contesté.

Por fin llegó Alfredo. Parecía estar enfermo, pero eso no era nada fuera de lo habitual. Medio inclinó la cabeza en mi dirección, pero no dijo nada, aunque Beocca se me acercó discretamente mientras esperábamos que la multitud frente a la puerta se fuera marchando.

—El rey os espera después de las oraciones del mediodía —me dijo—, a vos también, señor Ragnar. Yo os avisaré.

—Estaremos en las Dos Grullas —le dije.

—No sé por qué te gusta esa taberna.

—Porque también es un burdel, por supuesto —le dije—. Y si os acercáis por allí, padre, aseguraos de dejar una muesca en una de las vigas para demostrar que os habéis beneficiado a una de las damas. Os recomiendo a Ethel. Sólo tiene una mano, pero es un milagro lo que puede hacer con ella.

—Oh, Dios mío, Uhtred, Dios mío. Qué pozo negro de inmundicias tienes por mente. Si alguna vez me caso, y rezo a Dios por poder disfrutar de esa felicidad, llegaré impoluto a mi esposa.

—Yo también rezo por ello, padre —dije, y era en serio. Pobre Beocca. Era feísimo y soñaba con una esposa, pero no había encontrado ninguna y yo dudaba de que fuera a hacerlo alguna vez. Había muchas mujeres dispuestas a casarse con él pues, con la bizquera y todo, era, después de todo, un cura privilegiado que Alfredo tenía en alta estima, pero Beocca esperaba que el amor le cayera encima como un relámpago. Observaba hermosas mujeres, soñaba sueños imposibles y decía sus oraciones. Quizá, pensé, al cielo lo recompensara con una esposa gloriosa, pero nada de lo

que yo había escuchado sobre el cielo cristiano sugería que dichos placeres estuvieran disponibles.

Beocca nos fue a buscar aquella tarde a las Dos Grullas. Reparé en que miró las vigas y se conmovió con la cantidad de muescas, pero no dijo nada, se limitó a conducirnos a palacio, donde dejamos nuestras armas en la puerta. Le ordenaron a Ragnar que esperara en el patio mientras Beocca me llevaba ante Alfredo, que estaba en su estudio, una pequeña estancia que formaba parte del edificio romano que era el corazón del palacio de Wintanceaster. Había estado en la habitación antes, así que no me sorprendió el escaso mobiliario, ni las pilas de pergaminos desperdigados por el alféizar de la ventana. Los muros eran de piedra, encalados, así que se trataba de una habitación bien iluminada, aunque por algún motivo Alfredo tenía una veintena de velas ardiendo en una esquina. Cada una de las velas había sido marcada con profundas líneas, como a un pulgar de distancia. Era evidente que las velas no estaban allí para iluminar, porque el sol de otoño entraba por el gran ventanal, y yo no quería preguntarle para qué servían las velas por si me lo contaba. Supuse que habría una vela por cada santo al que había rezado en los últimos días, y cada una de las líneas marcadas un pecado que había que quemar. Alfredo tenía una conciencia muy aguda para los pecados, especialmente de los míos.

Alfredo iba vestido con un hábito marrón, de modo que parecía un cura. Sus manos, como las de Beocca, estaban manchadas de tinta. Parecía pálido y enfermo. Había oído que sus problemas de estómago volvían a ser graves, y de vez en cuando se estremecía como si el dolor le apuñalara el estómago. Pero me dio una cálida bienvenida, la verdad.

—Señor Uhtred. Confío en que estéis bien de salud.

—Lo estoy, señor —contesté, aún arrodillado—, y espero lo mismo de vos.

—Dios me aflige. Lo hace por un motivo, así que debería alegrarme. Poneos en pie, por favor. ¿Está el conde Ragnar con vos?

—Está fuera, señor.

—Bien —dijo.

Yo estaba en pie en el único espacio que quedaba libre en la pequeña sala. Las misteriosas velas ocupaban bastante, y Beocca estaba de pie contra la pared, junto a Steapa, que aún ocupaba más. Me sorprendió ver a Steapa. Alfredo prefería a los hombres inteligentes, y Steapa era muchas cosas, pero no listo. Había nacido siervo, ahora era guerrero, y lo cierto es que para

poco más servía, aparte de trasegar cerveza y despedazar a los enemigos del rey, dos tareas que hacía con eficiencia brutal. Ahora estaba allí, justo detrás del alto escritorio del rey, con expresión incómoda, como inseguro de por qué le habían hecho llamar.

Pensé que Alfredo preguntaría por mi calvario, pues le gustaba escuchar historias de lugares lejanos y gente extraña, pero no hizo la mínima referencia, y me preguntó en cambio mi opinión sobre Guthred. Yo le contesté que Guthred me gustaba, y eso sorprendió al rey.

—Os gusta —preguntó Alfredo—, ¿después de lo que os hizo?

—Tenía poca elección, señor —le dije—. Y yo le dije que un rey debe ser implacable para defender su reino.

—Aun así —Alfredo me observó dubitativo.

—Señor, si los hombres sencillos fuéramos buscando gratitud de los reyes —le dije con mi expresión más sincera—, estaríamos siempre decepcionados.

Me miró con severidad, y luego estalló en carcajadas, cosa muy poco habitual.

—Os he echado de menos, Uhtred —me dijo—. Sois el único hombre que se muestra impertinente conmigo.

—No era su intención, señor —intervino Beocca nervioso.

—Claro que lo era —contestó Alfredo. Apartó unos pergaminos del alféizar de la ventana y se sentó—. ¿Qué os parecen mis velas? —me preguntó.

—Encuentro, señor —contesté pensativo—, que son más útiles de noche.

—Intento desarrollar un reloj —me dijo.

—¿Un reloj?

—Para marcar las horas.

—Podéis mirar el sol, señor —le dije—, y por la noche, las estrellas.

—No todos podemos ver entre las nubes —replicó con aspereza—. Cada señal representa una hora. Pretendo averiguar qué marcas son las más precisas. Si encuentro una vela que consuma veinticuatro divisiones entre mediodía y mediodía, siempre sabré la hora, ¿no es así?

—Sí, señor —contesté.

—Hay que emplear el tiempo como es debido —prosiguió—, y para hacerlo antes tenemos que saber de cuánto tiempo disponemos.

—Sí, señor —repetí, ya evidentemente aburrido.

Alfredo suspiró, después buscó entre los pergaminos y encontró uno sellado con cera de un verde enfermizo.

—Esto es un mensaje del rey Guthred —me dijo—. Me pide mi consejo, y tengo intención de ofrecérselo. Motivo por el cual voy a enviar una embajada a Eoferwic. El padre Beocca ha accedido a hablar por mí.

—Me concedéis un privilegio, señor —repuso Beocca feliz—, un gran privilegio.

—Y el padre Beocca transportará preciosos regalos para el rey Guthred —prosiguió Alfredo—, y esos regalos necesitan protección, lo que supone una escolta de guerreros. He pensado que quizá vos quisierais proporcionar esa protección, señor Uhtred. Vos y Steapa.

—Sí, señor —contesté, lleno de entusiasmo esta vez, pues sólo soñaba con Gisela, y estaba en Eoferwic.

—Pero debéis entender —dijo Alfredo—, que el padre Beocca está al mando. Es mi embajador y recibiréis órdenes de él. ¿Lo habéis entendido?

—Desde luego, señor —repuse, aunque en verdad no tenía necesidad de aceptar las instrucciones de Alfredo. Ya no estaba ligado a él por juramento, no era sajón del oeste, pero me pedía que fuera adonde yo quería ir, así que no le recordé que no tenía mi lealtad.

No hacía falta que se lo recordaran.

—Los tres regresaréis antes de Navidad para informar de vuestra embajada —dijo—, y si no lo juráis —ahora me miraba a mí—, y juráis ser mi hombre, no os dejaré marchar.

—¿Queréis mi juramento? —le pregunté.

—Insisto en ello, señor Uhtred —repuso.

Vacilé. No quería volver a ser hombre de Alfredo, pero presentí que había un objetivo mayor tras aquella embajada que el de proporcionar consejo. Si Alfredo quería aconsejar a Guthred, ¿por qué no le enviaba una carta? ¿O media docena de curas para comerle la oreja? Sin embargo, Alfredo enviaba a Steapa y a un servidor, y lo cierto es que nosotros dos sólo valíamos para una cosa, pelear. Y a Beocca, aunque sin duda era un buen hombre, no se le podía considerar el más impresionante de los embajadores. Alfredo, pensé, quería que Steapa y yo fuéramos al norte, lo que significaba que quería violencia, y eso era esperanzador, pero aun así vacilé, y eso exasperó al rey.

—¿Debo recordaros —preguntó Alfredo con cierta aspereza—, que he tenido que lidiar con el problema de liberaros de la esclavitud?

—¿Por qué habéis hecho eso, señor? —le pregunté yo a mi vez.

Beocca silbó de rabia, molesto porque no me hubiera rendido inmediatamente a los deseos del rey, y Alfredo parecía ofendido, pero pareció aceptar que mi pregunta merecía respuesta. Le indicó a Beocca que se callara, después toqueteó el sello de Guthred y desprendió pedazos de cera verde.

—Me convenció la abadesa Hildegryth —me dijo al final. Esperé. Alfredo se me quedó mirando y entendió que yo pensaba que había más que los ruegos de Hild. Se encogió de hombros—. Y me parecía —contestó incómodo—, que os debía más de lo que os había pagado por vuestros servicios en Æthelingæg.

No era una disculpa, pero sí un reconocimiento de que cinco pieles no eran recompensa por haber conseguido un reino. Incliné la cabeza.

—Gracias, señor—le dije—, tendréis mi juramento.

No quería jurarle lealtad, ¿pero qué otra opción tenía? Así se deciden nuestras vidas. Durante años había oscilado entre el amor a los daneses y la lealtad a los sajones, y allí, entre las velas reloj a medio derretir, le entregué mis servicios a un rey que me disgustaba.

—Pero me gustaría preguntaros algo, señor —añadí—. ¿Por qué Guthred necesita consejo?

—Porque Ivarr Ivarson se cansa de él —contestó Alfredo—, y si por Ivarr fuera, otro hombre más complaciente ocuparía el trono de Northumbria.

—¿O se lo quedaría él? —sugerí.

—Ivarr, es mi opinión, no desea las pesadas responsabilidades de un rey —contestó Alfredo—. Quiere poder, dinero, guerreros, y que otro hombre se encargue de la dura tarea de hacer cumplir las leyes a los sajones y conseguir impuestos de los sajones. Y elegirá a un sajón para ello —eso tenía sentido. Así era cómo los daneses gobernaban normalmente a sus sajones conquistados—. E Ivarr —prosiguió Alfredo— ya no quiere a Guthred.

—¿Por qué no, señor?

—Porque el rey Guthred —contestó Alfredo— intenta imponer su ley sobre sajones y daneses por igual.

Recordé la esperanza de Guthred de sólo ser rey.

—¿Eso es malo? —le pregunté.

—Es una insensatez —contestó Alfredo— cuando decreta que todos los hombres, tanto paganos como cristianos, deben donar un diezmo a la Iglesia.

Offa había mencionado aquel impuesto de la Iglesia y era, sin duda alguna, una insensatez como imposición. El diezmo era una décima parte de todo lo que un hombre cultivaba, criaba o hacía, y los daneses paganos no aceptarían jamás esa ley.

—Pensaba que vos lo aprobaríais, señor —le dije con mala leche.

—Por supuesto que apruebo los diezmos —contestó Alfredo en tono cansino—, pero un diezmo debe ser entregado voluntariamente.

—*Hilarem datorem diligit Deus* —añadió Beocca para no arrojar ninguna luz—. Eso dice el Evangelio.

—Que Dios ama al que da con alegría —se encargó Alfredo de traducir—, pero cuando unas tierras son mitad paganas y mitad cristianas, no se fomenta la unidad ofendiendo a la parte más poderosa. Guthred debe ser danés para los daneses y cristiano para los cristianos. Ése es mi consejo.

—Si los daneses se rebelan —pregunté—, ¿tiene Guthred poder para derrotarlos?

—Comanda el *fyrð* sajón, lo que queda de él, y algún que otro danés cristiano, pero por desgracia de éstos hay más bien pocos. Mis estimaciones son que podría convocar seiscientas lanzas, pero menos de la mitad servirán para poco en una batalla.

—¿E Ivarr? —pregunté.

—Unas mil. Y si Kjartan se le une, serán muchas más.

Y Kjartan está animando a Ivarr.

—Kjartan —repuse— no abandona Dunholm.

—No necesita abandonar Dunholm —contestó Alfredo—, sólo necesita enviar doscientos hombres a que ayuden a Ivarr. Y Kjartan, me cuentan, siente un odio particular por Guthred.

—Porque Guthred se le meó encima a su hijo —contesté.

—¿Que hizo qué? —El rey se me quedó mirando.

—Le lavó el pelo con pis —le dije—. Yo estaba allí.

—Dios del cielo —exclamó Alfredo, claramente convencido de que todos los hombres al norte del Humber eran bárbaros.

—Así que lo que Guthred debe hacer ahora —le dije— es destruir a Ivarr y a Kjartan.

—Eso es asunto de Guthred —repuso Alfredo distante.

—Tiene que hacer las paces con ellos —dijo Beocca poniéndome mal gesto.

—La paz siempre es deseable —añadió Alfredo, aunque sin demasiado entusiasmo.

—Si vamos a enviar misioneros a los daneses de Northumbria, señor —apremió Beocca—, debemos tener paz.

—Como he dicho —replicó Alfredo—, la paz es deseable —volvió a hablar sin fervor y ése, pensé, era su auténtico mensaje. Sabía que no podía haber paz.

Recordé lo que Offa, el hombre de los perros bailarines, me había contado, lo de casar a Gisela con mi tío.

—Guthred podría convencer a mi tío de que lo apoyara —le sugerí.

Alfredo me observó con aire especulativo.

—¿Lo aprobaríais, señor Uhtred?

—Ælfric es un usurpador —dije—. Juró reconocerme como heredero de Bebbanburg y rompió ese juramento. No, señor, no lo aprobaría.

Alfredo observó sus velas derretirse y manchar la pared encalada con hollín.

—Ésta —dijo— arde demasiado deprisa —se chupó los dedos, extinguió la llama y metió la vela apagada en un cesto, con una docena más de pruebas rechazadas—. Es altamente deseable —dijo, aún examinando las velas— que un rey cristiano reine en Northumbria. Es incluso deseable que sea Guthred. Es danés, y si debemos ganar a los daneses para el conocimiento y amor por Cristo, necesitamos reyes daneses cristianos. Lo que no necesitamos es a Kjartan e Ivarr declarándole la guerra a los cristianos. Destruirían la iglesia si pudieran.

—Kjartan desde luego lo haría —respondí.

—Y dudo mucho de que vuestro tío tenga suficiente fuerza para derrotar a Kjartan e Ivarr —contestó Alfredo—, aunque estuviera dispuesto a aliarse con Guthred. No —se detuvo, pensando—, la única solución para Guthred es firmar la paz con los paganos. Ése es mi consejo —esas últimas palabras se las dijo directamente a Beocca.

Beocca parecía complacido.

—Sabio consejo, señor —dijo—, alabado sea Dios.

—Y hablando de paganos —Alfredo me miró a mí—, ¿qué hará el conde Ragnar si lo suelto?

—No va a pelear por Ivarr —contesté con firmeza.

—¿Estáis seguro de eso?

—Ragnar odia a Kjartan —le dije—, y si Kjartan es aliado de Ivarr, Ragnar los odiará a los dos. Sí, señor, estoy seguro de eso.

—¿Así que si suelto a Ragnar —preguntó Alfredo—, y le permito que se marche al norte contigo, no se volverá contra Guthred?

—Luchará contra Kjartan —le dije—, pero lo que pensará de Guthred no lo sé.

Alfredo meditó sobre mi respuesta, después asintió.

—Con que se oponga a Kjartan —me dijo—, bastará —se dio la vuelta y sonrió a Beocca—. Vuestra embajada, padre, consistirá en predicar la paz a Guthred. Le aconsejaréis que sea danés entre daneses y cristiano entre sajones.

—Sí, señor, por supuesto —contestó el cura, pero era evidente que estaba completamente confundido.

Alfredo hablaba de paz, pero enviaba guerreros, pues sabía que no habría paz mientras Ivarr y Kjartan vivieran. No podía pronunciarse públicamente, pues los daneses del norte acusarían a Wessex de interferir en los asuntos de Northumbria. Eso les sentaría mal, y ese resentimiento añadiría fuerza a la causa de Ivarr. Y Alfredo quería a Guthred en el trono de Northumbria porque Guthred era cristiano, y una Northumbria cristiana recibiría mejor a un ejército sajón cuando llegara, si es que llegaba. Ivarr y Kjartan convertirían Northumbria en un reducto pagano si pudieran, y Alfredo quería evitarlo. Beocca, por lo tanto, iba a predicar la paz y la conciliación, pero Steapa, Ragnar y yo llevaríamos espadas. Éramos sus perros de guerra y Alfredo sabía de sobra que Beocca era incapaz de controlarnos.

Alfredo soñaba, vaya que sí, y sus sueños abarcaban toda la isla de Gran Bretaña.

Y yo le había vuelto a jurar lealtad, que no era lo que quería, pero me enviaba al norte, con Gisela, y eso sí era lo que quería, así que me arrodillé ante él, coloqué mis manos sobre las suyas, le presté juramento y perdí mi libertad. Luego hizo llamar a Ragnar, que también se arrodilló y recibió su libertad.

Y al día siguiente salimos a caballo hacia el norte.

* * *

Gisela ya se había casado.

Me lo contó Wulfhere, el arzobispo de Eoferwic, y debía de saberlo, pues él había celebrado la ceremonia en su gran iglesia. Parece que llegué cinco días demasiado tarde, y cuando me dieron la noticia sentí una desesperación como la que me hizo llorar en Haithabu. Gisela se había casado.

Era otoño cuando llegamos a Northumbria. Los halcones peregrinos patrullaban el cielo, encorvados sobre una becada recién llegada o sobre las gaviotas que se reunían en los surcos inundados de lluvia. Había sido un buen otoño hasta entonces, pero las lluvias llegaron del oeste mientras viajábamos al norte hacia Mercia. Éramos diez; Ragnar y Brida, Steapa y yo y el padre Beocca, al cargo de tres sirvientes que guiaban los caballos de tiro con nuestros escudos, armadura, mudas y los regalos que Alfredo enviaba a Guthred. Ragnar comandaba a dos hombres que habían compartido su exilio. Todos íbamos montados en buenos caballos que nos había dado Alfredo, y deberíamos haber avanzado con rapidez, pero Beocca nos entorpecía. Detestaba montar y aunque le cubrimos la silla de su yegua con dos buenas mantas de lana, el entumecimiento le podía. Había pasado el viaje ensayando el discurso con el que saludaría a Guthred, practicando y practicando las palabras hasta que acabó aburriéndonos a todos. No encontramos ningún problema en Mercia, pues la presencia de Ragnar nos aseguraba la bienvenida en las casas danesas. Aún había un rey sajón en el norte de Mercia, Ceolwulf se llamaba, pero no lo conocimos y era evidente que el auténtico poder estaba en manos de los grandes señores daneses. Cruzamos la frontera con Northumbria bajo una tormenta torrencial, y seguía lloviendo cuando cabalgamos hasta Eoferwic.

Y allí me enteré de que Gisela se había casado. No sólo se había casado, sino que se había marchado de Eoferwic con su hermano.

—Yo formalicé el matrimonio —nos contó Wulfhere, el arzobispo. Se estaba tomando una sopa de cebada y se le quedaban grumos pegados a la barba blanca—. La muy tonta se pasó toda la ceremonia llorando, y no quiso comulgar, pero da igual. Casada está.

Estaba horrorizado. Por cinco días. El destino es inexorable.

—Pensé que se había marchado a un convento —le dije, como si eso cambiara las cosas.

—Vivía en un convento —contestó Wulfhere—, pero porque un gato se meta en un establo no se convierte en caballo, ¿verdad? ¡Se estaba escondiendo! ¡Un desperdicio de un útero perfectamente útil! Estaba mimada, ése era su problema. Se le permitía vivir en un convento donde no decía jamás una oración. Había que amarrarla. Una buena paliza le habría dado yo. Aun así, ahora no está en el convento. Guthred la sacó de allí y la casó.

—¿Con quién? —preguntó Beocca.

—Con el señor Ælfric, por supuesto.

—¿Ælfric vino hasta Eoferwic? —pregunté asombrado, pues mi tío era tan reacio a abandonar Bebbanburg como Kjartan la seguridad de Dunholm.

—No vino —contestó Wulfhere—. Envió una veintena de hombres y uno de ellos ocupó el puesto del señor Ælfric. Fue una boda por poderes. Bastante legal.

—Lo es —contestó Beocca.

—¿Y dónde está? —pregunté.

—Ha ido al norte —Wulfhere señaló con su cuchara de cuerno—. Se han marchado todos. Su hermano se la ha llevado a Bebbanburg. El abad Eadred está con ellos, y por supuesto se ha llevado el cadáver de san Cutberto. Y ese hombre horrible, Hrothweard, se marchó también. No soporto a Hrothweard. Fue el idiota que convenció a Guthred para que impusiera el diezmo a los daneses. Yo le dije a Guthred que era una insensatez, pero Hrothweard aseguró que recibía sus órdenes directamente de san Cutberto, así que nada podía decir yo para hacerle cambiar de opinión. Ahora los daneses están probablemente reuniendo sus fuerzas, así que va a haber guerra.

—¿Guerra? —pregunté—. ¿Pero es que Guthred ha declarado la guerra a los daneses? —Sonaba improbable.

—¡Pues claro que no! Pero tienen que detenerle —Wulfhere usó la manga de su hábito para limpiarse la barba.

—¿Detenerle para que no haga qué? —preguntó Ragnar.

—Pues llegar a Bebbanburg, ¿qué va a ser si no? El día que Guthred entregue a su hermana y a san Cutberto a Bebbanburg es el día en que Ælfric le dará doscientos lanceros. ¡Pero los daneses no lo van a consentir! Soportan más o menos a Guthred, pero sólo porque es demasiado débil para darles órdenes, pero si recibe un par de centenares de lanceros de primera

de Ælfric, los daneses lo van a aplastar como a un piojo. Yo diría que Ivarr ya está reuniendo tropas para acabar con esta tontería.

—¿Y se han llevado al bendito san Cutberto con ellos? —preguntó Beocca.

El arzobispo le puso cara rara a Beocca.

—Sois un embajador muy rarito —le dijo.

—¿Rarito, señor?

—Ni siquiera podéis mirar recto. Mal debe de estar Alfredo de hombres para enviar una cosa tan fea como vos. En Bebbanburg también tenían un cura bizco. Hace años. En los días del viejo señor Uhtred.

—Era yo —contestó Beocca animado.

—No seáis absurdo, claro que no erais vos. El tipo del que estoy hablando era joven y pelirrojo. ¡Saca todas las sillas, tonto del culo! —se dirigió a un sirviente—, las seis. Y tráeme más pan —Wulfhere planeaba escapar antes de que la guerra empezara entre Guthred y los daneses, y su patio estaba lleno de carros, bueyes y caballos de tiro, porque estaban empaquetando los tesoros de su gran iglesia, para poder ser llevados a un lugar seguro—. El rey Guthred se ha llevado a san Cutberto —dijo el arzobispo— porque ése es el precio de Ælfric. Quiere el cadáver y el útero. Sólo espero que recuerde cuál se tiene que beneficiar.

Mi tío, comprendí, estaba haciendo su apuesta de poder. Guthred era débil, pero poseía el gran tesoro del cadáver de Cutberto, y si Ælfric entraba en posesión del santo se convertiría en el guardián de todos los cristianos de Northumbria. También haría una pequeña fortuna con los peniques de los peregrinos.

—Lo que está haciendo —dije— es reconstruir Bernicia. Se llamará rey no dentro de mucho.

Wulfhere me miró como si no fuera completamente imbécil.

—Tenéis razón —dijo—, y sus doscientos lanceros se quedarán con Guthred un mes, eso es todo. Después regresarán a casa y los daneses harán a Guthred a la brasa. ¡Le avisé! Le dije que un santo muerto valía más que doscientos lanceros, pero estaba desesperado. Y si queréis verle, mejor es que os dirijáis al norte —Wulfhere nos había recibido porque éramos los embajadores de Alfredo, pero ni nos había ofrecido comida ni cobijo, y era evidente que quería vernos las espaldas tan pronto como fuera posible—. Id al norte —repitió—, y puede que encontréis a ese tontorrón aún vivo.

Regresamos a la taberna donde nos esperaban Steapa y Brida y me cagué en las hilanderas que me habían permitido llegar tan cerca y luego me lo negaban todo. Gisela se había marchado hacía cuatro días, tiempo de sobra para llegar a Bebbanburg, y la desesperada oferta de su hermano por el apoyo de Ælfric había incitado probablemente a los daneses a la revuelta. No que me importara la ira de los daneses. Sólo pensaba en Gisela.

—Tenemos que ir al norte —dijo Beocca—, y encontrar al rey.

—En el momento en que piséis Bebbanburg —le dije—, Ælfric os matará —Beocca, cuando se marchó de Bebbanburg, se llevó consigo los pergaminos que demostraban que yo era su auténtico señor. Ælfric lo sabía y se lo había tomado muy mal.

—Ælfric no matará a un cura —contestó Beocca—, no si le importa su alma. ¡Y soy embajador! No puede matar a un embajador.

—Mientras esté a salvo dentro de Bebbanburg —intervino Ragnar—, puede hacer lo que quiera.

—Quizá Guthred no haya llegado aún a Bebbanburg —dijo Steapa, y me sorprendió tanto que hablara que no le presté atención. Ni, parecía, nadie más, pues ninguno respondió—. Si no quieren que la chica se case —prosiguió Steapa—, lo detendrán.

—¿Quiénes? —preguntó Ragnar.

—Los daneses, señor —dijo Steapa.

—Y Guthred avanzará lentamente —añadió Brida.

—¿Sí? —pregunté.

—Has dicho que se ha llevado con él el cadáver de san Cutberto.

Me volvió la esperanza. Steapa y Brida tenían razón. Guthred podría estar aún intentando llegar a Bebbanburg, pues no podía ir más rápido que el cadáver, y los daneses querrían detenerlo.

—Estará muerto a estas alturas —contesté.

—Sólo hay un modo de averiguarlo —dijo Ragnar.

Partimos al alba, tomamos la calzada romana hacia el norte, y cabalgamos tan rápidamente como pudimos. Hasta entonces, habíamos mimado a los caballos de Alfredo, pero entonces les apretamos la marcha, aunque Beocca seguía entorpeciéndonos. Más tarde, a medida que avanzaba la mañana, regresaron otra vez las lluvias. Suave al principio, pero pronto con suficiente fuerza para volver el terreno traicionero. Se levantó el viento, y lo teníamos de cara. Se oyeron truenos lejos, la lluvia cayó con renovada intensidad y acabamos todos perdidos de barro, helados y empapados. Los

árboles se zarandeaban y perdían sus últimas hojas en el viento amargo. Era un día para quedarse dentro de casa, junto a un buen fuego.

Encontramos los primeros cadáveres junto a la carretera. Eran dos hombres desnudos con las heridas lavadas por la lluvia. Uno de los muertos tenía una hoz rota a su lado. Otros tres cadáveres a media milla al norte; dos llevaban cruces de madera en el cuello, lo que indicaba que eran sajones. Beocca hizo la señal de la cruz sobre los cuerpos. Los rayos azotaron las colinas al oeste, luego Ragnar señaló delante y, a través de la cortina de agua, vi un asentamiento junto al camino. Había unas cuantas casas bajas, lo que habría podido ser una iglesia, y una casa noble en un elevado risco con una empalizada de madera.

Había una veintena de caballos atados a la empalizada de la casa, y cuando aparecimos entre la tormenta, una docena de hombres salió corriendo por la puerta con espadas y lanzas. Montaron y galoparon por el camino hacia nosotros, pero frenaron el ritmo cuando vieron los brazaletes que Ragnar y yo lucíamos.

—¿Sois daneses? —preguntó Ragnar.

—¡Somos daneses! —bajaron las espadas e hicieron girar a los caballos para escoltarnos.

—¿Habéis visto algún sajón? —le preguntó uno de ellos a Ragnar.

—Sólo muertos.

Guardamos los caballos en una de las casas, tiramos parte del techo para hacer más grande la puerta y poder meter dentro a las bestias. Dentro había una familia sajona y se apartaron de nosotros. La mujer gimoteaba y tendía las manos hacia nosotros en muda oración.

—Mi hija está enferma —dijo.

La chica estaba en una esquina oscura, temblando. No parecía tan enferma como aterrorizada.

—¿Qué edad tiene? —pregunté.

—Once años, señor, creo —contestó la mujer.

—¿La han violado? —pregunté.

—Cuatro hombres, señor —repuso.

—Ahora está a salvo —contesté, y le di unas monedas para que reparara el techo y dejamos a los sirvientes de Alfredo y a los dos hombres de Ragnar para guardar los caballos; después nos reunimos con el resto de daneses en el gran salón, donde ardía con fuerza el hogar central. Los hombres junto a las llamas nos hicieron sitio, aunque les confundía que

viajáramos con un cura cristiano. Miraban al desaliñado Beocca sospechosamente, pero Ragnar era tan evidentemente danés que no dijeron nada, y sus brazaletes, como los míos, indicaban que era un danés del rango más elevado. El jefe de aquellos hombres debió de quedarse impresionado con Ragnar, pues inclinó la cabeza ante él.

—Soy Hakon —dijo—, de Onhripum.

—Ragnar Ragnarson —se presentó Ragnar. No nos presentó ni a Steapa ni a mí, pero señaló a Brida con un gesto de la cabeza—. Y ésta es mi mujer.

Hakon sabía de Ragnar, cosa nada sorprendente, pues el nombre de Ragnar era famoso en las colinas al oeste de Onhripum.

—¿No estabais de rehén en Wessex, señor? —preguntó.

—Ya no —repuso Ragnar sin dar más explicaciones.

—Bienvenido a mi hogar, señor —dijo Hakon.

Nos trajeron cerveza, pan, queso y manzanas.

—Los muertos que hemos visto en la carretera —preguntó Ragnar—, ¿eran cosa vuestra?

—Sajones, señor. Evitábamos que se reunieran.

—Desde luego habéis evitado que éstos se reúnan —contestó Ragnar y provocó una sonrisa de Hakon—. ¿Ordenes de quién?

—Del conde Ivarr, señor. Nos ha convocado. Y si encontramos sajones armados tenemos que matarlos.

Ragnar indicó con la cabeza a Steapa, y dijo con mala leche:

—Este es sajón, y va armado.

Hakon y todos sus hombres miraron al enorme y torvo Steapa.

—Está con vos, señor.

—¿Y para qué delante os ha convocado Ivarr? —quiso saber Ragnar.

Y la historia fue saliendo, por lo menos la parte que Hakon conocía. Guthred había viajado por aquel mismo camino hacia el norte, pero Kjartan había enviado hombres para bloquearle.

—Guthred no tiene más que ciento cincuenta lanceros —nos contó Hakon—, y Kjartan se enfrentó a él con doscientos o más. Guthred no intentó pelear.

—¿Y dónde está Guthred?

—Ha huido, señor.

—¿Adonde? —preguntó Ragnar bruscamente.

—Creemos que hacia el oeste, señor, hacia Cumbraland.

—¿Kjartan no le ha seguido?

—Kjartan, señor, no va muy lejos de Dunholm. Teme que Ælfric de Bebbanburg ataque Dunholm si se marcha, así que se queda cerca.

—¿Y dónde habéis sido convocados? —continuó preguntando Ragnar.

—Debemos encontrarnos con el señor Ivarr en Thresk —contestó Hakon.

—¿En Thresk? —Ragnar estaba perplejo. Thresk era un asentamiento junto a un lago algunas millas al este. Guthred, parecía, había ido al oeste, pero Ivarr alzaba su estandarte en el este. Entonces Ragnar lo comprendió —. ¿Ivarr va a atacar Eoferwic?

Hakon asintió.

—Tomará el hogar de Guthred, señor —dijo—, ¿y dónde podrá ir?

—¿A Bebbanburg? —sugerí.

—Tiene jinetes pisándole los talones —contestó Hakon—, si intenta ir al norte, Kjartan volverá a marchar —se tocó la empuñadura de la espada—. Vamos a acabar con los sajones para siempre, señor. El señor Ivarr estará complacido de que hayáis regresado.

—Mi familia —repuso Ragnar con rudeza— no pelea al lado de Kjartan.

—¿Ni por el botín? —preguntó Hakon—. Me cuentan que Eoferwic está lleno de riquezas.

—Ya ha sido saqueada antes —contesté—. ¿Cuánto puede quedar?

—Suficiente —contestó Hakon sin más.

Ivarr, pensé, había concebido una estrategia inteligente. Guthred, acompañado de pocas lanzas y entorpecido por los curas, monjes y el santo muerto, estaba perdido en el salvaje clima de Northumbria mientras sus enemigos capturaban su palacio y su ciudad, y con ellos la guarnición de la ciudad, el corazón de las fuerzas de Guthred. Kjartan, mientras tanto, evitaba que Guthred llegara a la seguridad de Bebbanburg.

—¿De quién era esta casa? —preguntó Ragnar.

—Pertenece a un sajón, señor —contestó Hakon.

—¿Pertenece?

—Desnudó su espada —aclaró Hakon—, así que él y su gente están muertos. Salvo las dos hijas —señaló con la cabeza hacia la parte de atrás del salón—. Están en el establo si las queréis.

Llegaron más daneses al caer la noche. Iban todos a Thresk, y la casa era un buen lugar para refugiarse del mal tiempo que estaba entonces

desatado. Había cerveza, e inevitablemente los hombres se emborracharon, pero estaban contentos porque Guthred había cometido un terrible error. Había marchado al norte con pocos hombres, en la creencia de que los daneses no interferirían, y ahora resultaba que esos daneses tenían la promesa de una guerra fácil y mucho botín.

Ocupamos una de las plataformas para dormir, a un lado del salón, para nuestro propio uso.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Ragnar— es ir a Synningthwait.

—Al alba —coincidí.

—¿Por qué a Synningthwait? —quiso saber Beocca.

—Porque allí es donde están mis hombres —contestó Ragnar—, y eso es lo que necesitamos ahora. Hombres.

—¡Tenemos que encontrar a Guthred! —insistió Beocca.

—Necesitamos hombres para encontrarlo —contesté—, y espadas.

Northumbria caía en el caos, y la mejor manera de soportar el caos es estar rodeado de espadas y lanzas.

Tres daneses borrachos nos habían visto hablar y estaban intrigados, quizá ofendidos, porque incluyéramos a un cura cristiano en nuestra conversación. Se acercaron hasta la plataforma y quisieron saber quién era Beocca y por qué nos hacía compañía.

—Nos lo quedamos —contesté— por si nos entra el hambre —eso pareció satisfacerles, y el chiste recorrió el salón para gran jolgorio danés.

La tormenta amainó aquella noche. Los truenos se oían cada vez más débiles, y la intensidad de la lluvia sobre la paja azotada por el viento fue disminuyendo, de modo que al alba no caía más que una llovizna y las gotas que se desprendían de los techos cubiertos de musgo. Vestimos mallas y cascos y, mientras Hakon y los demás daneses se dirigían al este hacia Thresk, nosotros cabalgamos al oeste, adentrándonos en las colinas.

Yo pensaba en Gisela, perdida en algún lugar de las colinas y víctima de la desesperación de su hermano. Guthred debió de pensar que estaba el año demasiado avanzado para reunir ejércitos, y que podría cruzar Dunholm de camino a Bebbanburg sin que ningún danés se interpusiera. Ahora estaba al borde de perderlo todo.

—Si lo encontramos —me preguntó Beocca mientras cabalgábamos—, ¿podemos llevárselo al sur a Alfredo?

—¿Llevárselo a Alfredo? —pregunté—. ¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Para mantenerlo con vida. Si es cristiano será bienvenido en Wessex.

—Alfredo quiere que sea rey aquí —le dije.

—Es demasiado tarde —contestó Beocca con tristeza.

—No —repuse—. No lo es —Beocca me miraba como si estuviera loco, y quizá lo estuviera, pero en el caos que oscurecía Northumbria había una cosa en la que Ivarr no había pensado. Debía de creer que ya había ganado. Sus fuerzas se reunían y Kjartan obligaba a Guthred a huir por el agreste centro del país, donde ningún ejército sobreviviría demasiado tiempo al frío, el viento y la lluvia. Pero Ivarr había olvidado a Ragnar. Ragnar llevaba mucho tiempo hiera, pero poseía un pedazo de tierra en las colinas, y esas tierras daban de comer a hombres que habían prestado juramento a Ragnar.

Así que cabalgamos hacia Synningthwait, y yo sentí que se me hacía un nudo en la garganta, pues cerca de Synningthwait me había criado de niño, donde el padre de Ragnar me educó, donde aprendí a pelear, donde fui querido, donde fui feliz, y donde vi a Kjartan quemar la casa de Ragnar y matar a sus habitantes. Aquélla era la primera vez que regresaba desde aquella noche negra.

Los hombres de Ragnar vivían en el asentamiento o en las colinas cercanas, aunque la primera persona que vi fue a Ethne, la esclava escocesa que habíamos liberado en Gyruum. Cargaba con dos cubos de agua y no me reconoció hasta que la llamé por su nombre. Entonces dejó caer los cubos y corrió hacia las casas, a voz en cuello, de donde salió Finan por una puerta baja. Gritó de alegría, y llegó más gente, y de repente apareció una multitud vitoreando porque Ragnar había regresado con su gente.

Finan no podía esperar a que desmontara. Caminó junto a mi caballo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quieres saber cómo palmó Sverri? —me preguntó.

—¿Lentamente? —supuse.

—Y ruidosamente —sonrió—. Y le robamos todo el dinero.

—¿Mucho?

—¡Más del que puedas soñar! —contestó exultante—. Y quemamos su casa. Dejamos a su mujer y a sus hijos llorando.

—¿Los dejaste con vida?

Parecía avergonzado.

—A Ethne le dieron pena. Pero matarlo a él fue suficientemente placentero —volvió a sonreírme—. ¿Así que nos vamos a la guerra?

—Nos vamos a la guerra.

—Vamos a cargarnos a ese cabrón de Guthred, ¿eh? —dijo Finan.

—¿Eso quieres?

—¡Mandó un cura para decirnos que le pagáramos a la iglesia! Lo enviamos con cajas destempladas.

—Pensaba que eras cristiano —le dije.

—Lo soy —repuso Finan a la defensiva—, pero prefiero condenarme a darle a un cura una décima parte de mi dinero.

Los hombres de Synningthwait esperaban luchar por Ivarr. Eran daneses, y veían que la inminente guerra era entre daneses y sajones advenedizos, aunque ninguno sentía demasiado entusiasmo, pues Ivarr no gustaba. La convocatoria de Ivarr había llegado a Synningthwait cinco días antes, y Rollo, que comandaba en ausencia de Ragnar, se había demorado deliberadamente. Ahora la decisión correspondía a Ragnar y aquella noche, enfrente de su casa, junto a la gran hoguera que ardía bajo las nubes, invitó a sus hombres a que opinaran. Ragnar habría podido ordenarles que hicieran lo que él quería, pero hacía más de tres años que no veía a la mayoría de ellos, y quería saber de qué ánimo estaban.

—Les dejaré hablar —me dijo—, después les diré qué vamos a hacer.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

Ragnar sonrió pícaramente.

—Aún no lo sé.

Rollo habló el primero. No le disgustaba Guthred, dijo, pero se preguntaba si Guthred era el mejor rey para Northumbria.

—Una tierra necesita un rey —dijo—, y ese rey debe ser bueno, justo, generoso y fuerte. Guthred no es ni justo ni fuerte. Favorece a los cristianos —los hombres murmuraron su apoyo.

Beocca estaba sentado a mi lado y entendía lo suficiente como para disgustarse.

—¡Alfredo apoya a Guthred! —murmuró entre dientes.

—Guardad silencio —le advertí.

—Guthred —prosiguió Rollo— nos exigió que pagáramos impuestos a los curas cristianos.

—¿Y lo hiciste?

—No.

—Si no es rey Guthred —quiso saber Ragnar—, ¿quién debería serlo? —Nadie dijo nada—. ¿Ivarr? —sugirió Ragnar, y la congregación se estremeció. A nadie le gustaba Ivarr, y nadie habló salvo Beocca, que sólo consiguió decir una palabra antes de que ahogara su protesta con un buen codazo en sus débiles costillas.

—¿Qué tal el conde Ulf? —preguntó Ragnar.

—Ya está demasiado viejo —dijo Rollo—. Además se ha vuelto a Cair Ligualid y allí se quiere quedar.

—¿Hay algún sajón que nos vaya a dejar tranquilos a los daneses? —preguntó Ragnar, y nadie contestó—. ¿Algún otro danés, entonces? —sugirió.

—¡Tiene que ser Guthred! —ladró Beocca como un perro.

Rollo dio un paso al frente, como si fuera a decir algo importante.

—Os seguiremos, señor —le dijo a Ragnar—, pues sois bueno, justo, generoso y fuerte —eso provocó enormes aplausos entre la multitud que se reunía junto al fuego.

—¡Esto es traición! —susurró Beocca.

—Callaos —le dije.

—Pero Alfredo nos dijo...

—Alfredo no está aquí —le dije—, y nosotros sí, así que callaos.

Ragnar contempló el fuego. Era un hombre muy atractivo, de rostro fuerte, abierto y alegre, pero en aquel momento parecía preocupado. Se me quedó mirando.

—Tú podrías ser rey —me dijo.

—Podría —coincidí.

—¡Estamos aquí para apoyar a Guthred! —ladró Beocca.

—Finan —le dije—, detrás de mí hay un cura bizco, cojo y con la mano tonta que me está irritando. Si vuelve a hablar, rebánale el pescuezo.

—¡Uhtred! —chilló Beocca.

—Esa única exclamación es lo que le permito —le dije a Finan—, pero la próxima vez que hable, envíalo con sus antepasados.

Finan sonrió y sacó la espada. Beocca se quedó callado.

—Podrías ser rey —me repitió Ragnar, y yo noté que los ojos oscuros de Brida estaban posados en mí.

—Mis antepasados eran reyes —dije—, y su sangre corre por mis venas. Es la sangre de Odín —mi padre, aunque cristiano, siempre se había sentido orgulloso de que nuestra familia descendiera del dios Odín.

—Y serías un buen rey —dijo Ragnar—. Es mejor que gobierne un sajón, y tú eres un sajón que ama a los daneses. Podrías ser el rey Uhtred de Northumbria, ¿por qué no? —Brida seguía observándome. Sabía que recordaba la noche en que el padre de Ragnar murió, cuando Kjartan y su tripulación masacró entre gritos a los hombres y mujeres que salían de la casa—. ¿Y bien? —me animó Ragnar.

Me sentía tentado. Debo confesar que me veía muy tentado. En su día mi familia habían sido reyes de Bernicia, y ahora el trono de Northumbria estaba libre. Con Ragnar a mi lado, podía estar seguro de recibir el apoyo danés, y los sajones harían lo que les dijeran. Ivarr se resistiría, por supuesto, como Kjartan y mi tío, pero eso no era nada nuevo, y lo cierto es que yo era mejor soldado que Guthred.

Con todo, sabía que mi destino no era ser rey. He conocido a muchos reyes, y sus vidas no son todo plata, fiestas y mujeres. Alfredo parecía agotado por sus obligaciones, aunque parte de ello se debía a su constante enfermedad y otra parte a su falta de habilidad para tomarse las obligaciones a la ligera. Con todo, Alfredo hacía bien en dedicarse tanto a su deber. Un rey tiene que gobernar, mantener el balance entre los grandes señores de su reino, debe eludir a los rivales, reunir un buen tesoro, mantener caminos, fortificaciones y ejércitos. Pensé en todo ello mientras Ragnar y Brida me miraban y Beocca contenía el aliento detrás de mí, y supe que no quería la responsabilidad. Quería la plata, los banquetes y las mujeres, pero podía tener todo eso sin trono.

—No es mi destino —contesté.

—Quizá no conozcas tu destino —sugirió Ragnar.

El humo se enroscó por el cielo frío, lleno de estrellas.

—Mi destino —le dije— es ser señor de Bebbanburg. Eso lo sé. Y sé que Northumbria no puede gobernarse desde Bebbanburg. Pero quizá sea el tuyo —le dije a Ragnar.

Sacudió la cabeza.

—Mi padre, y el suyo, y el suyo antes que él, eran todos vikingos. Navegábamos a cualquier lugar que nos proporcionara riqueza. Nos enriquecíamos. Reíamos, bebíamos cerveza, teníamos plata y batalla. Si fuera rey tendría que proteger lo que tengo de los hombres que me lo quisieran quitar. En lugar de ser un vikingo sería pastor. Quiero ser libre. He sido rehén demasiado tiempo, y quiero mi libertad. Quiero mis velas al viento y mis espadas al sol. No quiero tener montones de obligaciones —

había estado pensando lo mismo que yo, aunque lo dijo de manera harto más elocuente. De repente sonrió, como si se hubiera descargado un peso —. Quiero ser más rico que ningún rey —declaró a sus hombres—, y os haré a todos ricos conmigo.

—;Y quién va a ser rey? —preguntó Rollo.

—Guthred —contestó Ragnar.

—Alabado sea el señor —dijo Beocca.

—Callaos —susurré.

Los hombres de Ragnar no estaban contentos con aquella elección. Rollo, escuálido, barbado y leal, habló por ellos.

—Guthred favorece a los cristianos —dijo—. Es más sajón que danés. Nos obligará a todos a adorar a ese dios ese clavado.

—Hará lo que se le diga —repuse con firmeza—, y lo primero que le diremos es que ningún danés pagará un diezmo a la iglesia. Será rey como lo era Egberto, obedecerá los deseos de los daneses —Beocca soltaba espumarajos, pero no le hice caso—. Lo que importa —proseguí—, es el danés que le dé órdenes. ¿Quién va a ser, Ivarr, Kjartan o Ragnar?

—¡Ragnar! —gritaron los hombres.

—Y mi deseo —Ragnar se había acercado más a la hoguera de modo que las llamas lo iluminaban y le hacían parecer más grande y fuerte—, mi deseo —repitió— es ver a Kjartan derrotado. Si Ivarr derrota a Guthred, Kjartan se volverá más fuerte, y Kjartan es mi enemigo. Es nuestro enemigo. Existe una deuda de sangre entre su familia y la mía, y voy a saldarla ahora. Marcharemos en ayuda de Guthred, pero si Guthred no nos ayuda a tomar Dunholm, os juro que mataré a Guthred y a toda su gente y me haré con el trono. Pero prefiero alzarme sobre la sangre de Kjartan que ser rey de la tierra entera. Mi pelea no es con Guthred. No es con los sajones. No es con los cristianos. Mi pelea es con Kjartan el Cruel.

—Y en Dunholm —dije—, hay un tesoro de plata digno de los dioses.

—Así que encontraremos a Guthred —anunció Ragnar—, ¡y lucharemos por él!

Un momento antes, la gente quería que Ragnar los condujera contra Guthred, pero ahora se regocijaban con la noticia de que iban a luchar por el rey. Allí había setenta guerreros, no demasiados, pero se contaban entre los mejores de Northumbria, que golpearon sus espadas contra sus escudos y gritaron el nombre de Ragnar.

—Ya podéis hablar —le dije a Beocca.

Pero no tenía nada que decir.

Y al alba siguiente, bajo el cielo claro, cabalgamos en busca de Guthred.

Y de Gisela.

TERCERA PARTE: Caminante de las sombras

Capítulo VIII

Éramos setenta y seis guerreros, incluidos Steapa y yo. Todos íbamos montados y armados, poseíamos malla o buen cuero y cascos. Dos veintenas de sirvientes en caballos más pequeños transportaban los escudos y conducían los caballos de repuesto, pero no eran guerreros y no los contábamos entre los setenta y seis. Hubo un tiempo en que Ragnar podía convocar a más de doscientos guerreros, pero muchos habían perecido en Ethandun y otros se habían buscado otros señores en los largos meses que Ragnar estuvo retenido como rehén, aunque setenta y seis seguía siendo un buen número.

—Y son hombres formidables —me dijo orgulloso.

Cabalgábamos bajo su estandarte del ala de águila. Era un ala de águila auténtica, clavada en lo alto de un asta, y su casco estaba decorado con dos más de esas alas.

—He soñado con esto —me dijo mientras nos dirigíamos al este—. He soñado que cabalgaba hacia la guerra. Todo el tiempo que fui rehén no deseaba otra cosa. No hay nada en la vida que se parezca a eso, Uhtred, ¡nada!

—¿Las mujeres? —pregunté.

—¡Las mujeres y la guerra! —exclamó—, ¡las mujeres y la guerra! —Vitoreó de alegría y su semental agachó las orejas y dio unos cuantos pasos altos como si compartiera la felicidad de su amo. Encabezábamos la columna, aunque Ragnar había enviado a una docena de hombres montados en ponis ligeros para explorar el terreno por delante de nosotros. Los doce hombres se hacían señales entre ellos y a Ragnar, y hablaban con pastores, escuchaban los rumores y olían el viento. Eran como perros en busca de un rastro, y el que buscaban era el de Guthred, que esperábamos encontrar en dirección al oeste, hacia Cumbraland, pero, a medida que avanzaba la mañana, los exploradores seguían tirando hacia el este. Avanzábamos lentamente, lo que frustraba al padre Beocca; antes de que pudiéramos coger velocidad, debíamos averiguar hacia dónde nos dirigíamos. Al final, los exploradores parecían estar seguros de que el rastro conducía al este, espolearon a los ponis, y les seguimos.

—Guthred intenta regresar a Eoferwic —supuso Ragnar.

—Es demasiado tarde para eso —le dije.

—O le ha entrado el pánico —sugirió Ragnar alegremente—, y no sabe qué está haciendo.

—Eso suena más probable.

Brida y otras veinte mujeres cabalaron con nosotros. Brida vestía armadura de cuero, y llevaba una capa negra sujeta al cuello con un broche de plata y azabache. Llevaba el pelo recogido a lo alto, sujeto con una cinta negra, y de su costado colgaba una espada larga. Se había convertido en una mujer elegante que poseía un aire de autoridad y eso, creo, ofendía al padre Beocca, que la había conocido desde que era niña. Había sido criada cristiana, pero había escapado a la fe y a Beocca eso le disgustaba, aunque creo que lo perturbaba aún más su belleza.

—Es una hechicera —me dijo entre dientes.

—Si es hechicera —le contesté—, mejor tenerla de nuestro lado.

—Dios nos castigará —avisó.

—Éste no es el país de vuestro dios —le dije—. Ésta es la tierra de Thor.

Se persignó para protegerse del mal de mis palabras.

—¿Y qué hacías anoche? —me preguntó indignado—. ¿Cómo puedes siquiera pensar en ser rey?

—Pues muy fácil —le contesté—. Desciendo de reyes. A diferencia de vos, padre. Descendéis de pastores de cerdos, ¿no?

No me hizo caso.

—El rey es el elegido del Señor —insistió—. El rey es elegido por Dios y por todos los santos. San Cutberto entregó Northumbria a Guthred, ¿cómo puedes pensar siquiera en sustituirlo? ¿Cómo se te ocurre?

—Ah, pues entonces nos damos la vuelta y volvemos a casa —le dije.

—¿Darnos la vuelta y volvernos a casa? —Beocca estaba horrorizado—. ¿Por qué?

—Porque si Cutberto lo ha elegido —le dije—, Cutberto podrá defenderlo. Guthred no nos necesita. Que se enfrente a la batalla con su santo muerto. Aunque a lo mejor ya lo ha hecho —añadí—. ¿Habéis pensado en ello?

—¿Pensado en qué?

—En que a lo mejor Guthred ya ha sido derrotado. Podría estar muerto, o cargando las cadenas de Kjartan.

—Que Dios nos guarde —dijo Beocca, persignándose de nuevo.

—No ha sucedido —le aseguré.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a estas alturas habríamos empezado a encontrar fugitivos —le dije, aunque no podía estar seguro de eso. Quizá Guthred estuviera peleando en aquel mismo instante, pero tenía el presentimiento de que seguía vivo y no estaba muy lejos. Es difícil describir ese presentimiento. Es un instinto, tan difícil de interpretar como el mensaje de un dios en la muda de plumas de un carrizo, pero había aprendido a confiar en ese presentimiento.

Y mis instintos estaban en lo cierto, pues al final de la mañana uno de los exploradores llegó al galope por el páramo con las crines de su poni al viento. Giró bruscamente frente a un montículo de helechos, para decirle a Ragnar que había una numerosa banda de hombres y caballos en el valle del río Swale.

—Están en Cetreht, señor —dijo.

—¿En nuestro lado del río? —preguntó Ragnar.

—En nuestro lado, señor —repuso el explorador—, en el viejo fuerte. Atrapados allí.

—¿Atrapados?

—Hay otra banda de hombres fuera del fuerte, señor —dijo el explorador. No se había acercado lo suficiente para ver los estandartes, pero otros dos exploradores habían bajado al valle mientras el primero regresaba para traernos noticias de que Guthred se encontraba probablemente muy cerca.

Aceleramos el paso. Las nubes se desplazaban a toda prisa con el viento, y a mediodía llovió breve pero intensamente, y justo cuando amainó, regresaron los dos exploradores del valle. Habían bajado hasta los campos fuera del fuerte, y habían hablado con la banda de guerreros.

—Guthred está en el fuerte —informó uno.

—¿Y quién está fuera?

—Los hombres de Kjartan, señor —dijo sonriendo, pues sabía que si había hombres de Kjartan cerca, pronto habría pelea—. Son sesenta. Sólo sesenta.

—¿Están allí Kjartan o Sven?

—No, señor, ellos no están. Los comanda un hombre llamado Rolf.

—¿Has hablado con él?

—He hablado con él y he bebido de su cerveza, señor. Vigilan a Guthred. Se están asegurando de que no va a huir. Lo mantienen ahí hasta que llegue Ivarr del norte.

—¿Hasta que llegue Ivarr? ¿No Kjartan?

—Kjartan se queda en Dunholm, señor —repuso el hombre—, eso es lo que han dicho, y que Ivarr llegará del norte en cuanto organice la guarnición de Eoferwic.

—Hay sesenta hombres de Kjartan en el valle —gritó Ragnar a sus guerreros, y su mano se dirigió instintivamente hasta la empuñadura de *Rompecorazones*. Ésa era su espada, que tenía el mismo nombre que la de su padre para recordar su obligación de vengar la muerte de Ragnar *el Viejo*—. ¡Sesenta hombres que matar! —añadió, y después llamó a un criado para que le trajera su escudo. Volvió a mirar a los exploradores—. ¿Quién creen que sois?

—Le hemos dicho que estamos al servicio de Hakon, señor. Que los estábamos buscando.

Ragnar entregó unas monedas de plata a los hombres.

—Lo habéis hecho muy bien —le dijo—. Bueno, ¿y cuántos hombres tiene Guthred en el fuerte?

—Rolf dice que por lo menos cien, señor.

—¿Cien? ¿Y no ha intentado quitarse de encima a sesenta?

—No, señor.

—Menudo rey —comentó Ragnar burlón.

—Si se enfrenta a ellos —le dije—, al final del día tendrá menos de cincuenta.

—¿Y qué hace, entonces? —quiso saber Ragnar.

—Rezar, probablemente.

A Guthred, como supimos después, le había entrado el pánico. Frustrados sus esfuerzos por alcanzar Bebbanburg se había dirigido hacia el oeste, a Cumbraland, pensando que en un territorio familiar encontraría aliados, pero el temporal le impidió avanzar con rapidez, y siempre tenía jinetes enemigos a la vista, así que empezó a temer una emboscada en las altas colinas que tenía delante. De modo que cambió de idea y decidió regresar a Eoferwic, pero no había llegado más allá del fuerte romano que antaño guardara el cruce del Swale en Cetreht. Para entonces estaba desesperado. Algunos de sus lanceros habían desertado, en la convicción de que sólo les esperaba la muerte si se quedaban con el rey, así que Guthred

había enviado mensajeros para convocar la ayuda de los señores cristianos de Northumbria, pero nosotros ya habíamos visto los cadáveres y sabíamos que ninguna ayuda llegaría. Estaba atrapado. Los sesenta hombres lo contendrían en Cetreht hasta que Ivarr llegara para rematarlo.

—Guthred está rezando —dijo Beocca en tono severo—, y esas oraciones están teniendo respuesta.

—¿Queréis decir que nos ha enviado el dios cristiano? —le pregunté.

—¿Quién si no? —respondió indignado mientras se limpiaba a manotazos la sotana—. Cuando veamos a Guthred —me dijo—, me dejarás hablar a mí.

—¿Os parece que éste es momento para ceremonias?

—¡Soy un embajador! —protestó—, parece olvidar lo —su indignación explotó de repente como un arroyo cargado de lluvia que se desbordara por las riberas—. ¡No tienes ningún concepto de la dignidad! ¡Soy un embajador! Anoche, Uhtred, cuando le dijiste a ese irlandés salvaje que me rebanara el cuello, ¿en qué estabas pensando?

—Pensaba en cerraros la boca, padre.

—Voy a hablarle a Alfredo de tu insolencia. Puedes estar seguro. ¡Vaya si se lo voy a contar!

Siguió quejándose, pero yo no escuchaba, pues Cetreht y el ondeante río Swale acababan de aparecer ante nosotros. El fuerte romano estaba a corta distancia de la orilla sur del Swale, y las antiguas murallas de tierra formaban un amplio cuadrado que cercaba una aldea con una iglesia en el centro. Al otro lado del fuerte estaba el puente de piedra que los romanos habían construido para cruzar su grandiosa calzada, que conducía desde Eoferwic hasta el salvaje norte, y la mitad del arco aún seguía en pie.

A medida que nos acercamos más, vi que el fuerte estaba lleno de caballos y gente. Un estandarte ondeaba en el hastial de la iglesia, y supuse que sería la bandera de Guthred que representaba a san Cutberto. Había unos cuantos jinetes más al norte del río, bloqueando la huida de Guthred por el vado, mientras que los sesenta jinetes de Rolf se encontraban en los campos al sur del fuerte. Eran como perros montando guardia en la guarida de un zorro.

Ragnar frenó su caballo. Sus hombres se preparaban para la batalla. Metían los brazos en sus escudos, soltaban las espadas y esperaban las órdenes de Ragnar. Miré el valle. El fuerte era un refugio lamentable. Las murallas hacía mucho que se habían erosionado sobre la zanja y no había

empalizada, de modo que un hombre podría cruzar la fortificación, que no era más que un terraplén, a paso constante. Los sesenta jinetes, si hubieran querido, habrían podido entrar en el pueblo, pero prefirieron aproximarse a la vieja muralla e insultar a gritos desde allí. Los hombres de Guthred observaban desde el borde del fuerte. Aún más hombres se arremolinaban junto a la iglesia. Nos habían visto en la colina y debieron de pensar que éramos nuevos enemigos, pues nos apresurábamos hacia los restos de la muralla sur. Miré el poblado. ¿Estaría allí Gisela? Recordé el movimiento de su cabeza, sus ojos oscurecidos por la melena morena, e inconscientemente, espoleé mi caballo unos pasos hacia delante. Había pasado más de dos años en el infierno del remo de Sverri, pero aquél era el momento con el que había estado soñando todo el tiempo, así que no esperé a Ragnar. Espoleé de nuevo a mi caballo y bajé solo al galope hasta el valle del Swale.

* * *

Beocca, por supuesto, me siguió, gritando como una corneja que como embajador de Alfredo debía encabezar la marcha en presencia de Guthred, pero no le hice caso y a mitad de la colina tropezó y se cayó de su caballo. Lloró desesperado, pero allí lo dejé, cojeando en la hierba mientras intentaba recuperar su yegua.

El sol de finales de otoño brillaba sobre la tierra aún húmeda por la lluvia. Llevaba un escudo de embozadura pulida, vestía malla y casco, mis brazaletes brillaban y relucía como un señor de la guerra. Me giré sobre la silla para ver que Ragnar bajaba ya colina abajo, pero se desviaba hacia el este, con la clara intención de cortar la retirada de los hombres de Kjartan, cuya mejor huida quedaba en los prados al este del río.

Llegué al pie de la colina y me apresuré por la lisa explanada del río hasta la calzada romana. Dejé atrás un cementerio cristiano, montículos de tierra con pequeñas cruces que miraban a una cruz mayor que les mostraría a los muertos resucitados la dirección de Jerusalén el día en que los cristianos creían que sus cadáveres se levantarían de la tumba. El camino conducía directamente de las tumbas a la entrada sur del fuerte, donde un puñado de hombres de Guthred me observaban. Los hombres de Kjartan se acercaron para interceptarme, cortando el camino, pero no parecían

preocupados. ¿Por qué iban a estarlo? Parecía danés, era un solo hombre, ellos eran muchos, y mi espada seguía en su vaina.

—¿Quién de vosotros es Rolf? —grité cuando me acerqué a ellos.

—Yo —un hombre de barba negra enfiló su caballo hacia mí—. ¿Quién eres tú?

—Tu muerte, Rolf —le dije, y desenvainé *Hálito-de-serpiente* y clavé mis talones en los flancos del caballo, que salió a todo galope. Rolf aún estaba sacando la espada cuando embestí contra él y *Hálito-de-serpiente* le rebanó el cuello, de modo que casco y cabeza salieron volando, rebotaron en el camino y acabaron bajo los cascos de mi semental. Reía, pues había recuperado la alegría de la batalla. Tenía tres hombres delante y ninguno había desenvainado aún. Se me quedaron mirando, paralizados, y al tronco sin cabeza de Rolf que se balanceaba sobre la silla de montar. Cargué contra el hombre del centro, dejé que mi caballo embistiera al suyo y le aticé con todas mis fuerzas con la espada; y ya me había quitado a los hombres de Kjartan de encima y tenía el fuerte delante.

Cincuenta o sesenta hombres estaban frente a la entrada del fuerte. Sólo un puñado iban montados, pero casi todos tenían espadas o lanzas. Y vi a Guthred, su melena rizada brillando al sol, y junto a él, a Gisela. Cuántas veces había intentado invocar su rostro, en aquellos largos meses en el remo de Sverri, y jamás lo conseguí. Con todo, la amplia boca y los ojos desafiantes me resultaban completamente familiares. Iba vestida con un hábito blanco, una cadena de plata rodeaba su cintura, y se cubría con un gorro de tela el pelo que, como estaba casada, llevaba recogido en un moño. Cogía a su hermano de un brazo, que no hacía más que observar los extraños acontecimientos que estaban teniendo lugar fuera de su refugio.

Dos de los hombres de Kjartan me habían seguido, el resto pululaban, divididos entre la conmoción de la muerte de Rolf y la repentina aparición de la banda de Ragnar. Me di la vuelta para enfrentarme a los dos hombres, tan deprisa que el caballo patinó sobre el barro húmedo, pero sirvió para que cambiaran de idea. Espoleé al caballo para que los persiguiera. Uno era demasiado rápido, el segundo iba sobre un animal más pesado y, al oír el ruido de mis cascos, me atacó con la espada hacia atrás, en un intento desesperado por alejarme. Paré el golpe con el escudo, y le hiqué *Hálito-de-serpiente* en la columna, de modo que arqueó la espalda y gritó. Liberé la espada y con el mismo movimiento se la volví a estampar al danés en la

cara. Cayó de la silla y lo rodeé con la espada roja, y me quité el casco al acercarme de nuevo al fuerte.

Me estaba pavoneando. Por supuesto que me estaba pavoneando. ¿Un hombre contra sesenta? Pero Gisela me miraba. En realidad no corría ningún peligro. Los sesenta hombres no estaban listos para pelear, y si me perseguían, podía refugiarme entre los hombres de Guthred. Pero los de Kjartan no me persiguieron. Estaban demasiado nerviosos con Ragnar; así que los ignoré y me acerqué a los hombres de Guthred.

—¿Es que se os ha olvidado cómo pelear? —les grité. Ignoré a Guthred. Hasta ignoré a Gisela, aunque me había quitado el casco para que me reconociera. Sabía que me miraba. Notaba sus ojos oscuros, presentía su asombro y confiaba en que fuera un asombro lleno de alegría—. ¡Hay que matarlos a todos! —les grité, señalando con la espada a los hombres de Kjartan—. Todos esos cabrones tienen que palmar, ¡así que salid a matarlos!

En ese momento cargó Ragnar, y se escuchó el estruendo de escudo contra escudo, el entrechocar de espadas, y los gritos de hombres y bestias. Los hombres de Kjartan se desperdigaban, y algunos, desesperados por no poder huir hacia el este, galopaban hacia el oeste. Miré a los hombres de la puerta.

—¡Rypere! ¡Clapa! ¡Detened a esos hombres! —Clapa y Rypere me miraban como si fuera un fantasma, que probablemente lo fuera, en cierto sentido. Me alegró ver que Clapa seguía con Guthred, pues Clapa era danés y eso sugería que Guthred aún era capaz de convocar cierta lealtad danesa—. ¡Clapa! ¡Pedazo de cagarro! —le grité—. ¡Deja de hacer el capullo, que pareces un huevo duro! ¡Súbete a un caballo y pelea!

—¡Sí, señor!

Me acerqué más hasta que tuve a Guthred enfrente. A mis espaldas tenía lugar una pelea, y los hombres de Guthred, espabilados de su letargo, se apresuraban a unirse a la escabechina, pero Guthred no tenía ojos para la batalla. No podía dejar de mirarme. Tenía a los curas detrás y a Gisela a su lado, pero yo sólo lo miré a los ojos.

—¿Me recordáis? —pregunté con frialdad. No tenía palabras—. Haríais bien —le dije— en dar algo de ejemplo real matando unos cuantos hombres. Ahora mismo. ¿Tenéis caballo?

Asintió, pero sin poder hablar aún.

—Pues montad —repuse sin más—, y pelead.

Guthred asintió y dio un paso atrás, pero aunque su sirviente trajo un caballo Guthred no montó. Entonces miré a Gisela, ella me devolvió la mirada, y pensé que aquellos ojos podrían provocar un incendio. Quería hablar, pero era mi turno de quedarme sin palabras. Un cura la agarró del hombro, como para apartarla de la pelea, pero yo apunté mi ensangrentada hoja hacia el hombre y se quedó muy quieto. Volví a mirar a Gisela, y me pareció que perdía el aliento y el mundo se quedaba quieto. Una ráfaga de viento sacudió un mechón de pelo negro que se le escapaba de la cofia. Se lo apartó y luego sonrió.

—Uhtred —dijo, como si pronunciara el nombre por primera vez.

—Gisela —conseguí decir.

—Sabía que volverías —me dijo.

—Pensaba que os ibais a poner a pelear —le rugí a Guthred, y salió corriendo como un perro apaleado.

—¿Tienes caballo? —le pregunté a Gisela.

—No.

—¡Tú! —le grité a un chico que me miraba con la boca abierta—. ¡Ve a por ese caballo! —señalé la bestia del hombre al que había herido en la cara. Ahora estaba muerto, asesinado por los hombres de Guthred al unirse a la pelea.

El chico me trajo el semental y Gisela trepó a su grupa, arremangándose las faldas con poca elegancia alrededor de los muslos. Metió los zapatos embarrados en los estribos y tendió una mano para acariciarme la mejilla.

—Estás más delgado —me dijo.

—Tú también.

—No he sido feliz desde el momento en que te marchaste —dejó la mano sobre mi mejilla por un instante; después, impulsivamente, la apartó, se arrancó la cofia y se soltó la melena negra, de modo que le cayó por los hombros como la de una doncella—. No estoy casada —me dijo—, no estoy casada de verdad.

—Aún no —le dije, y me pareció que el corazón me iba a estallar de alegría. No podía apartar los ojos de ella. Nos habíamos reunido de nuevo, y los meses de esclavitud desaparecieron como si jamás hubieran existido.

—¿Has matado ya suficientes hombres? —me preguntó maliciosamente.

—No.

Así que cabalgamos hacia la matanza.

* * *

No se puede matar a todo un ejército enemigo. O rara vez se puede. Cuando los poetas cantan la historia de una batalla siempre insisten en que ningún enemigo escapa, a menos que el poeta mismo estuviera allí, en cuyo caso sólo escapó él. Eso es bastante raro. Los poetas siempre quedan con vida cuando todos los demás mueren, pero ¿qué sabrán los poetas? Yo nunca he visto un poeta en un muro de escudos. Aun así, fuera de Cetreht, debimos matar más de cincuenta hombres de Kjartan, y luego todo se convirtió en un caos porque los hombres de Guthred no distinguían entre los seguidores de Kjartan y los daneses de Ragnar, así que algunos enemigos se escaparon mientras intentábamos separar a los guerreros. Finan, atacado por dos hombres de las tropas personales de Guthred, se los había cepillado a los dos e iba a por un tercero cuando lo encontré.

—Está de nuestro lado —le grité a Finan. —Parece una rata —rugió Finan.

—Se llama Sihtric —le dije—, y una vez me juró lealtad.

—Sigue pareciéndose a una rata, vaya si es feo.

—¿Estás de nuestro lado —le pregunté a Sihtric—, o volviste a unirme a las tropas de tu padre?

—¡Señor, señor! —Sihtric llegó corriendo y cayó de rodillas sobre el barro, junto a mi caballo—. Sigo siendo vuestro siervo, señor.

—¿No le has prestado juramento a Guthred?

—Nunca me lo pidió, señor.

—¿Pero le servías? ¿No regresaste corriendo a Dunholm?

—¡No, señor! Me quedé con el rey.

—Es verdad —confirmó Gisela.

Le di *Hálito-de-serpiente* a Gisela, después me agaché y le tendí la mano a Sihtric.

—¿Sigues siendo mi hombre?

—Por supuesto, señor —me agarraba de la mano, sin poder creer lo que veían sus ojos.

—De poco me vas a servir —le dije—, si no eres capaz ni de matar a un irlandés pellejudo como éste.

—Es rápido, señor —repuso Sihtric.

—Pues tendrás que enseñarle tus trucos —le dije a Finan, y di una palmadita en la mejilla a Sihtric—. Me alegro de verte, Sihtric.

Ragnar había hecho dos prisioneros, y Sihtric reconoció al más alto.

—Se llama Hogga —me dijo.

—Pues es un Hogga muerto ya —le dije.

Sabía que Ragnar no iba a permitir que ninguno de los hombres de Kjartan sobreviviera mientras Kjartan mismo siguiera vivo. Aquello era una deuda de sangre. Era odio. Era el principio de la venganza de Ragnar por la muerte de su padre, pero, por el momento, Hogga y su compañero más bajito creían que iban a vivir. Hablaban con avidez, explicaban que Kjartan tenía cerca de doscientos hombres en Dunholm. Contaban que Kjartan había enviado una numerosa banda a apoyar a Ivarr, y el resto de sus hombres habían seguido a Rolf hasta aquel campo sangriento junto a Cetreht.

—¿Por qué Kjartan no ha enviado a todos sus hombres? —quiso saber Ragnar.

—No abandonará Dunholm, señor, por si acaso Ælfric de Bebbanburg ataca cuando se haya marchado.

—¿Ha amenazado Ælfric con eso? —pregunté.

—No lo sé, señor —contestó Hogga.

No era propio de mi tío arriesgarse a atacar Dunholm, aunque quizá enviaría hombres a rescatar a Guthred si sabía dónde estaba el rey. Mi tío quería el cadáver del santo y quería a Gisela, pero yo suponía que no iba a arriesgar demasiado por conseguir ninguna de esas cosas. Desde luego no iba a arriesgar Bebbanburg, no más de lo que estaba Kjartan dispuesto a arriesgar Dunholm.

—¿Y Thyra Ragnarsdottir? —prosiguió Ragnar con su interrogatorio—. ¿Sigue viva?

—Sí, señor.

—¿Es feliz? —preguntó Ragnar con dureza.

Vacilaron, después Hogga puso una mueca.

—Está loca, señor —hablaba en voz baja—. Está bastante loca.

Ragnar se quedó mirando a los dos hombres. El escrutinio los hacía sentir incómodos, pero luego Ragnar levantó la mirada al cielo, donde un águila ratonera llegaba desde las colinas al oeste.

—Decidme —preguntó, y su voz parecía repentinamente baja, casi dulce—, ¿cuánto hace que servís a Kjartan?

—Ocho años, señor —contestó Hogga.

—Siete, señor —dijo el otro.

—Así que ambos le servíais —prosiguió Ragnar aún con voz suave—, antes de que fortificara Dunholm.

—Sí, señor.

—Y ambos le servíais —siguió diciendo Ragnar, esta vez con un tono terrible— cuando condujo a sus hombres a Synningthwait y quemó la casa de mi padre. Cuando se llevó a mi hermana para que fuera la puta de su hijo. Cuando mató a mi madre y a mi padre.

Ninguno de los dos hombres contestó. El más bajito temblaba. Hogga miró a su alrededor, como intentando encontrar una vía de escape, pero estaba rodeado por daneses de espada montados; luego se estremeció al ver a Ragnar desenvainar a *Rompecorazones*.

—No, señor —contestó Hogga.

—Sí —repuso Ragnar, y su rostro se contorsionó de rabia mientras los descuartizaba. Tuvo que desmontar para acabar la faena. Mató a los dos hombres, y luego despedazó los cadáveres preso de furia. Yo observé, después me volví para mirar a Gisela. No reflejaba nada en su rostro; reparó en que la observaba y se volvió hacia mí con el triunfo en la mirada, como si supiera que esperaba que se horrorizara al ver destripar dos hombres.

—¿Lo merecían? —preguntó.

—Lo merecían —contesté.

—Bien.

Su hermano, reparé, no había mirado. Estaba nervioso por mí, cosa de la que no lo culpo, y sin duda aterrorizado por Ragnar, que estaba ensangrentado como un carnicero; había regresado al pueblo, dejándonos con los muertos. El padre Beocca consiguió encontrar a algunos de los curas de Guthred y, tras hablar con ellos, se acercó cojeando hacia nosotros.

—Hemos acordado —dijo— que nos presentaremos al rey en la iglesia —de repente vio las dos cabezas cortadas y los cuerpos desmembrados—. Dios santo, ¿quién ha hecho eso?

—Ragnar.

Beocca se persignó.

—La iglesia —dijo—, tenemos que presentarnos en la iglesia. Intenta limpiar esa sangre de tu malla, Uhtred. ¡Somos una embajada!

Me volví para ver un puñado de fugitivos cruzar las colinas hacia el oeste. Sin duda cruzarían el río más arriba y se reunirían con los jinetes de la otra orilla. Esos hombres se mostrarían más cautelosos a partir de ahora. Enviarían noticias a Dunholm de que habían aparecido enemigos, Kjartan sabría del estandarte del ala de águila y comprendería que Ragnar había regresado de Wessex.

Y quizá, en su peñasco, tras sus altos muros, se asustaría.

* * *

Cabalgué hasta la iglesia, llevándome a Gisela. Beocca se apresuró a pie, pero era muy lento.

—¡Espérame! —gritó—. ¡Espérame!

No esperé. Azucé aún más a mi semental y dejé a Beocca atrás.

La iglesia estaba oscura. La única iluminación procedía de una pequeña ventana encima de la puerta, y de unas cuantas candelas que ardían en el altar, una mesa sobre caballetes cubierta con un paño negro. El ataúd de san Cutberto, junto a los otros dos arcones de reliquias, estaba frente al altar, donde Guthred se sentaba en un taburete de ordeñar, flanqueado por dos hombres y una mujer. El abad Eadred era uno de los hombres, y el padre Hrothweard el otro. La mujer era joven, tenía un bonito rostro regordete, y un vientre preñado. Más tarde supe que era Osburh, la reina sajona de Guthred. Me miró a mí y luego a su marido, evidentemente esperando que Guthred hablara, pero él se quedó en silencio. Había una veintena de guerreros en el lado izquierdo de la iglesia y aún más curas y monjes en el lado derecho. Habían estado discutiendo, pero todos se quedaron callados al verme entrar.

Gisela sostenía mi brazo izquierdo. Caminamos juntos por la iglesia, hasta llegar frente a Guthred, que parecía incapaz de mirarme o hablar conmigo siquiera. Abrió la boca una vez, pero no salieron palabras, y miró a mi espalda, en la esperanza de que alguien menos siniestro entrara por la puerta de la iglesia.

—Voy a casarme con vuestra hermana —le dije.

Abrió la boca y la volvió a cerrar.

Un monje se acercó como para protestar, pero lo detuvo uno de sus compañeros, y vi que los dioses me habían sido especialmente favorables

aquel día, pues la pareja la formaban Jaenberht e Ida, los monjes que habían negociado mi esclavitud. Entonces, desde el otro lado de la iglesia, llegó la protesta de otro hombre.

—La dama Gisela ya está casada —dijo.

Vi que se trataba de un hombre mayor, de pelo gris y constitución recia. Iba vestido con una túnica corta marrón, llevaba una cadena de plata alrededor del cuello y levantó la cabeza beligerantemente cuando me acerqué a él.

—Eres Aidan —le dije. Hacía catorce años que no iba a Bebbanburg, pero reconocí a Aidan. Había sido uno de los guardianes de las puertas de mi padre; su función consistía en no dejar entrar a ningún indeseable en la casa, pero la cadena de plata indicaba que había aumentado de rango. Le toqué la cadena de plata—. ¿Qué eres ahora, Aidan? —quise saber.

—Administrador del señor de Bebbanburg —repuso con brusquedad. No me reconoció. ¿Y cómo iba a hacerlo? Tenía nueve años la última vez que me vio.

—Pues entonces eres mi administrador —le contesté.

—¿Vuestro administrador? —preguntó; entonces reparó en quién era y dio un paso atrás para unirse a dos jóvenes guerreros. Aquel paso fue involuntario, pues Aidan no era ningún cobarde. Había sido un buen soldado en sus tiempos, pero encontrarse conmigo le sorprendió. Aun así se recuperó pronto y se enfrentó a mí desafiante—. La dama Gisela —insistió — ya está casada.

—¿Estás casada? —le pregunté a Gisela.

—No —contestó.

—No está casada —le dije a Aidan.

Guthred se aclaró la garganta como si fuera hablar, pero luego se quedó callado porque Ragnar y sus hombres acababan de entrar en la iglesia.

—La dama está casada —llegó una voz desde los curas y monjes. Me di la vuelta para ver que había sido el hermano Jaenberht el que había hablado—. Está casada con el señor Ælfric —insistió el monje.

—¿Está casada con Ælfric? —pregunté como si no supiera nada de la noticia—. ¿Con ese pedazo de mierda de piojo, con ese hijo de la gran puta?

Aidan le metió un codazo a uno de los guerreros junto a él, y el hombre desenvainó a espada. El otro hizo lo propio, y yo les sonreí,

sacando, muy, muy lentamente *Hálito-de-serpiente*.

—¡Esta es la casa de Dios! —protestó el abad Eadred—. ¡Apartad las armas!

Los dos jóvenes vacilaron, pero yo no hice ningún movimiento y ellos mantuvieron las espadas en alto, aunque ninguno intentó atacarme. Conocían mi reputación, y además, *Hálito-de-serpiente* aún estaba pegajosa con la sangre de los hombres de Kjartan.

—¡Uhtred! —Esta vez era Beocca el que me interrumpió. Irrumpió en la iglesia y apartó a los hombres de Ragnar—. ¡Uhtred! —volvió a gritar.

Me volví hacia él.

—Esto es asunto mío, padre —le dije—, y me vais a dejar que yo lo resuelva. ¿Os acordáis de Aidan? —Beocca parecía confuso, después reconoció al administrador que vivía en Bebbanburg durante los años en que Beocca fue cura de mi padre—. Aidan quiere que estos chicos me maten —le dije—, pero antes de que le hagan el favor —volví a mirar al administrador—, explicadme cómo es que Gisela está casada con un hombre que no conoce.

Aidan miró a Guthred, como esperando ayuda del rey, pero Guthred permanecía inmóvil, así que Aidan tuvo que enfrentarse a mí a solas.

—Yo ocupé el lugar del señor Ælfric —contestó—, así que a los ojos de la iglesia está casada.

—¿También te la beneficiaste en su lugar? —exigí saber, y se oyeron las protestas de los monjes y curas.

—Por supuesto que no —repuso Aidan ofendido.

—Pues si no la han montado —dije—, no está casada. Una yegua no se doma hasta que se la ensilla y se la monta. ¿Te han montado? —le pregunté a Gisela.

—Aún no —contestó.

—Está casada —insistió Aidan.

—¿Ocupaste el lugar de mi tío —le dije—, y llamas a eso matrimonio?

—Lo es —contestó Beocca en voz baja.

—Y si te mato —le sugerí a Aidan ignorando a Beocca—, ¿será viuda?

Aidan empujó a uno de sus guerreros hacia mí, y el muy imbécil se me acercó. Un hendiente de *Hálito-de-serpiente* desarmó al hombre y la espada descansó sobre su vientre.

—¿Quieres ver tus tripas por el suelo? —le pregunté con suavidad—. Soy Uhtred —le dije, esta vez con vozarrón—, soy señor de Bebbanburg, el hombre que mató a Ubba Lothbrokson junto al mar —lo empujé con la espada hacia atrás—. He matado más hombres de los que soy capaz de contar —le dije—, pero que eso no te detenga, si quieres pelear conmigo. ¿Quieres presumir de que me mataste? Esa bola de moco de sapo, Ælfric, estará muy contento si lo haces. Te recompensará —volví a pincharle—. Venga —le dije, y mi ira iba aumentando—, inténtalo —no hizo nada de eso, dio un paso atrás inseguro y el otro guerrero hizo lo mismo. No era de extrañar, pues Ragnar y Steapa se me habían unido, y detrás de ellos había un buen puñado de guerreros daneses vestidos con malla, cargando hachas y escudos. Miré a Aidan—. Puedes volver reptando a mi tío —le dije—, y decirle que ha perdido una novia.

—¡Uhtred! —consiguió Guthred hablar por fin.

No le hice caso. Pero crucé la iglesia hasta donde estaban los curas y los monjes. Gisela me acompañó, aún cogiéndome el brazo, y yo le tendí *Hálito-de-serpiente*. Nos detuvimos frente a Jaenberht.

—¿Crees que Gisela está casada? —le pregunté.

—Lo está —contestó desafiante—. La dote ha sido pagada y la unión es solemne.

—¿Dote? —le pregunté a Gisela—. ¿Qué te han pagado?

—Nosotros les hemos pagado a ellos —contestó—. Mil chelines y el brazo de san Osvaldo.

—¿El brazo de san Osvaldo? —por poco me meo de risa.

—Lo encontró el abad Eadred —repuso Gisela secamente.

—Querrás decir que lo desenterró de un cementerio para pobres —contesté.

Jaenberht se enfureció.

—Todo se ha celebrado —dijo— según las leyes del hombre y de la santa Iglesia. La mujer —miró burlón a Gisela— está casada.

Algo en su rostro estrecho y altanero me irritó, así que lo agarré por los tonsurados pelos. Intentó resistirse, pero era débil, lo cogí de la cabeza con fuerza y se la agaché al tiempo que subía la rodilla, de modo que le estampé la cara contra mi muslo cubierto de malla.

Volví a ponerlo recto y pregunté otra vez a la cara ensangrentada.

—¿Está casada?

—Está casada —contestó, con una voz espesa por la sangre en la boca. Volví a estamparle la cabeza y esta vez noté que se le rompían los dientes contra mi rodilla.

—¿Está casada? —volví a preguntar. Esta vez no dijo nada, así que le rompí la nariz contra mi rodilla—. Te he hecho una pregunta —le dije.

—Está casada —insistió Jaenberht. Temblaba de rabia, se estremecía de dolor, y los curas protestaban por lo que estaba haciendo, pero también yo estaba perdido en mi propia rabia. Era el monje amaestrado de mi tío, el hombre que había negociado con Guthred para convertirme en esclavo. Había conspirado contra mí. Había intentado destruirme, y reparar en ello volvió mi furia ingobernable. Fue una ira repentina, del rojo de la sangre, alimentada por el recuerdo de las humillaciones que había sufrido en el *Comerciante* de Sverri, así que volví a acercarme la cara de Jaenberht, pero esta vez, en lugar de estamparla contra mi rodilla, saqué *Aguijón-de-avispa*, mi espada corta, y le rebané el cuello. De un solo tajo. Me llevó un instante desenvainar la espada, un instante en que vi los ojos del monje abrirse como platos, sin poder creérselo, y debo confesar que ni siquiera yo creía lo que estaba haciendo. Pero lo hice igualmente. Le abrí la garganta, el acero rascó contra tendón y cartílago, cedieron, y la sangre me empapó la cota de malla. Jaenberht, entre estertores, se derrumbó sobre los juncos húmedos.

Los monjes y curas gritaron como mujeres. Ya les parecía horrendo que le machacara la cara a Jaenberht, pero ninguno esperaba que lo asesinara. Hasta yo estaba sorprendido de lo que mi ira había hecho, pero no sentía remordimientos, ni lo veía como un asesinato. Lo veía como una venganza, y sentí un placer exquisito al ejecutarla. Cada bogada a los remos de Sverri y cada golpe recibido por la tripulación de Sverri estaban en aquel tajo. Miré al suelo, vi a Jaenberht retorcerse y luego miré a su compañero, el hermano Ida.

—¿Está casada Gisela? —le pregunté.

—A los ojos de la Iglesia —empezó a decir Ida, tartamudeando ligeramente, después se detuvo y miró a *Aguijón-de-avispa*—. No está casada, señor —prosiguió a toda prisa—, hasta que el matrimonio se consume.

—¿Estás casada? —le pregunté a Gisela.

—Claro que no —contestó ella.

Me agaché, limpié *Aguijón-de-avispa* en las faldas del hábito de Jaenberht. Ya estaba muerto, pero sus ojos aún reflejaban la sorpresa. Un

cura, más valiente que el resto, se arrodilló para rezar sobre el cadáver del monje, pero el resto de religiosos parecían ovejas enfrentándose a un lobo. Se me quedaron mirando con la boca abierta, demasiado horrorizados para protestar. Beocca abría y cerraba la boca sin decir nada. Envainé *Aguijón-de-avispa*, tomé de las manos de Gisela *Hálito-de-serpiente*, y juntos nos volvimos hacia su hermano. Miraba el cadáver de Jaenberht y la sangre derramada por el suelo y las faldas de su hermana, y debió de pensar que iba a hacerle lo mismo, pues se echó la mano a la espada. Pero entonces señalé a Ragnar con *Hálito-de-serpiente*.

—Este es el conde Ragnar —le dije a Guthred—, está aquí para luchar por vos. No os merecéis su ayuda. Si por mí fuera, volveríais a cargar cadenas y a vaciarle el orinal al rey Eochaid.

—¡Es el elegido del Señor! —protestó el padre Hrothweard—. ¡Mostrad más respeto!

Sopesé *Aguijón-de-avispa*.

—Vos tampoco me habéis gustado nunca —le dije.

Beocca, avergonzado por mi comportamiento, me apartó a un lado e hizo una reverencia a Guthred. Estaba pálido, y no me extraña, pues acababa de ver matar a un monje, pero ni siquiera eso iba a impedirle la gloriosa tarea de ser embajador de Wessex.

—Os traigo saludos —dijo— de Alfredo de Wessex quien...

—Más tarde, padre —le dije.

—Os traigo saludos cristianos de... —lo intentó de nuevo Beocca, y después chilló cuando lo aparté hacia atrás. Los curas y monjes pensaron evidentemente que iba a matarlo, y algunos se taparon los ojos.

—Más tarde, padre —le dije soltándolo, después miré a Guthred—. ¿Y qué vais a hacer ahora? —le pregunté.

—¿Hacer?

—¿Qué vais a hacer? Os hemos quitado de encima a los hombres que os vigilaban, sois libre para marcharos. ¿Qué vais a hacer?

—Lo que vamos a hacer —era Hrothweard el que hablaba—, ¡es castigaros! —Me señaló y la ira hizo presa de él. Gritó que era un asesino, un pagano, un pecador y que Dios se vengaría de Guthred si permitía que quedara sin castigo. La reina Osburh parecía aterrorizada al oír las amenazas de Hrothweard. Era todo energía, pelo revuelto y salivazos, mientras gritaba que había matado a un santo hermano—. La única esperanza para Haliwerfolkland —siguió con su perorata— es nuestra

alianza con Ælfric de Bebbanburg. ¡Enviad a la dama Gisela al señor Ælfric y matad al pagano! —me señaló. Gisela seguía a mi lado, agarrada de mi mano. Yo no dije nada.

El abad Eadred, que parecía tan viejo como el cadáver de san Cutberto, intentó traer la calma a la iglesia. Levantó las manos en alto hasta que se hizo el silencio, después agradeció a Ragnar que matara a los hombres de Kjartan.

—Lo que debemos hacer ahora, mi señor el rey —se dirigió Eadred a Guthred—, es transportar al santo al norte. A Bebbanburg.

—¡Hay que castigar al asesino! —intervino Hrothweard.

—Nada es máspreciado para nuestro país que el cadáver del sagrado Cutberto —prosiguió Eadred, sin hacer ni caso de la furia de Hrothweard—, y debemos llevarlo a un lugar seguro. Tenemos que partir mañana, cabalgar al norte, hasta el santuario de Bebbanburg.

Aidan, el administrador de Ælfric, pidió permiso para hablar. Había venido al sur, corriendo cierto riesgo y de buena fe, y yo le había insultado a él, a su señor y a la paz de Northumbria, pero ignoraría los insultos si Guthred llevaba a san Cutberto y a Gisela al norte, a Bebbanburg.

—Sólo en Bebbanburg —dijo Aidan— estará el santo a salvo.

—Debe morir —insistió Hrothweard, empuñando una cruz de madera hacia mí.

Guthred estaba nervioso.

—Si nos dirigimos al norte —dijo—, Kjartan se opondrá a nosotros.

Eadred estaba preparado para la objeción.

—Si el conde Ragnar cabalga con nosotros, señor, sobreviviremos. La Iglesia pagará al conde Ragnar por dicho servicio.

—Pero no habrá seguridad para ninguno —grito Hrothweard—, si permitimos que un asesino siga vivo —me volvió a señalar con la cruz de madera—. ¡Es un asesino! ¡Un asesino! ¡El hermano Jaenberht es un mártir! —Los curas y monjes lo apoyaron con gritos, y Guthred sólo consiguió acallarlos recordándoles que el padre Beocca era un embajador. Guthred pidió silencio e invitó a Beocca a hablar.

Pobre Beocca. Llevaba días practicando, puliendo las palabras, diciéndolas en voz alta, cambiándolas y volviéndolas a cambiar. Había pedido consejo, rechazado el consejo, declamado incesantemente, y ahora que entregaba su saludo formal de parte de Alfredo, dudo mucho que Guthred escuchara una sola palabra, pues se limitaba a mirarnos a Gisela y

a mí, mientras Hrothweard seguía envenenándole la oreja. Pero Beocca siguió dando la brasa, alabó a Guthred y a la reina Osburh, declaró que eran la luz divina en el norte, y aburrió a todo el que le prestó atención. Algunos de los guerreros de Guthred se burlaban del discurso, ponían muecas o fingían bizquear, hasta que Steapa, cansado de su crueldad, se puso detrás de Beocca y apoyó una mano en la empuñadura de su espada. Steapa era un hombre amable, pero tenía un aspecto implacablemente violento. Era enorme, para empezar, y parecía que le hubieran estirado demasiado la piel de la cara, lo que le impedía expresar nada que no fuera odio puro o hambre voraz. Miró con odio alrededor de la sala, retando a cualquiera a que ninguneara a Beocca, y todos se quedaron en silencio maravillados.

Beocca, por supuesto, creía que era su elocuencia lo que los había tranquilizado. Terminó su discurso con una profunda reverencia a Guthred, después le mostró los regalos que Alfredo enviaba. Había un libro que Alfredo aseguraba haber traducido del latín al inglés, y puede que lo hiciera. Estaba lleno de homilías cristianas, contó Beocca, y volvió a agacharse cuando presentó el pesado volumen, recubierto de joyas. Guthred le dio la vuelta al libro, consiguió abrir la cerradura, miró una página del revés y declaró que era el regalo más valioso que había recibido nunca. Dijo lo mismo del segundo regalo, una espada. Era una hoja franca, con empuñadura de plata y pomo de cristal. El último regalo era sin duda el más precioso, pues se trataba de un relicario de oro fino engarzado con granates, y dentro había pelos de la barba de san Agustín de Contwaraburg. Hasta el abad Eadred, guardián del muy sagrado cadáver de Northumbria, estaba impresionado, y se inclinó hacia delante para acariciar el brillante oro.

—El rey pretende enviar un mensaje con estos regalos —dijo Beocca.

—No lo hagáis muy largo —murmuré, y Gisela me apretó la mano.

—Me encantará escuchar el mensaje —respondió Guthred educadamente.

—El libro representa el estudio —contestó Beocca—, pues sin estudio un reino no es más que una cáscara de barbarie ignorante. La espada es el instrumento con el que defendemos el estudio y protegemos el reino de Dios en la tierra, y su pomo de cristal representa el ojo interior que nos permite descubrir la voluntad de nuestro Salvador. Y los pelos de la barba de san Agustín, mi señor el rey, nos recuerdan que sin Dios no somos nada, y sin la santa Iglesia somos como paja al viento. Y Alfredo de Wessex

desea que tengáis una larga y estudiosa vida, un gobierno divino y un reino a salvo —hizo otra reverencia.

Guthred dio un discurso de agradecimiento, pero terminó en lamentos. ¿Iba Alfredo de Wessex a enviar ayuda a Northumbria?

—¿Ayuda? —preguntó Beocca, no muy seguro de cómo responder.

—Necesito lanzas —le dijo Guthred, pero cómo pensaba aguantar lo suficiente hasta que llegaran tropas de Wessex era un misterio.

—Me ha enviado a mí —respondí.

—¡Asesino! —escupió Hrothweard. No tenía intención de dejarlo estar.

—Me ha enviado a mí —repetí, y le solté la mano a Gisela y me reuní con Beocca y Steapa en la nave central. Beocca manoteaba como para indicarme que me marchara y me callara, pero Guthred quería oírme—. Hace unos dos años —le recordé a Guthred—, Ælfric se convirtió en vuestro aliado y mi libertad fue el precio por aquella alianza. Os prometió que destruiría Dunholm, y me cuentan que Dunholm sigue en pie y Kjartan aún está vivo. Menuda promesa la de Ælfric. Y aun así, ¿volvéis a confiar en él? ¿Creéis que si le entregáis a vuestra hermana y a un santo muerto Ælfric luchará por vos?

—Asesino —escupió Hrothweard.

—Bebbanburg aún está a dos días de marcha —le dije—, y para llegar allí necesitáis la ayuda del conde Ragnar. Pero el conde Ragnar es amigo mío, no vuestro. Jamás me ha traicionado.

El rostro de Guthred se contorsionó al escuchar la palabra *traición*.

—No necesitamos daneses paganos —murmuró entre dientes Hrothweard—. Debemos volver a dedicarnos a Dios, mi señor el rey, aquí en el río Jordán, ¡y Dios nos conducirá a salvo por tierras de Kjartan!

—¿El Jordán? —me preguntó Ragnar a mi espalda—, ¿dónde está eso?

Yo pensaba que el río Jordán estaba en la tierra santa de los cristianos, pero parecía que estaba allí, en Northumbria.

—El río Swale —gritaba Hrothweard como si se dirigiera a una congregación de cientos de personas— fue donde el santo Paulino bautizó a Edwin, el primer rey cristiano de nuestro país. Miles de personas fueron bautizadas allí. ¡Es nuestro río sagrado! ¡Nuestro Jordán! Si bañamos nuestras espadas y lanzas en el Swale, Dios las bendecirá. ¡No podrán derrotarnos!

—Sin el conde Ragnar —me burlé de Hrothweard—, Kjartan os hará pedazos. Y el conde Ragnar —miré de nuevo a Guthred— es mi amigo, no el vuestro.

Guthred tomó a su esposa de la mano y reunió el valor para mirarme a los ojos.

—¿Y qué vais a hacer vos, señor Uhtred?

Mis enemigos, y tenía unos cuantos en aquella iglesia, repararon en que se dirigía a mí como señor Uhtred, y el disgusto recorrió la estancia. Di un paso al frente.

—Fácil, señor —contesté, y no sabía qué iba a decir, pero de repente llegó la inspiración. Las tres hilanderas jugaban conmigo o me entregaban un destino tan dorado como el de Guthred, pues de repente todo parecía sencillo.

—¿Fácil? —preguntó Guthred.

—Ivarr marcha sobre Eoferwic, señor —le dije—, y Kjartan ha enviado a sus hombres para que no lleguéis a Bebbanburg. Lo que intentan hacer, señor, es manteneros fugitivo. Tomarán vuestras fortalezas, capturarán vuestro palacio, destruirán a vuestros seguidores sajones y cuando no tengáis dónde esconderos, os prenderán y os matarán.

—¿Y? —preguntó Guthred quejumbroso—. ¿Qué hacemos?

—Vamos a buscarnos una fortaleza, señor, por supuesto. Un lugar seguro.

—¿Dónde? —preguntó.

—En Dunholm —contesté—. ¿Dónde si no?

Se me quedó mirando. Nadie más habló. Incluso los religiosos, que un momento antes aullaban pidiendo mi muerte, se quedaron callados. Y yo pensaba en Alfredo, en cómo, en aquel terrible invierno en que todo Wessex parecía condenado, no pensaba en la supervivencia, sino en la victoria.

—Partiremos al alba —le dije—, y partiremos rápido, en dos días tomaremos Dunholm.

—¿Podéis hacer eso? —preguntó Guthred.

—No, señor —contesté—, podemos hacerlo juntos —aunque no tenía ni la más remota idea de cómo. Lo único que sabía es que nosotros éramos pocos y el enemigo numeroso, y que hasta entonces Guthred había sido como un ratón en las garras de su enemigo, y ya iba siendo hora de que se revolviera. Y Dunholm, como Kjartan había enviado tantos hombres a guardar los accesos a Bebbanburg, era más débil de lo que nunca sería.

—Podemos hacerlo —dijo Ragnar. Se acercó a mi lado.

—Pues es lo que haremos —contestó Guthred, y así se decidió.

A los curas no les gustaba la idea de que viviera sin ser castigado, y aún les gustó menos cuando Guthred hizo caso omiso a sus quejas y me pidió que le acompañase a la pequeña casa que eran sus aposentos. Gisela también vino, se sentó contra la pared y nos observó a los dos. Ardía una pequeña hoguera. Hacía frío, aquella tarde, el primer frío del cercano invierno.

Guthred estaba avergonzado de encontrarse a solas conmigo. Medio sonrió.

—Lo siento mucho —dijo vacilante.

—Sois un pedazo de cabrón —le dije.

—Uhtred —empezó a decir, pero no se le ocurrió nada más.

—Sois un pedazo de mierda de comadreja —le dije—, un cagarro como la copa de un pino.

—Soy un rey —contestó, intentando recuperar algo de dignidad.

—Pues entonces sois un pedazo de mierda de comadreja regia. Un cagarro encima de un trono.

—Yo... —empezó, y no encontró qué decir, así que se sentó en la única silla de la habitación y se encogió de hombros.

—Pero hicisteis lo correcto —le dije.

—¿Sí? —Pareció animarse.

—Pero no funcionó, ¿verdad que no? Ibais a sacrificarme a cambio de tener las tropas de Ælfric de vuestro lado. Se suponía que ibais a aplastar a Kjartan como un piojo, pero aún sigue ahí, y Ælfric se hace llamar señor de Bernicia, y tenéis una rebelión danesa entre manos. ¿Y por eso pasé yo dos años de esclavo pegado a un remo? —No contestó. Me desabroché la espada, me saqué la cota de malla por la cabeza y la tiré en el suelo. Guthred parecía perplejo mientras me observaba levantarme la túnica de mi hombro izquierdo; entonces le enseñé la cicatriz de esclavo que Hakka me había grabado en el brazo—. ¿Sabéis qué es esto? —pregunté. Sacudió la cabeza—. Es una marca de esclavo, mi señor el rey. ¿No tenéis vos una?

—No —contestó.

—Yo la llevo —le dije—, la llevo para que vos fuerais rey aquí, pero lo que sois es un fugitivo plagado de curas. Os dije hace mucho que matarais a Ivarr.

—Tendría que haberlo hecho —admitió.

—¿Y habéis permitido a esa roña peluda que es Hrothweard imponer el diezmo a los daneses?

—Era para un santuario —contestó—. Hrothweard había tenido un sueño. Me dijo que san Cutberto le había hablado.

—Bastante hablador me parece a mí Cutberto para estar muerto. ¿Por qué no recordáis de una maldita vez que sois vos quien gobierna esta tierra y no san Cutberto?

Estaba abatido.

—La magia cristiana siempre me ha funcionado —me dijo.

—No ha funcionado —me burlé—. Kjartan sigue vivo, Ivarr sigue vivo, y os enfrentáis a una revuelta de los daneses. Olvidad de una vez la magia cristiana. Ahora me tenéis a mí, y tenéis al conde Ragnar. Es el mejor hombre de vuestro reino. Cuidadlo.

—Ya ti —me dijo—. También te cuidaré a ti. Lo prometo.

—Yo voy a hacerlo —dijo Gisela.

—Porque seré vuestro cuñado —le dije a Guthred.

Asintió, después me sonrió débilmente.

—Siempre dijo que volverías.

—¿Y vos pensabais que estaba muerto?

—Esperaba que no —contestó. Después se puso en pie y sonrió—. ¿Me creerías —me preguntó— si te dijera que te he echado de menos?

—Sí, señor —contesté—, porque también yo os he echado de menos.

—¿En serio? —preguntó esperanzado.

—Sí, señor —contesté—, os he echado de menos —y por raro que parezca, era cierto. Pensaba que lo detestaría cuando volviera a verlo, pero había olvidado su encanto contagioso. Me seguía gustando. Nos abrazamos. Guthred recogió su casco y salió por la puerta, que no era más que un paño sujeto con dos clavos.

—Os dejo mi casa esta noche —dijo sonriendo—. A los dos —añadió. Y lo hizo.

* * *

Gisela. Estos días, que ya soy viejo, a veces veo alguna muchacha que me recuerda a Gisela y se me hace un nudo en la garganta. Veo una chica de grandes zancadas, la melena negra, la cinturita, la gracia de sus

movimientos y ese modo desafiante de inclinar la cabeza. Y cuando veo alguna chica así, vuelvo a ver a Gisela, y a menudo, porque me he vuelto chocho y sentimental, las lágrimas me encharcan los ojos.

—Ya tengo esposa —le dije aquella noche.

—¿Estás casado? —me preguntó Gisela.

—Se llama Mildrith —le dije—, y me casé con ella hace mucho porque Alfredo lo ordenó; me odia y se metió en un convento.

—Todas tus mujeres hacen eso —contestó Gisela—. Mildrith, Hild y yo.

—Eso es cierto —repuse divertido. No lo había pensado antes.

—Hild me dijo que me metiera en un convento si me veía amenazada —me contó Gisela.

—¿Hild?

—Me dijo que allí estaría a salvo. Así que cuando Kjartan dijo que quería que me casara con su hijo, me metí en el convento.

—Guthred no te habría casado nunca con Sven —le dije.

—Mi hermano se lo pensó —contestó ella—. Necesitaba dinero. Necesitaba ayuda y yo era todo lo que podía ofrecer.

—La vaca de la paz.

—Ésa soy yo.

—¿Te gustó el convento?

—Detesté todos y cada uno de los días en que no estabas. ¿Vas a matar a Kjartan?

—Sí.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé —le dije—. O puede que lo mate Ragnar. Ragnar tiene más motivos que yo.

—Cuando me negué a casarme con Sven —me dijo Gisela—, Kjartan aseguró que me capturaría y permitiría que sus hombres me violaran. Dijo que me clavaría al suelo y dejaría que sus hombres me usaran, y que cuando terminaran, dejaría que sus perros me usaran. ¿Tuvisteis hijos Mildrith y tú?

—Uno —contesté—. Murió.

—Los míos no van a morir. Mis hijos serán guerreros, y mi hija madre de guerreros.

Sonreí, recorrí su larga columna con una caricia, y se estremeció encima de mí. Estábamos tapados con tres capas, y tenía el pelo mojado

porque la paja goteaba. Los juncos del suelo estaban podridos y húmedos debajo de mí, pero éramos felices.

—¿Te volviste cristiana en el convento? —le pregunté.

—Claro que no —contestó burlona.

—¿Y no les importó?

—Les di plata.

—Entonces no les importó —contesté.

—No creo que ningún danés sea cristiano de verdad —me dijo.

—¿Ni siquiera tu hermano?

—Nosotros tenemos muchos dioses —contestó— y los cristianos sólo uno. Estoy convencida de que eso es lo que Guthred piensa. ¿Cómo se llama el dios de los cristianos? Una monja me lo dijo, pero no lo recuerdo.

—Yavé.

—Ahí lo tienes, pues. Odín, Thor y Yavé. ¿Está casado?

—No.

—Pobre Yavé.

Pobre Yavé, pensé, y seguía pensándolo cuando, bajo una lluvia incesante que azotaba los restos de la calzada romana y convertía los campos en barro, cruzamos el Swale y cabalgamos al norte, a tomar una fortaleza que no podía ser tomada. Cabalgamos para capturar Dunholm.

Capítulo IX

Parecía fácil cuando lo sugerí. Cabalgaríamos hasta Dunholm, atacaríamos por sorpresa y así le proporcionaríamos a Guthred un refugio seguro y a Ragnar su venganza, pero Hrothweard estaba decidido a frustrar nuestros planes y, antes de salir, tuvo lugar otra discusión amarga.

—¿Qué pasa —le exigió al rey— con el bendito santo? Si vos partís, ¿quién va a guardar a Cutberto?

Hrothweard era apasionado. Supongo que lo alimentaba la ira. Había conocido a otros hombres como él, hombres que se transforman en un torbellino de furia por el más leve de los insultos a aquello que más se estiman. Lo que Hrothweard más estimaba era la Iglesia, y cualquiera no cristiano era un enemigo de su Iglesia. Se había convertido en el consejero jefe de Guthred, y se había ganado el puesto a base de pasión. Guthred seguía viendo el cristianismo como una magia superior, y en Hrothweard creía haber encontrado al hombre capaz de obrar esa magia. Desde luego, Hrothweard parecía un hechicero. Tenía pelos de loco, barba voluminosa, ojos vivos y poseía la voz más poderosa que he oído jamás. No estaba casado, se entregaba por completo a su amada religión, y se le señalaba como próximo arzobispo de Eoferwic cuando Wulfhere muriera.

Guthred no poseía pasión. Era razonable, amable la mayor parte del tiempo, deseaba que quien estuviera a su alrededor estuviese contento, así que Hrothweard se aprovechaba de él. En Eoferwic, donde la mayoría de los ciudadanos eran cristianos, Hrothweard tenía el poder de sacar a la muchedumbre a las calles, y Guthred, para evitar motines en la ciudad, delegaba en Hrothweard. Y Hrothweard también había aprendido a amenazar a Guthred con el disgusto de san Cutberto, el arma que utilizó la víspera de nuestra partida a Dunholm. Nuestra única oportunidad de capturar la fortaleza era la sorpresa, y eso implicaba desplazarse rápido, lo que a su vez requería que el cadáver de Cutberto, la cabeza de Osvaldo y el precioso libro del Evangelio se quedaran en Cetreht con los curas, los monjes y las mujeres. El padre Hrothweard insistía en que nuestra primera obligación era proteger a san Cutberto.

—Si el santo cae en manos de los paganos —le gritó a Guthred—, ¡será profanado! —Tenía razón, por supuesto. Le arrancarían a san Cutberto su cruz pectoral y su hermoso anillo y se lo echarían de comer a los cerdos, mientras que el precioso Evangelio de Lindisfarena perdería la enjoyada cubierta y sus páginas se usarían para encender hogueras o limpiar culos daneses—. Vuestra primera obligación es proteger al santo —aulló Hrothweard al rey.

—Nuestra primera obligación —reliqué— es proteger al rey.

Los curas, por supuesto, apoyaban a Hrothweard, y en cuanto intervine volvieron toda su pasión en mi contra. Era un asesino, un pagano, un hereje, un pecador, un profanador, y lo único que Guthred tenía que hacer para mantener su trono era entregarme a la justicia. Beocca era el único de todos los religiosos que intentaba calmar al hirsuto cura, pero a Beocca no se le oía con tanto grito. Los curas y los monjes declararon que Dios maldeciría a Guthred si abandonaba a Cutberto, Guthred parecía confuso y al final tuvo que ser Ragnar el que terminara con toda aquella tontería.

—Esconded al santo —sugirió. Tuvo que decirlo tres veces para que todos pudieran oírlo.

—¿Esconderlo? —repitió el abad Eadred.

—¿Dónde? —preguntó Hrothweard con tono burlón.

—Aquí hay un cementerio —contestó Ragnar—. Enterradlo. ¿Quién va a buscar un cadáver en un cementerio? —Los clérigos se lo quedaron mirando. El abad Eadred abrió la boca para protestar, pero la sugerencia era tan sensata que las palabras murieron al llegar a los labios—. Enterradlo —prosiguió Ragnar—, y después dirigíos al oeste, a las colinas, y esperadnos.

Hrothweard intentó protestar, pero Guthred apoyó a Ragnar. Nombró a diez guerreros que se quedarían para proteger a los curas, y a la mañana siguiente, mientras partíamos, esos hombres cavaban una tumba temporal en el cementerio, donde ocultarían el cadáver del santo y las otras reliquias. Los hombres de Bebbanburg se quedaron también en Cetreht. Yo insistí en ello. Aidan quería venir con nosotros, pero yo no me fiaba de él. Podía provocar mi muerte fácilmente, cabalgando antes y advirtiéndome de nuestra llegada a Kjartan; así que nos llevamos todos sus caballos, lo que obligó a Aidan y a sus hombres a quedarse con los religiosos. Osburh, la reina preñada de Guthred, también se quedó. El abad Eadred la veía como un rehén que aseguraba el regreso de Guthred, y aunque Guthred hablaba maravillas de la chica, me dio la impresión de que se alegraba de dejarla

atrás. Osburh era una mujer nerviosa, tan dada a las lágrimas como mi esposa Mildrith y, también como Mildrith, gran amante de los curas. Hrothweard era su confesor, y supongo que le predicaba el mensaje del iracundo cura en la cama. Guthred le aseguró que ningún danés errante se acercaría a Cetreht en cuanto se hubiera marchado, aunque de eso no podía estar seguro. Existía la posibilidad de que cuando regresáramos los hubieran matado o hecho prisioneros, pero si albergábamos alguna esperanza de tomar Dunholm, había que actuar rápido.

¿Existía esa esperanza? Dunholm era un lugar en el que podías hacerte viejo y seguir desafiando a tus enemigos a salvo. Y éramos menos de doscientos hombres, además de la veintena de mujeres que insistieron en acompañarnos. Gisela era una de ellas, y como las otras mujeres, vestía calzones y coraza de cuero. El padre Beocca también venía con nosotros. Le dije que no cabalgaba suficientemente rápido y que, si se quedaba atrás, lo abandonaríamos, pero no quería ni oír hablar de quedarse en Cetreht.

—Como embajador —anunció con grandeza—, me corresponde estar junto a Guthred.

—Os corresponde estar con los demás curas —contesté.

—Voy a ir —repitió cabezón, y no hubo manera de convencerlo. Nos pidió que le atáramos las piernas a las cinchas de la silla para no caerse cuando galopáramos. Se moría de dolor, pero no emitió ni una queja. Sospecho que en realidad no quería perderselo. Podría ser un lisiado bizco, un cura cojo, un secretario perdido de tinta y un estudioso pedante, pero Beocca poseía el alma de un guerrero.

Abandonamos Cetreht un alba neblinosa de otoño, bordada de lluvia, y los jinetes que quedaban de Kjartan, que habían regresado a la ribera norte del río, nos siguieron de cerca. Quedaban dieciocho, pero les dejamos seguirnos, y para confundirlos, no nos quedamos en la calzada romana que conducía a Dunholm directamente, sino que, a las pocas millas, giramos hacia el norte y hacia el oeste por una pista más pequeña que subía por suaves colinas. El sol salió de detrás de las nubes antes del mediodía, pero estaba bajo en el cielo y las sombras eran largas. Los tordos se reunían por debajo de las nubes en las que acechaban los halcones. Era la época del año de la matanza. El ganado recibía el hacha y los cerdos, engordados con las abundantes bellotas del otoño, eran sacrificados para salar su carne o colgarla a secar en los ahumaderos. Las pozas de curtir apestaban a estiércol y orina. Las ovejas bajaban de los altos pastos para ser cercadas junto a los

establos, mientras en los valles se oía el talar de las hachas pues los hombres preparaban leña para el invierno.

Los pocos pueblos que atravesamos estaban vacíos. La gente habría sido advertida de nuestra llegada, y habían huido. Se escondían en los bosques hasta que pasábamos, y rezaban para que no nos quedáramos a saquear. Seguimos cabalgando, aún por las colinas, y no me cupo duda alguna de que los hombres que nos seguían habrían enviado mensajeros por la calzada romana para decirle a Kjartan que nos desviábamos al oeste en un intento de circundar Dunholm. Kjartan tenía que creer que Guthred intentaba alcanzar Bebbanburg desesperadamente, y si conseguíamos engañarlo, confiaba en que sacara aún más hombres de la fortaleza, hombres que impedirían que cruzáramos el Wiire por las colinas del oeste.

Pasamos aquella noche en esas colinas. Volvió a llover. Conseguimos cobijarnos en parte en un bosque que crecía en la ladera sur, donde había una cabaña de pastor en la que podían dormir las mujeres, pero el resto nos acurrucamos junto a las hogueras. Sabía que los exploradores de Kjartan nos vigilaban desde el otro lado del valle, pero confiaba en que ya estuvieran convencidos de que nos dirigíamos hacia el oeste. La lluvia chisporroteaba en las hogueras mientras Ragnar, Guthred y yo hablábamos con Sihtric, haciéndole recordar todo sobre el lugar en el que se crió. Dudo de que me revelara algo nuevo. Sihtric ya me había contado todo lo que sabía hacía mucho, y a menudo había pensado en ello mientras remaba en el barco de Sverri, pero lo volví a escuchar cuando explicó que la empalizada de Dunholm daba toda la vuelta a la cumbre del peñasco, y que sólo se interrumpía en la parte sur, donde la roca estaba demasiado empinada para subir por ella. El agua procedía de un pozo en el lado este.

—El pozo está fuera de la empalizada —nos contó—, un poco más abajo que la fortaleza.

—¿Pero el pozo tiene su propia muralla?

—Sí, señor.

—¿Cómo es de empinado? —preguntó Ragnar.

—Muy empinado, señor —respondió Sihtric—. Recuerdo que un chico se cayó por ahí, se dio un golpe en la cabeza con un árbol y se quedó tonto. Y hay un segundo pozo al oeste —añadió—, pero no se usa demasiado. El agua sale turbia.

—Así que tiene comida y agua —comentó Guthred con amargura.

—No podemos sitiarlo —le dije—, no tenemos suficientes hombres. El pozo al este —me volví a dirigir a Sihtric— está entre unos árboles. ¿Cuántos?

—Son árboles grandes, señor —dijo—, carpes y sicómoros.

—Y tiene que haber una puerta en la empalizada para que los hombres lleguen al agua, ¿no?

—Las mujeres, señor, sí, la hay.

—¿Se puede cruzar el río?

—En realidad no, señor —Sihtric intentaba ayudar, pero sonaba abatido cuando describía cómo el Wiire fluía rápido al circundar Dunholm. Era lo suficientemente poco profundo para poder vadearse a pie, dijo, pero era traicionero, tenía pozas más profundas, corrientes rápidas y trampas para peces de sauce—. Con cuidado se puede cruzar de día, pero no de noche, señor.

Intenté recordar lo que había visto cuando, vestido del guerrero muerto, esperé una madrugada fuera de la fortaleza. El terreno descendía bruscamente hacia el este, recordé, y era irregular, lleno de piedras y raíces, pero incluso de noche se podía bajar por aquella ladera hasta la orilla del río. Aunque también recordé una protuberancia de roca muy empinada que ocultaba la vista del río, y esperaba que la roca no fuera tan escarpada como la de mi cabeza.

—Lo que tenemos que hacer —dije— es llegar a Dunholm mañana al atardecer. Justo antes de que caiga la noche. Y atacar al alba.

—Si llegamos antes de la noche —señaló Ragnar—, nos verán y se prepararán.

—No podemos llegar después —sugerí—, porque no encontraríamos el camino. Además, quiero que estén listos.

—¿En serio? —Guthred parecía sorprendido.

—Si ven hombres al norte, los pondrán todos en la muralla. Tendrán la guarnición entera guardando la puerta. Pero no vamos a atacar por ahí —miré al otro lado de la hoguera, a Steapa—. A ti te da miedo la oscuridad, ¿no?

El enorme rostro me miró desde el otro lado de las llamas. No le gustaba admitir que tenía miedo a nada, pero la honestidad pudo a la renuencia.

—Sí, señor.

—¿Pero confiarás en mí mañana si te guío por la oscuridad?

—Confío en vos, señor —contestó.

—Tú y otros diez hombres —le dije, y pensaba que sabía cómo conquistar el impenetrable Dunholm. El destino tendría que estar de nuestra parte, pero creía, allí sentados en la fría y húmeda oscuridad, que las tres hilanderas habían empezado a enroscar un nuevo hilo dorado en mi destino. Y yo siempre había creído que el destino de Guthred era de oro.

—¿Sólo doce hombres? —preguntó Ragnar.

—Doce *sceadugengan* —contesté, pues serían los caminantes de las sombras los que tomaran Dunholm. Era la hora de que las extrañas criaturas que acechan en la noche, los cambiantes de forma y los horrores de la oscuridad, vinieran en nuestra ayuda.

Y en cuanto tomáramos Dunholm, si es que se podía tomar, aún habría que matar a Ivarr.

* * *

Sabíamos que Kjartan tendría hombres guardando los cruces del Wiire. También sabía que cuanto más al oeste fuéramos, más fácil sería cruzarlo, y confiaba en que esa creencia lo convenciera de enviar sus tropas un buen trecho río arriba. Si planeaba luchar y detenernos tendría que enviar sus guerreros ahora, antes de que llegáramos al Wiire, y para que resultara aún más verosímil que nos adentráramos en las colinas, no nos dirigimos directamente hacia el río a la mañana siguiente, sino que cabalgamos al norte y al oeste hacia el páramo. Ragnar y yo, en un momento en que nos detuvimos en una cumbre barrida por el viento, vimos a seis de los exploradores de Kjartan separarse del grupo que nos perseguía y salir a galope tendido hacia el este.

—Van a decirle adonde vamos —dijo Ragnar.

—Pues ya es hora de que vayamos a otro sitio —sugerí.

—Pronto —contestó Ragnar—, pero aún no.

El caballo de Sihtric perdió una herradura y esperamos hasta que hubo ensillado uno de los de repuesto, después seguimos hacia el norte una hora más. Avanzábamos despacio, por sendas de ovejas, hasta un valle de espesos árboles. Una vez en el valle, enviamos a Guthred y la mayoría de los jinetes delante, siguiendo la pista hacia el oeste, y otros veinte esperamos en los árboles. Los exploradores de Kjartan, al ver a Guthred y

los otros trepar por los páramos que había más adelante, lo siguieron sin tomar precauciones. Ya sólo quedaban nueve de nuestros perseguidores, el resto había sido enviado a Dunholm con mensajes, y los nueve que se quedaron iban montados en caballos ligeros, ideales para huir si nos volvíamos contra ellos, pero llegaron a los árboles sin sospechar nada. Iban por la mitad del bosque cuando vieron a Ragnar esperando delante; se dieron la vuelta para salir a todo correr, pero teníamos cuatro grupos de hombres para tenderles la emboscada. Ragnar estaba delante de ellos, yo me acercaba para impedirles la retirada, Steapa estaba a su izquierda y Rollo a su derecha, y los nueve hombres de repente comprendieron que estaban rodeados. Cargaron contra mi grupo en un intento de escapar del espeso bosque, pero los cinco les bloqueamos el camino, nuestros caballos eran más pesados y dos de los exploradores murieron rápidamente, uno de ellos destripado por *Hálito-de-serpiente*. Los otros siete intentaron desplegarse, pero las ramas y los arbustos les obstruyeron el paso y nuestros hombres los alcanzaron. Steapa desmontó para perseguir al último de los enemigos hasta una zarza de moras. Vi el hacha levantarse y caer con fuerza, después oí un grito que no cesaba. Pensé que ya debía parar, pero seguía; Steapa se detuvo para sorberse los mocos, volvió a levantar el hacha y cuando cayó de nuevo se hizo el silencio de repente.

—¿Te estás constipando? —le pregunté.

—No, señor —dijo, mientras salía con dificultad de las zarzas y arrastraba el cuerpo tras él—. Pero se me ha metido el pestazo que echaba en la nariz.

Kjartan estaba ciego. No lo sabía, pero había perdido los exploradores. En cuanto los nueve estuvieron muertos, tocamos un cuerno para llamar a Guthred, y mientras lo esperábamos, desvalijamos a los cadáveres de cualquier cosa de valor. Nos llevamos sus caballos, brazaletes, armas, unas cuantas monedas, algo de pan húmedo y dos frascos de cerveza de abedul. Uno de los muertos vestía una fina cota de malla, que yo sospechaba que había sido confeccionada en el reino de los francos, pero el tipo era tan delgado que a nadie nos venía bien, hasta que se la probó Gisela y se la quedó.

—Pero si tú no necesitas malla —se burló su hermano.

Gisela no le hizo caso. Parecía asombrada de que una malla tan fina pudiera pesar tanto, pero se la pasó por la cabeza, se desenganchó el pelo de

las anillas del cuello y se abrochó una de las espadas de los muertos a la cintura. Se volvió a poner su capa negra y miró desafiante a Guthred.

—¿Y bien?

—Me das miedo —le dijo con una sonrisa.

—Bien —contestó, después empujó a su yegua junto a mi caballo para que se quedara quieta mientras montaba, pero no pensó en que con el peso de la malla le costaría subirse a la silla.

—Te sienta bien —le dije, y era verdad. Parecía una valquiria, las doncellas guerreras de Odín que cabalgan por el cielo en brillantes armaduras.

Entonces nos dimos la vuelta, hacia el este, más rápidamente. Cabalgamos por entre los árboles, agachándonos continuamente para evitar que las ramas nos dieran en los ojos, y bajamos la colina, siguiendo un torrente cargado de lluvia que debía conducir hasta el Wiire. A primera hora de la tarde ya estábamos cerca de Dunholm, probablemente a no más de siete u ocho kilómetros, y nos guiaba Sihtric, pues creía recordar un lugar por el que se podía cruzar el río. El Wiire, nos contó, se desviaba hacia el sur pasado Dunholm, y se ensanchaba al discurrir por tierras de pastos, y en aquellos valles más gentiles había vados. Conocía bien la zona, pues los padres de su madre vivían allí, y de niño a menudo había hecho cruzar el ganado por el río. Lo mejor era que esos vados estaban al este de Dunholm, el flanco que Kjartan no estaría vigilando, pero existía el riesgo de que la lluvia, que volvió a caer con fuerza por la tarde, llenara tanto el Wiire que los vados fueran impracticables.

Por lo menos la lluvia nos ocultaba al dejar las colinas y llegar al valle del río. Ya estábamos muy cerca de Dunholm, que quedaba al norte, pero nos tapaba una elevación del terreno boscosa junto a la que había un puñado de granjas.

—Hocchale —me dijo Sihtric, señalando la aldea con la cabeza—, ahí nació mi madre.

—¿Tus abuelos aún viven aquí? —pregunté.

—Kjartan los hizo matar, señor, cuando echó a mi madre a los perros.

—¿Cuántos perros tiene?

—Tenía cuarenta o cincuenta cuando yo estaba allí, señor. Enormes. Sólo obedecían a Kjartan y a sus cazadores. Y a la dama Thyra.

—¿La obedecían? —le pregunté.

—Mi padre quiso castigarla una vez —dijo Sihtric—, y le echó a los perros. No creo que dejara que se la comieran, me parece que sólo quería asustarla, pero ella les cantó.

—¿Que les cantó? —preguntó Ragnar. Apenas había mencionado a Thyra en las últimas semanas. Era como si se sintiera culpable por haberla abandonado tanto tiempo en poder de Kjartan. Sabía que intentó buscarla al poco de su desaparición, incluso se enfrentó a Kjartan en una ocasión en que otro danés negoció una tregua entre ellos, pero Kjartan había negado vehementemente que Thyra estuviera siquiera en Dunholm, y tras aquello Ragnar se unió al Gran Ejército que invadió Wessex y se convirtió en rehén, y durante todo ese tiempo Thyra siguió en poder de Kjartan. En aquel momento Ragnar miraba a Sihtric—. ¿Les cantó? —volvió a preguntar.

—Les cantó, señor —corroboró Sihtric—, y se tumbaron en el suelo. Mi padre estaba furioso con ellos —Ragnar frunció el ceño como si no se creyera lo que oía. Sihtric se encogió de hombros—. Dicen que es hechicera, señor —le explicó con humildad.

—Thyra no es ninguna hechicera —repuso Ragnar con rabia—. Lo único que quería era casarse y tener hijos.

—Pero les cantó a los perros, señor —insistió Sihtric—, y ellos se tumbaron en el suelo.

—No se van a tumbar cuando nos vean a nosotros —dije yo—. Kjartan nos los echará encima en cuanto nos vea.

—Eso hará, señor —repuso Sihtric, y lo noté nervioso.

—Bueno, sólo tenemos que cantarles —contesté alegremente.

Recorrimos un camino encharcado junto a una zanja desbordada y nos encontramos con un Wiire lleno y rápido. El vado parecía impracticable. La lluvia aumentaba, golpeando el río que se arremolinaba en lo alto de sus elevados márgenes. Había una colina alta en la otra orilla, y las nubes estaban lo suficientemente bajas para rascar las ramas desnudas y negras que había en su cima.

—Por aquí no vamos a cruzar nunca —dijo Ragnar.

El padre Beocca, atado a su silla y con la sotana empapada, se estremeció. Los jinetes las pasaban canutas en el barro, y observaban el río que amenazaba con desbordarse, pero entonces Steapa, montado en un enorme semental negro, emitió un gruñido y siguió el camino hasta introducirse en el agua. El caballo rehusó meterse en la fuerte corriente del

río, pero él lo obligó a seguir hasta que el agua bullía junto a sus estribos; entonces se detuvo y me hizo un gesto para que le siguiera.

Su idea era que los caballos más grandes crearan una barrera para romper la fuerza del río. Forcé a mi caballo contra el de Steapa, luego llegaron más hombres y todos nos sujetamos, creando un muro de carne de caballo que poco a poco se extendió a lo ancho del Wiire, de unos treinta o cuarenta pasos de ancho. Sólo había que construir la presa en el centro del río, donde la corriente era más fuerte, y en cuanto tuvimos cien hombres esforzándose por mantener quietos los caballos, Ragnar apremió al resto para que cruzaran las aguas más calmadas que proporcionaba nuestra presa provisional. Beocca estaba aterrorizado, el pobre hombre, pero Gisela lo tomó de las riendas y azuzó a su propia yegua al agua. Yo casi ni me atrevía a mirar: si su caballo era arrastrado por el agua, la cota de malla la hundiría, pero ella y Beocca llegaron sanos y salvos a la otra orilla, y de dos en dos, el resto les siguieron. La corriente se llevó a una mujer y a un guerrero, pero ambos consiguieron salir, los caballos hicieron pie un poco más abajo y alcanzaron la orilla. Cuando los caballos más pequeños cruzaron, deshicimos lentamente el muro y avanzamos por el río crecido hasta la otra orilla.

Ya se estaba haciendo oscuro. Sólo era media tarde, pero las nubes eran densas. Era un día negro, húmedo, triste, y nos tocó trepar la escarpadura bajo los árboles que goteaban, y en algunos lugares la ladera era tan empinada que nos vimos obligados a desmontar y guiar a los caballos a pie. Una vez en la cumbre, nos dirigimos hacia el norte, y ya se veía Dunholm cuando las nubes lo permitían. La fortaleza aparecía una mancha oscura en la elevada roca, y encima se apreciaba el humo de las hogueras de la guarnición que se mezclaba con las nubes de lluvia. Era posible que los hombres de las murallas al sur nos vieran entonces, pero cabalgábamos por entre los árboles, y nos habíamos cubierto la malla de barro, e incluso, aunque nos vieran, no tenían por qué sospechar que éramos enemigos. Lo último que habían oído de Guthred era que él y sus hombres huían desesperadamente hacia el oeste, en busca de un lugar por donde cruzar el Wiire, y nosotros estábamos al este de la fortaleza y ya habíamos cruzado el río.

Nuestros caballos empezaban a cansarse. Habían cabalgado duramente por terreno mojado y cargaban hombres con armadura y pesados escudos, pero ya casi habíamos llegado. Ya no importaba que la guarnición nos viera,

porque habíamos alcanzado la colina sobre la que se erguía la fortaleza y nadie podía abandonar Dunholm sin tener que abrirse paso luchando. Si Kjartan había enviado guerreros al oeste en nuestra busca, ya no podría enviar un mensajero para que los hiciera regresar porque ya controlábamos la carretera que conducía a su fortaleza.

Así que llegamos al cuello en que el risco descendía menos escarpadamente y el camino giraba al sur antes de subir hasta la descomunal puerta. Nos detuvimos allí y nuestros caballos se desperdigaron por el terreno elevado y, para los hombres en la muralla de Dunholm, debíamos de parecer un ejército oscuro. Todos íbamos embarrados, nuestros caballos estaban mugrientos, pero los hombres de Kjartan podían ver nuestras lanzas, escudos, espadas y hachas. Para entonces ya sabrían que éramos el enemigo y que les habíamos cortado su único camino, y probablemente se rieran de nosotros. Nosotros éramos muy pocos y su fortaleza era altísima, su muralla enorme, la lluvia seguía cayéndonos encima y la oscuridad reptaba por los valles a ambos lados y nos iba a empapar, mientras los rayos pérfidos partían el cielo del norte.

Vallamos a los caballos en un campo inundado. Hicimos lo que pudimos para limpiar a las bestias de barro y liberar de fango sus pezuñas; después encendimos una veintena de hogueras junto a un seto de espino que nos protegía del viento. Costó una eternidad encender la primera hoguera. Muchos de nuestros hombres llevaban yesca seca en bolsas de cuero, pero en cuanto la sacaban, la lluvia la empapaba. Al final, dos hombres montaron una precaria tienda con sus capas, oí el golpear de metal con piedra y vi la primera señal de humo. Protegían la pequeña hoguera como si fuera de oro, pero por fin las llamas prendieron y pudimos apilar la madera húmeda encima. Los troncos crepitaban y silbaban, pero las llamas nos proporcionaron algo de calor y le indicaban a Kjartan que sus enemigos seguían en la colina. Dudo de que creyera a Guthred con valor suficiente para atacar, pero debía de saber que Ragnar había regresado de Wessex y sabía que yo había vuelto de entre los muertos, y quizá, en aquella larga y húmeda noche de lluvia y trueno, sintiera una punzada de terror.

Y mientras se estremecía, los *sceadugengan* se deslizaban en la oscuridad.

* * *

Al caer la noche, observé la ruta que debía tomar en la oscuridad, y no tenía buena pinta. Tendría que bajar hasta el río, después hacia el sur por el borde del agua, pero justo por debajo de la muralla de la fortaleza, donde el río se desvanecía bajo el peñasco de Dunholm, había una enorme piedra bloqueando el camino. Era una piedra monstruosa, más grande que la nueva iglesia de Alfredo en Wintanceaster, y si no conseguía encontrar un camino para rodearla, tendría que escalarla por su ancha y plana superficie, que quedaba a menos de un lanzazo de las murallas de Kjartan. Me protegí los ojos de la lluvia y miré concentrado, y decidí que podría haber un paso junto al borde del río.

—¿Puede hacerse? —me preguntó Ragnar.

—Tiene que hacerse —le contesté.

Quería a Steapa conmigo, y elegí a otros diez hombres para que nos acompañaran. Tanto Guthred como Ragnar querían venir, pero yo me negué. Ragnar tenía que guiar el asalto por la puerta, y Guthred sencillamente no daba la talla como guerrero. Además, era una de las razones por la que peleábamos aquella batalla y que acabara muerto en las laderas de Dunholm habría convertido toda la operación en una tontería. Me llevé a Beocca a un aparte.

—¿Recordáis —le pregunté— cuando mi padre os ordenó que os quedarais a mi lado durante el asalto a Eoferwic?

—¡Pues claro que lo recuerdo! —contestó indignado—. Y no te quedaste conmigo, ¿a que no? ¡No, tenías que unirme a la batalla! Fue culpa tuya que te capturaran —yo tenía diez años y estaba desesperado por ver una batalla—. Si no te hubieras escapado —prosiguió aún en el mismo tono—, ¡jamás te habrían atrapado los daneses! Ahora serías cristiano. Me culpo. Tendría que haber atado tus riendas a las mías.

—Entonces también os habrían capturado —le dije—, pero quiero que hagáis lo mismo con Guthred mañana. Quedaos con él y no permitáis que arriesgue su vida.

Beocca parecía alarmado.

—¡Es un rey! Es un hombre hecho y derecho. No puedo decirle qué tiene que hacer.

—Decidle que Alfredo quiere que viva.

—Alfredo puede que quiera que viva —repuso sobriamente—, pero cuando un hombre toca una espada, pierde los sesos. ¡Ya lo he visto antes!

—Decidle que habéis tenido un sueño y que san Cutberto quiere que no se meta en líos.

—¡No me va a creer!

—Sí os creerá —le prometí.

—Lo intentaré —después me miró con el ojo bueno—. ¿Lo puedes hacer, Uhtred?

—No lo sé —le contesté honestamente.

—Rezaré por ti.

—Gracias, padre —le dije. Yo iba a rezar a todos los dioses que conocía, y añadir uno más no podía hacer ningún daño. Al final, pensé, todo estaba decidido por el destino. Las hilanderas ya sabían lo que planeábamos y sabían cómo terminarían aquellos planes, sólo podía esperar que no estuvieran sacando la tijera para cortar los hilos de mi vida. Quizá, más que ninguna otra cosa, la locura de mi idea era lo que le daría alas para surtir efecto. Desde que regresé por primera vez, se respiraba locura en el aire de Northumbria. Una locura asesina era lo que había tenido lugar en Eoferwic, una chifladura sagrada en Cair Ligualid, y ahora aquella idea desesperada.

Había elegido a Steapa, que valía por tres o cuatro hombres. Me llevé a Sihtric porque, si entrábamos en Dunholm, conocería el terreno. Incluí a Finan porque el irlandés tenía furia en el alma y me parecía que se tornaría salvajismo en la batalla. Me llevé a *Clapa* porque era fuerte y audaz, y a Rypere porque era astuto y ágil. Los otros seis eran hombres de Ragnar, todos ellos fuertes, jóvenes y buenos con las armas; les conté qué íbamos a hacer, y me aseguré de que todos tuvieran una capa negra que los cubría de la cabeza a los pies. Les embadurné el rostro, las manos y los cascos con una mezcla de barro y ceniza.

—Nada de escudos —les dije. Era una decisión difícil, pues un escudo es un gran alivio en la batalla, pero los escudos eran pesados y, si se golpeaban contra piedras o árboles retumbarían como un tambor—. Yo iré primero —les dije—, y avanzaremos despacio. Muy despacio. Tenemos toda la noche.

Nos atamos todos juntos con riendas de cuero. Sabía lo fácil que resultaba perderse en la oscuridad, y aquella noche la oscuridad era absoluta. Si había algo de luna, estaba oculta por densas nubes desde las que llovía sin cesar, pero podíamos guiarnos con tres puntos de referencia. Primero por la pendiente misma. Mientras siguiera teniendo la pendiente a la derecha sabía que estábamos en el lado este de Dunholm. En segundo

lugar, se oía el pasar del río al abrazar el peñasco, y estaban también las propias hogueras de Dunholm. Kjartan temía un asalto nocturno, así que hizo que sus hombres arrojaran troncos ardiendo desde la alta muralla en la puerta. Esos troncos iluminaban el camino; para encenderlos necesitaba una gran hoguera que ardía en el patio y el resplandor recortaba lo alto de la muralla y reverberaba con un rojo intenso en el vientre de las nubes bajas. Aquella luz cruda no iluminaba la ladera, pero estaba allí, más allá de las sombras negras, una tenue guía en nuestra oscuridad húmeda.

De mi cinto colgaban *Aguijón-de-avispa* y *Hálito-de-serpiente* y, como los demás, llevaba una lanza con la hoja envuelta en un pedazo de tela para que el metal no reflejara ninguna luz. Las lanzas nos servirían como varas en el terreno irregular, y nos permitirían tantearlo. No partimos hasta que se hizo completamente oscuro, pues no quería arriesgarme a que algún centinela agudo nos viera bajar hasta el río, pero incluso a oscuras el camino no fue muy penoso al principio, pues nuestras hogueras iluminaban la ladera. Nos alejamos de la fortaleza para que nadie en las murallas nos viera abandonar el campamento iluminado, y después bajamos hasta el río y giramos hacia el sur. Nuestra ruta iba por la base de la ladera, donde habían talado unos cuantos árboles y había que sortear los tocones. El suelo estaba lleno de zarzas. También habían dejado pequeñas ramas pudrirse e hicimos muchísimo ruido pisándolas, pero el sonido de la lluvia era mucho más fuerte y el río bullía y rugía a nuestra izquierda. Se me enganchaba la capa en las ramas cada dos por tres y el dobladillo acabó hecho jirones al liberarme. De vez en cuando, un rayo descomunal partía en dos el cielo del este, y cada vez nos quedábamos helados, y a la luz del relámpago azulado veíamos la fortaleza recortada encima de nosotros. Hasta se veían las lanzas de los centinelas, como chispas espinosas contra el cielo, y pensé que aquellos centinelas estarían helados, empapados y se sentirían fatal. El trueno llegaba un instante después y estaba siempre cerca, retumbando sobre nuestras cabezas, como si Thor golpeará su martillo de guerra contra un escudo de hierro gigante. Los dioses nos observaban. Eso lo sabía. Eso es lo que los dioses hacen en sus salones celestes. Nos observan y nos recompensan por nuestra audacia o nos castigan por nuestra insolencia, y me agarré el martillo de Thor para indicarle que quería su ayuda; Thor golpeó el cielo con sus truenos y yo lo interpreté como señal de su aprobación.

La ladera se volvía más empinada. La lluvia lavaba el terreno, que, en algunos lugares, no era más que barro líquido. Nos caíamos continuamente de camino hacia el sur. Los tocones eran menos abundantes, pero ahora había piedras incrustadas en la pendiente, y estaban mojadas, y tan resbaladizas que en algunos sitios nos vimos obligados a reptar. También estaba más oscuro, pues el peñasco sobresalía por encima de nosotros y ocultaba las almenas iluminadas por las hogueras. Así que reptamos, tropezamos y maldijimos mientras nos abríamos paso entre una negrura que acongojaba el alma. El río parecía estar muy cerca y temí resbalar en una losa de roca y caerme al agua.

Entonces mi lanza golpeó piedra y reparé en que habíamos llegado a la enorme roca que, en la oscuridad, parecía un acantilado monstruoso. Me pareció haber visto un paso junto al borde del río, y fue el camino que exploré, avanzando lentamente, siempre tanteando con la lanza, pero si había visto una ruta en el crepúsculo, ahora no era capaz de encontrarla. La roca parecía colgar sobre el agua, y no quedaba otra opción que escalar la ladera junto a la roca y después deslizarse por la cima convexa, así que empezamos a subir, palmo a palmo, agarrándonos a arbolitos y abriendo a puntapiés huecos en la tierra húmeda para poder apoyar los pies, y cada paso nos acercaba más a las murallas. Las cuerdas de cuero que nos sujetaban se enganchaban con todo tipo de ramas, y pareció que nos llevó una eternidad alcanzar el lugar en que la luz que brillaba por encima de la empalizada mostraba un camino hasta la cumbre.

La cumbre era una superficie de piedra desnuda, inclinada como un techo bajo y de unos quince pasos de ancho. El lado oeste se elevaba hacia las murallas y el este se despeñaba sobre el río, cosa que vi en el instante en que un rayo lejano se abrió paso entre las nubes del norte. El centro de la cima de la piedra, por donde tendríamos que pasar, no estaba a más de veinte pasos de la muralla de Kjartan y allí había un centinela, la punta de su lanza emitió un destello al reflejar el fuego blanco del rayo. Nos acurrucamos junto a la piedra y les ordené que nos soltáramos las cuerdas de cuero de los cintos. Las atamos todas en una sola cuerda y yo pasaría primero, dejando la cuerda detrás, y uno tras otro me seguirían.

—Uno cada vez —les dije—, y esperad hasta que tire de la cuerda. Tiraré de ella tres veces, ésa es la señal para que cruce el siguiente hombre —casi tenía que gritar para que me oyeran, con la que estaba cayendo y el viento huracanado—. Reptad bocabajo —les dije. Si caía otro rayo, un

hombre tumbado cubierto por una capa embarrada tenía más posibilidades de no ser visto que un guerrero agachado—. Rypere el último —dije—, y que desate la cuerda.

Me pareció que sólo cruzar aquel pedazo de piedra descubierta nos llevó media noche. Yo pasé primero, repté a ciegas y tuve que avanzar a tientas con la lanza hasta encontrar un lugar por el que poder cruzar la roca. Después pegué un tirón y tras una interminable espera, oí a otro hombre reptar por la piedra. Era uno de los daneses de Ragnar. Los otros llegaron después, uno a uno. Los conté. Ayudamos a bajar a todos los hombres, y recé para que no hubiera rayos, pero justo cuando Steapa iba por la mitad, un tenedor blanco azulado azotó la colina y nos iluminó como gusanos atrapados en el fuego de los dioses. En aquel momento de claridad vi a Steapa temblar, y sobre nuestras cabezas aulló el viento y la lluvia pareció envilecerse.

—¡Steapa! —le grité—, ¡Venga! —pero estaba tan afectado que tuve que volver por encima de la piedra, cogerle la mano y convencerlo para que avanzara, y en aquel momento perdí la cuenta de los hombres que ya habían cruzado; así que, cuando creí que ya había llegado el último, descubrí que Rypere seguía aún en el otro lado. Cruzó rápidamente, enrollando la cuerda mientras avanzaba, y después la desunimos y volvimos a atarnos unos a otros. Estábamos todos helados y mojados, pero el destino había estado de nuestro lado hasta entonces, y no llegó ningún grito desde las murallas.

Resbalamos y casi nos caímos de la ladera, mientras buscábamos la orilla del río. En aquel lugar la colina era mucho más empinada, pero abundaban los sicómoros y los carpes, así que el trayecto era más sencillo. Nos dirigimos al sur, con las murallas a la derecha y el río ominoso y ruidoso a la izquierda. Había más rocas, ninguna del tamaño de la gigante que nos había bloqueado el paso antes, pero todas difíciles de negociar, y todas llevaron tiempo, demasiado, y entonces, mientras rodeábamos una de las rocas por arriba, a *Clapa* se le cayó la lanza, chocó contra unas piedras y acabó golpeando un árbol.

No parecía posible que el ruido se hubiera oído dentro de la muralla. Caían chuzos de punta sobre los árboles y el viento soplaba con fuerza, pero alguien en el fuerte oyó algo o sospechó algo, pues de repente tiraron un tronco ardiendo por la muralla que se estrelló contra las ramas húmedas. Lo arrojaron a unos veinte pasos al norte de donde estábamos; resultó que nos habíamos detenido mientras salvábamos otra roca y la luz de las llamas era

débil. Sólo se veían sombras negras junto a las de los árboles. La lluvia pronto extinguió la titilante luz y yo susurré a mis hombres que se agacharan. Esperaba que lanzaran más fuego, y esta vez resultó ser un buen pedazo enroscado de paja empapada en aceite, que ardía con mucha más fuerza que el tronco. Volvieron a lanzarlo en lugar equivocado, pero nos iluminaba y recé a Surtur, el dios del fuego, para que extinguiera las llamas. Nos acurrucamos, tan quietos como la muerte, justo encima del río, y entonces oí lo que temía oír. Perros.

Kjartan, o quienquiera que guardase aquella parte del muro, había soltado a los perros de guerra por la pequeña puerta que conducía al pozo. Oía a los cazadores llamarlos con las voces cantarinas que ordenan a los sabuesos que peinen la maleza, oí a los perros aullar y supe que no había escapatoria de aquella empinada y resbaladiza colina. No teníamos posibilidad de regresar y bajar otra vez por la piedra antes de que los perros se nos echaran encima. Arranqué el trapo a la punta de lanza, pensando que por lo menos podría hincársela a una bestia antes de que el resto nos atrapara, nos atacara y nos despedazara, y justo entonces otra esquirla de relámpago iluminó la noche y el trueno retumbó como si fuera el fin del mundo. El ruido nos sacudió y reverberó como tambores en el valle del río.

Los perros odian el trueno, y el trueno era el regalo que Thor nos hacía. Una segunda andanada sacudió el cielo y los perros empezaron a gimotear. La lluvia se tornó viciosa, repiqueteando en la ladera como flechas, tan poderosa que ahogaba el ruido de los perros asustados.

—No saldrán a cazar —me gritó Finan al oído.

—¿No?

—No con esta lluvia.

Los cazadores volvieron a gritar, con más premura, y al aflojar un poco la lluvia, oí a los perros bajar la ladera. No corrían, avanzaban a regañadientes. Estaban aterrorizados por el trueno, confundidos por el rayo y desconcertados por la maldad de la lluvia. No tenían ganas de presa. Uno de los chuchos se nos acercó, y me pareció verle brillar los ojos, aunque no entiendo cómo tal cosa era posible en la oscuridad, cuando el perro no era más que una forma en la negrura empapada. El bicho se dio la vuelta y la lluvia siguió cayendo en tromba. Ya no se oía a los cazadores. Ninguno de los perros nos había delatado, así que los cazadores debieron de suponer que no habían encontrado presa, pero seguimos esperando, agazapados bajo

la horrible lluvia, esperando y esperando, hasta que decidí que los perros habían regresado a la fortaleza y proseguimos a trompicones.

Ahora teníamos que encontrar el pozo, y eso resultó lo más difícil de todo. Primero volvimos a confeccionar la cuerda larga con las riendas de cuero y Finan sujetó un extremo mientras yo avanzaba colina arriba. Palpé entre árboles, resbalé en el barro y confundí continuamente los troncos de los árboles con la empalizada del pozo. La cuerda se enganchaba en las ramas caídas, y en dos ocasiones tuve que regresar, hacer que todos se desplazaran unos cuantos metros más al sur y empezar la búsqueda de nuevo. Ya estaba empezando a desesperar cuando tropecé y mi mano izquierda rozó un tronco cubierto de liquen. Se me clavó una astilla en la palma. Me caí sobre la madera y descubrí que era un muro, no una rama suelta, y entonces comprendí que había encontrado la empalizada que protegía el pozo. Tiré de la cuerda para que los demás treparan hasta donde yo estaba.

Volvimos a esperar. El trueno se desplazó hacia el norte y la lluvia disminuyó hasta formar una cortina constante. Nos agazapamos, temblando, esperando el primer gris del alba, y me preocupó que Kjartan, con aquella lluvia, no necesitara enviar a nadie hasta el pozo, sino que pudiera sobrevivir con la lluvia recogida en barriles. Aun así en todas partes, supongo que en todo el mundo, la gente va a por agua al alba. Es el modo de saludar el día. Necesitamos agua para cocinar, afeitarnos, lavarnos y hacer infusiones, y durante todas aquellas dolorosas horas al remo de Sverri a menudo recordé a Sihtric contarme que los pozos de Dunholm estaban fuera de las murallas, y eso significaba que Kjartan tenía que abrir la puerta cada mañana. Y si abría la puerta, nos meteríamos en la inexpugnable fortaleza. Ése era mi plan, el único que tenía, y si fracasaba moriríamos todos.

—¿Cuántas mujeres van a por agua? —le pregunté a Sihtric en voz baja.

—¿Diez, señor? —calculó.

Eché un vistazo alrededor de la empalizada. Apenas veía el brillo de las hogueras por encima de las murallas y calculé que el pozo estaría a unos veinte pasos de la muralla. No muy lejos, pero eran veinte pasos de empinada colina.

—¿Hay guardias en la puerta? —pregunté conociendo la respuesta, pues la había formulado ya antes, pero en la oscuridad y con la matanza a la

vuelta de la esquina, reconfortaba hablar.

—Sólo había dos o tres guardias cuando yo estaba allí, señor.

Y esos guardias estarían somnolientos, pensé, bostezando tras una noche de sueño roto. Abrirían la puerta, verían pasar a las mujeres, y después se apoyarían en el muro y soñarían con otras mujeres. Aun así, sólo hacía falta que uno de los guardias estuviese alerta, y aunque los de la puerta estuviesen dormidos, un solo centinela alerta en el muro bastaría para frustrar nuestros planes. Sabía que la muralla en aquel lado este no tenía plataforma para la batalla, pero sí poseía pequeños salientes en los que se podía montar guardia. Así que estaba preocupado, imaginaba que todo iba a salir mal, y a mi lado *Clapa* roncó en un momento en que pilló el sueño, y yo me quedé fascinado de que pudiera dormir siquiera cuando estábamos tan mojados y hacía tanto frío, pero volvió a roncar y le pegué un codazo para despertarlo.

Parecía como si nunca fuera a llegar el alba, y si lo hacía, estaríamos tan fríos y mojados que no nos podríamos mover, pero por fin, en las alturas al otro lado del río despuntó el gris en la noche. Y se extendió como una mancha. Nos apiñamos aún más juntos para que la empalizada del pozo nos ocultara de los centinelas de la muralla. El gris se volvió más claro y los gallos cantaron en la fortaleza. La lluvia seguía cayendo constante. A mi lado veía ráfagas blancas donde el río chocaba con las rocas. Ya se apreciaban los árboles que teníamos debajo, aunque seguían en sombras. Un tejón pasó a diez pasos de nosotros, se dio la vuelta y se apresuró torpemente colina abajo. Una pincelada de rojo rasgó el cielo y de repente se hizo de día, aunque era un día tristón cruzado por las gotas argentadas de lluvia. Ragnar estaría formando su muro de escudos, alineando a los hombres en el camino para mantener la atención de las defensas. Si las mujeres venían a por agua, pensé, no deberían de tardar, y me abrí paso colina abajo para poder ver a todos mis hombres.

—Cuando subamos —les susurré—, ¡lo haremos a toda prisa! ¡Subimos a la puerta, matamos a los guardias y no os alejéis de mí! Y en cuanto entremos, frenamos. ¡Caminad! Como si pertenecierais a la guarnición.

Era imposible que doce venciéramos a todos los hombres de Kjartan. Si pensábamos ganar, había que colarse en la fortaleza. Sihtric me había dicho que tras la puerta del pozo había una maraña de edificios. Si matábamos a los guardias rápido, y si nadie nos veía, confiaba en poder

escondernos en aquel laberinto, y en cuanto estuviéramos seguros de que no nos habían descubierto, nos dirigiríamos a la muralla norte. Todos vestíamos malla o cuero, todos llevábamos cascos, y si la guarnición observaba la llegada de Ragnar puede que no repararan en nosotros, y si lo hacían, supondrían que éramos defensores. Una vez en la muralla, quería capturar una de las plataformas de batalla. Si lográbamos alcanzar la plataforma y matar a los hombres que la guardaban, podríamos asegurar suficiente muralla para que se nos unieran los hombres de Ragnar. Los más ágiles treparían por la empalizada clavando hachas que hicieran las veces de escalones, y Rypere cargaría con nuestra cuerda de cuero para ayudarles. A medida que subieran más hombres podíamos abrirnos paso hasta la puerta y abrirla para el resto de la fuerza de Ragnar.

Parecía una buena idea cuando se la describí a Ragnar y a Guthred, pero en aquella fría y húmeda mañana se me antojaba más bien desesperada, e hizo presa en mí el abatimiento. Me toqué el amuleto del martillo.

—Rezad a vuestros dioses —les dije—, rezad porque nadie nos vea. Rezad porque lleguemos a la muralla —no era lo que había que decir. Tendría que haber sonado seguro de mí, pero traicioné mis miedos, y aquél no era momento de rezar a ningún dios. Ya estábamos en sus manos, y nos ayudarían o nos perjudicarían dependiendo de si les gustaba lo que hacíamos. Recordé al ciego Ravn, el abuelo de Ragnar, contándome que a los dioses les gusta la valentía, que adoran el desafío, que odian la cobardía y que detestan la inseguridad. «Estamos aquí para divertirles», me contó Ravn, «eso es todo, y si lo hacemos bien, celebraremos con ellos hasta el fin de los tiempos». Ravn había sido guerrero antes de perder la vista, y después se convirtió en escaldo, o compositor de poemas, y en los poemas que componía siempre celebraba la batalla y la valentía. Y si hacíamos aquello bien, pensé, daríamos trabajo a una docena de escaldos.

Sonó una voz arriba de la ladera y yo levanté un brazo para indicar que guardáramos silencio. Entonces oímos las voces de las mujeres y los golpes de los cubos contra la madera. Las voces se acercaron más. Oí una mujer quejarse, pero no entendí las palabras, respondió otra mujer, que hablaba con más claridad.

—No pueden entrar, eso es todo. No pueden —hablaban en inglés, así que eran esclavas o mujeres de los hombres de Kjartan. Oí el chapoteo al caer un cubo al pozo. Seguía con la mano levantada, avisando a los once

hombres de que permanecieran en silencio. Llevaría algún tiempo llenar los cubos, y cuanto más tardaran mejor, porque les daría tiempo a los guardias a aburrirse. Miré nuestros rostros sucios, buscando señales de incertidumbre que pudieran ofender a los dioses, y de repente me di cuenta de que no éramos doce hombres, sino trece. El decimotercero tenía la cabeza agachada y no podía ver su rostro, así que le pinché una bota con la lanza y levantó la vista.

Y no era un hombre. Era Gisela.

En su mirada había desafío y súplica, y en la mía sólo horror. No hay ningún número que dé tanta mala suerte como el trece. Una vez, en el Valhalla, se celebró una fiesta para doce dioses, pero Loki, el dios de los engaños, se presentó sin ser invitado y se puso a hacer de las suyas. Convenció a Hod el Ciego de que le tirara una rama de muérdago a su hermano Baldur. Baldur era el dios favorito, el bueno, pero el muérdago podía matarlo, así que su hermano ciego le lanzó la ramita, Baldur murió y Loki se partió de risa, y desde entonces sabemos que el trece es un número malvado. Trece pájaros en el cielo presagian el desastre, trece piedras en una olla envenenarán cualquier comida que haya en la olla, y trece a la mesa es una invitación a la muerte. Trece lanzas contra una fortaleza sólo podían significar la derrota. Hasta los cristianos sabían que el número trece da mala suerte. El padre Beocca me contó que era porque había habido trece hombres en la última cena de Cristo, y que el decimotercero había sido Judas. Así que me quedé mirando horrorizado a Gisela, y para mostrarle lo que había hecho, apoyé mi lanza y levanté diez dedos, después dos y después la señalé a ella levantando el último. Sacudió la cabeza como para negar lo que le decía, pero la señalé una segunda vez y luego señalé el suelo, para indicarle que se quedara donde estaba. Entrarían doce, en Dunholm, no trece.

—Si el niño no mama —iba diciendo una de las mujeres tras la empalizada—, mójale los labios con zumo de prímulas. Siempre funciona.

—Y mójate tú también las tetas —añadió otra voz.

—Y ponle un emplasto de hollín y miel en la espalda —le aconsejó una tercera.

—Dos cubos más —dijo la primera voz—, y podremos salir de esta lluvia.

Ya era hora de ponerse en marcha. Volví a indicarle a Gisela, con gestos furiosos, que se quedara donde estaba, después cogí la lanza con la

mano izquierda y desenvainé *Hálito-de-serpiente*. Besé la hoja y me puse en pie. Parecía raro volverse a mover, ponerse en pie, estar a la luz del día, empezar a caminar alrededor de la empalizada del pozo. Me sentía desnudo bajo las murallas y esperaba un grito de algún centinela atento, pero no oí nada. Delante, no muy lejos, veía la puerta y no había ningún guardia. Sihtric se apresuraba a mi izquierda. El camino era de piedra basta, resbaladiza y húmeda. Oí a una mujer perder el aliento, pero nadie dio la alarma desde las murallas; entonces atravesé la puerta, vi un hombre a mi derecha, asesté un golpe con *Hálito-de-serpiente* y se le hundió en la garganta, la liberé y la sangre brilló de un rojo vivo en la mañana gris. Cayó contra la empalizada y le atravesé la garganta con la lanza. Un segundo guardia observó la matanza desde unos doce metros. Su armadura consistía en un largo delantal de cuero de herrero, y su arma un hacha de leñador que parecía no ser capaz de levantar. Se quedó de piedra y no se movió al acercársele Finan. Abrió los ojos como platos al comprender el peligro, y se dio la vuelta para echar a correr pero la lanza de Finan lo hizo tropezar y cuando el irlandés llegó hasta él le hincó la espada en la columna. Levanté la mano para que todos guardaran silencio. Esperamos. No había gritado ningún enemigo. La lluvia goteaba desde la paja de los edificios. Conté a mis hombres y vi a diez, luego llegó Steapa por la puerta y la cerró tras él. Éramos doce, no trece.

—Las mujeres se quedarán en el pozo —me dijo Steapa.

—¿Estás seguro?

—Se quedarán en el pozo —gruñó. Le había dicho a Steapa que hablara con las mujeres que sacaban agua, y no tenía duda de que su solo tamaño había disipado cualquier idea de gritar la alarma.

—¿Y Gisela?

—También se quedará en el pozo.

Así que habíamos entrado en Dunholm. Llegamos a un rincón oscuro de la fortaleza, un lugar en el que había dos grandes montones de estiércol junto a un edificio bajo.

—Establos —me susurró Sihtric, aunque no había nadie vivo a la vista que nos pudiera oír. La cortina de lluvia seguía cayendo constante. Rodeé el final de los establos y no vi más que muros de madera, grandes montones de leña y tejados de paja cubiertos de musgo. Una mujer conducía una cabra entre dos cabañas, golpeando al animal para que se diera prisa bajo la lluvia.

Limpié *Hálito-de-serpiente* en la capa deshilachada del hombre que había matado, después le entregué a *Clapa* mi lanza y cogí el escudo del muerto.

—Envainad las espadas —les dije a todos. Si caminábamos por la fortaleza con las espadas en la mano llamaríamos la atención. Teníamos que parecer hombres recién levantados que se incorporaban a regañadientes a un turno frío y húmedo—. ¿Por dónde? —le pregunté a Sihtric.

Nos guió siguiendo la empalizada. En cuanto pasamos los establos, vi tres grandes casas que nos tapaban la muralla norte.

—Ésa es la casa de Kjartan —susurró Sihtric, señalando al edificio de la derecha.

—Habla con naturalidad —le dije.

Había señalado la casa más grande, la única de la que salía humo por la chimenea. Estaba construida con los lados largos mirando a este y a oeste, y una de las vertientes del tejado estaba unida a la muralla, así que tendríamos que adentrarnos en el centro de la fortaleza para rodear la casa. Veíamos gente, y ellos nos veían a nosotros, pero a nadie le parecimos extraños. No éramos más que hombres armados caminando por el barro, y ellos estaban mojados, tenían frío y estaban demasiado concentrados en alcanzar el calor junto al fuego para preocuparse por doce guerreros desaliñados. Un tejo crecía enfrente de la casa de Kjartan, y un único centinela guardaba la puerta de la casa, agachado bajo las ramas desnudas del tejo, en un vano intento por resguardarse del viento y la lluvia. Ya oía los gritos. Eran débiles, pero a medida que salvábamos la distancia entre las casas empezamos a ver hombres en las murallas. Miraban hacia el norte, algunos enarbolaban lanzas desafiantes. Así que Ragnar se acercaba. Se le vería incluso con la media luz, pues sus hombres transportaban antorchas. Ragnar había ordenado a los atacantes que llevaran fuego para que los defensores los miraran a ellos en lugar de vigilar la parte de atrás de Dunholm. Así que el fuego y el acero se acercaban a Dunholm, pero los defensores se burlaban de los hombres de Ragnar que se afanaban por el resbaladizo camino. Se burlaban porque sabían que sus muros eran elevados y los atacantes pocos, pero los *sceadugengan* ya se encontraban entre ellos, y ninguno había reparado en nosotros, así que mis miedos del alba empezaron a desvanecerse. Me toqué el amuleto del martillo y le di gracias a Thor en silencio.

Estábamos a sólo unos metros del tejo que crecía a unos cuantos pasos de la puerta de Kjartan. El arbolillo había sido plantado como símbolo de Yggdrasil, el Árbol de la Vida por el que se enrosca el destino, aunque aquel árbol parecía enfermo, poco más que un plantón que se esforzaba por enraizar en el pobre suelo de Dunholm. El centinela nos miró, no notó nada raro y se dio la vuelta para observar la torre de la puerta, al otro lado de la plana cumbre de Dunholm. Los hombres se apiñaban en la muralla de la puerta, otros guerreros ocupaban sus puestos en las plataformas de batalla construidas a derecha e izquierda. Un buen grupo de daneses montados esperaba detrás de la puerta, sin duda listos para perseguir a los atacantes derrotados cuando fueran repelidos de la empalizada. Intenté contar a los defensores, pero eran demasiados, así que miré a la derecha y vi una recia escalera que subía hasta la plataforma de batalla en el lado oeste de las murallas. Allí, pensé, era donde teníamos que ir. Tregar por aquella escalera, capturar la muralla oeste y dejar entrar a Ragnar dentro, para que se vengara de su padre, liberara a Thyra y asombrara a toda Northumbria.

Sonreí, encantado de repente por estar dentro de Dunholm. Pensé en Hild y la imaginé rezando en su sencilla capilla, con los mendigos ya arremolinados ante la puerta del convento. Alfredo estaría trabajando, destrozándose los ojos leyendo manuscritos a la débil luz del alba. Los hombres se estarían desperezando en todas las fortificaciones de Gran Bretaña, bostezando y estirándose. Enjaezarían los bueyes. Los perros se pondrían nerviosos, conscientes de que les esperaba un día de caza, y allí estábamos, dentro de la fortaleza de Kjartan sin que nadie sospechara de nuestra presencia. Estábamos mojados, teníamos frío, estábamos tiesos y nos superaban en número por lo menos veinte a uno, pero los dioses estaban con nosotros y sabía que íbamos a ganar; así que me sentí exultante. La alegría de la batalla y sabía que los escaldos tendrían una gran gesta que celebrar.

O quizá los escaldos se lamentaran. Porque entonces, bastante repentinamente, todo fue desastrosamente mal.

Capítulo X

El centinela bajo el tejo se dio la vuelta y habló con nosotros.

—Están perdiendo el tiempo —dijo, refiriéndose, obviamente, a las fuerzas de Ragnar. El centinela no albergaba sospechas, hasta bostezó cuando nos acercamos a él, pero entonces algo lo alarmó. Quizás fuera Steapa, pues era imposible que hubiera un hombre tan alto en Dunholm como el sajón. En cualquier caso, el hombre reparó de repente en que éramos extraños y reaccionó rápido, dio un paso atrás y desenvainó la espada. Estaba a punto de gritar cuando Steapa lanzó su espada, se clavó con fuerza en el hombro derecho del centinela y lo empujó hacia atrás, y Rypere rápidamente le hincó la lanza en el vientre con tanta fuerza que lo ensartó en el tejo. Rypere lo silenció con la espada, y justo cuando empezaba a correr aquella sangre, aparecieron dos hombres en la esquina de la casa a nuestra izquierda gritando que los enemigos habían entrado en el complejo. Uno se dio la vuelta y salió corriendo, el otro desenvainó, y ése fue un error, pues Finan fingió un golpe bajo con la lanza, el hombre bajó el arma para pararla y la lanza subió como el rayo para hendirse en la suave carne bajo la mandíbula. De la boca del hombre manaba sangre sobre su barba mientras Finan se le acercaba un paso y le clavaba la espada corta en el estómago.

Dos cadáveres más. Volvía a llover con fuerza, las gotas repiqueteaban en el barro y diluían la sangre fresca, y me pregunté si nos daría tiempo a salir a cruzar el espacio abierto hasta la escalera de la muralla, y justo entonces, para empeorar las cosas, se abrió la puerta de la casa de Kjartan y tres hombres salieron a empujones de allí. Le grité a Steapa que los contuviera. Usó el hacha, mató al primero con un hachazo de abajo arriba de una eficiencia aterradora, y empujó al destripado sobre el segundo, que recibió al hacha en toda la cara. Después se quitó de encima a los dos hombres para perseguir al tercero, que ya estaba dentro de la casa, y yo envié a *Clapa* a que ayudara a Steapa.

—Y sácalo rápido de ahí—le dije a *Clapa* porque los jinetes de la puerta habían oído el griterío y ahora veían a los muertos y nuestras espadas desnudas, y empezaban a dar la vuelta a los caballos.

Y entonces me di cuenta de que habíamos perdido. Todo dependía de la sorpresa, y ahora que nos habían descubierto ya no teníamos ninguna oportunidad de alcanzar el muro norte. Los hombres sobre las plataformas de batalla se dieron la vuelta para mirarnos y algunos recibieron órdenes de abandonar las murallas y estaban formando un muro de escudos justo detrás de la puerta. Los jinetes, unos treinta, se apresuraban en nuestra dirección. No sólo habíamos fracasado, tendríamos suerte si salíamos vivos.

—¡Atrás! —grité—. ¡Atrás! —Sólo podíamos confiar en retirarnos a los callejones estrechos y contener a los jinetes como pudiéramos, hasta alcanzar la puerta del pozo. Había que rescatar a Gisela, y después nos retiraríamos colina abajo en desbandada, perseguidos por la venganza. A lo mejor, pensé, lográbamos cruzar el río. Si pudiéramos vadear el Wiire crecido estaríamos a salvo de la persecución, pero era una esperanza más bien tímida—. ¡Steapa! —grité—, ¡Steapa! ¡Clapa! —y los dos hombres salieron de la casa, Steapa con el hacha ensangrentada—. Quedaos juntos —les grité.

Los jinetes llegaban a toda prisa, pero corrimos de regreso a los establos y los jinetes parecían desconfiar de los espacios oscuros y en sombra entre los edificios, pues se detuvieron junto al tejo con el muerto aún clavado en el tronco y pensé que su cautela nos permitiría sobrevivir lo suficiente para salir de la fortaleza. Con la esperanza recuperada, no de victoria, sino de vida, oí el ruido.

Era el aullar de los perros. Los jinetes no se habían detenido por miedo a atacarnos, sino porque Kjartan había soltado a los perros, y yo me quedé mirando, consternado, a los perros salir en manada desde un lado de la casa más pequeña y venir hacia nosotros. ¿Cuántos serían? ¿Cincuenta? Por lo menos cincuenta. Era imposible contarlos. Un cazador los guiaba con aullidos y eran más lobos que perros. Tenían buenos pellejos, eran grandes, aullaban y, sin poder evitarlo, me hicieron recular. Era la jauría infernal de caza, los perros fantasma que hostigan en la oscuridad y persiguen a su presa por el mundo de las sombras, cuando cae la noche. Ya no había tiempo para llegar hasta la puerta. Los perros nos rodearían, nos tumbarían y nos despedazarían, y pensé que aquél era mi castigo por matar al indefenso hermano Jaenberht en Cetreht, y sentí el frío estremecimiento del miedo abyecto. Muere bien, me decía a mí mismo, muere bien, pero ¿cómo se puede morir bien bajo los colmillos de los perros? Nuestras cotas de malla detendrían su fiereza durante un tiempo, pero no demasiado. Y los

perros olían nuestro miedo. Querían sangre y llegaron en un torbellino aullador de fango y colmillos, y yo bajé *Hálito-de-serpiente* para recibir a la primera perra rabiosa en la cara, pero justo entonces los llamó una nueva voz.

Era la voz de una cazadora. Gritaba alto y claro, sin palabras, un canto extraño, un grito agudo que penetraba la mañana como un cuerno de guerra, y los perros se detuvieron abruptamente, dieron vueltas sobre sí mismos y gimotearon nerviosos. El más cercano no estaba a más de tres o cuatro pasos de mí, una perra con la piel manchada de barro, y se retorció y aulló cuando volvió a llamar la cazadora invisible. Había algo triste en aquel canto sin palabras, un grito modulado y moribundo, y la perra aulló en simpatía. El cazador que había soltado a los perros los azotó para que nos atacaran, pero de nuevo el extraño ulular llegó claro a través de la lluvia, pero más agudo esta vez, como si la cazadora ladrara con rabia repentina, y tres de los perros saltaron sobre el cazador. Gritó y luego se perdió bajo una masa de pieles y dientes. Los jinetes aguijonearon a los perros para apartarlos del moribundo, pero la cazadora gritaba ahora salvajemente, de modo que azuzó a la manada entera contra los caballos, y la mañana se llenó de lluvia, gritos inhumanos y aullidos de perros, y los jinetes se dieron media vuelta presos del pánico y regresaron a la puerta a toda prisa. La cazadora volvió a llamar, con más suavidad ahora, y los perros se reunieron obedientemente alrededor del débil tejo, dejando marchar a los jinetes.

Yo no había hecho más que mirar. Seguía mirando. Los perros estaban tumbados, enseñando los dientes, vigilando el suelo de la casa de Kjartan y por allí fue por donde apareció la cazadora. Pasó por encima del cadáver destripado que Steapa había dejado en la puerta, les cantó a los perros, que se tumbaron mientras ella nos miraba.

Era Thyra.

Al principio no la reconocí. Habían pasado muchos años desde la última vez que había visto a la hermana de Ragnar; la recordaba como una niña rubia, feliz y saludable, con una mente sensata puesta en casarse con un guerrero danés. Entonces quemaron la casa de su padre, mataron a su guerrero danés y Kjartan se la llevó para dársela a Sven. Ahora que la veía otra vez se había convertido en algo salido de una pesadilla.

Llevaba una capa larga de piel de ciervo, sujeta con un broche de hueso en la garganta, pero debajo de la capa iba desnuda. Mientras caminaba entre los perros, la capa se le apartaba del cuerpo, dolorosamente

delgado y asquerosamente sucio. Tenía las piernas y los brazos cubiertos de cicatrices, como si alguien la hubiese cortado repetidas veces con un cuchillo, y donde no había cicatrices, había llagas. Su pelo dorado estaba lacio, enmarañado y grasiento, y se había trenzado tiras de enredadera muerta en la maraña. La enredadera le colgaba por los hombros. Finan, al verla, se persignó. Steapa hizo lo mismo y yo me agarré el amuleto del martillo. Las uñas enroscadas de Thyra eran tan largas como cuchillos de castrar, y movió aquellas manos de hechicera en el aire y gritó de repente a los perros, que gimotearon y se retorcieron como doloridos. Nos miró y, al ver sus ojos locos, sentí latir el miedo porque de repente se había agachado y me señalaba directamente, y aquellos ojos relucían como llenos de odio.

—¡Ragnar! —gritó—. ¡Ragnar! —El nombre sonaba como una maldición y los perros se dieron la vuelta para mirar donde señalaba. Supe que me saltarían encima en cuanto Thyra volviera a hablar.

—¡Soy Uhtred! —le grité—. ¡Uhtred! —Me quité el casco para que pudiera verme la cara—. ¡Soy Uhtred!

—¿Uhtred? —preguntó, aún mirándome, y en aquel breve instante casi parecía sana, incluso confundida—. Uhtred —repitió, y esta vez parecía que intentaba recordar el nombre, pero el tono acercó los perros a nosotros y entonces Thyra gritó. No era un grito destinado a los perros, sino un lamento, un aullido agudo hacia las nubes, y de repente volvió su furia contra los perros. Se agachó y empezó a coger pedazos de barro y a tirárselos. Seguía sin usar palabras, hablaba una lengua que los perros entendían y la obedecían, y atravesaron la rocosa cima de Dunholm como una marea contra el muro de escudos recién formado tras la puerta. Thyra los siguió, llamándolos, escupiendo y estremeciéndose, hostigando a la jauría infernal, y el miedo que me había dejado clavado en el suelo pasó, y grité a mis hombres que la siguieran.

Eran unos bichos terribles, aquellos perros. Eran bestias del mundo del caos, sólo entrenadas para matar; Thyra los dominaba con aquellos aullidos agudos, y el muro de escudos se rompió mucho antes de que los perros llegaran. Los hombres corrían, se desperdigaban por la cumbre de Dunholm y los perros los seguían. Un puñado, más valientes que el resto, se quedaron en la puerta y allí era donde yo me quería dirigir.

—¡La puerta! —le grité a Thyra—. ¡Thyra! ¡Llévalos a la puerta! —Thyra empezó a ladrar, gritos agudos y rápidos, y los perros la obedecieron y corrieron hacia la puerta. He visto otros cazadores dirigir perros tan

diestramente como un jinete guía a un semental con las rodillas y las riendas, pero no es una habilidad que hubiera aprendido. Thyra la poseía.

Los hombres que guardaban las puertas de Kjartan murieron de muy mala manera. Los perros se les echaron encima, empezaron a rasgar con los dientes y oí los gritos. Aún no había visto a Kjartan o a Sven, pero tampoco los busqué. Sólo quería llegar a la puerta y abrirla para Ragnar, así que seguimos a los perros, pero entonces uno de los jinetes recuperó los sesos y gritó a los asustados hombres que nos rodearan por detrás. El jinete era un hombre grande, llevaba la cota de malla medio cubierta por una capa blanca sucia. El casco ocultaba su rostro tras una mirilla de bronce bruñido; estaba seguro de que era Kjartan. Espoleó a su semental y una veintena de hombres le siguieron, pero Thyra emitió unos aullidos cortos, de cadencia decreciente, y una veintena de perros se dieron la vuelta contra los jinetes. Uno de ellos, desesperado por evitar a los chuchos, giró el caballo demasiado deprisa y cayó sobre el barro pateando, y media docena de perros atacaron a la bestia panza arriba y los otros atacaron de un salto al jinete desmontado. Oí al hombre aullar y vi un perro marcharse cojeando con una pata rota de una coxa. El caballo relinchaba. Yo seguí corriendo a través de la cortina de lluvia y vi una lanza pasar como un rayo desde las murallas. Los hombres de la puerta intentaban detenernos a lanzazos. Se las arrojaban a la jauría, que seguía desgarrando los restos del muro de escudos, pero había demasiados perros. Ya estábamos cerca de la puerta, a unos veinte o treinta pasos. Thyra y sus perros nos habían permitido cruzar a salvo la cima de Dunholm, y el enemigo estaba totalmente confundido, pero el jinete de la capa blanca, de espesa barba bajo los ojos armados, desmontó y les gritó a sus hombres que mataran a los perros.

Formaron un muro de escudos y cargaron. Avanzaban con los escudos bajos para repeler a los perros, y usaban lanzas y espadas para matarlos.

—¡Steapa! —grité, y él comprendió lo que se requería de él y gritó a los otros hombres para que se le unieran. Él y *Clapa* encabezaban el grupo frente a los perros y vi el hacha de Steapa hincarse en un casco mientras Thyra lanzaba a los perros al nuevo muro. Los hombres bajaban de las plataformas de batalla para unirse a la encarnizada pelea y comprendí que teníamos que darnos prisa, antes de que los hombres de Kjartan despacharan a la jauría y la emprendieran con nosotros. Vi a un perro saltar alto y clavarle los dientes a un hombre en la cara, el hombre gritó y el perro aulló con una espada ensartada en el vientre. Thyra chillaba a los perros, y

Steapa contenía el centro del muro de escudos, pero se iba alargando a medida que se unían hombres por los flancos y en un instante las dos alas del muro se unirían rodeando a hombres y perros, y acabarían con ellos. Así que corrí hacia el arco de la puerta. Aquel arco no estaba defendido en tierra, pero los guerreros de las murallas aún tenían lanzas. Lo único que poseía era el escudo del muerto, y recé por que fuera bueno. Me lo puse encima del casco, envainé *Hálito-de-serpiente* y eché a correr.

Se me estrellaron encima las pesadas lanzas. Rebotaron en el escudo y salpicaron en el barro, y por lo menos dos perforaron la tabla de tejo. Sentí un golpe en el antebrazo izquierdo y el escudo se volvió más y más pesado a medida que fue acumulando lanzas, pero ya había llegado al arco, sano y salvo. Los perros aullaban y luchaban. Steapa le gritaba al enemigo que se acercara y luchara con él, pero los hombres lo evitaban. Vi las alas del muro de Kjartan cerrarse y supe que moriríamos si no era capaz de abrir la puerta. Comprendí que necesitaría dos manos para levantar la pesada barra, pero una de las lanzas que colgaba del escudo había penetrado la malla de mi antebrazo izquierdo y no podía sacarla, así que tuve que cortar las cinchas que lo amarraban a mi brazo con *Aguijón-de-avispa*. Así podría liberar la punta de lanza de mi malla y mi brazo. Había sangre en la manga, pero no tenía el brazo roto, así que levanté la enorme barra y la aparté de las puertas.

Abrí las puertas hacia dentro y Ragnar y sus hombres estaban a cincuenta pasos; gritaron al verme y corrieron con los escudos en alto para protegerse de las lanzas y las hachas arrojadas desde las murallas, y se unieron al muro de escudos, alargándolo y cargando con armas y furia contra los confundidos hombres de Kjartan.

Y así fue como Dunholm, la fortaleza rocosa en el meandro del río, fue tomada. Años más tarde, un señor de Mercia me aduló con una canción de su escaldo que narraba cómo Uhtred de Bebbanburg había escalado la fortaleza en el peñasco él solo y se había abierto paso entre doscientos hombres armados para abrir la puerta guardada por dragones. Era una canción estupenda, repleta de ejercicio de espada y valor, pero una sarta de tonterías. Fuimos doce, no uno, y los perros soportaron casi toda la pelea, y Steapa hizo el resto, y si Thyra no hubiese salido de la casa hoy los descendientes de Kjartan aún gobernarían en Dunholm. Ni tampoco había terminado la batalla al abrir la puerta, pues seguían superándonos en número, pero los perros que quedaban estaban con nosotros, no con

Kjartan, y Ragnar metió su muro de escudos en el complejo, y allí fue donde nos enfrentamos a los defensores.

Muro de escudos contra muro de escudos. El horror de dos muros de escudos en lucha. El trueno de los escudos al chocar unos contra otros, los gruñidos de los hombres al clavar espadas cortas o retorcer lanzas en los vientres enemigos. Era sangre, mierda y tripas desperdigadas por el barro. El muro de escudos es el lugar donde mueren los hombres y donde los hombres se ganan las alabanzas de los escaldos. Me uní al muro de Ragnar, y Steapa, que había cogido un escudo de un jinete despedazado por los perros, embistió a mi lado con su gran hacha de guerra. Pisábamos perros muertos y moribundos al avanzar. El escudo se convierte en un arma, la enorme emboadura de hierro es un mazo con el que hacer retroceder, y cuando el enemigo vacila, te acercas a toda prisa y le clavas el arma con todas tus fuerzas, pisas a los heridos y dejas que los hombres de detrás los rematen. Rara vez tardan mucho los muros en romperse, y la línea de Kjartan se partió primero. Había intentado rodearnos y mandó hombres por nuestra retaguardia, pero los perros que aún quedaban guardaban nuestros flancos, y Steapa hacía molinetes con el hacha como un loco, y era tan enorme y tan fuerte que, cuando se abría paso entre las líneas enemigas, parecía una acción sencilla.

—¡Wessex! —gritaba—, ¡Wessex! —como si luchara por Alfredo; yo estaba a su derecha y Ragnar a su izquierda, y la lluvia se nos desplomaba encima mientras seguíamos a Steapa a través del muro de Kjartan. Pasamos limpiamente, de modo que ya no teníamos enemigo a nuestros lados, y el muro roto se desmoronó cuando los daneses de Dunholm corrieron hacia los edificios.

Kjartan era el hombre de la capa blanca sucia. Era grande, casi tan alto como Steapa, y era fuerte, pero veía su fortaleza caer y les gritó a sus hombres que formaran un nuevo muro de escudos. Sin embargo, algunos de sus hombres ya se estaban rindiendo. Los daneses no abandonan con facilidad, pero habían descubierto que luchaban contra otros daneses, y no hay vergüenza en rendirse ante tal enemigo. Otros huían por la puerta del pozo, y me dio pánico que descubrieran a Gisela y se la llevaran, pero las mujeres que habían ido a por agua la protegieron. Se apiñaron dentro de la pequeña empalizada del pozo y los hombres huyeron presa del pánico hacia el río, sin hacerles caso.

No todos se asustaron o se rindieron. Unos cuantos se reunieron alrededor de Kjartan, cerraron sus escudos y esperaron la muerte. Kjartan podía ser cruel, pero era valiente. Su hijo, Sven, no era valiente. Él comandaba a los hombres en las murallas de la puerta, y casi todos aquellos hombres huyeron al norte, dejando a Sven con dos compañeros. Guthred, Finan y Rollo subieron para lidiar con ellos, pero sólo se necesitaba a Finan. El irlandés detestaba luchar en el muro de escudos. Era demasiado ligero, pensaba, para formar parte de una matanza tan decidida por el peso, pero en terreno abierto era una pesadilla. Finan el Agil, le llamaban, y yo lo observé, anonadado, saltar por delante de Guthred y Rollo y cargarse a los tres hombres él solo, sus dos espadas tan rápidas como el mordisco de una víbora. No llevaba escudo. Desconcertó a los defensores de Sven con fintas, aprovechó sus ataques para avanzar, y los mató a los dos con una sonrisa en el rostro, y después se volvió hacia Sven. Pero Sven era un cobarde, se había retirado a una esquina de la muralla y abría los brazos para indicar que no pensaba usar la espada y el escudo que llevaba. Finan se agachó, aún sonriendo, listo para ensartar a Sven por el vientre expuesto.

—¡Es mío! —aulló Thyra—. ¡Es mío!

Finan la miró y Sven movió el brazo de la espada, como para atacar, pero la hoja de Finan llegó como un látigo y se quedó clavado. Sollozaba suplicando misericordia.

—¡Es mío! —gritó Thyra. Apuntaba con sus espantosas uñas hacia Sven y sollozaba de odio—. ¡Es mío! —lloró.

—Pertenece a ella —dijo Finan—, vaya que sí —y fingió atacar al estómago de Sven y cuando Sven bajó el escudo para protegerse, Finan embistió con su cuerpo contra el escudo y aprovechó su ligero peso para tirar a Sven por la muralla. Sven gritó al caer. No era una caída muy alta, no más que la altura de dos hombres, pero cayó sobre el barro como un saco de grano. Intentó ponerse de pie, pero Thyra ya estaba a su lado, emitió un largo aullido y los perros que aún quedaban vivos se acercaron a su lado. Hasta los perros heridos llegaron entre sangre y porquería.

—No —dijo Sven. La miraba con su único ojo—. ¡No!

—Sí —contestó ella entre dientes; se agachó, le quitó la espada y con un ladrido los perros se le echaron encima. Se retorció y gritó mientras los colmillos lo desgarraban. Algunos, entrenados para matar rápido, fueron a su garganta, pero Thyra usó la espada de Sven para apartarlos, así que los perros mataron a Sven masticándolo desde la ingle hacia arriba. Sus gritos

perforaban la lluvia como espadas. Su padre lo oyó todo, y Thyra lo contempló y se rió a carcajadas.

Pero Kjartan seguía vivo. Quedaban con él treinta y cuatro hombres, sabían que estaban muertos y estaban listos para morir como daneses; entonces Ragnar caminó hacia ellos, las alas de águila en su escudo estaban rotas y mojadas, señaló con su espada a Kjartan, sin decir nada, y Kjartan asintió y salió del muro de escudos. Los perros se comían las tripas de su hijo, Thyra bailaba en la sangre de Sven y entonaba un cántico de victoria.

—Maté a tu padre —se burló Kjartan—, y voy a matarte a ti —Ragnar no dijo nada. Los dos hombres estaban a seis pasos de distancia, juzgándose uno a otro—. Tu hermana fue una buena puta —dijo Kjartan—, hasta que se volvió loca —avanzó como un rayo, con el escudo levantado, y Ragnar dio un paso a la derecha para dejarlo pasar, pero Kjartan anticipó el movimiento y dio un lance bajo para alcanzar los tobillos de Ragnar, aunque ya Ragnar había vuelto a la posición inicial. Los dos hombres volvieron a mirarse—. Fue una buena puta incluso después de volverse loca —dijo Kjartan—, sólo que había que atarla para que dejara de resistirse. Así era más fácil.

Ragnar atacó, con el escudo en alto, la espada baja, los dos escudos chocaron uno contra el otro y Kjartan paró la espada de Ragnar con la suya propia. Ambos forcejearon, intentando tumbar al otro, pero Ragnar volvió a apartarse. Había aprendido que Kjartan era rápido y bueno.

—Aunque ahora no es buena puta —prosiguió Kjartan—. Está demasiado demacrada. Demasiado sucia. Ni un mendigo se la follaría. Lo sé. Se la ofrecí a uno la semana pasada y no la quiso. Le parecía que estaba muy sucia para él —y de repente avanzó a toda prisa y atacó a Ragnar. No había mucha técnica en el ataque, sólo fuerza pura y velocidad, y Ragnar reculó, dejando que su escudo recibiera toda la furia. Yo temí por él y di un paso adelante, pero Steapa me contuvo.

—Es su lucha —dijo Steapa.

—Maté a tu padre —dijo Kjartan, y su espada arrancó una astilla de madera del escudo de Ragnar—, quemé a tu madre —siguió vanagloriándose, y la embozadura del escudo volvió a sonar con el golpe—, y convertí en puta a tu hermana —dijo, y el siguiente ataque con la espada hizo a Ragnar retroceder dos pasos—. Y voy a mearme en tu cadáver destripado —gritó Kjartan y cambió la dirección del molinete, atacó por abajo buscando otra vez los tobillos de Ragnar.

Esta vez le dio y Ragnar se tambaleó. La mano impedida había bajado instintivamente el escudo, y Kjartan levantó su propio escudo para atacar por arriba a su enemigo, pero Ragnar, que no había dicho nada durante la pelea, gritó de repente. Por un instante pensé que era el grito de un hombre condenado, pero no, era de ira. Metió su cuerpo debajo del escudo de Kjartan y empujó al hombre más grande a base de fuerza, y luego se apartó a un lado con agilidad. Pensé que se había quedado cojo con el golpe en el tobillo, pero llevaba tiras de hierro en la bota y, aunque una de las tiras estaba casi partida por la mitad, y tendría un moratón, no había sido herido y, como por ensalmo, se había convertido en ira y movimiento. Como si se hubiese despertado. Empezó a bailar alrededor de Kjartan, y ése era el secreto del duelo. No dejar de moverte. Ragnar se movía, lleno de furia, y era casi tan veloz como Finan, y Kjartan, que pensaba que le había tomado la medida a su enemigo, estaba totalmente desesperado. Ya no le quedaba aliento para insultar, sólo para defenderse, y Ragnar era todo ferocidad y rapidez. Atacaba a Kjartan, le daba la vuelta, volvía a atacar, embestía, se apartaba, fintaba bajo, paraba y golpeaba con el escudo, y su espada, *Rompecorazones*, hacía molinetes en busca del casco de Kjartan. Mellaba el hierro, pero no lo perforaba, Kjartan se sacudía la cabeza y Ragnar volvía a estampar escudo contra escudo para hacer retroceder al hombretón. El siguiente golpe partió uno de los tablones del escudo de Kjartan; el otro le dio en el canto y rompió el aro de hierro, y Kjartan retrocedió. Ragnar emitió un lamento, un ruido tan horrible que los perros de Thyra empezaron a gimotear contagiados.

Más de doscientos hombres observaban. Todos sabían qué sucedería, pues la fiebre de la batalla había poseído a Ragnar. Era la ira de un danés de espada. Ningún hombre podía resistir ante furia tal, y Kjartan hizo mucho sobreviviendo tanto, pero al final retrocedió, tropezó con el cadáver de un perro y cayó de espaldas, y Ragnar salvó los espadazos desesperados de su enemigo e hincó fuerte *Rompecorazones*. El tajo rompió la manga de malla de Kjartan y le cortó los tendones del brazo de la espada. Kjartan intentó levantarse, pero Ragnar le dio una patada en la cara, después le clavó un fuerte taconazo en la garganta. Kjartan se asfixió. Ragnar se apartó y dejó que el machacado escudo resbalara de su brazo izquierdo. Usó la mano tullida para quitarle la espada a Kjartan. Apartó la espada de la mano sin tendones de Kjartan con los dos dedos buenos, y después mató a su enemigo.

Fue una muerte lenta, pero Kjartan no gritó ni una vez. Intentó resistirse al principio, paraba la espada de Ragnar con su escudo, pero Ragnar lo desangró tajo a tajo. Kjartan dijo una cosa antes de morir, pidió que le devolvieran la espada para poder entrar en el salón de los muertos con honor, pero Ragnar sacudió la cabeza.

—No —contestó, y ya no volvió a decir palabra hasta el último tajo. Ese tajo fue un mandoble que perforó la cota de malla, el vientre de Kjartan, su columna y la malla de abajo hasta clavarse en el suelo, y Ragnar dejó allí *Rompecorazones* y se apartó mientras Kjartan se retorció de dolor. Fue entonces cuando Ragnar miró al cielo, a la lluvia, mientras abandonaba su espada clavada en su enemigo contra el suelo, y gritó a las nubes—. ¡Padre! —gritó—. ¡Padre! —Le decía a Ragnar *el Viejo* que su muerte había sido vengada.

Thyra también quería venganza. Se había quedado agachada, con sus perros, mientras observaba morir a Kjartan, pero entonces se puso en pie y llamó a los perros, que corrieron hacia Ragnar. Lo primero que pensé es que azuzaba a los perros contra el cadáver de Kjartan, pero rodearon a Ragnar. Seguían siendo más de veinte perros-lobo y le rugían a Ragnar. Thyra le gritó:

—¡Tendrías que haber venido antes! ¿Por qué no viniste antes?

Se la quedó mirando, sorprendido ante su ira.

—He venido tan pronto como... —empezó a decir.

—¡Te largaste a hacer el vikingo! —le gritó—. ¡Me dejaste aquí! — Los perros estaban angustiados por su pena y se retorcían alrededor de Ragnar, con las pieles manchadas de sangre, y las lenguas colgando sobre colmillos ensangrentados, esperando la palabra que les permitiera dejarlo hecho trizas—. ¡Me dejaste aquí! —aullaba Thyra, y se acercó hasta los perros para enfrentarse a su hermano. Entonces cayó de rodillas y empezó a llorar. Intenté acercarme a ella, pero los perros me lo impidieron, me enseñaron los dientes con ojos salvajes, y yo me aparté a toda prisa. Thyra siguió llorando, su pena era tan grande como la tormenta que azotaba Dunholm—. ¡Voy a matarte! —gritó.

—Thyra —le dijo él.

—¡Me dejaste aquí! —lo acusó—. ¡Me dejaste aquí! —Se puso en pie de nuevo, su rostro volvió a parecer sano, y vi que seguía siendo una belleza bajo la suciedad y las cicatrices—. El precio de mi vida —le dijo a su hermano en voz calmada— es tu muerte.

—No —afirmó una nueva voz—, no lo es.

Era el padre Beocca. Había estado esperando bajo el alto arco de la puerta y ahora cojeaba entre la carnicería y hablaba con severidad. Thyra le rugió:

—¡Estás muerto, cura! —emitió uno de sus aullidos sin palabras, los perros se volvieron contra Beocca y Thyra empezó a retorcerse otra vez como si estuviera loca—. ¡Matad al cura! —les gritaba a los perros—. ¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Salí corriendo, y entonces vi que no tenía nada que hacer.

Los cristianos hablan a menudo de milagros, y yo siempre había deseado contemplar una de esas magias. Aseguran que los ciegos recuperan la vista, los tullidos vuelven a caminar y los leprosos se curan. Me han contado historias de hombres caminando sobre las aguas, y hasta de muertos que se levantaban de sus tumbas, pero jamás he visto tales cosas. Si hubiese visto una magia tal, hoy sería cristiano, pero los curas me dicen que tengo que tener fe. Sin embargo, aquel día, bajo la lluvia implacable, vi lo más parecido a un milagro que vería jamás.

El padre Beocca, con sus faldones de cura perdidos de barro, cojeó hacia la jauría de perros salvajes. Los habían enviado para que lo atacaran, y Thyra les gritaba que le mataran, pero él ignoró a los chuchos y ellos se apartaron sin más. Sollozaron como si temieran a aquel lisiado bizco, y él pasó con calma entre sus colmillos y no apartó los ojos de Thyra, cuyos gritos agudos se convirtieron en sollozos y después en llanto desconsolado. Tenía la capa abierta, mostrando su desnudez llena de cicatrices, y Beocca se quitó su propia capa empapada en lluvia y se la puso sobre los hombros. Se había tapado la cara con las manos. Aún lloraba, y los perros aullaban con ella, y Ragnar se limitó a mirar. Pensé que Beocca se llevaría a Thyra, pero le cogió la cabeza entre las manos y de repente la sacudió. La sacudió con fuerza, y mientras la sacudía gritaba a las nubes.

—¡Señor —gritaba—, aparta este demonio de ella! ¡Llévatelo! ¡Líbrala de la garra de Abaddón! —Entonces Thyra gritó, y los perros levantaron las cabezas y aullaron a la lluvia. Ragnar estaba inmóvil. Beocca volvió a sacudirle la cabeza, tan fuerte que pensé que le rompería el cuello—. ¡Aparta al enemigo de ella, Señor! —gritó—. ¡Permítele experimentar tu amor y tu profunda misericordia! —Miró al cielo. La mano tonta agarraba a Thyra por el pelo, con las tiras de enredadera seca, y le empujaba la cabeza hacia delante y hacia detrás mientras cantaba en una voz tan alta

como la de un señor guerrero en un campo de batalla—. En el nombre del Padre —gritaba—, del Hijo y del Espíritu Santo, yo os ordeno, asquerosos demonios, que salgáis de esta muchacha. ¡Os condeno al agujero! ¡Os destierro! ¡Os envío al infierno por toda la eternidad y un día más, y lo hago en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Marchaos!

Y de repente Thyra empezó a llorar. No eran gritos, sollozos y falta de aire, sólo un llanto suave. Reposó la cabeza sobre el hombro de Beocca, él la rodeó con sus brazos, la acunó y nos miró con resentimiento, como si nosotros, manchados de sangre, armados y fieros, fuéramos los aliados de los demonios que acababa de expulsar.

—Ahora está bien —dijo incómodo—. Ahora está bien. Por el amor de Dios, ¿queréis marcharos ya? —Esa malhumorada orden era para los perros, que, increíblemente, le obedecieron, se escabulleron y dejaron de amenazar a Ragnar—. Tiene que entrar en calor —dijo Beocca—, y tenemos que vestirla como es debido.

—Sí —contesté—. Es necesario.

—Bueno, si no piensas hacerlo —contestó Beocca indignado, porque no me había movido—, ya lo haré yo —y condujo a Thyra hacia la casa de Kjartan, donde el humo aún salía del agujero en el techo. Ragnar fue detrás de ellos, pero yo sacudí la cabeza y se detuvo. Apoyé el pie derecho sobre el vientre de Kjartan y liberé a *Rompecorazones*. Le entregué la espada a Ragnar y me abrazó, pero no había júbilo en ninguno de los dos. Habíamos hecho lo imposible, habíamos tomado Dunholm, pero Ivarr seguía vivo, e Ivarr era el mayor enemigo.

—¿Qué voy a decirle a Thyra? —me preguntó Ragnar.

—Dile la verdad —le dije, porque no sabía qué más decir, y me fui a buscar a Gisela.

* * *

Gisela y Brida lavaron a Thyra. Le lavaron el cuerpo y el pelo, le quitaron la enredadera muerta y le peinaron el pelo dorado, se lo secaron ante la gran hoguera en la casa de Kjartan, y después la vistieron con un vestido de lana y una capa de pelo de nutria. Ragnar habló con ella junto al fuego. Hablaron a solas y yo salí con el padre Beocca fuera de la casa. Había dejado de llover.

—¿Quién es Abaddón? —le pregunté.

—Yo fui responsable de tu educación —me dijo—, y me avergüenzo de mí mismo. ¿Cómo puedes no saber eso?

—Bueno, pues no lo sé —contesté—. ¿Quién es?

—El ángel oscuro del pozo sin fondo, por supuesto. Estoy seguro de que te he hablado de eso. Es el primer demonio que te atormentará si no te arrepientes y te conviertes en cristiano.

—Sois un hombre valiente, padre —le dije.

—Tonterías.

—Intenté llegar a ella —le dije—, pero me asustaron los perros. Han matado a más de treinta hombres hoy, y vos habéis pasado tan tranquilo entre ellos.

—Son sólo perros —dijo quitándole importancia—. Si Dios y san Cutberto no pueden protegerme de unos perros, ¿qué saben hacer?

Lo detuve, le puse las dos manos sobre los hombros y le di un apretón.

—Habéis sido muy valiente, padre —insistí—, y os saludo.

Beocca quedó enormemente complacido con el cumplido, pero intentó aparentar modestia.

—Yo me limité a rezar —dijo—, Dios hizo el resto —lo dejé marchar y siguió caminando; le dio una patada a una lanza con el pie malo—. No creía que los perros fueran a hacerme daño —me dijo—, porque a mí siempre me han gustado los perros. Tenía uno de niño.

—Tendríais que buscaros otro —le dije—. Un perro os haría compañía.

—Cuando era niño no podía trabajar —prosiguió como si no hubiera hablado—. Bueno, podía recoger piedras y asustar a los pájaros para que no se comieran las semillas nuevas, pero no podía trabajar como es debido. El perro era mi amigo, pero se murió. Lo mataron otros chicos —parpadeó unas cuantas veces—. Thyra es una mujer hermosa, ¿verdad? —preguntó esperanzado.

—Ahora sí —coincidí.

—Esas cicatrices en sus brazos y piernas —dijo—, pensaba que Kjartan o Sven la habían cortado. Pero no fueron ellos. Se lo ha hecho sola.

—¿Se lo ha hecho sola? —pregunté.

—Sí, se cortó con cuchillos, me lo contó. ¿Por qué haría eso?

—¿Para volverse fea? —sugerí.

—Pero no lo es —contestó Beocca confundido— Es hermosa.

—Sí —le dije—, lo es, y volví a sentirlo por Beocca. Se hacía viejo y siempre había sido cojo y feo, y siempre había querido casarse, y ninguna mujer había aparecido. Habría tenido que hacerse monje, que no se les permite el matrimonio. Pero era cura, y tenía mente de cura, pues me miró con severidad y me dijo:

—Alfredo me ha enviado para predicar la paz —dijo—, y te he visto matar a un hermano y ahora esto —hizo una mueca al ver los muertos.

—Alfredo nos ha enviado para poner a salvo a Guthred —le recordé.

—Y para asegurarnos de que san Cutberto está a salvo —insistió.

—Así lo haremos.

—No nos podemos quedar aquí, Uhtred, tenemos que volver otra vez a Cetreht —me miró con alarma en el ojo bueno—. ¡Tenemos que derrotar a Ivarr!

—Lo haremos, padre —le dije.

—¡Tiene el mayor ejército de Northumbria!

—Pero morirá solo, padre —le dije, y no estaba seguro de por qué lo había dicho. Las palabras llegaron solas, y pensé que un dios había hablado a través de mí—. Morirá solo —repetí—, lo prometo.

Pero antes había que hacer otras cosas. Estaba el tesoro de Kjartan, que había que desenterrar en la casa donde se guardaban los perros, y pusimos a los esclavos de Kjartan a trabajar, a cavar en aquel suelo que apestaba a mierda, y debajo estaban los barriles de plata y las cubas de oro, había cruces de iglesias, brazaletes y bolsas de cuero llenas de ámbar, azabache y granates, incluso rollos de preciosa seda importada que se había medio podrido en la tierra húmeda. Los guerreros derrotados de Kjartan construyeron una pira para sus muertos, aunque Ragnar insistió en que ni Kjartan ni lo que quedaba de Sven recibieran ese funeral. Lo que hicieron fue arrebatárles la ropa y la armadura y echar sus cuerpos desnudos a los cerdos que se habían librado de la matanza de otoño y vivían en la esquina noroeste del complejo.

Rollo quedó al cargo de la fortaleza. Guthred, en la emoción de la victoria, había anunciado que la fortaleza era ahora de su propiedad y que se convertiría en una fortaleza real de Northumbria, pero yo me lo llevé a un aparte y le dije que se la entregara a Ragnar.

—Ragnar será tu amigo —le dije—, y puedes confiar en que va a guardar Dunholm —yo también podía confiar en que Ragnar asaltaría las tierras de Bebbanburg y mantendría a raya a mi traicionero tío.

Así que Guthred entregó Dunholm a Ragnar, y Ragnar se lo encomendó a Rollo, a quien dejamos con sólo treinta hombres para defender las murallas, mientras nosotros nos dirigíamos al sur. Más de cincuenta hombres de Kjartan juraron lealtad a Ragnar, pero sólo después de que estableciera que ninguno había tomado parte en la quema en la que asesinaron a sus padres. Cualquier hombre que hubiera contribuido en aquel asesinato, murió. El resto cabalgaron con nosotros, primero a Cetreht y luego a enfrentarse a Ivarr.

Así que habíamos terminado la mitad del trabajo. Kjartan el Cruel y Sven el Tuerto estaban muertos, pero Ivarr seguía vivo y Alfredo de Wessex, aunque no lo había dicho nunca, también lo quería muerto.

De modo que cabalgamos al sur.

Capítulo XI

Partimos a la mañana siguiente. La lluvia se dirigía al sur, y dejaba a su paso un cielo claro rasgado por nubes apresuradas bajo las que cabalgamos desde la puerta de Dunholm. Dejamos el tesoro en manos de Rollo. Éramos todos hombres ricos, pues habíamos arrebatado la fortuna a Kjartan, y si sobrevivíamos a nuestro encuentro con Ivarr, repartiríamos aquellas riquezas. Yo había recuperado el tesoro que dejé en Fifhidan con creces, y regresaría con Alfredo como hombre rico, uno de los más ricos de su reino, y ese pensamiento me alegró el camino mientras seguíamos al estandarte del ala de águila de Ragnar hasta el vado más cercano del Wiire.

Brida cabalgaba con Ragnar, Gisela a mi lado, y Thyra no abandonaba la vera de Beocca. Nunca supe qué le dijo Ragnar en casa de Kjartan, pero se mostraba más calmada con él. La locura había desaparecido. Le cortaron las uñas, le recogieron el pelo bajo una gorrita blanca y aquella mañana saludó a su hermano con un beso. Aún parecía desgraciada, pero Beocca tenía palabras para consolarla y ella se apegó a esas palabras como si fueran agua y ella estuviera muñéndose de sed. Ambos montaban yeguas y Beocca, por una vez, olvidó su incomodidad en la silla mientras hablaba con Thyra. Veía su mano buena gesticular mientras hablaba. Detrás de él un sirviente conducía un caballo de carga que transportaba cuatro altas cruces de altar sacadas del tesoro de Kjartan. Beocca había exigido que fueran devueltas a la Iglesia, y ninguno pudimos negárselo, pues había demostrado ser tan héroe como cualquiera, y ahora se inclinaba hacia Thyra, hablaba a toda prisa, y ella escuchaba.

—Se hará cristiana en menos de una semana —me dijo Gisela.

—Antes —contesté.

—¿Y qué le va a pasar? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—La convencerá para que se meta en un convento, supongo.

—Pobre mujer.

—Por lo menos la enseñarán a obedecer —repliqué—. No convertirá a doce en trece.

Gisela me dio un puñetazo en el brazo, y se hizo más daño ella que me hizo a mí.

—Juré —me dijo, frotándose los nudillos donde se había rascado contra la malla— que en cuanto volviera a encontrarte, no te abandonaría. Nunca.

—¿Pero trece? —le pregunté—. ¿Cómo pudiste hacer eso?

—Porque sabía que los dioses estaban con nosotros —contestó sin más—. Eché las varillas de runas.

—¿Y qué dicen las runas de Ivarr? —le pregunté.

—Que morirá como una serpiente bajo una azada —repuso sombría, después se estremeció cuando un pedazo de barro, arrojado por uno de los cascos del caballo de Steapa, le dio en la cara. Se lo limpió, después frunció el ceño—. ¿Tenemos que ir a Wessex?

—Eso le juré a Alfredo.

—¿Se lo juraste?

—Le presté juramento.

—Pues entonces tenemos que ir a Wessex —comentó sin entusiasmo—. ¿Te gusta?

—No.

—¿Y Alfredo?

—Tampoco.

—¿Por qué no?

—Es demasiado pío —le dije—, y demasiado directo. Y apesta.

—Todos los sajones apestan —contestó.

—El apesta más que el resto. Es por su enfermedad. Está siempre cagándose por la pata abajo.

Puso una mueca.

—¿Y no se lava?

—Por lo menos una vez al mes —contesté—, y probablemente más a menudo. Es muy maniático con lo de lavarse, pero apesta igualmente. ¿Yo apesto?

—Como un jabalí—contestó sonriendo—. ¿Me gustará Alfredo?

—No. No te dará su aprobación porque no eres cristiana.

Eso le hizo gracia.

—¿Qué hará contigo?

—Me dará tierras —contesté con firmeza—, y esperará que luche por él.

—¿Lo que significa que pelearás contra los daneses?

—Los daneses son enemigos de Alfredo —contesté—. Sí lucharé contra los daneses.

—Pero son mi pueblo —contestó.

—Y yo le he prestado juramento a Alfredo —le dije—, así que tengo que hacer lo que desea —me incliné hacia atrás cuando el caballo empezó a bajar por una empinada pendiente—. Me encantan los daneses —le dije—, me gustan mucho más de lo que me gustan los sajones de Wessex, pero es mi destino luchar por Wessex. *Wýrd bid ful arced*.

—¿Qué significa?

—Que el destino es el destino. Que nos gobierna.

Pensó sobre ello. Llevaba otra vez la malla, pero se había colgado alrededor del cuello un torques de oro que había sacado de los tesoros de Kjartan. Estaba hecho con siete hebras enrolladas en una; había visto cosas similares extraídas de las tumbas de antiguos jefes britanos. Le daba un aspecto salvaje, que le sentaba bien. Llevaba el pelo negro recogido bajo un gorro de lana, tenía una mirada ausente en su largo rostro, y pensé que podría quedarme mirándola toda la vida.

—¿Y cuánto tiempo tienes que ser el hombre de Alfredo?

—Hasta que me libere de mi juramento —le dije—, o hasta que él o yo muramos.

—Pero dices que está enfermo. ¿Cuánto puede quedarle?

—Probablemente no demasiado.

—¿Y quién será rey luego?

—No lo sé —contesté, y deseé saberlo. El hijo de Alfredo, Eduardo, era un niño llorón, demasiado joven para gobernar, y su sobrino, Etelwoldo, a quien Alfredo había usurpado el trono, era un borracho y un patán. El patán borracho tenía más derechos al trono, y de repente me encontré deseando que Alfredo viviera muchos años. Eso me sorprendió. Le había contado a Gisela la verdad, que no me gustaba Alfredo, pero reconocía que era el auténtico poder en la isla de Gran Bretaña. Nadie más tenía su visión, ni su determinación, y la muerte de Kjartan no había sido tanto obra nuestra como de Alfredo. Nos había enviado al norte, consciente de que haríamos lo que quería aunque no nos lo hubiera dicho explícitamente, y me sorprendió el pensamiento de que la vida como su vasallo no tendría por qué ser tan aburrida como yo me temía. Pero si moría pronto, pensé, eso

supondría el final de Wessex. Los *thane* lucharían por su corona y los daneses olerían la debilidad y vendrían como cuervos a rapiñar el cadáver.

—Si eres el vasallo de Alfredo —preguntó Gisela con cautela, y su pregunta revelaba que había estado pensando lo mismo que yo—, ¿por qué te ha dejado venir?

—Porque quiere que tu hermano reine en Northumbria.

Pensó sobre ello.

—¿Porque Guthred es más o menos cristiano?

—Eso es importante para Alfredo —le dije.

—¿Porque Guthred es débil? —sugirió.

—¿Es débil?

—Sabes que sí —se burló—. Es muy amable, y a la gente le ha gustado siempre, pero no sabe ser implacable. Tendría que haber matado a Ivarr cuando lo vio por primera vez, y tendría que haber desterrado a Hrothweard hace mucho, pero no se atrevió. Tiene demasiado miedo a san Cutberto.

—¿Y por qué iba a querer Alfredo un rey débil en el trono de Northumbria? —pregunté insulsamente.

—Para que Northumbria sea débil cuando los sajones intenten recuperar su tierra —contestó.

—¿Eso dicen tus runas que va a ocurrir? —le pregunté.

—Dicen que tendré dos hijos y una hija, y que un hijo te partirá el corazón, el otro te hará sentir orgulloso y tu hija será madre de reyes.

Me reí de la profecía, no para burlarme, sino por lo segura que lo decía.

—¿Y significa eso que vendrás a Wessex, aunque luche contra los daneses?

—Significa que no me voy a separar de tu lado. Ese es mi juramento.

Ragnar había enviado exploradores por delante, y a medida que transcurría el día iban regresando en caballos agotados. Ivarr, habían oído, había tomado Eoferwic. No le había costado demasiado. La guarnición reducida de la ciudad la había rendido antes de morir masacrados en las calles. Ivarr se había llevado todo el botín que había encontrado, había dispuesto una nueva guarnición en las murallas y marchaba de regreso al norte. Aún no sabía de la caída de Dunholm, así que estaba claro que esperaba atrapar a Guthred que, debió de suponer, o se había entretenido en Cetreht o vagaba desconsoladamente hacia los páramos de Cumbraland. El

ejército de Ivarr, habían oído los exploradores, era una horda. Algunos hombres decían que Ivarr comandaba dos mil lanzas, una cifra que Ragnar y yo no nos creímos. Aunque sí era cierto que los hombres de Ivarr superaban a los nuestros en número con mucho, y era probable que marchara hacia el norte por la misma calzada romana por la que nosotros viajábamos hacia el sur.

—¿Podemos enfrentarnos a él? —me preguntó Guthred.

—Podemos enfrentarnos a él —respondió Ragnar por mí—, pero no vamos a vencer a su ejército.

—¿Y por qué marchamos al sur?

—A rescatar a Cutberto —contesté—, y a matar a Ivarr.

—¿Pero si no podemos vencerle? —Guthred estaba confundido.

—Nos enfrentamos a él —contesté, para confundirle aún más—, y si no podemos vencerle, nos retiramos a Dunholm. Para eso lo hemos conquistado, como refugio.

—Vamos a dejar que los dioses decidan lo que ocurre —le aclaró Ragnar, y como estábamos bastante seguros, Guthred no nos dio más la murga.

Llegamos a Cetreht aquella tarde. Habíamos viajado rápidamente porque no hizo falta abandonar la calzada romana, y chapoteábamos en el vado del Swale cuando el sol enrojecía las colinas al oeste. Los religiosos, en lugar de refugiarse en aquellas colinas, habían preferido quedarse en las escasas comodidades de Cetreht y nadie les había molestado mientras tomábamos Dunholm. Habían visto daneses montados en las colinas al sur, pero ninguno de aquellos jinetes se acercó al fuerte. Los jinetes vigilaron, contaron cabezas y se marcharon, y supuse que serían los exploradores de Ivarr.

El padre Hrothweard y el abad Eadred no parecían impresionados porque hubiésemos capturado Dunholm. Lo único que les importaba era el cadáver del santo y las otras preciosas reliquias, que desenterraron del cementerio aquella misma tarde y transportaron en solemne procesión hasta la iglesia. Allí fue donde me enfrenté a Aidan, el administrador de Bebbanburg, y su veintena de hombres, que se habían quedado en el pueblo.

—Ya podéis regresar a salvo a casa —les dije—, porque Kjartan está muerto.

No creo que Aidan me creyera al principio. Entonces comprendió lo que habíamos logrado y debió de temer que los hombres que habían

conquistado Dunholm marcharan después sobre Bebbanburg. Yo quería hacer eso precisamente, pero le había jurado a Alfredo que regresaría antes de Navidad, y eso no me daba tiempo para enfrentarme a mi tío.

—Partiremos por la mañana —dijo Aidan.

—Eso haréis —coincidí—, y cuando lleguéis a Bebbanburg, decidle a mi tío que nunca está lejos de mis pensamientos. Decidle que me llevo a su novia. Prometedle que un día voy a rajarle la tripa, y si muere antes de que yo pueda cumplir ese juramento, le prometo que les rajaré la tripa a sus hijos, y si sus hijos tienen hijos, también los mataré. Decidle esas cosas, y decidle que la gente pensaba que Dunholm era inexpugnable, como Bebbanburg, y que Dunholm ha caído bajo mi espada.

—Ivarr va a matarte —respondió Aidan desafiante.

—Reza porque así sea —contesté.

Todos los cristianos rezaron aquella noche. Se reunieron en la iglesia y pensé que estarían pidiéndole a su dios que nos diera la victoria sobre las fuerzas de Ivarr que se acercaban, pero daban gracias porque las preciosas reliquias habían sobrevivido. Colocaron el cuerpo de san Cutberto frente al altar en el que pusieron la cabeza de san Osvaldo, el Evangelio y el relicario con los pelos de la barba de san Agustín, y cantaron, rezaron, cantaron otra vez y pensé que no iban a dejar de rezar nunca, pero al final, en el corazón oscuro de la noche, se quedaron callados.

Caminé por el muro bajo del fuerte, observando la calzada romana extendiéndose hacia el sur entre los campos bajo la luna menguante. Por ahí aparecería Ivarr, y no estaba seguro de por qué no enviaba una banda de jinetes escogidos para atacar en la noche; así que tenía cien hombres esperando en la calle del pueblo. Pero no llegó ningún ataque, y en la oscuridad una pequeña niebla se levantó para emborronar los campos cuando Ragnar llegó para relevarme.

—Por la mañana habrá escarcha —me saludó.

—Sí que la habrá —coincidí.

Pateó el suelo para calentarse los pies.

—Mi hermana —dijo— dice que se va a Wessex. Dice que se va a bautizar.

—¿Te sorprende?

—No —contestó. Miró por la larga carretera—. Es lo mejor —hablaba débilmente—, y le gusta tu padre Beocca. ¿Qué le va a ocurrir?

—Supongo que se convertirá en monja —contesté, pues no se me ocurría qué otro destino podría esperarle en el Wessex de Alfredo.

—Le fallé —me dijo, y yo no contesté nada porque era verdad—. ¿Tienes que regresar a Wessex? —preguntó.

—Sí, lo he jurado.

—Los juramentos se pueden romper —dijo en voz baja, y era cierto, pero en un mundo en que distintos dioses gobernaban y el destino sólo lo sabían las tres hilanderas, los juramentos eran la única certeza. Si rompía un juramento no podía esperar que los hombres mantuvieran los suyos conmigo. Eso lo había aprendido.

—No voy a romper mi juramento con Alfredo —le dije—, pero te prestaré uno a ti. Jamás lucharé contra ti, todo lo que tengo es también tuyo, y si necesitas ayuda haré lo que esté en mi mano para traértela.

Ragnar no dijo nada durante un rato. Le dio patadas al césped sobre el terraplén que hacía de muralla y miró la niebla.

—Juro lo mismo —dijo en voz baja y él, como yo, se sentía incómodo, así que le dio otra patada a la hierba—. ¿Cuántos hombres traerá Ivarr?

—¿Ochocientos?

Asintió.

—Y nosotros tenemos menos de trescientos.

—No habrá batalla —le dije.

—¿No?

—Ivarr va a morir —le dije—, y ahí terminará todo —me toqué la empuñadura de *Hálito-de-serpiente* para que me diera suerte y noté la silueta de la cruz de Hild—. Va a morir —dije, aún tocando la cruz—, y Guthred reinará, y tú le dirás lo que tiene que hacer.

—¿Quieres que le diga que ataque a Ælfric? —preguntó.

Lo pensé.

—No —contesté.

—¿No?

—Bebbanburg es demasiado fuerte —le dije—, y no hay puerta de atrás como la había en Dunholm. Además, quiero matar a Ælfric yo mismo.

—¿Te dejará hacerlo Alfredo?

—Por supuesto que me dejará —aunque lo cierto es que dudaba de que Alfredo me permitiera tal lujo, pero estaba seguro de que mi destino era regresar a Bebbanburg y tenía fe en ese destino. Me di la vuelta y observé el pueblo—. ¿Todo tranquilo?

—Todo tranquilo —contestó—. Ya han dejado de rezar y están durmiendo. Tú también tendrías que dormir.

Regresé por la calle, pero antes de unirme a Gisela abrí la puerta de la iglesia y vi curas y monjes durmiendo a la débil luz de unas pocas velas deritiéndose en el altar. Uno de ellos roncaba, y cerré la puerta tan silenciosamente como la había abierto.

Me despertó al alba Sihtric, que aporreó el dintel de la puerta.

—¡Están aquí, señor! —gritó—. ¡Están aquí!

—¿Quién está aquí?

—Los hombres de Ivarr, señor.

—¿Dónde?

—Jinetes, señor, ¡al otro lado del río!

Había unos cien jinetes, y no intentaron cruzar el río, así que supuse que habían sido enviados a la orilla norte del Swale para cortarnos la retirada. La fuerza principal de Ivarr aparecería por el sur, aunque esa perspectiva no era la mayor emoción en el alba neblinosa. Había un gran barullo en el pueblo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Sihtric.

—Los cristianos están disgustados, señor —me contestó.

Caminé hasta la iglesia para descubrir que el relicario de oro con la barba de san Agustín, el precioso regalo de Alfredo a Guthred, había sido robado. Estaba en el altar con las otras reliquias, pero durante la noche había desaparecido, y el padre Hrothweard aullaba junto un agujero abierto en la pared de adobe y juncos tras el altar. Guthred estaba allí, escuchando al abad Eadred, que declaraba el robo una señal de la desaprobación de Dios.

—¿Desaprobación por qué? —preguntó Guthred.

—Por los paganos, por supuesto —escupió Eadred.

El padre Hrothweard se balanceaba hacia delante y hacia atrás, agarrándose las manos y gritando a su dios que trajera venganza sobre los paganos que habían profanado la iglesia y robado el tesoro sagrado.

—¡Revela a los culpables, señor! —gritaba, después me vio y evidentemente decidió que había llegado una revelación, pues me señaló—. ¡Ha sido él! —escupió.

—¿Has sido tú? —preguntó Guthred.

—No, señor —le dije.

—¡Ha sido él! —repitió de nuevo Hrothweard.

—Tenéis que registrar a los paganos —dijo Eadred a Guthred—, pues si no encontramos la reliquia, señor, nuestra derrota es cierta. Ivarr nos aplastará por este pecado. Será el castigo de Dios.

Resultaba un castigo un poco raro, permitir que un danés pagano derrotara a un rey cristiano porque le habían robado una reliquia, pero como profecía parecía bastante segura, pues a media mañana, mientras la iglesia era registrada en un vano intento de encontrar el relicario, uno de los hombres de Ragnar trajo noticias de que el ejército de Ivarr había aparecido. Marchaban desde el sur y ya estaban formando el muro de escudos, a casi un kilómetro de la pequeña fuerza de Ragnar.

Era hora de que nos marcháramos. Guthred y yo ya llevábamos puesta la malla, lo único que necesitábamos era cabalgar al sur para unirnos al muro de escudos de Ragnar, pero a Guthred le había puesto nervioso la pérdida de la reliquia. Cuando nos marchábamos de la iglesia me llevó a un aparte.

—¿Le preguntarás a Ragnar si se la ha llevado? —me suplicó—. ¿O si alguno de sus hombres se la ha llevado?

—Ragnar no se la ha llevado —me burlé—. Si queréis encontrar al culpable —proseguí—, registradlos a ellos —señalé a Aidan y a sus jinetes que, ahora que Ivarr estaba cerca, se mostraban ansiosos por partir hacia el norte, aunque no se atrevían a marcharse mientras los hombres de Ivarr impidieran el paso por el vado del Swale. Guthred les había pedido que se unieran a nuestro muro de escudos, pero se habían negado, y ahora esperaban una oportunidad para escapar.

—¡Ningún cristiano robaría la reliquia! —gritó Hrothweard—. ¡Es un crimen pagano!

Guthred estaba aterrorizado. Seguía creyendo en la magia cristiana y veía el robo como un indicio del desastre. Estaba claro que no sospechaba de Aidan, pero tampoco sabía de quién sospechar, así que se lo puse fácil.

Llamé a Finan y a Sihtric, que esperaban para acompañarme al muro de escudos.

—Este hombre —le dije a Guthred señalando a Finan— es cristiano. ¿No eres cristiano, Finan?

—Lo soy, señor.

—Y es irlandés —le dije—, y todo el mundo sabe que los irlandeses tienen el poder de la adivinación —Finan, que no tenía más poderes de

adivinación de los que tenía yo, intentó parecer misterioso—. Él encontrará vuestra reliquia —le prometí.

—¿La encontrarás? —le preguntó Guthred a Finan ansioso.

—Sí, señor —repuso Finan seguro de sí.

—Encuéntrala, Finan —le dije—, mientras yo mato a Ivarr. Y tráenos el culpable tan pronto como lo encuentres.

—Lo haré, señor —dijo.

Un sirviente me acercó mi caballo.

—¿La encontrará tu irlandés? —me preguntó Guthred.

—Entregaré a la Iglesia toda mi plata, señor —dije en voz suficientemente alta para que me oyeran una docena de hombres—, mi cota de malla, mi casco, mis brazaletes y mis espadas, si Finan no os trae la reliquia y al ladrón. Es irlandés, y los irlandeses tienen extraños poderes —miré a Hrothweard—. ¿Oís eso, cura? ¡Prometo todas mis riquezas a vuestra Iglesia si Finan no encuentra al ladrón!

Hrothweard no dijo nada. Me miró con odio, pero mi promesa se había hecho públicamente y había testimonio de mi inocencia, así que se contentó con escupir a las patas de mi caballo. Gisela, que había venido para tomar al semental por las riendas, tuvo que saltar a un lado para evitar el escupitajo. Me tocó un brazo cuando me puse recto un estribo.

—¿Puede encontrarla Finan? —me preguntó en voz baja.

—Puede encontrarla —le prometí.

—¿Porque tiene poderes?

—Porque él la robó, mi amor —le contesté en voz baja—, siguiendo mis órdenes. Probablemente esté escondida en un montón de estiércol —le sonreí, y ella se rió en voz baja.

Metí un pie en el estribo y me preparé para incorporarme, pero Gisela me detuvo.

—Ten cuidado —me dijo—. Los hombres temen enfrentarse a Ivarr —me advirtió.

—Es un Lothbrok —le dije—, y todos los Lothbrok luchan bien. Lo adoran. Pero luchan como perros rabiosos, todo es furia y salvajismo, y al final acaban muriendo como perros rabiosos —monté el caballo, metí el pie derecho en el estribo, y le cogí el casco y el escudo a Gisela. Le acaricié una mano para despedirme, después tiré de las riendas y seguí a Guthred hacia el sur.

Cabalgamos para unirnos al muro de escudos. Era un muro corto, iba a ser flanqueado con facilidad por el muro mucho más largo que Ivarr estaba formando al sur. Su muro era dos veces más grande que el nuestro, lo que significaba que sus hombres podrían rodearnos y matarnos desde fuera hacia dentro. Si llegábamos a enfrentarnos, nos masacrarían, y los hombres de Ivarr lo sabían. Su muro de escudos relucía con las lanzas y hachas, y armaba jaleo en previsión de la victoria. Golpeaban sus armas contra sus escudos, provocando un tamborileo sordo que llenaba el ancho valle del Swale, y el tambor se convirtió en un estruendo cuando el estandarte de los dos cuervos de Ivarr fue izado en el centro de su línea. Debajo del estandarte había un puñado de jinetes que se adelantaron para acercarse a nosotros. Ivarr estaba entre ellos, él y su hijo cara-de-rata.

Guthred, Steapa, Ragnar y yo nos acercamos unos cuantos pasos hasta Ivarr y esperamos. Había diez hombres en la partida que se acercaba, pero yo observaba a Ivarr. Iba montado en *Witnere*, cosa que esperaba, pues me daba la oportunidad de pelear con él, pero me quedé atrás, y dejé que Guthred adelantara su caballo unos pasos. Ivarr nos miraba uno a uno. Pareció momentáneamente sorprendido de verme, pero no dijo nada, le irritó ver a Ragnar y quedó convenientemente impresionado por el tamaño de Steapa, pero nos ignoró a los tres, dirigiéndose a Guthred.

—Mierda de gusano —saludó al rey.

—Señor Ivarr —contestó Guthred.

—Me encuentro en un estado de ánimo extrañamente caritativo —dijo Ivarr—. Si te marchas, perdonaré la vida a tus hombres.

—No tenemos ninguna disputa —contestó Guthred—, ninguna que no pueda resolverse con palabras.

—¡Palabras! —escupió Ivarr, después sacudió la cabeza—. Márchate de Northumbria —dijo—, vete lejos, mierda de gusano. Márchate con tu amigo a Wessex, pero deja a tu hermana aquí como rehén. Si haces eso, seré misericordioso —no estaba siendo misericordioso, sino práctico. Los daneses eran guerreros feroces, pero mucho más cautelosos de lo que su reputación sugería. Ivarr estaba dispuesto a luchar, pero aún más dispuesto a negociar una rendición, pues así no perdería hombres. Ganaría aquella batalla, eso lo sabía, pero para conseguir la victoria perdería sesenta o setenta guerreros, y eso era toda la tripulación de un barco y un alto precio que pagar. Era mejor dejar con vida a Guthred y no pagar nada. Ivarr puso a

Witnere de lado para poder mirar a Ragnar, detrás de Guthred—. Extrañas compañías frecuentáis, señor Ragnar.

—Hace dos días —contestó Ragnar—, maté a Kjartan el Cruel. Dunholm es ahora mío. Me parece que igual tendría que mataros también a vos, señor Ivarr, para que no me la intentéis arrebatat.

Ivarr se mostró sorprendido, y tenía buenos motivos. Miró a Guthred, después a mí, como buscando confirmación de la muerte de Kjartan, pero nuestros rostros no revelaban nada. Ivarr se encogió de hombros.

—La disputa que teníais con Kjartan era asunto vuestro, no mío. A mí me gustaría teneros de amigo. Nuestros padres lo eran, ¿o no?

—Sí lo eran —contestó Ragnar.

—Pues deberíamos renovar esa amistad —dijo Ivarr.

—¿Por qué tendría que renovar la amistad con un ladrón? —pregunté.

Ivarr se me quedó mirando, sus ojos de serpiente eran ilegibles.

—Ayer observé a una cabra vomitar —repuso—, y lo que vomitó me recordó a ti.

—Yo vi una cabra cagar ayer —repliqué—, y lo que cayó me recordó a ti.

Ivarr hizo un gesto despectivo, pero decidió no seguir intercambiando insultos. Su hijo, sin embargo, desenvainó su espada, e Ivarr levantó una mano para indicar al joven que la hora de la matanza aún no había llegado.

—Márchate —le dijo a Guthred—, márchate lejos y olvidaré que te conozco.

—El cagarro de cabra me recordó a ti —le dije—, pero su olor me recordó al de tu madre. Era un olor rancio, pero ¿qué se puede esperar de una puta que pare un ladrón?

Uno de los guerreros contuvo al hijo de Ivarr. El propio Ivarr se me quedó mirando en silencio un rato.

—Puedo prolongar tu muerte tres puestas de sol —dijo al final.

—Pero si devuelves lo robado, ladrón —le dije—, y aceptas el juicio del buen rey Guthred sobre tu crimen, puede que muestre misericordia.

Ivarr parecía más divertido que ofendido.

—¿Qué he robado? —preguntó.

—Montas mi caballo —contesté—, y quiero que me lo devuelvas ya.

Le dio una palmada al cuello a *Witnere*.

—Cuando estés muerto —me dijo—, haré que te curtan y te conviertan en una silla, para que pueda pasar el resto de mi vida tirándome pedos

encima de ti —miró a Guthred—. Márchate —le dijo—, márchate lejos. Deja a tu hermana de rehén. Te daremos unos momentos para que recuperes el juicio, y si no, te mataremos —le dio la vuelta al caballo.

—Cobarde —le grité. No me hizo caso, guió a *Witnere* por entre sus hombres para conducirlos hasta el muro de escudos—. Todos los Lothbrok son unos cobardes —dije—. Huyen. ¿Qué has hecho, Ivarr? Te meas en los pantalones por miedo a mi espada. ¡Saliste huyendo de los escoceses y ahora huyes de mí!

Creo que fue la mención de los escoceses lo que lo consiguió. Aquella gran derrota aún estaba tierna en la memoria de Ivarr, mi desprecio echó sal en la herida y, de repente, el temperamento Lothbrok, que hasta el momento había logrado contener, lo dominó. Hizo daño a *Witnere* con el tirón salvaje que pegó al bocado, pero *Witnere* se dio la vuelta obedientemente al tiempo que Ivarr desenvainaba. Espoleó en mi dirección, pero yo lo evité cruzándome en diagonal, colocándome en el amplio espacio frente a su ejército. Ahí era donde quería ver morir a Ivarr, delante de todos sus hombres, y ahí le di la vuelta al caballo. Ivarr me había seguido, pero frenó a *Witnere*, que piafaba sobre el suelo blando con la pata derecha.

Creo que Ivarr deseaba no haber perdido el control, pero ya era demasiado tarde. Era evidente para todos los hombres en ambos muros de escudos que había desenvainado y me había perseguido hasta el prado abierto, y no podía marcharse sin más y rehuir el desafío. Ahora tenía que matarme, y no estaba seguro de ser capaz. Era bueno, pero había sufrido lesiones, le dolían las articulaciones, y conocía mi reputación.

Su ventaja era *Witnere*. Yo conocía aquel caballo, y sabía que peleaba tan bien como muchos guerreros. *Witnere* destrozaría mi montura si tenía la oportunidad, y a mí también, así que mi primer objetivo era desmontar a Ivarr. Ivarr me observaba, creo que había decidido dejarme atacar, pues no lanzó a *Witnere* a la carga, pero en lugar de atacar, giré mi caballo hacia el muro de escudos de Ivarr.

—¡Ivarr es un ladrón! —le grité a su ejército. *Hálito-de-serpiente colgaba*, de mi costado—. ¡Es un ladronzuelo corriente —berreé—, que salió huyendo de los escoceses! ¡Corría como un cachorro apaleado! ¡Lloraba como un niño cuando nos lo encontramos! —Estallé en carcajadas y seguí mirando al muro de escudos de Ivarr—. Lloraba porque estaba herido —seguí—, y en Escocia le llaman Ivarr el Débil —por el rabillo del ojo vi que mi trepa había funcionado y que Ivarr lanzaba a *Witnere* contra mí

—. ¡Es un ladrón —grité—, y un cobarde! —Y mientras gritaba el último insulto, indiqué al caballo que girara con un toque de la rodilla y levanté el escudo. A *Witnere* sólo se le veían ojos y dientes blancos, enormes cascos que levantaban terrones húmedos, y cuando se acercó grité su nombre—. ¡*Witnere!* ¡*Witnere!* —sabía que probablemente no era el nombre que Ivarr le había dado al caballo, pero quizá *Witnere* lo recordara, o me recordara a mí, pues movió las orejas, levantó la cabeza y frenó el paso cuando embestí directamente contra él.

Usé el escudo como arma. Me limité a empujar fuerte a Ivarr y, al mismo tiempo, me apoyé en mi estribo derecho; Ivarr intentaba darle la vuelta a *Witnere*, pero el enorme semental estaba confundido y desequilibrado. Mi escudo se estampó contra el de Ivarr y me tiré encima de él, usando mi peso para forzarlo a caer. Existía el riesgo de que me cayera yo y él quedara montado, pero no me atrevía a soltar escudo o espada para sujetar al caballo. Sólo podía esperar que mi peso lo tumbara.

—¡*Witnere!*—volví a gritar, y el caballo medio se giró hacia mí, y ese pequeño movimiento, aunado a mi peso, fue suficiente para tirar a Ivarr de la silla. Él cayó por la derecha y yo entre los dos caballos. Me hice daño, y mi propio caballo me metió una cox sin querer que me empujó tras las patas traseras de *Witnere*. Me puse en pie a toda prisa, le di un cintarazo en la grupa a *Witnere* para que se marchara e inmediatamente me agaché debajo de mi escudo cuando Ivarr atacó. Se había recuperado más rápidamente que yo, y su espada se estrelló contra mi escudo, y debía de esperar que retrocediera tras aquel ataque, pero lo frené en seco. El brazo izquierdo, herido por la lanza en Dunholm me latía bajo la fuerza de su espada, pero yo era más alto, más pesado y más fuerte que Ivarr y empujé el escudo con fuerza para obligarlo a retroceder.

Sabía que iba a perder. Tenía edad suficiente para ser mi padre, y las viejas heridas lo lentificaban, pero seguía siendo un Lothbrok, que aprenden a luchar desde el momento en que los paren. Llegaba gruñendo, con la espada apuntando alto y luego golpeando bajo, y yo no dejé de moverme, paraba, recibía los golpes en el escudo, y ni siquiera me molestaba en contraatacar. Lo que hacía era burlarme de él. Le dije que era un viejo patético.

—Maté a tu tío —le hostigaba—, y no era mucho mejor que tú. Y cuando estés muerto, viejo, voy a destripar a esa rata que llamas hijo. Voy a echar su cadáver a los cuervos. ¿Eso es lo mejor que sabes hacer?

Intentó obligarme a dar la vuelta, pero con demasiada fuerza; resbaló en la hierba húmeda, perdió pie y se tuvo que apoyar en la rodilla. Estaba listo para el golpe de gracia, desequilibrado y con la mano de la espada en la hierba, pero yo me aparté y le dejé que se levantara, y todos los daneses lo vieron, como también vieron que tiraba mi escudo.

—Voy a darle una oportunidad —les dije—. Es un ladronzuelo miserable, ¡pero voy a darle una oportunidad!

—Hijo de puta sajón —gruñó Ivarr, y volvió a embestir. Así le gustaba pelear. Ataque, ataque, ataque, e intentaba usar su escudo para hacerme recular, pero yo me aparté y le metí un cintarazo en la parte de atrás del casco. El golpe lo hizo tropezar una segunda vez, y volví a apartarme. Quería humillarlo.

Ese segundo tropezón lo volvió cauteloso, así que empezó a rodearme con cuidado.

—Me convertiste en esclavo —le dije—, y ni siquiera eso fuiste capaz de hacerlo bien. ¿Quieres darme tu espada?

—Cagarro de cabra —contestó. Llegó rápido, apuntando a mi garganta; en el último momento bajó la espada para ensartarme la pierna izquierda, pero me hice a un lado y volví a golpearle con la parte plana de *Hálito-de-serpiente*, esta vez en la grupa, para apartarlo.

—Dame tu espada —le dije—, y te dejaré vivir. Te meteremos en una jaula y te pasearé por Wessex. Aquí está Ivarr Ivarson, un Lothbrok, le diré a la gente. Un ladrón que huyó de los escoceses.

—Hijo de la gran puta —y volvió a lanzarse contra mí, esta vez intentando destriparme con un molinete salvaje, pero me eché hacia atrás y su enorme hoja silbó al pasar junto a mí, él emitió un gruñido al recuperar el arma en la posición inicial, ya entonces preso de la furia y la desesperación, y embestí con *Hálito-de-serpiente* hacia delante, de modo que atravesó el escudo y le golpeó en el pecho con tanta fuerza que lo hizo retroceder. Se tambaleó con mi siguiente ataque, un lance rápido que produjo resonancia en su casco, y volvió a tambalearse de nuevo, mareado por el golpe. Mi tercer ataque se estrelló contra su espada, con un impacto tal que no fue capaz de resistirlo, y coloqué la punta de *Hálito-de-serpiente* en su garganta.

—Cobarde —le dije—, ladrón.

Gritó con furia y se rehízo con un lance salvaje, pero me eché atrás y lo dejé pasar. Con un hendiente brutal, le estampé *Hálito-de-serpiente* en la

muñeca derecha. Perdió el aliento, pues le había roto los huesos de la muñeca.

—Es difícil pelear sin espada —le dije, y volví a atizarle, esta vez dándole a la espada, de modo que se le escapó de la mano. En ese momento vi el terror en sus ojos. No el terror de un hombre que se enfrenta a la muerte, sino el de un guerrero que muere sin su espada en la mano—. Me convertiste en esclavo —le dije, e hiqué con fuerza *Hálito-de-serpiente* en la rodilla, y él intentó retroceder, alcanzar su espada, y le metí otro tajo a la rodilla, mucho más fuerte, rajé el cuero hasta llegar al hueso, e Ivarr cayó sobre una rodilla. Le di otro golpe en el casco con *Hálito-de-serpiente*; después me puse de pie detrás de él—. Me convirtió en esclavo —grité a sus hombres—, y me robó el caballo. Pero sigue siendo un Lothbrok —me agaché, recogí su espada por la hoja y se la tendí. El la cogió.

—Gracias —me dijo.

Luego lo maté. Le separé media cabeza de los hombros. Emitió un sonido como un borboteo, se estremeció y se desplomó sobre la hierba, pero siguió sujetando su espada. Si le hubiera dejado morir sin la espada, la mayoría de los daneses me habría considerado innecesariamente cruel. Entendían que era mi enemigo, y entendían que tenía motivos para matarlo, pero nadie creería que merecía que le negaran el salón de los muertos. Y un día, pensé, Ivarr y su tío me darían la bienvenida allí, pues en el salón de los muertos todos festejamos con nuestros enemigos y recordamos nuestras peleas y volvemos a repetirlas una y otra vez.

Entonces se oyó un grito y me di la vuelta para ver a Ivar, su hijo, galopando hacia mí. Llegaba como había venido antes su padre, todo furia y violencia sin sentido, y se agachó para partirme en dos con la espada, pero yo estaba al quite, y *Hálito-de-serpiente* era sin duda alguna la mejor espada de las dos. El golpe me retumbó en el brazo, pero la hoja de Ivar se partió. Galopó a mi lado, sosteniendo un palmo de espada, y dos de los hombres de su padre se acercaron a él y lo sacaron de allí antes de que se hiciera matar. Yo llamé a *Witnere*.

Se acercó. Le di una palmada en el hocico, agarré la silla y me monté encima. Después lo hice girar hacia el muro de escudos de Ivarr, ahora sin líder, e hice un gesto a Guthred y Ragnar para que se me unieran. Nos detuvimos a veinte pasos de los abigarrados escudos daneses.

—Ivarr Ivarson se ha marchado al Valhalla —les grité—, ¡y no ha muerto vergonzosamente! ¡Soy Uhtred Ragnarson! ¡El hombre que mató a

Ubba Lothbrokson y éste es mi amigo, el conde Ragnar, que mató a Kjartan el Cruel! Servimos al rey Guthred.

—¿Sois cristiano? —preguntó un hombre.

Le mostré mi amuleto del martillo. Los hombres hacían correr la voz de la muerte de Kjartan por la larga hilera de escudos, hachas y espadas.

—¡No tengo nada de cristiano! —les grité cuando se quedaron en silencio de nuevo—. ¡Pero he visto la magia cristiana! ¡Y los cristianos han obrado su magia en el rey Guthred! ¿Es que nunca habéis sido víctimas de hechiceros? ¿A ninguno se le ha muerto el ganado o se le han puesto enfermas las mujeres? Todos conocéis la hechicería, ¡y los hechiceros cristianos obran una magia muy poderosa! Tienen cadáveres y cabezas cortadas, y los usan para hacer magia, ¡y han echado sus conjuros sobre nuestro rey! Pero el hechicero cometió un error. Se volvió avaricioso, ¡y anoche robó el tesoro del rey Guthred! ¡Sin embargo, Odín ha apartado los conjuros! —Me volví sobre la silla y vi que por fin Finan llegaba desde el fuerte.

Lo había retrasado una refriega a la entrada del fuerte. Unos religiosos intentaban evitar que Finan y Sihtric se marcharan, pero una veintena de los daneses de Ragnar intervinieron, y el irlandés llegó cabalgando por los pastos. Traía al padre Hrothweard. O más bien Finan traía un buen puñado del pelo de Hrothweard, de modo que el cura no tenía más remedio que seguir al caballo del irlandés a trompicones.

—¡Éste es el hechicero cristiano, Hrothweard! —grité—. Atacó al rey Guthred con hechizos, con la magia de los cadáveres, ¡pero lo hemos descubierto y le hemos quitado el mal de ojo al rey Guthred! Y ahora os pregunto, ¿qué tendríamos que hacer con el hechicero?

Sólo había una respuesta para eso. Los daneses, que sabían de sobra que Hrothweard había sido el consejero de Guthred, lo querían muerto. Hrothweard, mientras tanto, se postraba de rodillas sobre la hierba, con las manos entrelazadas, mirando a Guthred.

—¡No, señor! —suplicó.

—¿Tú eres el ladrón? —preguntó Guthred. Parecía no creérselo.

—He encontrado la reliquia en su equipaje, señor —dijo Finan, y tendió el tarro de oro hacia Guthred—. Estaba envuelto en una de sus camisas, señor.

—¡Miente! —protestó Hrothweard.

—Ahí tenéis a vuestro ladrón, señor —dijo Finan respetuosamente, y después se persignó—, lo juro sobre el santo cuerpo de Cristo.

—¡Es un hechicero! —grité a los daneses de Ivarr— ¡Enfermará vuestro ganado, os estropeará las cosechas, volverá a vuestras mujeres estériles y a vuestros hijos débiles! ¿Lo queréis?

Aullaron para expresar su necesidad de Hrothweard, que lloraba desconsoladamente.

—Es vuestro —les dije—, si reconocéis a Guthred como vuestro rey.

Le prestaron juramento a gritos. Volvían a golpear espadas con escudos, pero en esta ocasión aclamando a Guthred, así que me agaché y le cogí sus riendas.

—Es el momento de saludarlos, señor —le dije—. El momento de ser generoso con ellos.

—Pero... —miró a Hrothweard en el suelo.

—Es un ladrón, señor —le dije—, y los ladrones deben morir. Es la ley. Es lo que Alfredo haría.

—Sí —contestó Guthred, así que entregamos al padre Hrothweard a los daneses paganos y lo oímos morir durante un buen rato. No sé lo que le hicieron, pues bien poco quedó de su cadáver, aunque su sangre oscureció metros de hierba alrededor del lugar en que lo mataron.

Aquella noche hubo un pobre festín. Pobre porque teníamos más bien poca comida, aunque había cerveza abundante. Los señores daneses juraron lealtad a Guthred mientras los curas y los monjes se apiñaban en la iglesia, a la espera del asesinato. Hrothweard estaba muerto, y Jaenberht había sido asesinado, y ellos también esperaban convertirse en mártires, pero una docena de hombres sobrios de las tropas personales de Guthred bastaron para mantenerlos a salvo.

—Voy a permitirles construir su santuario para san Cutberto —me dijo Guthred.

—A Alfredo le parecerá bien —le dije.

Miró al otro lado de la hoguera que ardía en la calle de Cetreht. Ragnar, a pesar de su mano impedida, luchaba con un enorme danés que había servido a Ivarr. Ambos estaban borrachos, y muchos más borrachos jaleaban y apostaban por el ganador. Guthred miraba, pero no veía la competición. Estaba pensando.

—Jamás habría dicho —dijo al final, aún confundido— que el padre Hrothweard sería un ladrón.

Gisela, refugiada bajo mi capa y apoyada en mi hombro, se rió.

—Nadie creería que vos y yo fuimos esclavos, señor —contesté—, y aun así lo fuimos.

—Sí —repuso maravillado—, lo fuimos.

Las tres hilanderas confeccionan nuestras vidas. Se sientan al pie de Yggdrasil y allí se divierten con sus bromas. Les había venido en gana convertir a Guthred el esclavo en el rey Guthred, del mismo modo que les venía en gana volverme a enviar al sur, a Wessex.

Mientras, en Bebbanburg, donde el mar gris jamás cesa de romper contra las pálidas arenas y el viento frío agita el estandarte de la cabeza del lobo por encima de la fortaleza, temían mi regreso.

Pues no se puede engañar al destino, nos gobierna, y todos somos sus esclavos.

Nota Histórica

Los señores del norte comienza más o menos un mes después de la increíble victoria de Alfredo en Ethandun, una historia narrada en *Svein, el del Caballo Blanco*. Guthrum, el líder del ejército derrotado, se había retirado a Chippenham, donde Alfredo lo sitió, pero las hostilidades tuvieron un fin rápido cuando Alfredo y Guthrum firmaron la paz. Los daneses se retiraron de Wessex, y Guthrum y sus condes más importantes se convirtieron en cristianos. Alfredo, a su vez, reconoció a Guthrum como rey de Anglia Oriental.

Los lectores de las dos novelas anteriores de la serie sabrán que Guthrum no tenía una palabra de oro a la hora de mantener los acuerdos de paz. Había roto la tregua firmada en Wareham, y la siguiente tregua negociada en Exeter, pero aquel último tratado de paz se mantuvo. Guthrum aceptó a Alfredo como su padrino y tomó el nombre bautismal de Æthelstan. Cuenta la tradición que fue bautizado en una fuente que todavía puede verse en la iglesia de Aller, en Somerset, y parece que su conversión fue genuina, pues, de vuelta a Anglia Oriental, gobernó como monarca cristiano. Las negociaciones entre Guthrum y Alfredo prosiguieron; en 886 firmaron el Tratado de Wedmore que dividía Inglaterra en dos esferas de influencia. Wessex y el sur de Mercia serían sajonas, mientras que Anglia Oriental, el norte de Mercia y Northumbria quedarían bajo la ley danesa. Así se estableció el *Danelaw*, la mitad nororiental de Inglaterra que, durante un tiempo, fue gobernada por reyes daneses y aún mantiene, en los topónimos y los dialectos, la señal de aquella época.

El tratado era un reconocimiento por parte de Alfredo de que carecía de las fuerzas necesarias para expulsar por completo a los daneses de Inglaterra, y le permitía ganar tiempo para fortificar Wessex. El problema era que Guthrum no era rey de todos los daneses, no digamos de los noruegos, y no podía evitar posteriores ataques sobre Wessex. Llegarían con el tiempo, y serán descritos en futuras novelas, pero una buena parte de la victoria en Ethandun y su posterior acuerdo con Guthrum aseguraron la independencia de Wessex y le permitieron a Alfredo y sus sucesores reconquistar el *Danelaw*. Uno de los primeros pasos de Alfredo en aquel

largo proceso fue casar a su hija mayor, Æthelflaed con Æthelred de Mercia, una alianza concebida para unir a los sajones de Mercia con los de Wessex. Æthelflaed, con el tiempo, resultaría ser una gran heroína en la disputa contra los daneses.

Pasar de la historia de Wessex a finales del siglo IX a la de Northumbria es pasar de la luz a la confusa oscuridad. Ni siquiera las listas de reyes del norte, que proporcionan los nombres de los reyes y las fechas en las que reinaron, coinciden, pero poco después de Ethandun un rey llamado Guthred (algunas fuentes lo citan como Guthfrith) tomó posesión del trono de York (Eoferwic). Reemplazó a un rey sajón, que sin duda era un monarca títere, y gobernó hasta la década de 890. Guthred es notable por dos cosas; primero, porque siendo danés era cristiano, y segundo, porque existe el rumor persistente de que había sido esclavo, y con esos dos frágiles cimientos he compuesto la historia. Estaba desde luego asociado al abad Eadred, el guardián del cadáver de Cutberto (también de la cabeza de san Osvaldo y de los Evangelios de Lindisfarne), y Eadred acabó construyendo el gran santuario de Cutberto en Cuncacester, hoy Chester-le-Street, en el condado de Durham. En 995 el cuerpo del santo reposó por fin en Durham (Dunholm), donde aún sigue.

Rjartan, Ragnar y Gisela son personajes ficticios. Hubo un Ivarr, pero me he tomado grandes libertades con su vida. Es conocido sobre todo por sus sucesores, que causarían muchos problemas en el norte. No hay ningún indicio de que hubiera una fortaleza del siglo IX en Durham, aunque me cuesta creer que un lugar tan defendible fuera ignorado, y es más que probable que cualquier resto de aquella fortaleza quedara destruido durante la construcción de la catedral y el castillo, que llevan ocupando la cima más de mil años. Había una fortaleza en Bebbanburg, transformada con el tiempo en las actuales glorias del castillo de Bamburgh, y en el siglo XI estaba gobernado por una familia de nombre Uhtred, que son mis ancestros, pero apenas sabemos nada de las actividades de la familia a finales del siglo IX.

La historia de Inglaterra de finales del siglo IX y principios del X es un relato que va desde Wessex hacia el norte. El destino de Uhtred, que en esta novela se empieza a reconocer, se encontrará en el corazón de esa reconquista que Wessex hará de la tierra conocida como Inglaterra, así que sus guerras no han hecho más que empezar.

Volverá a necesitar a *Hálito-de-serpiente*.

Datos del libro

Edhasa

Traducción de Libertad Aguilera Ballester

Título original: The Lords of the North

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: marzo de 2008

© Bernard Cornwell, 2006

© de la traducción: Libertad Aguilera, 2008

© de la presente edición: Edhasa, 2008

ISBN: 978-84-350-6147-6

Impreso por Limpergraf

Depósito legal: B-8.672-2008

Impreso en España

Escaneado por @elfo_oscurro

V.2 Maquetado y corregido por Joseiera

26-01-2011